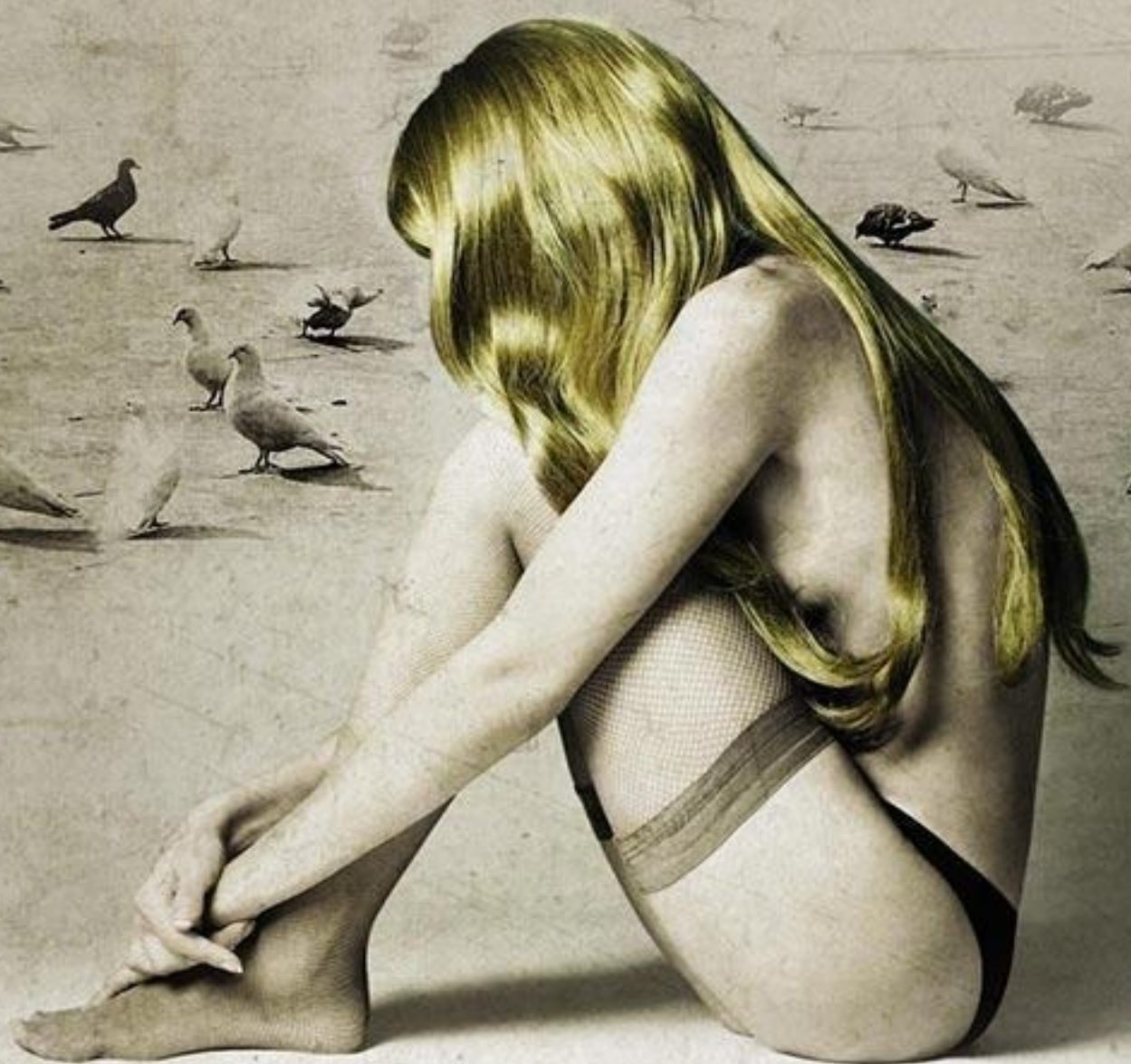


María Zaragoza

*Dicen que
estás muerta*



XV PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

Lectulandia

En las calles de Madrid, un martes como otro cualquiera, una mujer joven vestida de forma extraña es asesinada con un pequeño cuchillo de mesa. El Asesino podría ser cualquiera, pero la muerta no, la muerta es una sola y única, una víctima puede que casual o puede que no. En esta historia, disfrazada de novela negra, los personajes tratan de buscar al Asesino, saber quién es, conocer sus razones y sin embargo a través de este planteamiento lo que logran es conocer un poco más a esa mujer misteriosa y quizá a ellos mismos, pues en cada hombre vive una bestia y una víctima potencial, y a veces es necesario ser una de las dos cosas.

Lectulandia

María Zaragoza

Dicen que estás muerta

ePub r1.1

Titivillus 13.08.15

Título original: *Dicen que estás muerta*
María Zaragoza, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Thierry, Juan y la gente de la tertulia (en especial a Antonio y Ana),
por haberme empujado sin saberlo a construir esta historia que trato de
contar de la mejor forma posible.

A Maxime, que me inspiró estas páginas y una clase de amor nuevo y
egoísta del que ni él fue capaz de participar al principio.

Al salir del bar, y después de hacer mi visita nocturna a la pensión, sobre la plaza del Once, contemplaba aún el gran cartel que anuncia los fideos Santa Catalina, y aunque no recordaba quién había sido Santa Catalina, no me parecía difícil que hubiese sufrido martirio, ya que el martirio fue siempre el fin casi profesional de los santos; y entonces no podía dejar de meditar sobre esa característica de la existencia humana consistente en que un crucificado o un desollado vivo con el tiempo se convierte en una marca de fideos o de conservas en lata.

ERNESTO SÁBATO

Sobre héroes y tumbas

Dicen que estás muerta. Las calles desiertas del olvido nunca sabrán
que sigo el rastro de tu amor...

JAIME URRUTIA, BUNBURI, LOQUILLO y ANDRÉS CALAMARO

¿Dónde estás?

Plaza del Humilladero

Más tarde Sansprénom recordaría los hechos que acontecieron antes del hallazgo como se recuerdan fragmentos de cristal tras saber que el vaso se rompería, como si lo que cronológicamente tuviera su espacio después, aconteciese al mismo tiempo antes, reflejando el futuro en pequeños pedazos.

Recordaría el restaurante y la mano de Paula, tan blanca dentro del guante y tan pequeña que apenas cogía la servilleta con toda la palma y aún sobraba servilleta, la hora oscura en la que habían salido de Angelika de ver una de Tarkovski con hambre y consultar la guía de Madrid, como si no llevasen viviendo allí años, para saber qué restaurante podría estar abierto a aquellas horas. Sentiría de nuevo el viento suave y primaveral que invitaba a chaqueta ligera y a terraza y lo interpretaría como una señal de que algo no iba bien, como si el destino estuviese anunciando una desgracia y casi al revelar el significado de los signos se retractase y de nuevo Paula y él riendo como solían, camino del restaurante semioculto, apenas lleno, con olor a cebolla y a wok. Ahora piensa, con las manos temblorosas del que se ha sabido en cierto modo objeto del juego o premio o castigo, que podría haberse interpuesto entre Paula y el cuchillo, pero que no lo hizo. Y mira al comisario de policía de cara amistosa y ancha en todo parecida a la de Marlon Brando en aquella película con Jane Fonda y Robert Redford, como pidiendo su perdón inútil o su comprensión.

—¿Quiere un café?

—Sí, por favor. Solo, con mucho azúcar.

—Mandaré que se lo traigan. ¿Está usted bien?

—No, en realidad no. Llevo varias noches sin dormir y no sé cómo voy a acabar con esta pesadilla.

—Ya ha pasado lo peor. Su declaración ha sido del todo satisfactoria y el resto déjenoslo a nosotros. Lo demás es nuestro trabajo. Comprenderá que tenemos que comprobar lo que nos dice.

—Por supuesto.

Pero por qué se siente tan angustiado, tan como si hubiese sido él el asesino, el que hubiese levantado el cuchillo para matar dos víctimas de un golpe. Repasa de nuevo los hechos que precedieron al hallazgo. Todo parece normal, una noche de primavera ni fría ni calurosa, salir de casa para ver la película de Tarkovski en Angelika, pero ya ni siquiera recuerda la película que era, quizá un café con un trozo de tarta de queso mientras la miraban, nada lo suficientemente alimenticio como para que no surgiera el hambre al terminar, la búsqueda del restaurante que cerrase cocina tarde, aquel sitio que parecía clandestino y en el que daban de comer toda clase de

comida oriental sin ningún tipo de distinciones, un lugar en el que lo mismo era Tailandia que la India que China que Japón, como si cualquier cosa que resultase exótica para el paladar pudiese tener su espacio. Los camareros, sin embargo, eran árabes.

Pero quizá todo esto empezó antes, cuando conoció a Marga aquel año en el que él llevaba a rastras dos asignaturas de la universidad y ella estaba becada en su ciudad gracias a sus notas. Sí, puede ser que empezase ya entonces, con Marga vestida con ropa cara y peinada de peluquería incluso cuando no venía a cuento (después, en ese doloroso después consecutivo descubriría que todo lo que a ella le importaba era eso, vestir ropa cara, poderse peinar siempre en la peluquería, medrar en su carrera, llevar a alguien del brazo de quién poder presumir) y con él enamorándose de su forma de caminar, de suspirar, de coger las cosas con las puntas de los dedos. Años más tarde Paula se sentiría aliviada al comprobar que era fea en una fotografía de las muchas que se hicieron juntos, pero entonces a él le pareció la mujer más guapa del mundo. Quizá empezó con la fiebre y la persecución, los meses buscando el encuentro casual en los pasillos, las conversaciones vacías de significado cuando lograba interceptarla, tan alta, tan rubia, tan pálida, tan como a él se le había antojado que debía gustarle una mujer (aunque Paula le señalaría con acierto que nunca se fijaba en las mujeres de ese tipo, flacas, blancas y huesudas, que por lo general se le iban los ojos tras las morenas con muchas curvas, incluso un tanto llenitas y que no podía entender el desespero con que se fue tras Marga hasta que la consiguió meter en un ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio que le pareció lo bastante satisfactorio). Marga le dio largas durante meses, pero cuando él se cansaba y desaparecía un tiempo, era ella la que lo buscaba con cualquier pretexto hasta que de nuevo él como un perro faldero y ella con el poder absoluto en sus manos. Lamenta con todas sus fuerzas haber metido a Paula en esa espiral. Poder era lo único que Marga necesitaba y justamente era eso lo que Paula no podía soportar. Le contó con todo lujo de detalles cómo Marga lo manejó hasta que él la siguió a España con una especie de locura metida en la sangre y Paula torció la boca con disgusto.

—No puedo entender que cogieras semejante enganche. Pero ni con ella ni con nadie.

No había comprendido entonces el dolor que podía estarle causando a Paula negándole a ella, que tanto se las merecía, las atenciones que le brindó con anterioridad a Marga sin que hubiese hecho mérito alguno. Pero es que después de Marga aprendió a no renunciar a nada por nadie. Rara vez compensa.

—Aquí tiene su café.

—*Merci.*

—Entonces, ¿me dice usted que ha sido un asesinato pasional?

—Supongo.

—Pero, ¿conocían de algo a aquella señorita?

—A decir verdad de nada, señor. Pero se parecía mucho a alguien, a alguien que

conocía muy bien. Diría incluso que era exacta a ella.

—¿A quién?

—A mi anterior pareja, Margarita Ródenas.

—¿Puede darme su dirección?

—La actual no, se marchó del país hace un año y no sé nada de ella. *Mais* puedo darle la de sus padres. No viven muy lejos de mí. En realidad me fui a vivir a la Latina para estar cerca de ella.

—De acuerdo, pero eso me lo tendrá que explicar más despacio.

—Con mucho gusto.

Cualquier cosa con tal de quitarse esa angustia en la que se mezclan las manos de Paula, manos pequeñas, suaves y blancas de acuarelista, manos también capaces de ejecutar. Aprieta los ojos y ve el terrible pasillo de la casa de los padres de Marga, cuando ella decidió presentárselos, las alfombras de lana de colores borrosos, los relojes dorados, las figurillas de porcelana, los sillones Luis XIV, el *horror vacui* de los nuevos ricos de provincias que no supieron comprar el buen gusto en el lote de la ciudad y los millones. Y se vio a sí mismo comprendiendo el ansia de Marga por no ser como ellos, por llevar el estatus hasta sus últimas consecuencias. Y sobre todo por no perderlo. Entonces sintió una cierta ternura por la inseguridad de su novia. Ahora lo que experimenta es una náusea constante. Marga lo abandonó cuando comprendió que no era ambicioso. Y que si en algún momento llegaba a serlo jamás ambicionarían las mismas cosas, aunque solo fuese porque él siempre había sabido lo que era ser rico y por eso no lo valoraba. Paula comiendo sushi con unos palillos labrados de aspecto antiguo y hasta valioso (aunque es más que probable que fuesen una buena imitación en plástico de unos de marfil) deja de hablar de pronto de la película de Tarkovski, «no recordaba lo buena que era *Solaris*, en especial si la comparamos con esa mierda con George Clooney», para preguntar cómo lo dejó Marga. Él tarda en contestar. No esperaba esa pregunta de golpe, viniendo de los ojos inquisidores de Paula y de la boca pequeña e interrogante de Paula. La respuesta es simple: lo dejó por otro, uno del que pudiese presumir del brazo. Aunque quizá es más profunda que todo eso: uno que tuviese sus mismas inquietudes y su misma ansia de poder económico y social. A él nada de eso le interesaba. A Paula tampoco. Recuerda que en ese momento pensó en que si hubiese estado buscando algo opuesto a Marga no hubiera tenido tanta suerte como encontrando a Paula. Desde el físico (curvilíneo, castaño, contundente en el caso de Paula, seco y anguloso en el de Marga) hasta las inquietudes y el código de valores. Por no hablar del carácter. Paula jamás se enfadaba, y si lo hacía tardaba en desenfadarse menos de dos minutos. Marga siempre tenía un reproche en los labios. En el terreno sexual eran caras opuestas de una moneda que ni siquiera se podía saber si era la misma.

—Jugaban a juegos distintos, en ligas distintas y hasta en olimpiadas diferentes, ¿sabe usted? Con Paula todo es naturalidad. Marga era un témpano.

—¿Me quiere usted explicar qué tiene todo esto que ver con el asesinato de la

señorita Luján Menéndez?

Pues sí, claro, ¿no es obvio? Luján no hubiera muerto si él, ÉL, se hubiera comportado con lógica, si hubiese sido consecuente con el carácter de Paula y se hubiera limitado a amarla sin hacerse preguntas, sin desarrollar todos los miedos que Marga le había inyectado en la sangre. De acuerdo, eran opuestas por completo, pero, ¿y si Paula mostraba su auténtica cara de repente y se convertía en una loca? ¿Y si de golpe tenía que volver a plantearse si la forma en la que respiraba estaba mal? No podría soportarlo. Además, si se implicaba con Paula podía volver a sufrir, podía volverse a ver abandonado. Y no sabía si sería capaz de resistirlo.

De modo que el restaurante y Paula comiendo sushi y él cortando un rollito de primavera a las dos de la madrugada y las mesas vacías y los camareros paseando como fantasmas entre las sillas, colocando no se sabía demasiado bien qué.

—¿Por qué preguntas ahora por Marga? Hacía mucho que no hablábamos de ella. Y además no sé si tengo ganas de hablar.

—Porque está ahí sentada —contestó Paula señalando a su espalda con los palillos.

El escalofrío, incluso el estómago levantándose de su lugar y *vaya, yo creía que lo tenía superado pero resulta que me vuelvo del revés cuando me dicen que está cerca. Estupendo.*

—¿Te encuentras bien? Te has puesto pálido.

—Sí... sí, no te preocupes.

Paula parecía divertida.

—Sabía que tarde o temprano este encuentro se daría, pero nunca creí que sería así.

—Me volví despacio. Confieso que por unos segundos yo también creí que aquella mujer, la única persona que había en el local además de nosotros, era Marga.

—Pero no lo era.

—No, era la señorita Menéndez. Aunque, por supuesto, yo no sabía su nombre.

La imagen de aquella mujer flaca y blanca, con el vestido de noche absurdo (Marga nunca supo vestirse para las ocasiones, siempre iba demasiado arreglada) que dejaba la espalda al aire y las puntas agudas de las vértebras a la vista, fumando un cigarrillo detrás de otro, sola en el restaurante, era la imagen de Marga. Aunque no podía serlo. Pronto los detalles como las uñas pintadas de rojo y roídas o que el pelo rubio fuese teñido o más probablemente una peluca. Aquella podía ser la primera Marga, la que conoció en la carrera, pero no la Marga en la que los años y cierta tendencia a la amargura la convirtieron. Aunque experimentó cierto alivio, también una inquietud extraña se apoderó de su mente, como el supersticioso piensa que es una mala señal ver pasar un gato negro. Con el mismo miedo irracional volvió a mirar a Paula y le dijo con una voz que fingía seguridad:

—No es.

—Claro que no, ya lo sabía. Pero no me digas que no se parece.

—Tampoco se parece tanto.

Paula se echó a reír con ganas.

—Debería matarla —dijo—. Sería como una forma de exorcizar a los fantasmas, a ese fantasma en concreto, ¿no? Matar a una desconocida que se pareciese a Marga para ver si así la olvidas de una puñetera vez y me dejas hueco en tu corazón.

—No digas tonterías.

—A ti te parecen tonterías porque vives en el mío. Pero esa mujer te ha hecho tanto daño que no hay hueco ahí dentro ni para respirar —y sentenció esto último señalando con los palillos al pecho de él.

—Pero tú me gustas mucho.

Siempre se encontraba a sí mismo excusándose de forma infantil cuando Paula decía esas cosas.

—Pero no creo que lo bastante.

Había cierta herida en esa frase, aunque él no lo percibió entonces demasiado ocupado en pensar en aquella aparición. Paula debía preguntarse porqué se habría enamorado tanto de una mujer como Marga y se negaba luego a querer a alguien como ella, que hacía todo lo posible por acoplarse a él, que nunca ponía una pega, que le hacía sentir tan bien consigo mismo.

—¡Ah, el amor! —dice el policía echando un trago largo a su café. Es extraño que le esté dedicando tanto tiempo, pero quizá se aburre—. Nunca queremos lo que se nos ofrece sin más. Tenemos que complicarnos la vida. Así es el hombre, amigo.

—Supongo que sí. Pero esa no es la cuestión, porque ahora, aquí, sé que amo a Paula. Y sin embargo la estoy acusando de asesinato.

—¿Es cierto que ella dijo que debería matar a la mujer del restaurante?

—Sí, pero no me pareció que lo dijese en serio. De hecho luego corrigió.

—¿Se retractó?

—*Mais non*, dijo que debería ser yo el que la asesinara.

Y en esa afirmación había una cierta lógica que hasta él podía seguir vagamente. Porque el fantasma de Marga le pertenecía como nunca la Marga real le había pertenecido. O incluso al contrario: él pertenecía a ese fantasma, porque los miedos, los sobresaltos, la paranoia, el estar a la defensiva... Jamás había sido tan feliz ni había estado tan tranquilo como con Paula, y sin embargo había un límite que no sobrepasaba, un muro de cristal impuesto contra el que Paula chocaba. ¿Amaba a Paula? Quizá sí, y sin embargo ahí se encontraba, acusándola de asesinato. Y la culpa de todo era del fantasma. Todo hubiera sido más fácil si Paula hubiera aparecido en su vida al principio, sin que él llevase una carga a sus espaldas y un miedo. La hubiera llevado a vivir a su casa de La Latina y hubiesen sido felices porque no había nada más fácil en el mundo que ser feliz con Paula. Si su confianza no hubiese estado tan dañada cuando la conoció... pero no, un hombre también es sus heridas, y además Paula lo curó con mimo durante mucho tiempo, hasta que ambos creyeron que no quedaba cicatriz (pero no, Paula sabía que había cicatriz, por eso el restaurante y la

señorita Menéndez y la historia del fantasma y lo de matarla).

Jugaron a descubrir la razón por la que una mujer así, además parecía joven, podía estar sola a esas horas en un restaurante de ese tipo. Y así vestida, al cabo de un rato resultaba obvio que llevaba una peluca. Apenas comía, paseaba la comida por el plato empujándola con los palillos o con un dedo distraído y luego la abandonaba en un rincón, para empezar de nuevo con una empanadilla coreana o una almendra de la salsa del pollo.

—Lo mismo es una espía internacional y ese es su disfraz para confundirse entre la gente.

—Poco discreto, ¿no te parece? Yo creo más bien que es una especie de visión, como la que pueda tener un hombre en mitad del desierto al ver un oasis. Una imagen de otro mundo destinada a volverte loco.

—Pero, ¿qué dices, Paula?

—O... ¿cómo se llama eso? El doble que toda persona tiene en el mundo... *Doppelgänger*, creo. El doble perverso de Marga. Aunque por lo que sé de ella es más bien Marga el doble perverso de esa chica.

Traté de imaginar la vida de aquella muchacha, si es que era cierto que Marga y ella eran dobles la una de la otra, aunque más bien me empezó a obsesionar la idea de que aquella chica era como el doppelgänger del pasado de Marga, cuando yo la conocí. Dicen que ese término puede aplicarse a una muchacha hermosa que guarda un monstruo o una serpiente en su interior. Y a mí me parecía que ambas tenían esa duplicidad en sí mismas, como si la señorita Menéndez (aunque no supiera entonces su nombre) y Marga fuesen por fuera frágiles y hermosas y por dentro estuviesen podridas y fuera venenoso y perjudicial acceder a ellas.

—¿Qué pasó cuando terminaron de cenar?

—Paula pagó la cuenta. Intenté negarme, *parce qu'elle* siempre se organiza mal con el dinero y anda escasa la mayor parte del tiempo. Pero dijo que era una cuestión de principios, que tenía que dejarla hacer penitencia por haberme estado torturando toda la noche con mis recuerdos. Que sabía que no me gustaba recordar.

—¿Volvió a mencionar matar a Luján Menéndez?

—Entonces no, pero cuando estábamos llegando a mi casa lo hizo.

Cogieron la Cava Baja hasta la plaza del Humilladero apoyados el uno en el otro, riendo de sus chistes particulares, esos chistes que da la complicidad y que solo se entienden en una pareja. Él pensaba que nunca se había reído tanto con Marga, quizá porque solo se relajaba cuando había bebido un par de copas, cosa que no era frecuente. Pero Paula hacía todo sencillo. No había que preocuparse por qué se decía o cómo se decía. Era comprensiva, dulce, encantadora y hacía que el mundo pareciera un lugar donde caminar con naturalidad. Sintió por primera vez que la amaba de veras, que no quería separarse de ella, que era lo mejor que le podía haber pasado. Al llegar a la puerta del piso se besaron. Él llevaba las llaves en la mano y casi las deja caer cuando Paula le dijo:

—Un poco más y me arrepiento de no haberla matado. Ahora nos la vamos a ir encontrando en todas partes.

Él se giró para mirar lo que ella miraba y vio a la mujer de negro, con su peluca rubia, fumando un cigarro contra la verja cerrada de La Exquisita. Intentó sonreírle a Paula, pero fue entonces cuando ella comenzó a comportarse extraño. Dijo que subiera a dormir, que no podía quedarse. Que lo había olvidado, pero que tenía que dormir en casa de su tío Pedro por no sé qué de su madre. A veces se olvidaba de que Paula era mucho menor (no tanto, apenas seis años, pero tenía una familia que de vez en cuando la reclamaba, y esto solía coincidir con las veces en las que la quería solo para él), e incluso en ocasiones como aquella se le transformaba de golpe en una niña temblorosa. Dijo que la acompañaría al metro. Ella contestó que no hacía falta y le dio un beso que a él lo tranquilizó y le hizo desistir.

—Hay veces que las mujeres esperan que salga de nosotros un gesto. Por lo general cometemos el error de fiarnos de lo que nos están diciendo cuando en el fondo sabemos que no es cierto y que lo que quieren es que las acompañemos al metro o las obliguemos a subir a casa con un par de ruegos o promesas. Yo me giré y subí a casa. Cuando abrí el balcón de mi cuarto para ventilar, ni la mujer de la peluca ni Paula estaban ya en la calle, que para ser primavera estaba inusualmente vacía. Aunque quizá lo único que sucedía es que era martes y a esas horas solo quedábamos los cuatro golfos con suerte que no tenemos que madrugar.

—Entonces es en esto en lo que se basa para atestiguar que la señorita Paula Fidalgo asestó quince puñaladas, una de ellas mortal, a la señorita Luján Menéndez a la que no conocía de nada.

—*Oui* —de golpe se siente ridículo afirmando lo que afirma. Ni siquiera le parece ya posible que Paula, la dulce y encantadora Paula...

—¿Y de dónde sacó el cuchillo de mesa la señorita Fidalgo?

—No sé, lo cogería del restaurante, supongo.

—Pero no había huellas dactilares en el cuchillo que encontramos clavado en la señorita Menéndez, aunque sí marcas de dedos, ¿cómo explica eso?

—Paula lleva siempre unos guantes blancos de cabritilla muy fina para salir a la calle incluso en pleno verano. Cuida mucho sus manos.

—¿Ha vuelto a ver esos guantes después de la noche del asesinato?

—La verdad es que no lo sé.

—Mmmmmmm —el afable policía frunce el ceño y tuerce la boca, gesto que no hace que deje de parecer afable—. He enviado a un par de agentes a hablar con la señorita Fidalgo. Les diré que le pidan los guantes. De todas formas hay algo que no me cuadra.

—Dígame.

—En realidad son dos cosas: la primera y más importante es que, aparte de la satisfacción metafórica por llamarla de alguna manera, no entiendo qué interés puede despertar el asesinato en una señorita como Paula Fidalgo. La segunda, aunque es un

tecnicismo, no deja de preocuparme: si ella comía con palillos la cena, ¿cómo es que pudo deslizar el cuchillo de usted en el bolso sin que lo percibiera?

—¿Mi cuchillo?

—Era usted el que estaba cortando un rollito de primavera, si no me equivoco, así que tuvo que ser su cuchillo el que estuviera a su alcance en la mesa.

En aquello tenía razón. Solo había un cuchillo en la mesa y era el suyo. Paula no pudo haberlo cogido sin que se diera cuenta. Y así y todo, ¿por qué aquella angustia cuando vio en el periódico a la mujer de la peluca muerta en un callejón cercano a Lavapiés? ¿Por qué relacionó de inmediato a Paula, la mujer que más feliz le había hecho nunca con aquel horrible asesinato? Era obvio que ella bromeaba en la cena, que aquello había sido una desagradable casualidad de la que él sin embargo había hecho un mundo y que le había costado agotamiento e insomnio inútil. Que Paula se le abrazara en la cama y él sintiese como una punzada en el pecho, como una taquicardia momentánea, como un revuelo interno que acababa con la mirada vuelta al techo y sentir la cabecita pequeña contra su cuerpo como si su cabello estuviese hecho de espino, y sin embargo no ser capaz tampoco de rechazarla, de apartarla de sí, porque en el fondo había sentido alivio cuando vio a la Lamia (como había gustado de designarla hasta que supo su nombre, por lo de mujer y monstruo) en la fotografía de la página de sucesos, como si realmente alguien hubiese acabado así con el fantasma de Marga. Había decidido sin embargo acusar a Paula del asesinato, a pesar de que supiese después de todo que era mentira y que, aunque ella de veras hubiese empuñado el cuchillo, era él el que mataba al fantasma, era él el que dejaba a un lado su pasado para entregarse al futuro en el que Paula y la felicidad y...

—¿Ha mandado ya a alguien a casa de Paula?

—Sí, cuando usted inició su declaración hice a dos agentes acercarse, ¿por qué?

—No, por nada.

Ahora sería inútil ser libre. Paula lo odiaría después de aquello. Si era culpable no podría verla más que tras la reja y si era inocente no le perdonaría que la acusara injustamente. Bajó los ojos, terminó su café ya frío, rememoró los hechos que envolvieron su primer encuentro con Paula, por si resultaba ser ese al único tesoro al que pudiera agarrarse más tarde, cuando ya no quedase nada para compartir.

Plaza del Dos de Mayo

Como venía siendo su costumbre quedaron en la plaza del Dos de Mayo a tomarse unas cañas también aquel domingo. Pero esta vez Luján venía sin dormir, despeinada, con cara de fiesta y varios personajes que decían ser sus amigos, aunque ella ni los presentó. Pedro la miró con cara de «no puedo creer que me hagas esto» y ella se rio como solía reírse, con ese gorjeo que a él le encantaba los días que la quería y que no soportaba en mañanas como aquella en la que las drogas le dilataban las pupilas y llegaba con gente que acababa de conocer en cualquier *after-hours*. Eran tres: una mujer que rozaba la cuarentena sobre unos zapatos de tacón de aguja de un verde inverosímil, un hombre con sombrero que podría haber sido el padre de Luján e incluso el de Pedro y una japonesa encantadora que no paraba de hablar en japonés y a la que nadie comprendía.

—Aunque la cocaína es universal —dijo Luján con aire de desafío.

En aquellos días Pedro se planteaba que le habían empezado a gustar las palomas, quizá porque Luján no las soportaba. Ella decía que eran ratas voladoras, que todo lo comían y destrozaban, que extendían enfermedades misteriosas. «A veces uno se convierte en lo que más detesta», eso pensaba Pedro que no se había hecho a la idea de ese rencor que salía de Luján hacia él, ese rencor incomprensible que partía del hecho de haberla dejado cuando no pudo más, cuando se hartó de su despecho sin causa y su acritud al acostarse con otros y contárselo para provocarle. Ella fue la infiel, pero Pedro corrió con las consecuencias. Distráido, desmenuzaba trocitos del pincho reseco para que comiesen las palomas mientras la mujer de los zapatos verdes y el hombre del sombrero se cuchicheaban cosas al oído y disimulaban risitas ebrias de las que también la japonesa participaba sin entender mientras los ojos azules de Luján, oliendo a llevar despierta más de un día, más de una noche, con ayuda química por supuesto, con ayuda de ese odio además. De alguna manera no se había podido desprender del todo de ella y siempre los mismos domingos sin música en los que la cerveza y sus ojos azules y su pelo negro. Los mismos domingos en los que la plaza del Dos de Mayo se llenaba poco a poco de perros y de niños y ellos, clavándose los ojos de un lado a otro de la mesa, cerveza mediante, estado de ánimo con nubosidad variable. Por mirar a las palomas se dio cuenta de que la mujer rubia se había deshecho de uno de sus zapatos verdes y empezaba a acariciar la pernera del pantalón del hombre del sombrero, frotando con los dedos pequeños de uñas cuadradas pintadas de azul arriba y abajo y abajo y arriba. Aquel movimiento le excitó sobremanera. A lo mejor porque aquella mujer le daba un asco insoportable, un asco instintivo, atroz. Era tanta la náusea que se parecía al deseo. El pie arriba y abajo,

jugando con los pliegues. Todo, todo aquello le producía al Pedro cansado, ligeramente enfadado, un asco de lejos excitante, todo, el hombre con su sombrero, el zapato desprendido de la mujer rubia, hasta Luján, con su fea costumbre de tentarlo hasta en lo que era más obvio que no se le podía tentar:

—¿Una rayita?, venga, Pedro, una solo. Yo me la voy a poner al baño, luego baja. Por los viejos tiempos.

—Nunca hubo viejos tiempos, Luján. No de esos al menos.

—Tú verás, si no bajas me voy a poner las dos.

Esos chantajes de Luján, absurdos. Niñatería pura. De todo aquel asco solo se salvaba la japonesa en su monólogo. Y también ella se salvaba de la excitación. Aquella mujercita de edad indefinida, de cara de luna sin imperfecciones, labios redondos y ojos negros prácticamente invisibles del todo inexpresivos, producía una simpatía tan estúpida como el asco. Tampoco Pedro entendía nada en aquella mesa, solo quizá a las palomas que se comían las migajas y que cada vez eran más, con ese bailecito que siempre se traen ellas cuando comen lo que se van encontrando: migas, cáscaras de pipa, un muelle de una estilográfica, un chicle escupido por algún maleducado. Luján se fue para el baño con los ojos brillantes, insultando al camarero, haciendo una mueca burlona de viciosa incorregible. La siguió la japonesa, en definitiva más integrada que Pedro pese a todo. En los viejos tiempos que Luján había nombrado era él el que solía consolarla de sus borracheras varias veces por semana, sujetándole la cabeza para que no se golpease con la taza al vomitar en el baño Roca azul que compartían en el piso de Amor de Dios. Le avergonzaba bastante admitir que hasta, a veces, le hacía las rayas para que pudiese levantarse por las mañanas. Se las dejaba encima de un espejo de mano, sobre la mesilla de noche. Cuando la encontró no esperaba todo aquello. Cuando la conoció era un pajarillo asustadizo y menor de edad que se había escapado de una casa ostentosa e infeliz en un barrio residencial. Malvivía traficando con cosillas que le daban camellos mayores en las discotecas. Estaba dormida en el portal de la casa de Pedro, con la cabeza apoyada en una mochila que guardaba todas sus pertenencias. Pedro se debió creer el príncipe del cuento, Henry Higgins salvando a Eliza Doolittle, algo así. Le ofreció un sitio donde dormir, una ducha, algo de comer, le dijo que confiase en él.

—Pues claro que confío en ti —respondió ella con un descaro que entonces le encantó—, eres buena persona, tienes cara de profesor de literatura.

Debió enrojecer, porque ella gorjeó al reírse antes siquiera de que Pedro abriese la boca para confesar:

—Soy profesor de literatura.

Se quedó para siempre en aquel hueco que Pedro le hizo esa tarde. Al principio ni pensó en tocarla. Era una niña, daba clase a chicas de su edad en el instituto. Pero luego la cosa cambió. Se enamoró de su forma de caminar por la casa tocándolo todo. Aún cuando llevaba meses viviendo ahí y luego años, tocaba todo con la sorpresa del que hace un descubrimiento fascinante. Una noche se metió en el dormitorio en vez

de quedarse en el sofá cama y ya no hubo vuelta atrás. Hacía un par de días que había cumplido los dieciocho y Pedro la quería, la quería como un bobo.

—Me miras como un estúpido.

Claro que la miraba como un estúpido. Era preciosa. Su piel parecía hecha de plumas, el tono de azul de aquellos ojos solo podía darlo el brillo perfecto de su pelo negro. Cómo se reían entonces juntos. Cualquier tontería significaba una fiesta, aunque Pedro ya supiera de sus largas ausencias, de sus amantes, la gente se la encontraba en cualquier parte y siempre era con otro. Pero se reían incluso cuando le decía que siempre había estado sola, que siempre la habían abandonado sin razón aparente.

—Tú nunca me dejarás, ¿verdad?

—Nunca, Luján. No puedo dejarte.

Y le pasaba la mano por la cabeza, convencido de su papel de redentor. Él jamás la dejaría. Y eso era más que una promesa: era un reto. No puede salvarse a quien no desea ser salvado. Y Luján nunca se preguntó por qué todo el mundo la dejaba tirada. Quizá no era culpa de todo el mundo, sino de ella, que cuando le dejabas tiempo y espacio era toda una experta en hacer la vida imposible a cualquiera. Porque ya las borracheras continuas y sus amiguitos de drogas en el salón de la casa de Pedro a horas tan absurdas como las cuatro de la tarde. O las peleas, cada vez más encarnizadas, en las que le gritaba que la estaba ahogando, que coartaba su libertad, que no era nadie para sujetarla ni para prohibirle nada de nada, que no era ni su padre ni su marido y que, desde luego aunque lo fuera tampoco tendría derecho. Lo curioso del asunto es que esas peleas solían estar provocadas por tonterías, como que le preguntara qué tal se lo había pasado en la discoteca aquella noche o por qué no había dormido en casa. Después de los gritos llegaban los llantos y a veces un desplomarse en sus brazos en un sollozo, como si de pronto fuese otra persona, de nuevo ese pajarillo abandonado y tembloroso que preguntaba si quería pegarle.

—No, por Dios, Luján, ¿cómo crees que yo...? No me digas eso.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no quiero que te vayas.

—Tú nunca me dejarás, ¿verdad? No eres como la demás gente, no me vas a abandonar.

Y la respuesta siempre fue que no, que no iba a dejarla porque la quería y que a la gente que se quiere no se la abandona. Sentado en aquella silla del Dos de Mayo, Pedro pensaba que todavía la quería a pesar de que, cuando se marchó (irónico, el piso era de él pero se fue porque no quería nada si no era con ella y a la vez no podía soportarla), su estado rozaba la necesidad psiquiátrica. No se puede vivir con alguien del que temes sus reacciones, sus infidelidades, sus cambios de humor. De Luján aprendió a temer y a desear a un tiempo que no regresara de sus incursiones en el mundo de la noche, que alguna vez le pasara algo y que ninguno de sus amigos ocasionales se hiciese cargo. Se la imaginaba enterrada en una fosa común, chica

bonita sin identificar, joven con sobredosis, muchacha violada y apuñalada en un callejón del centro, las variaciones eran infinitas y le producían ese extraño asco excitante que ahora le causaban la mujer de los zapatos verdes y su acompañante con sombrero. Las palomas estaban animadas y cada vez se acercaban más y más a la mesa, de tal forma que pronto hubo diez o doce apiñadas debajo, sin asustarse del movimiento ascendente-descendente del pie de la mujer. Fue entonces que se dio cuenta de que algo raro estaba sucediendo. Era tarde ya, generalmente la plaza estaba llena de gente a esas horas y sin embargo parecían los únicos ocupantes de la terraza. El único ser humano que no pertenecía al universo Luján era el camarero, un hombre alto de ojos transparentes. Parecía ciego. El silencio se cortaba por el arrullo de las palomas y por algo parecido al rasgar de una tela que identificó con el sonido producido por la interacción del pie de la mujer rubia contra el pantalón del hombre. Y hasta ellos dos, con sus cuchicheos, tenían algo de irreal, algo de claustrofóbico a cielo abierto, como si siguiesen en una discoteca cerrada llena de gente. Sus pieles, pálidas, se transparentaban hasta el punto de verse los vasos sanguíneos azules. El pulso palpitaba débil en el cuello de la mujer. «Todos muertos», pensó. Eso era lo que solía decir de los acompañantes ocasionales de Luján: muertos vivientes de ojos dilatados sin oficio ni beneficio. Esa parte era la que no entendía ella. No la dejó porque se los follara a cambio de coca, ni porque los trajera a su casa. No, la dejó porque temía convertirse en uno de ellos. En las películas, cuando un zombi te ataca, te conviertes en un zombi, es como una infección o algo así. Lo mismo pasa con los vampiros y demás monstruos muertos. Aunque tantas veces le había prometido que no la abandonaría que le costó mucho tiempo llegar a la conclusión de que era o ella o él, largarse o unirse. Para Pedro fue tan doloroso o más que para Luján, que le suplicó, le lloró, le gritó, le insultó y le lanzó cosas hasta que tuvo que ceder y prometerle que la vería todos los domingos. Necesito tiempo para pensar y, quién sabe, quizá volvamos si la cosa mejora, Luján; yo no puedo seguir así. Para Pedro dejarla supuso admitir su derrota como príncipe redentor. Se sintió un completo fracasado. Por eso lo de las cañas una vez por semana y al final la rendición aquel domingo esperando a que Luján y la japonesa saliesen del baño a la obviedad de que la única manera de dejarla del todo sería que estuviese muerta. En ese momento, una paloma envalentonada se le subió a la rodilla y lo miró con sus ojos inexpresivos.

—Si quieres podemos hacerlo por ti —dijo.

Pedro miró a la mujer rubia esperando una corroboración de que aquello no era una alucinación, pero ella parecía tan divertida por el hecho de que la paloma se le hubiese subido a la rodilla que estaba obviando que se había puesto a hablar.

—No te molestes, Pedro —siguió la paloma—, ella no nos entiende, pero tú sí. Eres un tipo bueno. Siempre nos das de comer, nos miras con aprecio, no eres de esos que ponen cristales y pinchos para que no nos posemos, o de los que utilizan trampas con hilo que nos cortan las patas. No, eres diferente. Tú no nos odias por ser muchas o por hacer nuestras necesidades en vuestras ciudades. Por eso, si quieres, podemos

quitártela de encima. Ella sí nos odia. Dice que somos ratas voladoras, ¿nadie le ha dicho que eso responde más a la descripción de un murciélago?

Miró la cerveza intentando disimular. Luján había sido capaz de ponerle un alucinógeno en la bebida solo para divertirse.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó un poco por hacer tiempo.

—Pensamos, nosotras siempre actuamos en colectivo. ¿Es que no ves cine?

—Sí, claro.

—En realidad nosotras somos más sofisticadas. A veces tomamos hasta forma humana.

En ese momento Luján hizo su gran aparición y espantó a la paloma con la mano.

—¡Qué asco, Pedro! Por Dios, cómo odio a esos bichos.

Pedro estaba tan alucinado que no podía ni hablar. Luján estaba en peligro pero, ¿cómo decírselo? Era tan estúpido pensar que aquello había sido real. Pero por otro lado estaba el silencio de la plaza, que no hubiese ni un alma, que el cielo fuese naranja, el camarero ciego y el aspecto inquietante de aquellos dos que seguían, metiéndose mano esta vez, por debajo de la mesa. Luján reía y hablaba. Pedro hacía que la escuchaba mientras buscaba la forma de neutralizar el peligro. ¿Cómo se le había podido ocurrir desear que ella muriese? Forma humana, forma humana. Esos dos debían ser los pájaros. ¿Y cómo detenerlos si decidían atacar a Luján? ¿Cómo evitar que Luján se marchase con ellos tras las cervezas? Lo único que se le ocurría era llevársela a casa, decirle que volvieran. Pero sería de nuevo lo mismo y eso no, no podría soportarlo. La amaba, la amaría siempre, pero a veces el amor no basta. Así que en esas estaba cuando se fijó en los ojos de la japonesa, hermosos, negros, inexpresivos. Unos ojos vacíos que le estaban sonriendo. Comprendió que era demasiado tarde. Luján tenía dos heridas en el cuello de piel casi transparente, con los vasos sanguíneos palpitando débilmente en su azul dibujado. El hombre del sombrero también tenía heridas en el cuello. Y la mujer de los zapatos verdes. Luján le tendió la mano y dijo que nunca le dejaría, que era un tipo difícil, pero que se acabarían entendiendo. Que todavía le quería. Hablaba para un público ausente que se estaba besando ya sin miedo por encima de la mesa. Pedro alcanzó a oír que ella le preguntaba:

—¿Dónde vas?

Cuando se levantó y se dio la vuelta para no ver a la japonesa abalanzarse a sus ojos, para no oír su grito amortiguado por las alas de las palomas que también se iban a comer a los otros dos. Caminó hacia casa fumando, con una especie de alivio dentro de la náusea. Con una especie de náusea dentro del alivio.

Despertó bañado en sudor, en su piso. No sabía qué hora era, en qué día vivía. Miró el reloj de la mesilla. Eran casi las siete, en pocos minutos sonaría el despertador y de nuevo un miércoles cualquiera, con sus clases en el instituto y su

lección de poesía del veintisiete para adolescentes a los que Federico García Lorca les importaba menos que mandarse notitas por debajo de los pupitres. Se sobresaltó con el sonido del televisor. Cogió la bata de encima de la silla y se la echó por los hombros. En el salón, su sobrina Paula comía pan con mantequilla mientras miraba las noticias.

—¿Qué haces aquí?

—Buenos días, tío. Te he traído churros, están en la cocina. Es que ayer salí con mi chico, pero no me apetecía quedarme con él.

—¿Habéis discutido?

—No, qué va. Es que todavía piensa en su antigua novia y eso me pone triste a veces. ¡Dios!

De pronto las acciones se superponen: ve el dedo de Paula, dentro de esos guantes blancos de cabritilla que siempre lleva, extendido hacia la pantalla, también ve la imagen, escucha lo que dicen el locutor y ella, entremezclado, como si fuese una red vertiginosa que marea a Pedro y hace que se siente en el butacón junto a la puerta; ve la cara de Luján ocupando todo el televisor, con sus ojos azules tan abiertos y su media sonrisa cínica.

—A esa chica, *la señorita Luján Menéndez, de veintitrés años de edad*, la vimos anoche en el restaurante donde cenamos, *ha aparecido apuñalada esta madrugada en el céntrico barrio de Lavapiés*, jugamos a adivinar quién era y qué hacía allí sola a aquellas horas, *la policía no tiene ninguna pista sobre él ¿no te parece increíble? en el momento de su asesinato llevaba una peluca rubia y un vestido de la firma tío*, ¿te encuentras bien? ¿La conocías? *Más información en el diario de...*

Nunca le presentó a su familia, nunca Paula supo de su existencia, fue como si todo rastro de aquella amante demasiado joven y demasiado infeliz se hubiese borrado con ella, con aquel sueño en el que las palomas y la plaza del Dos de Mayo y ahora Pedro tuviera que retomar su vida con aparente alivio. Aunque no era eso lo que sentía. Era más bien como si se hubiera enamorado de la Gorgona justo antes de cortarle la cabeza pero hubiese sido demasiado tarde para variar la dirección del filo.

—Me voy a dar una ducha, nena. Tengo clase. Te puedes quedar aquí el tiempo que quieras.

—No pasa nada. Tengo mi casa y la de mi chico, pero es que anoche, no sé por qué, cuando vimos a la chica esta con su peluca, se me antojó verte. Una especie de corazonada.

—Cosas que pasan. Relaciones absurdas que uno hace.

—Será. Oye, ¿crees que debería ir a la policía a decir que la vi?

—¿Y por qué ibas a hacerlo? ¿Viste a quién la mató?

—No. Solo la vi a ella, sola y como triste.

—Entonces no merece la pena. Mucha más gente la vería, supongo.

—Sí, supongo.

La vida sin Luján, pero ahora de cierto, como cuando a un pájaro le abren la

puerta de la jaula y no recuerda cómo volar. La angustia y el alivio. Como si el amor y el dolor hubieran muerto a la vez y solo quedase el vacío, la sequedad, el alma yerma y Federico García Lorca y

*Mi corazón oprimido
siente junto a la alborada
el dolor de sus amores
y el sueño de las distancias...*

Paseo de las Delicias

Hoy ha muerto Antonio Vega y con él ha muerto un trozo de Minerva, que sentada sobre los talones saca los viejos vinilos y los amontona al lado de su falda abierta. Le gustaría hacer una hoguera con ellos, purificar el lodo que se está acumulando en su mirada solo a través del fuego, intoxicarse con el humo negro de las canciones. Sabe que no tendrá valor de todas formas. Ni siquiera podrá colgar sus fotos en e-bay para venderlos porque ya no tiene reproductor y son trastos inútiles que se cargan de polvo y le acaban provocando asma. Nunca ha sentido apego por las cosas materiales y le gustaría no tener apego por unos círculos negros que ya no suenan para nadie (aquí le falla el subconsciente y a punto está de pensar «no sueñan para nadie»). Sin embargo, ¿es la muerte de Antonio Vega lo que causa esta angustia? Se levanta del suelo lentamente, recogiendo los pliegues de la falda blanca entre los dedos, dejándolos escurrirse, hecho del que extrae un raro placer. Se asoma a la ventana. El paseo de las Delicias está lleno de gente que va y que viene, gente que sigue con sus vidas sin atender a la neumonía de Antonio, al lento apagarse de su voz en la memoria. Siente ira, una ira desafortunada porque el mundo siga su curso, no se preocupe por nadie; se amontonan los adolescentes en la puerta del cercanías, las mujeres mayores pasean sus carritos de la compra medio vacíos pues solo tienen dinero para llenar medio carro, las palomas no se detienen en el aire y se desintegran como cabría esperar de un día así, de una desgracia semejante. Tiene una rara intuición, como si la muerte de Antonio Vega fuese a desatar un vendaval y solo ella se diese cuenta. El aire parado de Madrid, la primavera entrando por los balcones y ella pensando que debería darse una ducha para trabajar. La librería abre a las diez y ella entra una hora más tarde pero aún así no tiene mucho tiempo. Le desagrada la idea de tener que trabajar en un momento como este, como si fuese la viuda y tuviera que reposar semejante defunción. Nunca más sus rasgos huesudos sobre un escenario. Nunca más Luján tomando su mano en el concierto y... sacude la cabeza con violencia para expulsar la idea de su mente, como si de una cabezada pudiese ir todo a tomar viento; la voz de Antonio sonando rota y desangrada, enferma ya quizá. Ellas fueron al último concierto en Madrid, esta noche actúa Luján en la sala de teatro alternativo. Hay una extraña relación entre los hechos, como si la muerte de Antonio Vega (¿pero por qué la muerte de Antonio Vega? ¿Por qué?), se correspondiese en algo con Luján vestida a lo Verónica Lake en esa obra tan mala que Minerva ya ha visto al menos cinco veces. No le importa que Luján lleve esa peluca rubia tan pretenciosa, está perfecta debajo, decadente, hermosa, con la belleza frágil de un torturado. Piensa en que la conoció cuando salía con aquel hombre horrible que no la comprendía. Era una chica

joven, alocada, guapa, que buscaba trabajo desesperadamente para no depender de su novio, un tipo de casi cincuenta que daba clases de literatura en un instituto. Minerva cogió su currículum y sintió que podía confiar en ella; de alguna manera la Minerva desconfiada, la Minerva verja sin llave, podía confiar en aquel pajarito. Le dio un empleo en la librería que pronto ella supo echar a perder robando libros, llegando tarde o ausentándose días enteros. Tuvo que despedirla. ¿Pero Luján le guardó rencor? Ni mucho menos. Se dejaba invitar a comer a la casa de Delicias, a veces se dormía abrazada a Minerva, a ella que no dejaba que nadie la tocara y que tanto necesitaba el contacto sin embargo. Luján le demostraba un cariño gratuito que nadie le había demostrado antes, como si en ella hubiese algo de santa o de diosa. No sabría calificar sus sentimientos, porque luego vino el concierto de Antonio Vega al que la invitó y la mano de Luján rozando primero la suya y luego apretándola con emoción, diciendo que deberían colarse en los camerinos y conocerlo antes de que se muriese.

—¿Pero qué dices, criatura? No seas gafe.

—Este hombre está a punto de morir, lo veo en sus ojos. Y también veo que no le importa demasiado. Deberíamos conocer a alguien así antes de que desaparezca, ¿no te parece?

Minerva no estuvo del todo de acuerdo, pero se dejó arrastrar. El corazón le latía tan fuerte que apenas veía y la causa de semejante abandono se le escapaba, como si la mano que la unía a Luján la trasportase también a otro mundo, uno que solo había conocido en las novelas y en el buen cine al que se había acostumbrado en la soledad de su piso pequeño pero impecable en el paseo de las Delicias. En realidad alquiló el piso allí por el nombre de la calle, como hacía todo en su vida buscando la perfección, el equilibrio y la belleza. El ser humano se había olvidado de la belleza y así le iba. También por eso Luján y sus ojos brillantes y azules, tan hermosos y perturbadores. Evidentemente no las dejaron entrar, sin embargo Minerva no se fue descontenta del todo. Sentía ganas de besar a Luján en la boca, de arrebatarse esa frescura y esa presencia de ánimo y quedársela para ella. No la deseaba como mujer, no era su cuerpo lo que le atraía, no, más bien era el hecho de poder contagiarse de aquella dejadez de Luján para con todo a través de su boca. Sentía que el mundo le dejaría de doler, que las cosas cotidianas que tanto la dañaban dejarían de tener importancia si Luján la besaba y se quedaba a su lado. Solo verla sonreír hacía ya que la mitad del universo dejara de existir. Había que borrar de un manotazo la otra mitad. Sin embargo no lo hizo. Luján parecía en verdad decepcionada por haber perdido su oportunidad de conocer a Antonio Vega antes de que se extinguiese como la llama de una mecha ahogada en cera. Y su rostro se había transfigurado. De golpe parecía una anciana silenciosa que ya no tiene nada que decir. Su mirada se matizó en profundidad, sus ojos azules se volvieron casi tan negros como su pelo. Parecía agotada.

—Venga, niña, ánimo, te invito a una copa.

Pero Luján rehusó la invitación de forma arisca, soltó su mano con un gesto de

desagrado y dijo que se iba a casa, que estaba muy cansada.

Minerva la miró desaparecer calle abajo como se mira lo que no puede alcanzarse y tuvo ganas de golpear algo hasta hacer sangrar sus nudillos. Esa misma rabia vuelve ahora a pesar de que luego todo siguió su ritmo natural, las llamadas, las cenas, quedar a tomar un té y luego el teatro alternativo dos veces por semana con aquella peluca rubia y el traje de noche negro. Esa misma rabia se apodera de Minerva aún sabiendo que esta noche verá a Luján actuando y se conmoverá como se conmueven los sensibles ante una obra de arte. Es esa rabia la que hace que tome los vinilos de Antonio Vega y Nacha Pop y los lance por la ventana abierta de tal forma que los vea volar antes de caer extendidos y probablemente rotos por el paseo de las Delicias, como una lluvia delicada y sanadora que hace que experimente cierto alivio egoísta antes de caminar hasta el baño para darse una ducha y pensar que, al fin y al cabo, la vida sigue su curso.

D.F. (Méjico)

(Fragmento del Diario de Arthur Burleigh)

*U*no se pregunta qué piensan exactamente las moscas cuando chocan contra el cristal de una ventana. Si piensan algo. Al menos deben sentirse como Rosa y yo cuando jugamos al juego, lo que viene a ser el juego en sí, siempre el mismo a lo largo de los años por más que ella o yo cambiemos, que cambiamos, vamos madurando y macerando las estrategias para finalmente acabar atrapados por la estrategia del otro, o por la propia, chocando contra el cristal, en fin, lo de siempre una vez más. Lo único que varía con insistencia casi exasperante es si el cristal está del lado de uno o de ella o del de los dos porque a veces, eso sí, estamos los dos del mismo lado del cristal chocando irrefrenablemente por no darnos cuenta de que estamos el uno junto al otro. De hecho esto es lo que más veces se repite en nuestro juego eterno: los dos del mismo lado del cristal, idénticas moscas zumbonas dándonos cabezazos contra nuestro reflejo pensando que es el otro que intenta pasar de nuestro lado. A veces ni vemos el cristal que nos separa. A veces es el cristal lo que nos une.

Si tengo que ser sincero, ¿por qué no?, nadie más va a enterarse, no buscaba la compañía de Rosa esta noche en concreto. En realidad quería estar en un bar a solas con Sibila, para hablarle de mi corazón roto en surrealista relación con la súbita transformación de mi musa en un cojín, sí, sí, en un cojín. Cuando uno cree que lo ha visto todo, va y se enamora románticamente de una mujer a la que solo tiene la intención de amar sin pretensiones, o lo que es lo mismo, utilizar ese sentimiento arrollador que me embargaba cuando la veía para retomar aquella creación literaria de la que me había quedado vacío hacía ya algún tiempo. Es decir, había vuelto a encontrar mi musa perdida en el fondo de una pianista algo rarita que, de alguna extraña forma, me precipitaba a una especie de pozo emocional donde solo podía navegar entre textos mentales. Había recuperado la capacidad de escribir. De todas todas, montar en bicicleta no se olvida tan fácilmente. Pues bien, lo que pensaba contarle a Sibila era la extraordinaria forma en la que una musa puede convertirse en un cojín, que fue lo que hizo previo leído de un poema que le escribí que hubiese enamorado a cualquiera que tuviese corazón, pero qué digo, me hubiese enamorado a mí mismo de pillarme por sorpresa. Pero ella no pareció enamorarse, sino que, más bien, se cubrió la cara con un cojín y así estuvo el resto de la noche, entre avergonzada y tirando a ridícula. Yo, que había soñado con verla tocar el piano ataviada tan solo con mi camisa, tuve que conformarme con una sensación ácida de

vergüenza ajena que acabó por llevarse todo mi amor e inspiración por el desagüe. Y eso es lo que quería contarle a la atenta Sibila, tan fuerte y tan madre y amante y amiga, y tan dulce conmigo no sé por qué, esta noche, bebiendo como un romántico al borde del pistoletazo de salida a una vida mejor. Pero Sibila trabaja.

—Llamá a Rosa —ha dicho.

Y esas palabras me estremecen todavía. Porque el juego y Rosa y yo, si es que hemos cabido los dos alguna vez en la misma frase, se me vienen encima hasta el cristal. En Historias de cronopios y de famas, se sugiere que alguien ha inventado un cristal para que las moscas pasen del otro lado. Pero que el problema era que luego no podían volver a entrar. Puedo imaginar con toda claridad a Rosa entrando a través de la ventana para descubrir con sorpresa que yo lo he hecho desde el otro lado al mismo tiempo y que ahora, cada uno en el lado opuesto, seguimos en la misma situación que al principio pero invertida. Es la incomodidad de ese echarnos en cara y amarnos al fin y al cabo lo que adoro y no soporto. El verla tan endiosada y luego darme cuenta de que es humana o que ella puede estar pensando lo mismo de mí o que quizás ella dice dulzuras de mi persona mientras yo la pongo verde y eso es peor porque siempre parece que estamos hablando de cosas diferentes y luego resulta que somos de los pocos que hablamos el mismo idioma y qué sé yo. La verdad es que no me importa mucho ahora que trato, esquivando el calor, de contarle lo mismo que le hubiese contado a Sibila pero con una nueva anotación que me ha hecho ver ella en su mirada atenta (yo sé que es atenta, aunque siempre parezca que no escucha, yo lo sé aunque muchos no lo sepan y eso me hace estremecer de descubrimiento) o quizás hayan sido las dos cervezas con sus correspondientes, y no por ello menos dulces, tequilas con sal y limón que es como ella los bebe y como los bebo yo cuando estoy con ella.

—Pero he decidido que será mi musa de todas formas. He descubierto que no estaba enamorado de ella, sino de la imagen que me había hecho de ella para mí, en mi mente y en mi corazón, para seguir escribiendo, para poder, al fin... saber que no se me ha olvidado montar en bici. No sé si me entiendes.

—Perfectamente —sonríe ella.

Ahí está, claro, preciso, el cristal de frente como un invasor de espacio. ¿Chocaremos contra él? ¿En qué lado del cristal está Rosa? El juego comienza en el momento en el que ella ha dicho esa palabra, o quizá ya llevemos mucho jugando, a veces no se sabe, quizá desde que marqué su número con ánimo de autodestrucción.

—Entonces, ¿para qué la necesito? —continúo a pesar de todo, del cristal, de la posibilidad de que se ablande y resulte que estamos de nuevo en lados opuestos como en el minicuento de Cortázar—. Si la musa me la inventé yo, si ni siquiera se parece a lo que yo había aproximado para escribir aquel poema que la transformó en cojín, es que el montar en bici estaba dentro de mí y no procedía de ella. Puedo seguir amando a la mujer imposible que me inventé. Puedo seguir escribiendo para esa fantasía. Puedo, al fin y al cabo puedo y ya está.

Supongo, y solo supongo que ella es humana, que me escucha, que sabe de qué le estoy hablando, que ella siente lo que yo siento algunas veces y que no es una especie de diva petrificada, incluso creo que he llegado a todas estas conclusiones porque le estoy hablando a ella y no a cualquier otra persona y eso me satisface de una forma tal que bebo otro tequila pero este a mi salud y no a la de la decepción del cojín y tal y cual. Pero de eso va el juego y se me olvida y cometo el error de preguntarle por las cosas de su vida que pretendía juzgar solo para entretenerme, como suelo, y es ahí donde quedo atrapado por el cristal, por mi propia estrategia de juego, a medio camino entre un lugar y el otro. Porque le doy vía libre. Dejo que compare sus experiencias con las mías sin recordar que el alcohol le suelta la lengua y siempre habla de más y resulta que dejo de ser la estrella de mi propio melodrama para pasar a ser el espectador del suyo, siempre narrado como sin expresión, con ese poco asomo de cosas que hieren por más dolor que yo reconozco en ella porque la conozco, soy capaz de ver claramente en ella a la mosca zumbona que me lleva observando del otro lado de la ventana años y años. Y habla y habla y habla y yo, que había venido a compartir mi corazón roto me encuentro con el suyo sin previo aviso, si es que no cuentan los años de experiencia en el juego y en la estrategia, ya olvidada, de ser y decir y estar y ser irónico y duro a veces porque ella a veces también se mostraba estúpida e incongruente y excesiva y esa manía mía de decirlo siempre todo a ella le dolía y a veces por eso mismo se mostraba así de estúpida (por decir algo, porque uno no comprende por más que se esfuerce cómo alguien puede mostrarse tan distinto e insoportable sin hacer de ello una ruptura total y definitiva). Me pido otra cerveza y me río abiertamente de que ella hable tanto como siempre.

—Lo siento, Arthur —se sonroja.

Pero yo no lo siento en absoluto porque he comprendido de golpe el juego. Es quizá el cristal como la musa, como el querer volver a montar en bici después de tanto, como sus defectos y como los míos, de los que nunca aprenderemos, una fascinación absoluta, un producto de nuestra imaginación que se complace en hacernos jugar el uno con el otro, contra el otro.

—Deberíamos besarnos solo por deporte —dice riéndose y pidiendo otro tequila.

Y quizá tenga razón. Es por eso que estamos unidos de una forma extraordinaria, de esas que hacen que te odies durante años y luego te reencuentres y todo sea como siempre o como nunca para mejor: no importa si el cristal existe o si está de un lado o del otro. Lo único importante entre los dos es que ambos somos moscas.

Calle San Hermenegildo

A Paula solo se le ocurre una persona en el mundo que pudiese pensar que ella es una asesina. Y sin embargo se resiste a prefigurar el nombre en su mente mientras entrega los guantes blancos de cabritilla al amable policía. Unas preguntas cordiales que ella responde con la mejor de sus sonrisas, una sonrisa muchas veces ensayada frente al espejo cuando de niña fingía estar contenta en mitad de su rabia contenida. Porque aprendió a contenerse. Pasan de nuevo las imágenes en televisión por su cabeza mientras sigue hablando *brutalmente apuñalada en los alrededores de su casa de la Moraleja* con el policía aquel tan amable y sí, no se me ocurrió ir a la policía por un hecho tan insignificante *dejando ocho muertos y cuarenta heridos* porque no solo la vi yo, ¿sabe? Estaba en un restaurante aquella noche *el presunto asesino golpeó a la víctima con un cenicero y luego pidió ayuda para tirar el cadáver al río* si lo que es significativo es que la viese dos veces, *descuartizando más tarde el cuerpo y repartiendo los pedazos en bueno*, supongo que no había pensado que quizá fui la última en verla con vida. Bueno, no yo, quería decir nosotros, porque mi novio Sansprénom estaba conmigo.

—¿Se sonroja usted?

—Discúlpeme, pero es que no estoy acostumbrada a la palabra «novio», las etiquetas... ya sabe.

Paula recuerda sus ataques de ira cuando niña. Recuerda la fascinación que ejercía sobre ella todo lo violento, la sangre, el telediario de las tres. Vio unas doscientas veces el telefilme aquel con Mark Harmon sobre Ted Bundy a la edad en que las niñas se aprendían de memoria *El mago de Oz*. Se sentía como él. Las manos precisas que le harían más tarde ganarse el pan con la pintura mal que bien, servían también para matar. Paula lo sabía y no solo eso: le excitaba la idea de hundir un cuchillo, una navaja e incluso un lápiz en la carne blanda de un ser humano, mancharse de sangre caliente las manos. Su inteligencia despierta hizo que muy pronto diseñara un plan para cometer el crimen perfecto. Llegó a la conclusión de que aquella muerte debía ser única y se propuso resolver el problema de cómo paliar ese deseo de seguir producido por el placer que a bien seguro sentiría. No llegó a ninguna conclusión inapelable. Se dedicó pues, asociando aquello a su mente inmadura y posponiendo la decisión, después de todo no había prisa ya que para matar siempre hay tiempo, a contener su rabia, a encerrar su frialdad en una caja de la que perdería la llave. Recordaba con precisión lo que dijeron siempre de Ted Bundy:

—Era un tipo encantador.

También ella lo sería. Se pegó a su tío Pedro hasta el punto de convertirse en su

sombra porque era la mejor persona que conocía. Sería como él. Copió sus gestos, su forma de enrojecer de vergüenza o de sorpresa, su manera de comportarse. No le fue difícil. Desde niña tuvo facilidad para saber cómo era la gente en realidad, por dentro; evidentemente lo que dejaban ver carecía de importancia para ese menester, ya que toda persona es el compendio de las máscaras que viste según el auditorio. Pero es que Paula era capaz de percibir la naturaleza de las personas, la esencia, aquello que les avergonzaba o por alguna razón pretendían ocultar quizá por la sencilla razón de que ella misma tenía un enorme secreto, un deseo inconcluso de violencia y mutilación.

Pasaron los años y su máscara fue tan perfecta, su coartada tan íntegra y sin fisuras, que terminó por creerla y se descubrió a sí misma detestando de golpe aquellas cosas que le producían con anterioridad un morbo peligroso y un vértigo intenso. Quizá coincidió con la época en la que conoció a Sansprénom. Ella, que siempre había pensado que lo único que la haría sentirse viva y definitivamente humana sería matar, se encontró a sí misma temblando de anticipación cuando él se le acercaba, descolgándose en sus brazos de puro desmayo cuando la besaba, invitándole a ser él el que se hundiera en su carne y la hiciera desfallecer. No le hubiera importado cesar de existir si era él el que empuñaba el cuchillo. A veces fantaseaba con ello incluso: Sansprénom con la hoja brillando en su mano, hundiéndola en el pecho tierno de la amante, el gemido lastimoso, las manos entrelazándose y Paula, al borde de la no existencia, tirando de él hasta sus labios, sellando con un beso ese pacto secreto de muerte y destrucción. «El mundo se acerca al Apocalipsis», pensaba entonces con una especie de náusea a la vez inmunda y placentera. El deseo de matar se diluyó por completo. Ahora no podía ver las noticias sin que un sobrecogimiento la recorriese. Toda aquella violencia, aquel horror, le producía un extraño miedo, como si la humanidad estuviese llegando a un límite de decadencia tal que no fuese posible purificarla de ninguna manera, que la salvación ya no tuviese espacio. Ni héroes ni villanos, ni dioses ni monstruos, ni seres puros ni malvados. No. El diablo campa a sus anchas por Madrid haciendo un juego de manos con todo el que se le cruza. De pronto ya no existes, eres una mancha en la calzada, un cuerpo mutilado en la morgue, un funeral que se televisa para mayor morbo del populacho. Paula se mareaba. Es como si en todo esto hubiese alguna clase de premonición. ¿Por qué ahora lo mismo que antes le atraía de una forma horrible y hasta sensual, se le antojaba macabro y dantesco? ¿No había pensado ella misma aquella noche en matar a Luján Menéndez porque se parecía a Marga? Otro lo hizo. Y Sansprénom piensa que ella hubiera sido capaz de empuñar el cuchillo, hundirlo en la carne seca de la chica, dejarla allí vomitando sangre. ¿Y por qué lo pensaba?

Supo siempre en el fondo que Sansprénom desconfiaba de ella. Había en él algún tipo de miedo, como si intuyese la clase de monstruo que había llegado a ser en otro tiempo, un monstruo que, por otro lado, no tenía por qué no volver a aparecer. Paula se sentía inválida con Sansprénom, como si toda aquella intuición tan precisa no

funcionase cuando de él se trataba. Podía ver retazos, hilos sueltos que completaban de alguna manera lo que él mostraba, pero nunca lo contradecían, como si en su caso hombre y máscara fueran un todo y los mínimos que se ocultaban no tuviesen la preciosa importancia que se les podía atribuir en otros seres humanos. Sin embargo había algo en él que intuía el horror que se escondía en el corazón de Paula, esa ira ciega que el orden y la constancia habían logrado acallar. «El Apocalipsis se acerca, y puedo reconocerlo porque en otra época logré parecerme mucho a él».

—¿Desea algo más?

—Si no le importa me gustaría que nos acompañase a la comisaría.

—No claro, por supuesto, ningún problema. Si no le importa que...

«... me quité las bragas para poder hacer un crucecito de piernas».

—... coja el bolso y el tabaco. Mis manos se sienten un tanto desnudas sin los guantes.

Definitivamente la única persona que podía haber pensado que ella, Paula la candorosa, inocente y dulce era una asesina, es Sansprénom. Y en cierto modo ese descubrimiento, lejos de despertar en Paula el instinto asesino que duerme en su interior, le hace ser un poco más feliz. «El Apocalipsis es un niño jugando con un mechero y una lata de gasolina, pero yo me acerco un poco más a Sansprénom, con su nombre de John Doe incluido, solo porque él, a su modo, también es capaz de verme. Quizá haya llegado la hora de decir un par de verdades»:

—¿Quiere un cigarro, agente?

—Gracias.

—¿No debería decir: «lo siento, estoy de servicio»? Quizá veo demasiado cine.

En realidad debería estar enfadada, quizá sí. Quizá el resto de los humanos, cualquiera de los otros, vería que Sansprénom la hubiese denunciado como algo grave. Paula no. Puede que quede un reducto de frialdad en ella, que haya escapado a la magia del francés una pequeña parte en la que no siente que esto sea una agresión. Es extraño, incluso ella se sorprende de no estar enfadada. Encuentra natural que él se diera cuenta, ¿por qué no? Él es diferente, especial, él la ha visto entera, ha visto también el Apocalipsis y no hubiese sido difícil, quizá nada difícil, que ella misma hubiese empuñado el cuchillo. No lo hizo, pero eso no cambia nada: podría haberlo hecho. Sonríe al policía, que le devuelve la sonrisa de una forma bastante agradable. Paula piensa que quizá cualquiera se enfadaría porque su novio la hubiese denunciado, por no confiar en ella y nada más. Pero a ella eso le parece irracional. Si Sansprénom pensó que era una asesina, ¿por qué no ir a la policía? ¿Por amor? Casi se le escapa una risa delante del agente. El amor no frena el miedo, claro que no. Así que tampoco es tan grave en realidad. Él hizo lo correcto. Otra cosa es que se equivocara.

D.F. (Méjico)

—Lo mismo nos morimos todos de la fiebre esa porcina, che. ¿Viste los boletines? Mi mamá que es una zonza ya está gritándome que me vuelva para Argentina, como si a Buenos Aires no fuera a llegar nunca la peste. ¿Vos qué pensás de todo esto? Alguna metafísica explicación tenés, como si lo estuviera viendo.

—Opino que esta civilización ha llegado a la fase de decadencia y que de acá irá todo para abajo.

Arthur mira alternativamente a Sibila y a su imagen en el espejo del fondo, tras ella, una imagen de inglesito bien que está mintiendo, o más bien esquivando una verdad, lo que viene a ser lo mismo. Sibila quiere saber qué tiene que ver esa teoría con la gripe que se está llevando tantas vidas en Méjico. Arthur contesta mecánicamente, tratando de no mirar a Rosa, que trae el mate cebado y lo pone sobre la mesa. Pero ve la mano, una mano morena, pequeña, suave. Una mano cubierta de anillos, coronada por pulseras que hacen un sonido tintineante al amontonarse unas sobre otras, una mano que va unida a un brazo conocido, un brazo delgado fijado al torso mediante un hombro... pero no empecemos a pensar el hombro o nos perderemos después figurando el cuello y a partir de ahí no hay retorno. Arthur fija sus ojos en Sibila, pero ni aún así evita el roce tangencial de la imagen del pelo tan negro, trenzado con cintas rojas, cuando Rosita se inclina para besarla justo antes de volver a sus quehaceres. Aprieta los ojos para no perder el hilo de lo que está contestando, para que no se note la pausa producida por el escalofrío, para que Rosa no entre de lleno en lo que dice y lo borre, como siempre borra lo que roza. Pero solo viene a su mente la manita cubierta de anillos y el mate cebado al que ahora Arthur se aferra para disimular un inminente temblor de voz.

—El universo tiene sus formas de devolver el equilibrio. ¿Te has dado cuenta de que ningún país del tercer mundo se ha contagiado? Siempre me pregunté qué habrían hecho algunos sures para merecer ciertos nortes. Ahora es como si el mundo castigase a los nortes con esta fiebre. Es como el final del imperio romano: cuando se les fue de las manos explotó todo.

—Muy propio de vos mezclar invasiones extranjeras con víricas.

—¿Qué le voy a hacer? No termino de acostumbrarme a salir a la calle con mascarilla y que no se vea la mitad más agraciada de mi cara.

—Así tenés una idea aproximada de lo que será llevar un burka.

—Luego me dices a mí que mezclo.

Aunque sí, está mezclando la conversación, Rosa, el mate, las cosas que deberían tomarse de una en una porque así al final la fiebre porcina se cuele en la yerba y la

amarga un poco más si cabe y la sensación de compartir un secreto con Rosita ahora que han estado juntos en el lugar común de las moscas con la Rosa que, sentada en el suelo, pinta indolentemente alebrijes que ha tallado con anterioridad. Todo complementa los huecos, es un conjunto en sí mismo. Sibila no lo ve, ni podrá verlo porque no está en el secreto como las abejas laboriosas desconocen el lenguaje de las moscas. Nada. Sibila sigue parloteando sobre la fiebre, los sures, la melancolía porteña y de cómo esta afecta al orgullo. Banalidades. Paparruchas. Sibila tan rubia, tan guapa y tan ambigua. Sibila tan buena amiga, tan acogedora y tan inútil porque no es una mosca como él y como Rosa. Todo lo que diga estará vacío, responderá a una ignorancia. Pobre Sibila, tan enamorada de Rosa misterio, de Rosa absurda y maravillada, de Rosa rodeada de animales ficticios compuestos de trozos de animales reales que poco a poco se cubren de colores vibrantes. Monstruos simpáticos, tan similares en el fondo a la propia Rosa.

Recuerda Arthur que a Rosa la conoció en el colegio, con once o doce años. Su padre era un diplomático británico al que destinaron en la embajada de Méjico, él un chiquillo rubio y bien peinado que solía vestir polos azules (en realidad no es que haya cambiado mucho, piensa, aparte del pelo más largo, la longitud de los miembros y la barba que será siempre despeinada y aleatoria, siempre adolescente a pesar de la edad) y que tuvo suerte de tener español como segundo idioma en el colegio de Londres. Rosa se sentó con él inmediatamente.

—Hola —dijo.

Y ese «Hola» lo cambió todo para siempre.

Amó a Rosa como se enamoran los niños y con esa persistencia absurda que tienen luego los adultos. Al principio fue cosa lenta en cierto sentido. Le gustaban sus ojos negros y vivaces, su ropa colorida, sus cintas del pelo (tampoco es que ella sea otra distinta a esa niña de once años, la verdad sea dicha), su boca grande y gruesa, sus dientes tan blancos. Luego empezó a apreciar su risa sonora como una campana hasta que ese sonido se le metió dentro de la cabeza y no pudo oír otra cosa. Comprendió su cuerpo delgado tan pronto como ella se lo mostró sin reservas (solía cambiarse de ropa frente a él. Cuando Arthur se sonrojaba, Rosa reía a boca llena y le decía «no mames, güey, no seas vergonzoso, no hay que tenerle miedo al cuerpo, no pasa nada»). Amó profundamente y odió con la misma intensidad el modo en que ella naturalizaba el estar a su lado, como si no tuviera importancia, como si ser amigos fuese todo lo que pudiesen llegar a ser. Y esa naturalidad podía llegar a ser de una crueldad casi intolerable. Aquellos primeros sonetos del horror de la adolescencia eran Rosa fumándose un cigarrillo yanki a escondidas contándole sus incipientes experiencias sexuales a un Arthur virgen y como ajeno que pagaría más tarde su frustración con la almohada, la pluma y su muñeca, hecha mierda de tanta paja y tanto poema. ¿Es que ella no entendía? Parecía Rosa siempre detrás de un cristal, del otro lado del mundo aunque a su lado, en una fiesta a la que a Arthur no lo habían invitado. Los últimos meses fueron infernales. Rosa había dejado las clases porque

encontraba inútil seguir estudiando y de golpe su ausencia, el agujero que dejó en su silla (y en el alma de Arthur, en mi alma, pobre adolescente tarado) se convirtió en una obsesión. Arthur se despertaba en una cama de Rosa para desayunar Rosa con café con leche e ir a clase de Rosa donde la profesora Rosa intentaba explicar el nexo común entre *Hamlet*, *Othelo* y *Romeo* y Rosa. Después la Rosa real lo esperaba para ir a la piscina a bañarse y comer unos tacos riquísimos que hacía su padre. Rosa en bikini. Rosa, diecisiete años, absurdas cintas de niña y flores en el pelo, bikini desvergonzado de color rojo; Arthur iría a la universidad en Londres.

—Te voy a extrañar —dijo ella la última tarde de agosto.

—No sé de qué me hablas.

—Mañana te marchas, ¿no? Te voy a extrañar, entonces.

Estaba atardeciendo y en la casa de Rosa no había nadie. Ella llevaba aquel bikini rojo en el que Arthur ponía todas sus esperanzas autoamatorias. La piscina parecía contener todas las lágrimas que no se atreverían a derramar.

—Cuando te animes a volver, aquí me encontrarás.

—¿Qué te hace pensar que volveré?

—Arthur, ¿por qué no me besaste nunca?

—¿Qué dices?

—Que por qué no me besaste. Quiero decir, tú me quieres, ¿no? Entonces no entiendo por qué no me besaste, pinche inglesito.

La respuesta era «porque si hubieses apartado la cara me hubiera muerto», pero el miedo lo paralizó y no fue capaz de decir nada. Entonces aquella risa como una campana y los labios de Rosa acercándose, las manitas morenas de Rosa deslizándole pierna abajo el bañador, el bikini rojo saliendo del cuerpo de Rosa. Lo que más recuerda Arthur es el sabor a cloro, que no sabía qué hacer (y sobre todo cómo, cómo) y que perdió la virginidad haciéndolo rápido y de mala manera pero con Rosa.

Fue en Londres que conoció a Sibila. Arthur intentó olvidar a Rosa nada más poner un pie en Inglaterra y lo hizo bebiendo mucho, estudiando poco y acostándose con múltiples jovencitas que solía encontrar en el bar donde Sibila trabajaba. Enseguida entablaron amistad, aunque solo fuese porque se dirigía a ella en castellano y Sibila era argentina.

—De vez en cuando hace falta oír el idioma propio, che.

Sibila tenía una de esas bellezas que cuando las tiene una mujer se dice que quedarían bien en un hombre y al contrario. Alta, fibrosa, quizá los músculos demasiado marcados, quizá la nariz demasiado aguileña, quizá un pelín encorvada, quizá los pies y manos demasiado grandes para una mujer, pero guapa al fin y al cabo. Los ojos azules brillaban cada vez que veía entrar a Arthur (el cual pensaba que la camarera, pues nunca llegó a plantearse que fuera otra cosa que camarera, estaba enamorada de él).

—Ni en tus mejores sueños, inglés. Parece mentira que no te hayás percatado vos, que sos tan perspicaz, de que no me van los hombres.

Arthur rio aquella adivinación de su amiga y apuntó:

—Entonces, ¿por qué te brillan los ojos?

—Porque me caés muy bien, boludo, porque parecés sensible al arte y no hay muchos de esos que se emborrachen por acá.

Por aquellas fechas le dieron a Arthur su primer premio importante y lo hicieron por los poemas escritos a Rosa. Lo celebró perdiendo la sobriedad, la dignidad y las llaves de su casa en el bar de Sibila, por lo que esta tuvo que ofrecerse a llevarlo casi en volandas a su propio piso a pasar la noche. Se recuerda diciendo algo ininteligible al entrar, algo como:

—Blammmbluam, ssssimiira, ¿mmm?

Por supuesto Arthur no sabe qué quiso decir con aquel gruñido, pero supone que debió tener que ver algo con la sorpresa que le produjo el orden y la pulcritud del piso de Sibila, la exquisitez de los muebles austeros, la biblioteca bien surtida, las partituras escritas a mano sobre la mesa.

—Cuando te metés con los prejuicios burgueses me rompés las pelotas. Decime, fijo que vos te figuraste que toda mi aspiración era poner copas, ¿sí? Pues eso se llama buscarse la vida como buenamente uno pueda. Comprendé que no puedo vivir todavía de lo que compongo, nene.

Arthur se enteró entonces de que la argentina tocaba cinco instrumentos, componía y estaba en Londres estudiando dirección de orquesta y ya de paso inglés. Impresionado y borracho quiso escuchar algo. Complacida, Sibila sacó un violín que parecía antiguo de un estuche negro y se lo colocó bajo el cuello.

—Estos animalitos suenan mejor cuanto más viejos, che, como si guardasen el espíritu de todo el que los tocó. Y lo mismo hasta el talento —dijo ella como respondiendo a una pregunta que Arthur no había hecho.

Después respiró hondo, cerró los ojos y posó el arco sobre las cuerdas. Un sonido indescriptible y hermoso llenó la sala, un sonido profundo, como un lamento prolongado en el que pequeñas sutilezas sugiriesen esperanzas no consumadas. La pieza sonaba como a agua cayendo y a Arthur le pareció que era agua que cayese sobre un ahogado, como si toda cosa que saturase el alma fuese capaz de multiplicarse y condensarse en notas. De pronto cesó y fue como si lo sacasen de un sueño profundo y reparador aunque no del todo agradable. Tenía toda la cara llena de lágrimas.

—Si querés te cebo un mate, pero yo voy a dormir, que estoy muerta.

A Arthur le pareció inconcebible que saliese de repente una oración tan vulgar, tan cotidiana, del mismo ser que producía minutos antes un sonido tan extraordinario. Ya ni siquiera se sentía borracho.

—No, Sibila, gracias. Era... precioso. ¿Es algo que hayas escrito tú?

—Sí, es mío. Se llama «Soledad». Es una pieza para violín y piano pero te podés imaginar que se me complica tocarlos a la vez.

—Tengo que proponerte algo.

—Dormite ahora no más, inglesito, no andés pelotudeando. Mañana me contás tu negocio.

—Pero tengo que decírtelo ahora para que mañana me lo recuerdes. No sé si mañana seré capaz de recordar un sonido tan bello.

Sibila se rio con su risa ronca y seca y dijo:

—Dale entonces.

Los siguientes meses fueron una carrera vertiginosa de recitales por todo el país. Arthur leía sus poemas sobre Rosa y Sibila tocaba el violín. La gente salía con lágrimas en los ojos, compraba el libro, llamaba para contratarlos en otro lugar. Sibila resultó una compañera perfecta, ordenada, pulcra, agradable. Nunca estaba molesta por nada, nunca se enfadaba. Incluso en ocasiones ayudaba a Arthur a «donjuanear» como ella decía, entablando conversación casual con cualquier mujer que él quisiera llevarse a la cama. Eran felices en cierta forma. Fue en aquellos días que Arthur olvidó a Rosa definitivamente y hasta llegó a imaginar que pudiera enamorarse de otra mujer. Sacó otro libro. Empezó a ensayar prosa, aunque nunca consiguió nada realmente merecedor de su aprobación. Cuando Sibila sacó lo de director de orquesta, decidió hacer algo por ella.

—Sibila, ¿te gustaría dirigir?

—Y claro. ¿Te pensás que me lo saqué por gusto? Es lo que más me gusta en el mundo junto al dulce de leche que hacía mi abuelita, que Dios la tenga en su gloria.

—Pues hazte la maleta que te he conseguido una prueba.

—¡Pucha! ¿¡Qué decís!?! ¿Me estás cargando?

—No te pongas tan contenta porque es fuera de Inglaterra. En Méjico DF Mi padre es amigo de...

—¡Cómo si es en el fin del mundo!

Sibila le cogió la cara y se la besó entera. Un mes después estaba instalada en Méjico, cumpliendo su sueño. Arthur se sentía un poco el hada madrina de los cuentos.

No fue hasta diez años después que decidió volver a Méjico. Vivía de la literatura con tranquilidad, aunque un poco justo ya que Londres era muy caro, y además, ¿por qué no admitir que echaba de menos el sol, los tequilas, la comida, la gente? Y ya Rosa no representaba un peligro para su salud mental. Ya no le obsesionaba, ya no la amaba, ni siquiera la llamaría. Era mejor evitar el contacto con aquel ser divino al que había logrado despreciar con verdadero ardor.

Se compró una casita en DF pintada de azul un poco en honor a Kalho y Rivera y llamó a Sibila.

—¡Sorpresa! Adivina quién se ha instalado en todo el meollo mejicano.

—¡Mi Don Juan inglés! Mandate a mudar a mi pieza ya mismo. Esperá que te alcanzo la dirección. Ponete lindo que no vivo sola.

—No me digas que te has formalizado.

—Me convertí en una *believer*, che. Ya vas a ver la envidia que te va a dar cuando

veas a mi novia.

La puerta de la casa de Sibila la abrió Rosa.

Hay veces en la vida en las que un cuchillo de hielo parece traspasarte de un lado a otro, como si pudiese congelarte el alma ese instante perfecto en el que parece que el mundo está por acabarse. Rosa y Arthur, frente a frente, como si el tiempo transcurrido hubiera sido un accidente y ahora tuviesen que pararse a medir los desperfectos. Es solo un segundo, quizá dos, porque Sibila aparece acto seguido secándose las manos en un delantal de cocina de color blanco, pero parece eterno. Rosa sonrío y Arthur la odia por ello, como odia todo lo que es Rosa, porque en las manchas del recuerdo solo queda la risa y la burla y quizá la crueldad de Rosa, sabiendo que él la amaba y sin embargo contándole de Rodrigo o Alejandro o Nicolás.

Ha pasado un año desde aquel encuentro hasta ahora y sin embargo el juego en el que Arthur y Rosa se miran y se atacan con tácticas mágicas y silenciosas que solo ellos comprenden continúa indeleble, quizá renovado, con nuevas piezas: Sibila, el hijo que Rosa tuvo con un hombre con el que se casó y del que jamás habla, y ahora el cristal que ya no existe, nexo común que devuelve a Arthur a una adolescencia tormentosa, ignorante y obsesionada. Llega a la conclusión de que no puede permitirse el lujo de regresar a la Rosa omnipresente y decide que debe enfrentarla, mirar más allá de la manita anillada, del brazo moreno, incluso del hombro si cabe, ver su cara de frente, la cara de la pintadora de alebrijes.

—De todas formas te imaginás que lo podemos tener ya, incubando o qué sé yo. Me da pena por el chico, Marcos, que se aburre todo el día en casa sin poder ir a la escuela. ¿Me escuchás?

—Mmm... sí... sí, claro.

—Es como el juego ese al que jugábamos de chicos, la peste. Nos la pasábamos todo el día corriendo los unos tras los otros gritando: «la llevás».

—Yo nunca jugué a semejante cosa.

—Vos sos un cheto inglés. Los chetos ingleses jugán al polo.

El escalofrío de saberse observado por Rosa, a la que todavía no mira, pero está. Arthur la sabe abandonando las pinturas, con Marcos sentado en las rodillas, quizá contándole alguna historia para que se quede tranquilo y mirándolo a él, a Arthur, al pijo inglés que jugaba al polo de niño. Enrojece, piensa en la ignorancia de Sibila, que ni tan siquiera sabe que ya Rosa y él se conocían de antes, no se atreve a volverse y enfrentar la mirada de la madre a la que oye decir «no mames Marquitos» (pero no es posible que haya dicho eso al niño, quizá lo ha imaginado) y levantarse. La escucha acercarse a la mesa, el corazón parece estar a punto de estallar.

—El chico tiene hambre. ¿Quieren unas quesadillas de flor de calabaza con salsa valentina? Es lo que voy a hacer, me salen bien chingonas.

Claro que le salen buenas. Ese sabor recordado abre el apetito de Arthur que no las come desde los quince años. Rara vez Rosa cocina.

—Sí, sí, claro. Y me tomaría una sol.

—Y ya sabés dónde está la heladera, Arthur, que no veo yo a Rosita haciéndote de mucama.

—No te preocupes, Sibila, yo se la traigo para que ustedes sigan platicando. No quería interrumpir.

Arthur cree ser el único que ha descubierto una chispa de ironía en la voz de Rosa, pero cuando esta sale, Sibila exclama:

—¿Es tan difícil llevarse bien?

—¿Qué?

—Ustedes dos parecen un par de moscas chocando contra el cristal de la ventana que tienen de por medio. Todo el día viéndose sin poderse comunicar.

Lavapiés

Como una preciosa metáfora del cielo y el infierno, como una escala luminosa abierta entre las nubes, como un cuchillo de cera deshaciéndose tras haber sido asestada la puñalada mortal, como una gota de lluvia (solo una) cayendo sobre la cabeza ardiente en mitad del desierto, como una esperanza vacía que arrasa de lágrimas el rostro del que la vive, como una contemplación inútil en mitad de las emociones, como una sonrisa sin significado encima de una tumba, como una fuerza sobrenatural apoderándose de los miembros y agarrotándolos, así Minerva sentada en el patio de butacas improvisadas, tragando el polvo que brilla con la luz de los focos alquilados. Así sus ojos inundados por la visión esperpéntica de la obra maquinada por actores aficionados y más bien malos, con aspiraciones altas y poco que ofrecer, visión que se transforma al pasar por Minerva en otra muy diferente. Ella solo ve a Luján con el vestido negro sin espalda y la peluca rubia, moviendo deprisa sus manos, encendiendo un cigarro, diciendo:

—Estás loco, James.

Como en un sueño en el que el tal James mueve los labios pero no habla, perdido en remover el hielo de su vaso de coñac con el dedo índice. Minerva se dice que el coñac no debería llevar hielo, que es una bebida que se toma seca y de tragos cortos, como en el cine negro, pero no, en el cine negro tomaban bourbon casi siempre, no importa, la dureza de la situación, la máscara tragicómica con la que se reviste la escena, tan terrible por lo mala, por lo inútil, y tan mágica también por eso mismo: porque Luján brilla con su propia luz cada vez que de sus ojos azules sale un fulgor parecido a la rabia, pero que también podría compararse con estar viva. Es la única que está viva, eso es. En el escenario, en el patio de butacas, solo maniqués y Luján. Ella misma, Minerva, también es una muñeca. Los fantasmas invisibles que mueven los focos, que cambian las escenas, que hacen las voces en off, muñecos todos. Muertos en comparación con ella, tan vibrante en su vestido negro, en sus guantes de folletín, en su peluca barata y mal peinada. Luján perfecta en la mirada de Minerva, olvidada de la profundidad de las cosas, ardiendo en una especie de visión apocalíptica. Minerva siente que ha visto la obra un millón de veces, y todavía sería incapaz de explicar a nadie su argumento. Y en realidad qué importa. La sala medio vacía, con el humo de algún cigarro encendido en escena enroscándose en la flecha que dibuja en el aire el cañón de luz, el silencio interrumpido por alguna tos aburrida, todo es el contexto perfecto para Luján decadente, Luján diosa de los bajos fondos y la basura, Luján dolorosamente viva en mitad de la barbarie.

—Has estado maravillosa, como siempre —dice tímidamente Minerva en el

cuarto mal iluminado que ejerce a la vez de camerino y trastero donde Luján se retoca el maquillaje del teatro que visto de cerca es como una máscara blanda, como barro para moldear.

—¿Tú crees? ¿De verdad crees eso?

—Por supuesto. Cada vez que veo la obra salgo sobrecogida.

Luján tuerce el gesto bajo la máscara de maquillaje, a Minerva se le antoja grotesca de repente.

—Yo creo que la obra es una mierda, que la puesta en escena es como para morir de la risa y que lo único que merece la pena es el vestuario.

—Tampoco te sofoques —dice Minerva desanimada por haber desairado a Luján sin pretenderlo—. Hoy es el último día, ¿no? Podrás aspirar a algo mejor después.

La carcajada resuena en toda la salita. Minerva tiene la sensación de verla rebotar por las paredes una y otra vez, como si el eco de aquella burla no tuviese fin y volviera solo para humillarla.

—Algo mejor, algo mejor... sí claro, Minervita. Tú siempre tan animosa —los ojos de Luján la miran. Dos lagos azules en mitad del barro del rostro—. ¿Sabes qué? Me voy a llevar el vestido solo para vengarme. Es de firma, ¿sabes? Lo cedió alguien que antes tenía una *boutique*. Vale más que todo el montaje. Que todos nosotros juntos.

—Está bien, niña. ¿Te apetece celebrarlo?

—Por supuesto, está claro. Pero no puedo. He quedado dentro de una hora y media para cenar.

El gozo que había sentido cuando Luján parecía mejorar se evaporó de una sola vez. Era una cena de celebración de la que Minerva se veía excluida. ¿Y con quién? Luján no le había dicho que saliera con nadie. La rabia se apodera de su mente. ¿Por qué no le había contado que tenía un nuevo novio o amante o lo que fuera? ¿Es que no confiaba en ella? Pero no era solo eso. Otros brazos, otro hombre, otro cuerpo inerte se apoderaba de Luján, se la arrebatava a ella para cenar... ¿a esas horas? Era inadmisibile. ¿Qué clase de persona no iba a verla al teatro y luego se la llevaba? Alguien a quien Luján no le importaba lo más mínimo, eso estaba claro. Y ella soportando estoicamente día tras día aquella obra insufrible para que luego Luján la abandonara, no se fuera con ella al fin del mundo como a Minerva le hubiese gustado, como debía ser. Y en un día como aquel, un día en el que Antonio Vega había dejado un hueco en el corazón que no se podía rellenar con nada porque ya nunca más sus manos entrelazándose en un concierto...

—¿Te has enterado de lo de Antonio Vega? —dice de repente, con ánimo de herir.

—¿Y quién no? Está en todas partes. No paro de escuchar sus canciones en la radio —contesta Luján desinteresadamente mientras se recoloca la peluca rubia—. ¿Estoy bien?

—Perfecta.

—Voy a ir así a la cena, ¿qué te parece? Estoy bastante sugerente de rubia, ¿no es

así? Me parezco un poco a Rita en *La dama de Shangai*.

No es cierto, pero Minerva asiente con la cabeza. Es descorazonador ver a Luján de una forma tan superficial, como si un cristal deformante se hubiese interpuesto entre ambas y no fuese posible verla en su habitual amplitud, cuando es un pájaro con las alas desplegadas.

La sigue hasta la puerta arrastrando los pies. Luján parece feliz. Camina con decisión subida en los tacones, se despide de todos con la mano, lanzando besos banales a diestro y siniestro, diciendo que devolverá el vestido y la peluca antes de que recojan todo el viernes. En la puerta quiere despedirse también de ella, pero Minerva no puede hacerlo. Baja los ojos al suelo, como si buscase su alma perdida entre las juntas de las baldosas. El vestido blanco se le mueve y le roza las rodillas. Luján, bajo su máscara de maquillaje, parece otra, una imagen siniestra de un fantasma desdibujado. La doble de una imagen recordada por alguien que Minerva no conoce. La mira alejarse alegremente, todos los huesos marcándose en la espalda desnuda. Siente una oleada de odio recorriéndola, un odio que no se dirige a nada ni a nadie en particular, quizá a ella misma. Se pasa la mano por el pelo en un gesto nervioso y redescubre que se lo ha cortado hace poco y que ya no escapa libremente entre los nudillos cuando lo hace. El odio se intensifica. Decide seguirla.

Como un barco meciéndose vacío en mitad del mar, como una sombra que se descubre a sí misma recortada contra una pared, como unas manos cruzadas sobre un pecho distante que ya no respira, como una flor blanca sobre una lápida negra, como el último deseo de un condenado, como la espada que oscila eternamente sobre Damocles, como el primer suspiro de un niño que no vivirá una semana, como el sonido seco de un machete al golpear la madera, como la desolación de una casa abandonada, como el eco de los ahogados por una catástrofe, como el fuego extendiéndose en busca de oxígeno para alimentarse, así Luján se mete en el restaurante que sigue abierto a esas horas observada por Minerva.

Velázquez

La interceptó en la calle, a las doce de la mañana. Ella llevaba un vestido azul de punto inglés por encima de las rodillas y unos leotardos como de niña pequeña, también azules, que se escondían en unos zapatos merceditas de tacón alto de color marrón, como los que se llevan en los colegios de monjas en la forma e intención, pero más sugerentes y atrevidos por la parte de atrás. Ese tacón que provocaba un contoneo inusual en las caderas estaba diseñado para el desequilibrio. De hecho fue el tacón lo que hipnotizó a Arturo y lo que hizo que se fijase en ella. En aquel momento no buscaba nada, y lo normal hubiese sido que no se fijara en una mujer tan delgada. Prefería ver oscilar la carne, la vibración de un trasero bien formado, el movimiento de unos pechos que apenas se pudiesen estrujar con las manos. Sin embargo aquella chica tenía algo. Parecía disfrazada de niña para alguien, de niña perversa para él. La siguió unas cuantas calles. De alguna forma la chica parecía seguir un mapa absurdo, pasando varias veces por el mismo sitio como sonámbula o como perdida, pero acercándose de una forma que le pareció deliciosa a la casa de Arturo en el barrio de Velázquez. Era mucho más perfecto de lo que se había imaginado. Cuando la vio detenerse en un paso de cebra aprovechó para hacerse el encontradizo y chocó con ella de forma estruendosa. Los papeles que llevaba en la carpeta se desparramaron por el suelo. Como esperaba, la chica se mostró solícita y le ayudó a recogerlos. Sin embargo había en sus ojos azules un gesto arisco, como si estuviese molesta por tener que hacerlo, por tener que agacharse con sus incómodos tacones para recoger los papeles del suelo pero no pudiese, sin embargo, evitar ser cortés.

—Hola, disculpe, a veces voy un poco absorto. Lo siento. Me llamo Arturo Aguirre.

Ella le miró con infinito desdén, el pelo negro osciló unos segundos ofendido. Las manos le tendieron los papeles. El rostro lo examinó de arriba abajo. Finalmente cedió y le dijo su nombre: Luján. Era un nombre sencillo y sin adornos, aunque nada común, y Arturo empezó a temblar de anticipación. La haría suya en el más estricto sentido de la palabra. Doblegaría ese orgullo y esa forma de moverse. Llegaría un momento en el que ella no sería capaz de mirarle a la cara sin pedir permiso. Pero había que ir despacio. Intentó invitarla a un café que ella rehusó diciendo que iba a trabajar. Arturo fingió interés por el trabajo de ella, pero pronto descubrió que el interés que fingía resultaba mayor que el que Luján misma demostraba. Se propuso pues saber el porqué de esa falta de interés y no le resultó difícil averiguarlo: la iban a despedir. De hecho aquel era su último día en la librería en la que trabajaba. Se había puesto tan guapa solo para que la recordasen así, bella y orgullosa.

—¡Malditos explotadores! —dijo Arturo por ganarse su confianza—. Siempre haciéndose ricos a costa de los demás.

Aquello resultaba especialmente cómico viniendo de un rico heredero que no sabía lo que era trabajar y que dedicaba la mayor parte del tiempo a verlo pasar, incluso el mismo Arturo estuvo a punto de reírse de su cinismo. Pero Luján se le adelantó. La carcajada fue tan triste que sonó macabra en el aire, como una campanada fúnebre.

—No es cierto. Minerva, mi jefa, es un encanto. Lo que pasa es que yo soy un demonio.

—No creo que tras una cara tan bonita se pueda esconder el diablo.

—Si existiese, cosa que me resisto a creer, elegiría un rostro dulce para ocultarse.

—¿No cree en Satán?

—No creo en el bien y el mal como entes independientes. Por lo que si no creo en Dios, tampoco en el demonio.

Aquí fue Arturo el que sonrió malicioso.

—Ese ha sido el mejor engaño que ha hecho el diablo precisamente, ¿no cree? Ha convencido al mundo entero de su inexistencia.

—Lo dice como si lo conociese en persona.

—Algo de eso hay.

Arturo observó con placer cómo la actitud de Luján se fue relajando poco a poco, cómo su cuerpo se ablandaba, la sonrisa se le descolgaba con facilidad de los labios, el pelo negro dejaba de aparentar distancia y comedimiento. Charlaron un rato más en medio de la calle. Ella le preguntó qué eran esos papeles tan importantes que había tirado al suelo. Él repuso que una tesis doctoral sobre satanismo. Luján volvió a cortar el aire con una carcajada, cosa que Arturo aprovechó para ponerse muy serio y mostrarle la reproducción de un grabado del siglo quince que mostraba un aquelarre de brujas medio desnudas rodeando a un hombre con cabeza de cabra. Luján palideció. Arturo supo que la tenía en sus manos y decidió tutearla.

—¿Te he impresionado? Discúlpame. Es que el tema siempre me ha fascinado. Investigo las sectas satánicas de Madrid.

—¿Es... es alguna especie de trabajo?

—No. Lo hago por gusto. Nunca he trabajado en realidad, aunque esté mal decirlo. Tengo demasiado dinero como para pensar en hacer otra cosa que divertirme. Y el satanismo me divierte. Colecciono todo tipo de objetos relacionados. Hasta tengo un Goya de la época negra en el salón de mi casa. Herencia, supongo. Estas cosas siempre se heredan.

Los ojos azules de la chica se abrieron de par en par.

—¿Un Goya?

—¿Quieres verlo? Vivo ahí mismo.

Luján perdió por completo el interés por ir a su último día de trabajo. Lo substituyó por la palma cálida y esponjosa de la mano de Arturo, el portero uniformado, las

escaleras de mármol, el pasamanos de madera labrada, los techos pintados, las lámparas cargadas con lágrimas de cristal de murano. Primero el Goya, luego una copita de Pernod, más tarde un sofá de piel y una mano descortés en el muslo cubierto de leotardo. El Pernod le sentó mal, empezó a marearse y Arturo le acomodó la cabeza sobre un cojín de plumas. ¿Cuánto había bebido? No más de una copa rebajada con agua y sin embargo el calor, la humedad en el cuello, la cabeza fría y la visión borrosa. Se quitó los zapatos en un gesto, el ruido que hicieron al caer sonó dentro de los ojos, muy dentro, en un universo paralelo en el que el rostro apuesto y bien afeitado de Arturo empezaba a convertirse en el de un chivo que la besaba y desnudaba. Le pareció que el cuarto se iba llenando de gente, hombres y mujeres desnudos que la miraban ávidos, que se tocaban los unos a los otros sin dejar de observarla a ella, a Luján, consciente pero paralizada, la niña que no podía hacer nada por defenderse. Los ojos azules estaban abiertos sin poder parpadear, los brazos descolgados a los lados del cuerpo, una mano rozando la alfombra, las piernas obscenamente abiertas delante del chivo-Arturo, que sonreía con unos ojos inmensamente rojos, como dos brasas, como había leído en su adolescencia que debían ser los ojos del Drácula de Bram Stoker. Los invitados chillaban y se retorcían, devoraban sus miembros, se hacían sangrar con látigos y luego la pintaban a ella con la sangre. Decían cosas incomprensibles, o ella no podía entenderlos, como si su vocabulario fuese una amalgama de sonidos inconexos y guturales, emitidos por bestias. Con horror vio cómo uno tras otro la montaban todos los hombres de la sala, incluido el Arturo con cara de cabra, mientras las mujeres se besaban entre ellas, se retorcían los pechos, saltaban alrededor del sofá fabricando sonidos infames y agudos. Podía sentir cómo la penetraban, pero no podía hacer nada por detenerlos. Sabía que tenía encima a Arturo, pero no podía rechazar su abrazo de animal, sus ojos como pequeñas brasas encendidas. Sintió que se desgarraba, que perdía el control sobre sí misma, que el universo se difuminaba, que el dolor era tan intenso que obligó a la pérdida de conciencia y al borrón.

Lo primero que vio después fue el rostro de Arturo, pero ya no tenía cara de chivo ni los ojos rojos, sino que era guapo, tenía los ojos negros y olía a aceite de almendras y madera de pino. Comprobó que podía moverse y se sintió aliviada de poder hacerlo sin problemas. Estaba completamente vestida, incluidos los zapatos merceditas, pero no se hallaba en el sofá, sino en una cama con sábanas de seda negra como de hotel de película americana.

—¿Te encuentras bien? Me has dado un buen susto, bonita.

—¿Qué ha pasado?

—Espero que no te moleste que te haya traído a la cama, pero pensé que estarías más cómoda. Apenas probaste el Pernod caíste a plomo sobre la alfombra. Si lo llego a saber te doy una cocacola.

—He tenido un sueño extraño.

—Ha debido serlo, porque cuando uno se desmaya no suele soñar.

—¿Puedo ir al baño?

—Claro, es esa puerta de la derecha.

Luján se metió en el cuarto de baño y se vio pálida en el espejo, como si el miedo estuviera a punto de encanecerle las sienes. Lo que le preocupó del asunto es que no tenía la sensación de que ese miedo se hubiese interrumpido o estuviera pronto a desaparecer, sino que aparecía como una constante, algo que se hubiera presentado antes y tuviera cierta continuidad. ¿Qué había sido todo aquello? ¿Se estaría volviendo loca? Se buscó la piel con la mirada, registró en el reflejo cualquier parte de su cuerpo que quedase a la vista fuera del vestido y no tardó en descubrir unas marcas en el cuello moradas y largas, como de dedos. Se estremeció. ¿Demostraba aquello que su alucinación era real?

Arturo la vio salir del baño, no perdió la calma cuando ella sí lo hizo y le gritó histérica, le mostró las marcas del cuello, le pidió explicaciones referidas a chivos y orgías y sangre.

—Querida —susurró casi, con un toque de indiferencia en la voz—, lamento haberte lastimado, pero no podía dejar que te quedases tirada en la alfombra. Soy un caballero. No sé de qué me estás hablando, pero suena a pesadilla, pobrecita. Creo que te he impresionado demasiado con mis grabados.

Luján se quedó parada en la puerta del baño todavía, respirando de forma agitada, debatiéndose entre seguir defendiendo lo indefendible o ceder ante la mirada tierna de Arturo, no particularmente inocente pero para nada roja o satánica. Al final optó por esto último entre rendida y avergonzada. Se dejó invitar a comer en un restaurante caro, se dejó halagar por Arturo, permitió que él la besase, que la llevase de nuevo a su casa. Incluso se acostó con él en aquella cama de sábanas de seda negra, y hasta mucho después, cuando él dormía con la cabeza apoyada en su pecho, no se dio cuenta de que lo hizo deseando saber, buscando la comparación, para sentirse tranquila o comprobar de una vez y para siempre si aquel joven rico y un poco superficial se convertía o no en cabra.

Cava Baja

No se puede decir que Sansprénom estuviese del todo tranquilo cuando entró en el restaurante de la Cava Baja donde había quedado a cenar con Paula. El remordimiento se le engarzaba en la garganta y apenas le dejaba respirar. Sin embargo ella, que estaba ya sentada a la mesa, lo saludó con un movimiento rápido y encantador de su manita sin guante blanco. Había siempre algo en Paula que lo desorientaba y lo preparaba para cualquier cosa: un monstruo, una alegría, un salto al vacío. Había repasado en las últimas horas su primer encuentro con ella alrededor de un millar de veces. Lo seguía encontrando conmovedor. No podía dejar de pensar en cómo había entrado en la casa de un amigo común, un poco sofocada por el abrigo color hierba, quitándose la bufanda del cuello pero no los guantes, y cómo lo había mirado entonces, como si el espacio que la separaba del sofá donde él se sentaba no fuese espacio, sino una espesa niebla que había que esforzarse en atravesar. Lo miraba fijamente, con una intensidad que inducía al mareo y a la calma. La encontró bonita, pequeña, frágil. Y al mismo tiempo su cuerpo experimentó una sacudida cuando la tuvo cerca, *el mismo tipo de sacudida que debe sentir una rata cuando nota que el barco en el que está va a hundirse*, piensa ahora.

Pero qué curioso es el mundo, qué mediatizado por nuestra posición en él, siempre inestable en algunos aspectos. Sansprénom tiene que admitirse que no hay nada de pequeño ni de frágil en Paula, pero tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano para llegar incluso a verlo. Sus proporciones desmedidas, sus rasgos de brutalidad agigantada, sus manos del tamaño de reglas escolares, le velan casi por completo la complejidad real de la mujer con la que se sienta ahora, tembloroso y amedrentado. Sin embargo, no puede hacer más que admirarse del cuidado que pone Paula en elegir los lugares en función de sus proporciones: le ha dejado una silla que queda del lado del pasillo, de tal forma que pueda él sacar las piernas por un lado con el fin de que sus rodillas no choquen con la mesa.

—Hola cielo, ¿no vas ni a darme un beso?

Esta bienvenida lo desorienta, así que se lo da casi por instinto, atrapando con su boca enorme los labios pequeños y suaves de Paula, acariciándolos como solía hacer antes de denunciarla a la policía, antes del hallazgo del fantasma de Marga, antes de toda esta pesadilla.

Aquella primera noche todavía la herida de Marga estaba, no solo abierta, sino también reciente y supurante. Todo en su vida era la herida. A veces sentía que era él la herida, una herida caminante, respirante, autómatas. En ocasiones era como si el mundo entero dependiese de aquella herida abierta, *qué pequeño el mundo y qué*

subjetivo, si se quedaba en casa llorando porque se quedaba en casa llorando y si salía a divertirse era como si bebiese para olvidar. Si hacía deporte parecía sudar sus años de amor por Marga, haciéndolos salir de su cuerpo con las toxinas y el agua. Pero al meterse en la ducha, al beber algo para refrescar sus labios agrietados por el esfuerzo de exorcizar la presencia de Marga en todo lo suyo, volvía Marga con más fuerza si cabe a llenarle los ojos de lágrimas y el pecho de angustia. Por eso dedicaba sus horas libres a emborracharse con otros amigos franceses y a ligar cualquier cosa que se le pusiera por delante. Después del sexo toda la conclusión era una cama deshecha. Ni encontraba el placer donde lo estaba buscando, ni se sentía cómodo con el olor que desprendía después su cuerpo. Las duchas diarias se le multiplicaban. A veces sentía que le saldrían branquias de tanto acostarse con gente que no le importaba, mujeres que deseaba saliesen cuanto antes de la cama y no olvidaran nada en su camino arrollador de pelo, pierna y sal. Presumía más tarde de sus conquistas delante de sus amigos dándose a sí mismo en consecuencia un asco tremendo. Es por eso quizá que estrechó lazos con Didier. Aquel Didier flaco, observador y homosexual que era productor de cine y no dejaba nada al azar, se percató enseguida de que tras aquella cortina de masculinidad hinchada de testosterona había un hombre triste, insatisfecho y con muy poca autoestima.

—Es decir, con un concepto terriblemente equivocado de tu persona —solía decir Didier que lo abrazaba y lo acogía en su casa y lo comprendía en silencio cuando Sansprénom se cerraba en banda y dejaba su corazón herido plegado sobre sí mismo.

Por supuesto Didier y Paula se conocían. Es curioso cómo el destino se las compone para ponernos a todos en nuestro lugar. La pasión de Paula por el cine (todo lo acababa convirtiendo en cine en algún momento mediante una rápida referencia a tal o cual película en tal o cual situación) la puso en el camino de Didier nada más integrarse él en aquella productora donde hacía su magia el francés, encontrando desde un coreógrafo a una tienda barata de clavos. Sin embargo nunca habían coincidido los tres. Sansprénom se dice repetidamente que él no hubiera estado antes preparado para Paula, no habría quedado más que en la anécdota de un polvo como cualquier otro y al día siguiente la hubiese borrado de su piel mediante una ducha bien fría. Sin embargo para cuando Paula se cruzó en su camino en casa de Didier, Marga era una mancha en el corazón y en el recuerdo, pero solo una mancha que le haría muchas veces todavía desconfiar de Paula. Se había emborrachado en demasiadas ocasiones ya en su nombre. Didier lloraría de emoción muchas veces aquel encuentro. Solía decir que siempre supo que estaban hechos el uno para el otro, y que se sentía afortunado de ser parte de ellos de alguna manera. Lo cierto es que Paula lo miraba de una forma extraña aquella noche. La gente de la productora bebía pastis de Didier mezclado con agua, Sansprénom se bebía aquella mirada castaña y redonda que se sonrojaba a cada paso que él daba. Mantuvieron una conversación breve y superficial. Parecían dos bobos. Luego ella se apartó la melena de un lado del cuello, inclinó la cabeza hacia la izquierda (gesto, que aprendería él de memoria más

tarde, tan significativo) y le dijo textualmente:

—Tendríamos que abandonar esta conversación de besugos, ¿no te parece? No sé si es que debemos huir el uno del otro o acostarnos, porque ni entre los dos alcanzamos a formar el intelecto de una persona estúpida cuando estamos juntos.

Sansprénom rio el atrevimiento y lo festejó besándola. Todavía, a día de hoy, no sabe por qué lo hizo.

—He estado en la comisaría prestando declaración —dice ella ahora repitiendo aquel mismo gesto de apartarse el pelo e inclinar la cabeza—. Lo único es que los guantes me los devolverán más tarde. Me siento un poco desnuda sin ellos.

—Lo siento, Paula, yo... no era mi intención denunciarte.

—Una denuncia no se hace sin intención, cielo. No es algo que suceda por casualidad. Pero no tienes que darme explicaciones. No te he citado por eso.

—Pero no sabes cuánto lo siento, Paula. No me di cuenta de lo estúpido que estaba siendo cuando...

—A ver, ¿no te acabo de decir que no tiene importancia? Además, tienes razones para tomarme por una asesina, creo yo, así que no está tan mal que lo hicieras.

Aquella noche Sansprénom se dio cuenta de que el cuerpo de Paula, el pelo de Paula, el corazón de Paula, no eran cosa de una sola vez y abandonar. Amó la forma en que ella se entregaba, lo hacía partícipe de su cuerpo, le acariciaba como si lo conociera desde siempre. Intuyó de alguna manera que ella solía ser fría, pero que le hacía una concesión a él, como si mereciera ser diferenciado del resto, como si tuviese algo especial. Quedó muy impresionado y así se lo comentó más tarde a Didier, el cual esbozó una mueca y repuso enigmáticamente:

—Es una mujer peligrosa, porque te enamorarás de ella para toda la vida. Sus manos son capaces de lo más bello y lo más aterrador sin que su rostro varíe un ápice.

No pudo evitar llamarla, y desde el siguiente encuentro apenas fueron capaces de separarse.

—¿Qué quieres decir? No está bien lo que hice. Debería haber confiado en ti, lo hubieses hecho o no. Fui un estúpido. Tenías razón en que soy un egoísta. Apenas te dejo respirar.

—Deja de castigarte. Si te deja más tranquilo todo el mundo piensa que es una estupidez de acusación, no tienen pruebas contra mí y no pasará nada. Te va a ser mucho más difícil que todo eso deshacerte de mí. Ahora bien, escúchame, gigante francés, hiciste muy bien en denunciarme, porque si bien no fui yo la que apuñaló a la doble de Marga, hubiera podido hacerlo sin pestañear y sin que me temblase el pulso, y eso es algo que mereces saber solo por lo que te quiero.

Quedan ambos unos instantes en silencio mientras el camarero les trae las bebidas que Paula se había tomado la licencia de pedir en su ausencia y les toma nota de la comida. Esos minutos se le hacen eternos a Sansprénom, que no puede esperar para escuchar el resto de la confesión de su novia, una confesión que de alguna manera adivina ya.

—Yo nunca fui capaz de un sentimiento, cielo. Toda mi vida desde que recuerdo he sufrido de una terrible incapacidad para el remordimiento y la empatía, lo que me hacía cometer pequeños actos de crueldad contra mis compañeros de colegio y de forma más sutil contra mis propios padres. Dentro de mí crecía una rabia arrolladora, que lo llenaba todo y que me era muy difícil controlar. Fingí ser buena gracias a mi tío, ya lo conoces, es un santo. Pero todo eso lo hice con el único propósito de poder controlarme mejor y disimular el día en que llegase a matar. No, no pongas esa cara. Todo esto lo has intuido siempre en mí, ya lo sé. Por eso me denunciaste.

Sansprénom espera pálido a que Paula beba un trago de vino blanco antes de decir nada. Pero antes de formular su pregunta se lo piensa mejor y la traga, acompañándola él también con vino. Siente una súbita repulsión hacia ella. Una repulsión incontrolable, mezclada con algo de miedo y un toque de autoafirmación, porque de alguna forma sabe que todo eso es cierto, que él ya sabía que había algo terrible en aquella personita perfecta y buena que lo amaba con tanto ardor.

—Nunca tuve miedo a las consecuencias que mis actos violentos pudieran acarrearne —continúa ella tras beber—, me sentía muy superior a todos, esos pobres seres que deshumanizaba en mi mente. Cualquiera hubiese podido ser la víctima perfecta porque yo era más fuerte, más inteligente y más fría. Nunca creí que aquello fuese un problema. Me fascinaban los asesinos en serie, es más, los admiraba. Y no pensé en ningún momento que pudiesen ser enfermos. Eran como yo, eso es lo que pensaba, seres superiores que estaban en su derecho de hacer reinar el terror. Hacer daño me hacía disfrutar de una forma que no se podía comparar a nada, porque no había nada que pudiese conmoverme. Quizá era lo único que me hacía sentir un poco viva.

—Me estás asustando, Paula.

De hecho tiene ganas de ponerse en pie y salir corriendo, huir de esa mujer que se le transforma en monstruo conforme habla. Y sin embargo no puede moverse de la silla, fascinado, sabiendo tal vez también que el desenlace del relato tiene que ver con él y que solo si se queda podrá satisfacer su curiosidad.

—Espera un poco, cielo, sé que no es fácil aceptar lo que te cuento aunque una parte de ti ya lo supiera. Pero escucha, luego llegaste tú a mi vida. Te me formaste delante en casa de Didier y sentí miedo por primera vez. Y no solo eso, te sentí triste y necesitado de alguna manera absurda de mí, aunque solo me acabases de conocer. ¿Te das cuenta? Empatiqué contigo. Empatiqué con otro ser humano por vez primera. ¿Sabes cómo me hizo sentir eso? De golpe era otra persona, una persona como los demás, una persona a la que no conocía. Y fue esa curiosidad por la «yo» que estaba naciendo la que me condujo a ti. Me convertiste, aún me estás convirtiendo, en una buena persona, ¿entiendes? Alguien que no es ni mejor ni peor que los demás. Haces que tenga ganas de ser un ser humano, Sansprénom, me haces buena.

—¿Dónde quieres ir a parar? —dice él de golpe, interrumpiéndola de forma áspera.

—A ti y a mí. Es curioso cómo somos distintos para cada persona, gigante. Quizá ni siquiera era yo una sociópata, sino que no había dado con la persona capaz de colocarme la máscara humana delante de la cara. Qué distintos somos para unos y para otros, qué diferentes. Y esas diferencias se acrecientan con el tiempo y la distancia hasta convertirnos en santos después de muertos, santos a los que todo el mundo llora. Tú has agudizado mis sentidos porque se me ha contagiado de ti ese instinto que tienes con la gente, ese instinto que te hace saber cuándo sufren y cuándo aman, ese instinto que te llevó a pensar que yo era una asesina, y que te hizo horrorizarte cuando te he dado la razón aunque solo se quedase en una potencia. Aunque solo fuese yo una asesina potencial, tú supiste que hubiera podido matar a esa chica porque se parecía a Marga, y no solo eso, sino que hubiera disfrutado al hacerlo. Pero no lo hice, porque al igual que estoy convencida de que Marga era una persona maravillosa aunque se portara como una zorra contigo, también yo soy otra distinta gracias a ti. Y si antes era peligrosa, ahora me he convertido en mi máscara y soy tan inofensiva como mi tío Pedro. ¿Lo entiendes? Dime que lo entiendes.

El camarero trae la comida, por lo que Sansprénom se abstiene de poner en voz alta lo que está pensando. En lugar de ello asiente con los ojos bajos, dándose por vencido ante la evidencia de que la entiende, claro que la entiende. Por esa extraña facultad suya de empatizar con cualquiera y adivinar de cada persona lo que guarda en su corazón, sabe no solo que Paula le está diciendo la verdad, sino que si alguna vez estuvo enferma, gracias al amor de él ya no lo está. Qué irónica es la vida. Siempre había creído que Paula lo sanaba a él de sus heridas, y cuánto le ha costado reconocer que en el fondo sabía que también Paula necesitaba ser sanada.

Paula a la mañana siguiente, dormida entre sus brazos, respirando acompasadamente, las pestañas hermosamente dispuestas, la piel sonrosada por el sexo, el cabello castaño desplegado en la almohada, los labios entreabiertos, la belleza de su carne redonda y Sansprénom queriendo a un tiempo salir corriendo y quedarse toda la vida en la cama de aquella extraña. Nunca cambiaría eso, la certeza de que no podía abandonarla, pero que le daba miedo de una forma inexplicable. Ahora toman forma las sospechas, aunque también toma forma el amor que le tiene, multiplicado por el valor que ha tenido al ser tan sincera. Comen un momento en silencio. Luego ella, con el cuchillo en la mano tras cortar un trozo de carpaccio lo mira a los ojos y le dice:

—Por todo eso vamos a encontrar tú y yo al asesino de esa chica. Porque somos los únicos lo bastante objetivos y lo bastante capacitados para hacerlo.

—No sé a qué te refieres.

—Tú empatizas tanto con la gente que me has contagiado esa capacidad y yo sé qué es desear matar. Si unimos nuestras fuerzas vamos a lograr hacer una de Hitchcock. Tómalo como un juego. A veces la muerte ajena puede ser divertida.

Sansprénom deja escapar su primera risa de la noche. La broma de Paula lo ha relajado como siempre lo relajan las bromas de Paula. Acepta el reto. Se da cuenta de

que sigue amándola y que incluso hubiera seguido amándola de haber sido ella la asesina. No ve el momento de contárselo a Didier.

San Bernardo

Las calles son las mismas, claro, eso no cambia. El tráfico no se para, la vida sigue. Hace calor en Madrid, un calor estático como de prólogo de tormenta eléctrica. La gente va medio descamisada. Pedro se para a observar a unas chiquillas vestidas de una forma particular. Han vuelto la laca y los lazos en el pelo, pero por qué esos falsos lunares de metal en la cara. Niñas de catorce que se agujerean bajo el labio, o peor, encima del labio, inconscientes de lo que les horrorizará verse en las fotos dentro de unos años, cuando sean madres gordas y desnaturalizadas, virtualmente infelices. En fin, ¿pero por qué gordas, desnaturalizadas, infelices? Pedro sigue andando, le traiciona su tendencia al pesimismo. Puede que esas niñas sean las ministras del mañana, las diseñadoras de moda (pero no, qué horror, con semejante mal gusto), las arquitectas, las abogadas. ¿Quién sabe? Puede que de aquí a unos años, cuando ya esté pronto a jubilarse, sea él mismo, Pedro, quien mande leer a sus alumnos el libro de alguna de esas niñas. El mundo sigue sin Luján.

Ha sacado a pasear su dolor como un tonto, como diría una de esas canciones de Los Rodríguez que escuchaba ella en casa a todo volumen cuando todavía vivían juntos y ni las drogas ni las borracheras eran capaces de acabar con aquel amor tan imposible que se tenían. A veces Pedro se pregunta si ella sería diferente con cualquier otro. El dolor, la tendencia al pesimismo, le devuelven una pelota nada agradable de coger: por supuesto, ella hubiese sido feliz sin él. Quizá lo era cuando un cuchillo de restaurante se cruzó en su camino de forma fatal. Tiene ganas de llorar o de vomitar, pero las contiene caminando. Siempre quiso ser bueno. Siempre creyó lograrlo. Tan bueno que siempre se convertía en el mejor amigo de las mujeres de las que se enamoraba, tan arrebatadoras que eran incapaces de verlo. Le pasaban la mano por la cara diciendo la suerte que tendría la mujer que lo amase, pero sin plantearse ellas mismas el hacerlo. Tuvo amantes, eso sí, ninguna duradera. Era fácil conquistar a aquellas que no iban a llegar nunca a conocerlo, que no iban a saber que era demasiado bueno como para que nadie lo amase. ¡Oh, por Dios!, qué maldito fracaso de vida.

Cuando era joven, mucho más joven de lo que es ahora, tenía el sueño de ser escritor. ¿Quién no ha tenido alguna vez un sueño semejante? Iba a todas las presentaciones, leía todos los libros, conversaba en todas las tertulias, todo el mundo le proyectaba un gran futuro, incluso él mismo. Pero nadie había leído nunca una sola frase escrita por él, porque jamás había escrito nada. Madrid es la ciudad de los escritores que no escriben, de los que se llaman a sí mismos artistas hasta que tienen que rendirse a la evidencia y dar clases de literatura en un instituto oposición

mediante. Ahí estaba él mismo, estudiando con los codos sobre la mesa, diciéndose que tendría un trabajo estable y luego ya vería el mundo de lo que era capaz cuando tuviese desahogo económico y tiempo. Ya se darían cuenta todos de lo que era capaz ese hombre delgado y demasiado bueno el día que decidiese sentarse frente de la hoja en blanco. Pero no llegó nunca ese día. Aprobó las oposiciones, dejó de ir a tertulias y presentaciones de libros, incluso abandonó su antigua manía de hacer una ficha con todos lo que leía. Sustituyó las lecturas de su elección por los exámenes, a veces patéticos, de los alumnos de último curso. La vida lo puso en una sala de profesores no fumadores, bebiendo demasiado café y espiando disimuladamente las piernas largas de Pilar la de inglés. Eso era lo que le tenía deparado el destino. ¿Cómo se iba a poner a escribir cualquier cosa si en su vida no pasaba nada interesante? No pasó nada hasta Luján. Y eso no le consuela precisamente.

Se pide un café en la primera cafetería de esquina que ha encontrado abierta y el primer sorbo le revuelve el estómago. Lo primero complejo, real, fascinante y lleno de emociones que le pasaba en toda su vida era aquella chiquilla de ojos azules espantados y cuerpo de pajarito que se le instaló en el corazón. Ahora qué absurdo resulta haberla deseado muerta, haber querido que desapareciese de una vez y para siempre de su vida, de la faz de la tierra. Ahora que no está, el monstruo se transforma en todos los buenos momentos, en sus dedos acariciándole el dorso de la mano mientras veían *El piano*, sus lágrimas en un concierto de jazz, sus besos por la mañana cuando la boca les sabía a saliva rancia pero no importaba nada, la forma en la que ella pedía siempre las cosas, sus dedos repiqueteando en el borde de una taza, su sonrisa ante un regalo inesperado, los viajes que hacían por Europa, aquellas gafas que robó en París bajando de pegar la nariz en los carteles del Moulin Rouge. También Luján era todas esas cosas, objetos como fetiches que se acumulaban por los rincones del piso y se volvían torturas cuando se sentía solo y abandonado, cuando se tiraba a leer un libro existencialista en el butacón de la sala a la espera de ella, borracha, desgñada, oliendo a hombre. ¿Qué hubiera podido hacer un pobre ser humano común para salvarla? Nada quizá. Pero era tan hermoso pensar que todavía había una conexión entre ellos, que la noche de su muerte él había soñado lo de las palomas. ¿Por qué la ocultó a su familia como si fuese una proscrita? Se avergonzaba de su juventud y su lozanía tal vez, de ese aire tan desprotegido que todos hubieran pensado que se aprovechaba de su fragilidad para sepa Dios qué. Pero no es cierto, claro que no. La amaba. La amó siempre, dependía de que ella dependiese de él. Pedro el salvador de las almas perdidas, Pedro el recogedor de perros de la calle.

Le molesta saber que es ahora que ella ha muerto cuando desea escribir por vez primera, cuando por fin tiene algo que contar. Su historia de destrucción con ella, cómo Luján había aparecido muerta, cómo quizá no encontrarían nunca al asesino porque había vuelto a su forma de paloma deshumanizada y tambaleante, picoteando los chicles pegados en el suelo. Ahora, tantos años después, desea escribir de veras. Ha vivido algo que lo ha arrasado y lo quiere narrar, transformando los nombres en

personajes, decorando Madrid con las galas de una ciudad ficticia. Se maravilla de la capacidad del hombre para ser tantas cosas al mismo tiempo, para ser millones de máscaras superpuestas; Luján se convierte después de muerta en musa. Quizá lo fue viva, pero Pedro no supo aprovecharla.

De repente se pregunta para qué querría hablar la policía con su sobrina Paula. Paula nunca supo de Luján, hubieran debido interrogarlo a él que tantas veces deseó que Luján no volviera, atacada en un callejón, tan drogada que no tuviese oportunidad de defenderse. Pero no lo hicieron. Nadie tiene la capacidad de introducirse en los pensamientos ajenos, en los secretos deseos oscuros del alma de los santos. Pedro, siendo tan bueno toda su vida, había llegado a querer matar a Luján. Pero es como decir que San Francisco de Asís tenía pensamientos libidinosos cuando veía una imagen de la Virgen. ¿Alguien podría probarlo? Nadie sería capaz de decir semejante cosa. Nadie sería capaz de pensar siquiera que Pedro albergara para sí semejantes deseos homicidas hacia su antigua y demasiado joven novia.

Pero quien querría verla muerta es un misterio. ¿A quién aparte de él hizo Luján semejante daño como para llegar a pensar en homicidio? ¿Por qué Paula? Paula dijo que la había visto aquella noche en un restaurante con aquella peluca rubia con la que la encontraron. Y después no quiso quedarse a dormir con su novio, un tanto raro viniendo de Paula que caía rendida en los brazos de Sansprénom cada vez que tenía ocasión. ¿Entonces?

—No valgo para detective. Ni siquiera para escritor. Los escritores de novela negra siempre saben las razones que tendría cada uno de los personajes para matar al muerto. Aunque, bueno, a mí no me interesa quién es el asesino. Me interesa en este caso quién es la muerta.

—Perdone. ¿Quiere algo más? No le he escuchado bien —pregunta la camarera.

—No, gracias, reflexionaba en voz alta.

Porque, ¿quién era Luján en realidad? Era Luján cada uno de esos objetos que tocaba con su forma especial de separar los dedos, era los viajes y el sexo tan dulce, que siempre acababa en suspiros y a veces incluso en lágrimas. Era Luján las súplicas, los no me abandones, y también los gritos y la rabia. Era Luján cada una de las cosas que reventó contra el suelo cuando se veía atrapada por sí misma, y era también las drogas y las borracheras. Era Luján el sueño y las palomas a las que odiaba. Era musa frágil y bella, era miedo y a la vez era fortaleza. No se podía adscribir Luján a su cuerpo delgado y huesudo ni a sus ojos azules e infinitos. No era solo pelo negro y manos blancas en las que se transparentaban venas azules. Era también todo el amor que se tuvieron, y el odio que desarrollaron, pues solo cuando se ama mucho se puede odiar con la misma intensidad. Y también su voccecita rota y áspera, las cañas en el Dos de Mayo después de haberla dejado en un largo para siempre que no se terminó de cumplir hasta el cuchillo de restaurante atravesando su único corazón rojo, tan parecido a cualquier otro corazón sin embargo. Y si Luján era todas esas cosas al mismo tiempo solo para él, ¿qué no sería para los demás? ¿Cuál

sería su vida sin Pedro? ¿Qué la había conducido a una muerte tan absurda?

Paga el café y se levanta. La vida sin Luján a cielo abierto. Todo sigue igual pero no está ella. Deja el vacío de los domingos, se convierte en musa con la bondad que tiene la muerte para convertir a los peores infiernos en santos de ojos azules. Observa a unas niñas que juegan a la rayuela en una calle peatonal. Hay cosas que nunca cambian, como la inocencia con la que lanzan sus trozos de teja para saltar antes de convertirse en cualquier cosa en la que se quieran convertir cuando adultas, o en lo que la vida y sus máscaras las conviertan. Sonríe. Sí, Luján, sí, la vida se parece un poco a esto. Hay que tirar un montón de piedras para pegar saltos hasta el cielo. Aunque a ti te hayan mandado allí de cabeza y sin preguntar.

Lugar indeterminado de Madrid

El Asesino no se ha ido de la ciudad. En cierto modo no siente ninguna culpabilidad por su acto porque es incapaz de ver su acción en su más amplio contorno. Ya prácticamente lo ha olvidado de hecho, como si en realidad todo aquello, la chica, el cuchillo, hubiese sido un sueño ni siquiera demasiado realista.

Es un artificio inútil sentirse culpable, algo que el Asesino, quizá debido a su innata estupidez, comprende a la perfección; pasó lo que pasó y ya está. ¿Tiene remedio? No. ¿Entonces? Borra esa cara de pena, imbécil. Hasta sería capaz de llorar por Luján, luego supo su nombre en el telediario, como si fuese algo ajeno, una chica de la ciudad que ha aparecido muerta, qué pena, tan guapa. Podría pensar que aquella noche se quedó en casa, no vio a Luján caminando en dirección al callejón, no la abordó con el pretexto de pedirle la hora, no la miró con deseo porque era demasiado flaca y a él las flacas no le gustan, no sintió que ella coqueteaba y por supuesto esa percepción no fue errónea en absoluto cuando la cara de gata salvaje que no se rinde, que le grita y le escupe y le insulta, que no tiene miedo y escapa, casi escapa a empujones, aprovechándose del terror del Asesino, porque él sí tiene miedo... solo iba a preguntarle la hora en realidad, quizá a intercambiar algún gesto de complacencia, pero nada más, ¿qué se habrá pensado la loca esta? Claro que tiene miedo, sobre todo cuando la chica saca del bolso el cuchillo aquel, que entonces le pareció enorme al Asesino pero no lo era, en las noticias dijeron que era un cuchillo de mesa, de un restaurante chino en concreto, pero él tuvo miedo, mucho miedo, un terror absurdo por un cuchillito insignificante. La sujetó con ambas manos y la tiró al suelo. Una uña que se arranca del dedo al clavarse por última vez en el cuello del que ahora ataca, se sube encima, le tapa la boca haciéndole tragar la manga de la chaqueta que llevaba sobre los hombros y... y el Asesino casi casi logra hacerse la ilusión de que no fue su mano la que bajó el cuchillo una, dos, tres, cinco, diez veces, hasta el mismo sonido que se produce si apuñalas una bolsa de agua caliente y luego ya solo el chapoteo, un chof-chof cansino que contrasta con la mano que siguió y siguió bajando con el cuchillito rojo en la palma hasta que quedó atrapado por el esternón y ya no pudo sacarlo.

A la mañana siguiente hubiera jurado que todo había sido un mal sueño. Y lo hubiese logrado mantener así en su mente si no hubiera encendido el televisor. Había sido tan surrealista: la noche con los amigos bebiendo cerveza y luego haber caído, en un traspies, sobre la plancha en la que su novia había hecho unos trozos de carne para que comiesen algo. Apoyó ambas manos y se quemaron. Tuvieron que ir a urgencias, por fortuna la plancha la habían apagado hacía un rato y se había enfriado. Aún así le

echaron mil potingues y le terminaron por vendar las dos. Decidió volver a casa caminando. Metió a su novia en un taxi y se despidió de ella con un beso. Luego las calles desiertas y sentirse borracho y absurdo para después la chica aquella con la peluca rubia y el traje de noche. ¿Quién le habría mandado a él acercarse? Y verla en el televisor, en una de esas fotos en la que los muertos siempre aparecen como estaban cuando eran vivos y saberla ella a pesar de lo diferente que la había dejado por última vez. Cobraron forma las vendas de sus manos llenas de sangre y el arañazo del cuello, tan profundo. Cobró forma la chica recortada en la pantalla, sus espantados ojos azules que se habían abierto infinitamente antes de que él bajara el cuchillito por primera vez. Luego ya ni los vio. Estuvo ciego mientras lo hizo, ciego mientras mataba.

Ahora se dice que al final matar es lo mismo que nada. Él no siente nada. Hubiera podido sentir placer, morbo, asco, arrepentimiento, pero en realidad no siente nada. Es como si en verdad no hubiese pasado y todo esto, incluso la chica y el noticiario y la familia diciendo que siente que la policía no hace nada, fuese una película, una ficción, algo que ha visto por la tele, una pesadilla ajena. Siente pena por la muerta, y si el Asesino no hubiese sido él, sentiría asco por el Asesino. Pero es que él no se considera un Asesino a pesar de haber matado. No se siente diferente de como era antes. No podría encontrar una sola diferencia significativa. Y es entonces cuando lo recorre un escalofrío. Si no siente remordimientos, si matar no ha significado para él gran cosa, podría volver a hacerlo. Quizá no es tan estúpido como pensaba si ha sido capaz de llegar a esa conclusión.

Calle de la Manzana

Es extraño verlos tan entusiasmados, tan como si no hubiese sucedido nada, es raro oír a Sansprénom decir que Paula es una sociópata con esa alegría con la que lo dice, pero es que a lo mejor nos estamos volviendo todos locos y qué más da que tu novia te confiese que podría asesinar sin despeinarse, qué más da que tu novio te denuncie por un asesinato que no has cometido. Didier se apoya en la jamba del balcón abierto y deja escapar un suspiro. Están los tres en su casa, como solían hacer tantas veces antes, pero es que estos chicos no se dan cuenta de cómo han cambiado las circunstancias, cómo es todo distinto ahora. Aquella relación tan perfecta, tan solo sombreada por el perfil de Marga contra los recuerdos, estaba enturbiada por asesinatos y confesiones. Y ahora pretendían encontrar al Asesino. El mundo se acerca a la decadencia absoluta si esto sigue así. Necesitan su ayuda porque es capaz de encontrar cualquier cosa, un productor obra milagros, han dicho. Confían en él porque es su amigo. Paula se pone guapa cuando dice la verdad, como si se hubiera liberado de una presión insufrible. «Hasta se le ha quitado el rictus ese tan desagradable que tenía en la boca, tan parecido al de las vírgenes cuarentonas», piensa Didier.

Al principio de todo aquella pareja le había parecido cómica. En estilo de vida, pretensiones, proyectos, esperanzas, aspiraciones y hasta personalidad cuadraban como un tornillo con su tuerca de fábrica. Pero físicamente era el disparate. A Didier le emocionó que dos amigos suyos, tan parecidos en tantas cosas y tan necesitados ambos de algo para compartir, se encontrasen. Pero tuvo que admitirse lo divertido del asunto tan pronto como los vio besándose. Sansprénom era un gigante, pero no uno de esos gigantes de película de James Bond con cara frankensteiniana, no: era un chico guapo, de rasgos dulces, labios carnosos, ojos claros y bien dibujados y cabello entre rubio oscuro y rojizo; solo que medía dos metros. «Ahora mismo, ahí sentado en la alfombra, parece una maldita jirafa». Y luego estaba su elegancia, extraña de encontrar en alguien de ese tamaño. La ropa le caía en el cuerpo como si solo en su cuerpo se sintiera cómoda. Además solía vestir elegante, aunque no tuviese mucho problema después en sentarse en el suelo. Y sin embargo Paula era un tanto estafalaria. Solía vestir ropa años cincuenta sobre su cuerpo casi demasiado curvilíneo quizá, no le importaba parecer disfrazada. Sombreros y guantes eran parte integrante de su atuendo siempre, fuese verano o invierno, casi nunca llevaba pantalones y a pesar de no ser pequeña como Sansprénom pregonaba, sí un tanto paticorta. Tenía una cara simpática, aunque no hermosa en exceso, aunque tampoco fea. Y aunque en conjunto resultaba atractiva, al lado de Sansprénom, desaparecía. El

amor había triunfado sobre las adversidades físicas, y como en *Rebeca*, sobre la alargada sombra de la ex. Pero aún así toda aquella historia no le dejaba de parecer un disparate.

—Pretendéis jugar a los detectives si no he entendido mal. Y necesitáis mi ayuda, ¿para qué exactamente?

—Para que nos apoyes, nos empujes a saber quién era ella y a discutir sobre el asesinato. Seis ojos ven más que dos y que cuatro. Es un poco como jugar al cluedo.

—Nunca me gustó ese juego.

Siempre había intuido que en Paula había algo extraño. Pero que Sansprénom lo descubriera y le pareciese bien le resultaba absurdo. Didier se dice que esto va a acabar muy mal para los dos si siguen por ese camino, aunque parecen muy enamorados pese a todo. En fin, el mundo está loco en definitiva y esto va a ser cuestión de adaptarse o morir. Total, a él tampoco le había importado mucho hasta ahora participar de locuras colectivas como películas con presupuestos imposibles, cervezas en las plazas a riesgo de que la policía lo multase o ligues de cuarto oscuro que no se sabía de qué cueva podían haber salido. En este universo en el que la liberación sexual se está castigando con amenaza de muerte, Didier se sentía el rey del salto sin paracaídas. En la actual sociedad donde está peor visto echar un polvo que pegar un tiro, no estaba mal del todo unirse a otros locos y jugar a un cluedo con personas de carne y hueso apuñalándose en esquinas oscuras, siendo verdugos o víctimas de crímenes imaginarios. Total, Paula no había matado a nadie todavía. ¿Alguien que supiera en qué iba a convertirse Hitler le hubiese pegado un tiro cuando tenía quince años y aún era inocente? El lobo es un lobo para el hombre al fin y al cabo, y ese golpe de efecto de la filosofía actual se refleja en las manos que tiran la primera piedra a un pederasta porque un juez no lo ha condenado ni a muerte ni a castración pública. Y así sigue la cosa. ¿Servirá para algo averiguar el Asesino? ¿No es mucho más interesante saber quién era la muerta? La teoría del doble siniestro era tan interesante que no debía ahogarse en el olvido. Mira a Sansprénom, su cara pálida en mitad del entusiasmo dice que no lo olvida. Incluso intuye en él una voluntad de alejamiento de Paula, como si quisiera lanzarla lejos de sí y al mismo tiempo estar donde ella fuese a caer para recogerla en sus brazos. El ser humano es fascinante biológicamente. Y si apuramos el vaso, ¿lo más interesante no sería conocernos todos ahora que estamos vivos, que no nos han asesinado ni nosotros hemos matado, ahora que estamos en el salón del piso de Didier en la calle de la Manzana bebiendo cerveza y fumándonos un canuto de hierba?

—Bien, ¿qué tenemos?

—Tenemos a una muerta que se parecía a Marga cuando Sansprénom la conoció. Se llamaba Luján Menéndez y por lo que hemos podido averiguar actuaba en una sala de teatro alternativo representando una obra bastante mala. Aquí está la dirección. Cuando alguien te interesa acabas viéndolo por todas partes. Los carteles de la obra forraban las cabinas de la zona donde la encontraron.

—¿Sabemos quién la encontró?

—La encontraron unos turistas: una mejicana, una argentina y un inglés que viajaban con un niño pequeño. Afortunadamente el niño se había quedado en el hotel durmiendo.

—Menudas vacaciones.

—Ya, un desastre.

—No van a querer volver a España después de esto.

—Algunos no deberíamos haber venido.

—¿Por qué dices eso, Sansprénom?

Mira a su amigo. Ha perdido el color y el tono de sus ojos claros se ha enturbiado. Se lleva la mano al estómago y luego al pecho.

—Me duele el corazón.

—No digas tonterías.

—Es este asunto, me pone enfermo. *¿Pourquoi* la gente se hace daño? Es absurdo. Absurdo y terrible.

Hay algo de cierto en lo que el gigante dice. Paula baja los ojos consternada. Ella sabe del mal que hay en el mundo, hasta formó parte de él. Pero para Sansprénom es todo nuevo, nuevo y doloroso. Palpable. Da la impresión de que en algunos instantes se toma este asunto como un juego y hasta se divierte, solo para segundos más tarde perder los nervios al ver que alguien de verdad ha cesado de existir, que nunca más respirará porque otra mano le ha segado la vida sin hacer preguntas. Parece preguntarse por qué. Pero lo que no alcanza a comprender es que no hay razón, la violencia no se puede justificar. Suele ser gratuita y sin razonamiento. Parece que tiene mucho que aprender el compatriota, que no se ha convertido todavía en lobo y eso va a hacer que sufra o que Paula lo pierda para siempre.

—¿Pongo música? Solo por relajar el ambiente...

—Sí, pon lo que quieras.

Didier se levanta y pone un disco cualquiera. Sansprénom palidece aún más.

—Lo siento, yo... no recordaba...

—¿Qué pasa?

—Pues mira, Paula, esta canción... él y Marga... No importa, la quitaré.

—No —dice ella, y en sus ojos brilla una decisión inapelable—. Déjala, ya matamos ese fantasma.

Calle Zorrilla

Despierta y no sabe dónde está. Siente primero el dolor del cuerpo, los brazos, las piernas, la espalda, un dolor agudo en el hombro, uno más sordo en la rodilla, y luego tiene conciencia del cuerpo en sí, como si los dolores tuviesen más entidad para ella que el resto. Al intentar abrir los ojos descubre que no puede: la luz del sol entrando por una ventana desconocida se lo impide, le llena la rendija de párpado que ha logrado abrir y le provoca un dolor de cabeza insoportable. Eso, unido al sabor pastoso en la boca, lleva a Minerva a llegar a la conclusión de que tiene una resaca horrible. Pero no es capaz de perfilarse bebiendo la noche anterior. Quizá es que el cerebro todavía no le ha arrancado a funcionar del todo. No sabe dónde está ni cómo ha llegado hasta allí. Desde luego no es su piso de Delicias porque reconocería el olor de su casa en cualquier parte y porque la ventana que ha intuido al entreabrir los ojos es más alta, más cuadrada y más pequeña que la de su cuarto. Y está sola, eso es un dato importante, no se ha emborrachado y ha acabado en la habitación del primero que se le ha cruzado en el camino. Empieza a reconstruir poco a poco. Anoche fue al teatro de nuevo, a ver a Luján... se detiene ahí. Cuando ha pensado Luján, cuando ese nombre se ha prefigurado en su mente para después formarse del todo y dibujar con él un rostro, unos ojos azules, unas manos huesudas con el esmalte de las uñas carcomido, ha sido como si se formase también una herida que ha doblado a Minerva de dolor. Una herida que, de momento, no tiene causa ni siquiera probable.

Después llega el recuerdo apenas esbozado, pero poco a poco completo, un tanto fragmentado y como si le faltase el color o el aire o algo, pero el recuerdo de Luján diciendo que tiene una cena y seguirla hasta ese indescriptible antro en el que se metió que olía a cebolla y a *wok* una manzana alrededor. No se había quitado la ropa del teatro, ni la peluca ni el vestido ni los zapatos ni el maquillaje que hacía que su rostro pareciese embarrado, una máscara para ser similar a sepa Dios quién. La pudo observar desde fuera, mientras se fumaba uno de esos cigarrillos que no debería fumar por el asma, pero a la mierda el asma, eran más los celos, con quién habría podido quedar ella a esas horas y sin decírselo, y sobre todo por qué tenía que quedar con nadie si era ella, Minerva, la que se comía aquella obra insufrible una vez tras otra. El restaurante estaba vacío, pero no tardó mucho en llegar una pareja. Venían haciendo chistes. Él era un hombre gigantesco y ella una chiquilla joven y no demasiado alta que llevaba unos guantes blancos de cabritilla. Parecía disfrazada de película en blanco y negro y eso casi logra despertar la esperanza en Minerva de que fueran ellos, la pareja, los que fuesen a cenar con Luján, pero otra vez el dolor de ese nombre, maldita sea, y tendría sentido entonces que no se hubiera quitado ni la

peluca. Pero no, los vio por la ventana, se sentaron en otra mesa, junto a la de ella pero separados, el gigante de espaldas a Luján. Los espió un buen rato. Luján parecía impaciente al principio. La cita debía retrasarse.

Entonces lo vio llegar por la calle aledaña. Era un chico guapo, típico chico guapo de buena familia que de haber nacido en familia pobre no hubiera sido guapo, acostumbrado a ser pijo pero con ganas de ser alternativo, vestido con descuido y a la vez mostrando las marcas de toda su ropa. Traía una carpeta bajo el brazo y fue la carpeta la causa de que Minerva se fijara en la muñeca y entonces sin más, viera la pulsera, una pulsera tejida en hilo negro, amarillo y azul que ella ya conocía, pues cómo olvidar la mano de Luján entrelazándose a la suya en el último concierto en Madrid de Antonio Vega, aquella mano blanca y huesuda con el esmalte perennemente carcomido porque Luján se pintaba las uñas para no comérselas y al final terminaba por comerse el esmalte, aquella mano que se sostenía mediante una muñeca frágil que llevaba una pulsera de hilo de esos mismos colores, una pulsera que le quedaba grande y siempre estaba a punto de perder, una pulsera que Minerva logró rozar con los dedos antes de que ella le soltara la mano y huyese de no poder conocer a Antonio Vega antes de que se fuese a morir, quién iba a decir que tan pronto.

No lo pensó mucho, la verdad, antes casi de darse cuenta tenía sujeto al muchacho por la muñeca, el tacto eléctrico de la pulsera entre los dedos, casi como una señal, como un fetiche, y le estaba diciendo que si era la cita de Luján.

—Vaya... este, bueno sí, así podría considerarse supongo —dijo él con una mueca burlona.

—No va a venir. Ella... me ha pedido que viniera y te dijese que no iba a venir, que está agotada del teatro y que no... que prefiere irse a dormir a casa. Que la llames otro día.

El joven se echó a reír como si aquello le pareciese divertido de veras y pegó la nariz al cristal de la ventana.

—En serio, esta chica me va a matar de risa un día. ¿Dónde está? ¿Está ahí dentro?

Pareció buscarla, incluso la vio, pero no la reconoció con la peluca y el vestido, no supo que era ella la que se escondía tras el barro del maquillaje.

—No, me ha dicho que no va a venir —se envalentonó Minerva—. Parecía enfadada porque no la habías ido a ver al teatro.

—¿En serio? Qué muchachita más sensible. Bueno, dile que le mandaré flores a casa si tanta ilusión le hace esas cosas. O mejor, no le digas nada. Ya hablaré con ella más tarde. ¿Tu nombre era...?

—Nuria —mintió.

—Nuria, es raro que no haya oído hablar de ti.

—Luján siempre nos guarda secretos a todos. Y en eso no hace excepciones.

—Ya veo. Bueno, Nuria, encantado de haberte conocido.

—Igualmente...

—Claro, ella te ha hablado de mí pero el secreto que te ha guardado es mi nombre. ¿También es propio de Luján? En fin, no importa. Me llamo Arturo. Como ves no tengo el menor inconveniente en decírtelo.

Minerva no sabe si aquel chico intuyó que le había dado un nombre falso y de ahí el comentario. Lo miró alejarse y siguió espionando a Luján que cada vez parecía más derrotada y paseaba la comida por el plato sin probar bocado. Se sintió un poco culpable. ¿En realidad por qué había hecho aquello? No lo sabía, era como si la visión de la pulsera la hubiese enloquecido. Bueno, al fin y al cabo ella no le guardaría rencor si Arturo le contaba la anécdota: le había dado otro nombre.

De pronto algo cambió en la actitud de Luján. Miró el teléfono móvil y su rostro se transformó. La ira llenó sus ojos azules. Minerva pensó que la capa de barro se agrietaría sobre la expresión furiosa, pero no ocurrió nada de eso. La vio pedir la cuenta sin haber comido. De forma misteriosa miró uno de los cuchillos de carne que había sobre la mesa y lo guardó en su bolso. Minerva creyó en esos momentos que quizá Luján tenía un problema de cleptomanía y que por eso también robaba libros en el trabajo, pobre chica. La vio pagar y tuvo que esconderse para que al salir no la viera. La siguió hasta Tirso de Molina y de ahí hasta La Latina. Luego no recuerda más. Su cabeza sufre un apagón y se acabaron los recuerdos de la noche.

Está en una habitación de hostel, no tarda en descubrirlo por el tipo de llave numerada que hay sobre la mesita. Una habitación coqueta e impersonal en la que hay dos camas, un armario, una mesilla de noche y más lámparas de las necesarias. La decoración consta de dos reproducciones enmarcadas de cuadros de Dalí y una escena de caza en la que un ciervo moribundo está a punto de ser alcanzado por cinco perros. A la izquierda se abre la puerta del baño, donde Minerva entra para lavarse la cara. Anoche se acostó con la ropa puesta y su vestido blanco está arrugado y manchado de algo que luego descubre es vómito, porque también lo hay en la taza del inodoro. Trata de limpiarlo con papel higiénico pero pronto desiste. Se mira en el espejo, tiene un aspecto horrible. Se sienta en la cama, la cabeza le da vueltas. Hay un televisor sobre un mueble de Ikea que no pega con el resto de la decoración. Lo enciende. Mira un rato sin realmente ver la programación. Es como si su mente se hubiera quedado en blanco y tuviese, a lo largo del día, que reaprender lo perdido, incluyendo la reconstrucción vaga y desdibujada de los recuerdos de la noche. En realidad solo puede pensar en los ojos de Luján, pero en ese pensamiento carecen de la expresión que solían tener y parecen espantados por algo concreto, algo que Minerva debería saber y que su propia mente agotada y resacosa le oculta.

Calle del Espíritu santo

(Reflexiones de Pedro Álvarez recogidas en su libreta Moleskine)

Si todos fuésemos capaces de darnos cuenta de que cualquier tiempo pasado no tiene por qué ser mejor, nos ahorraríamos los problemas que conllevan la melancolía y el desasosiego. Pero también son los recuerdos los que nos construyen. Es el hombre la suma de sus recuerdos y sus potencias, de sus dolores y esperanzas.

Yo mismo, Pedro Álvarez Taranto, durante muchos años quise ser escritor, de hecho pensaba que era un buen escritor sin haber escrito nunca una sola palabra. Viví sin pena ni gloria, desistí de mi sueño y me enamoré de una chica, como en las películas románticas americanas. También como en las películas americanas ella era mucho más joven que yo, por esa facultad intrínseca de las féminas hollywoodienses de desaparecer a los treinta y cinco y hasta borrar sus huellas. La amé con celo y también consideré que hizo de mi vida un infierno. Por desgracia no sabemos qué son las personas que nos rodean hasta que no las perdemos. En general el hombre piensa bien pero tarde y no tiene en cuenta que lo que cree que es bueno para él rara vez es lo que necesita en realidad. Nosotros, pobres y estúpidos humanos, nos pasamos las horas de nuestras vidas intentando realizarnos, creyendo que queremos para nosotros esta cosa o la otra o lo de más allá, abandonamos a los que nos hacen felices porque creemos que es mejor para nosotros tener muchas amantes o irnos al otro lado del mundo a aprender un idioma o hacer una carrera que ni nos va ni nos viene, dejamos de lado lo que nos entrega un pedazo de cielo creyendo que no lo merecemos o que podemos conseguir más, mejor, con menos costes, con mucha más variedad. Qué necios dejarnos llevar por esta sociedad que nos enseña a no tener jamás bastante, a ser cobardes y no enfrentarnos a la felicidad duradera, sacrificándola a cambio de la inmediata, la que parece que estará más aceptada por nuestra familia, amigos o anunciantes televisivos. ¿Para qué vas a tener a la mujer inteligente y ordinaria que tienes al lado pudiendo acostarte con tres rubias espectaculares en la playa de Bondi? Nos enseñan a valorar lo superficial, a decir esto es lo mejor para mí, justo esto es lo que necesito, tengo que pensar en mí por una vez, es mi momento para ser egoísta, he aprendido que no debo renunciar a nada por nadie, y un largo etc... mi indignación crece porque yo mismo no supe proteger a la mujer que amaba de sí misma. Y es ahora, cuando ha muerto apuñalada por un desconocido, que siento que ella era justo lo que me faltaba, era ella mi inspiración, lo único verdaderamente emocionante que iba a vivir. Lo único que merecía ser contado.

La sociedad, a la que por desgracia me adscribo, está anestesiada por los escaparates, el consumo, la música comercial, los best sellers, el cine de no pensar. Nos enseñan a ser zombies. Qué iluso yo, que pensaba que junto a Luján sería en lo que me convertiría, ahora comprendo que ella se emborrachaba y drogaba para poder soportarlo. Todas nuestras peleas eran llamadas de atención, Pedro, despierta, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que estás dormido?, su violencia era un socorro, un auxilio gritado, lanzado, roto. La aparté de mí porque pensaba que era lo mejor, y ahora no puedo vivir sin ella. Escribo, ya ven, por primera vez en toda su vida el gran genio escribe, deja de pasear su frustración por las calles de Madrid y se sienta ante el teclado, ante la pantalla, se envalentona para escupir en una libreta. Luján, cuánto te he querido y qué poco logré entenderte.

En realidad poco importa quién empuñara el cuchillo, qué más da una hormiga u otra, cualquiera hubiera podido dejar a la cigarra morir de frío en pleno invierno por no haber sido previsora, cualquiera hubiera vengado en ella la envidia de sus canciones, cuando se tiraba la primavera despreocupada tocando y cantando al sol. Nos enseñan que el trabajo es lo primero, que a la mujer se la elige no en función de compañera sino de reproductora, que tenemos que ser los mejores para poder tener más para cuando los malos tiempos se acerquen, que debemos ser sumisos trabajadores y luchadores como jefes, que lo importante no es el qué sino el cuánto, que no debemos pensar sino ejecutar normas morales, acatar órdenes, estructuralizarnos en función de la sociedad... hermosa asesina la sociedad, hermosa asesina de cigarras.

Porque nos pasamos la vida, cuando nos han enseñado a pensar como egoístas (en falso, pues el egoísmo que nos inculcan es bueno para ellos, para la comunidad), echando de menos pensar por dos, amar con sinceridad, dejarnos mecer por el calorcito de una mano que nos acaricie el pecho. Envidiamos a todas aquellas cigarras vagas y cantarinas que se pasan la primavera rascándose la panza y disfrutando sinceramente, y las envidiamos porque ellas saben lo que nosotros ignorábamos: conocen el hecho de que la realización no pasa por aprender más idiomas, vivir aventuras absurdas, tener el mejor trabajo y pasarse la vida dependiendo de él y de que lleguen las vacaciones. La felicidad es hacer caso a nuestro corazón no a lo que debería ser sino a lo que realmente es, lo que necesitamos, no lo que nos han enseñado a necesitar.

Quizá me estoy enrollando sobre mí mismo como en una alfombra y de forma tan oculta llegaré a las habitaciones del César cuando yo lo único que quisiera sería poder hablar de Luján... eso es lo que necesito en realidad: escribir sobre ella. Me levanto y piso las necesidades creadas por otros que se creen más importantes de lo que yo me creeré nunca. No quiero ser escritor, ni siquiera profesor de literatura. No quiero un buen piso, ni un trabajo para toda la vida, ni escribir la novela del siglo XXI, ni conducir un coche caro. No quiero mujeres ni fama que dure quince minutos, quince años o quince siglos. Solo quiero lo que realmente necesito: saber de Luján,

creer en Luján, conocerla aunque ya sea muy tarde y esté todo dicho. Pero analizar lo que se dijo.

Si alguien leyera estas páginas pensaría que me he vuelto loco y que me gusta torturarme. Que disfruto haciéndome daño, ya lo he dicho antes... vivir en el pasado no sirve para nada, y sin embargo... ahora hago esto, vuelvo a Luján cuando aún respiraba y era parte de mis domingos, incluso vuelvo a su ira y a su tristeza y vuelvo para intentar comprenderla, para poder saber porque si no me va a ser imposible continuar. Desde que no está tengo una media de cincuenta y tres pensamientos suicidas al día. No los resuelvo, porque morir de amor está otra vez de moda y me he decidido a no hacer lo que se lleve porque se lleve. He sido un santo siempre, un santo que deseó verla muerta y he obtenido esta amarga recompensa que es una vida en cadena perpetua, una cárcel en la que su ausencia es la peor de las torturas porque ella sabía, claro que sí, conocía el gran secreto. Quizá por ello se la han llevado las palomas, quizá por ello una hormiga anónima la ha matado: porque el hormiguero no soporta saber que alguien sabe del engaño y lo burla. Porque quizá yo ahora esté escribiendo por ella y para ella, la musa ausente que solo vive en mi piel y que en mi piel perdurará por siempre. Soy un escritor que escribe sus primeras palabras, ironía perfecta a la que el ser humano debería acostumbrarse: expulsamos de nosotros lo que realmente necesitamos y solo unos pocos lo recuperan. Yo soy un elegido, porque he visto claro, tarde, en su muerte quizá, que lo he hecho y por ello desando el camino andado y vuelvo a aquella noche, a aquel portal, vuelvo a llevarla a mi casa y a verla llorar porque le doy de comer y eso le emociona, vuelvo a que adivine que soy profesor de literatura como la cigarra siempre adivina a qué se dedica la hormiga mientras ella disfruta del sol y de la primavera...

D.F. (México)

Piensa Arthur en los aeropuertos que han quedado abiertos y en las posibilidades de vuelo sentado en el patio de la casa de Sibila. Rosa se acerca y le acaricia la mano y le sonríe.

—¿Quieres una Sol?

—Sí, por favor.

—Pareces un pinche intelectual tan concentrado.

—Pienso en viajar, Rosa, en volver a Europa aunque sea de vacaciones.

Rosa se encoge de hombros y continúa su paseo hacia la cocina con pasitos cortos y gráciles. Arthur no puede evitar fijar la vista en sus tobillos morenos y torneados, que se giran de una forma tan distinta al andar. Decide que le pedirá que se vaya con él a Europa. Podrían ser tan felices las dos moscas zumbonas paseando por las calles de Madrid. Rosa nunca ha estado en España. Llevarla a ver el Museo Sorolla, a ella le gustaría, y también el Prado. Podrían incluso llevar al niño, Rosa no va sin él a ninguna parte. Ahora que se puede viajar sin que pongan demasiados problemas por lo de la gripe podrían volar lejos. Puede que sea México lo que se interpone.

El deseo. Cómo desea a Rosa. Es enfermiza la forma en la que mira sus manos pequeñas y morenas cuando se sienta en el patio con sus alebrijes; de nuevo Rosa en todas partes. Ella fue la primera musa y ninguna de las otras estuvo a su altura. La última, la pianista, se había escondido detrás de un cojín cuando él le leyó su poema. Debería en todo caso haberse reído, haber hecho una burla, haberse encendido un cigarro, cualquiera de las cosas que Rosa hubiera hecho, o las que no hubiera hecho nunca como besarlo y decirle que le quería, que era lo más bonito que le habían escrito nunca. Cualquiera de las cosas que hace una musa de verdad: convertirse para él en arte en movimiento. Eso es lo que hace Rosa. Arte en movimiento, la Sol sobre la mesa resudando agua helada, el tintineo leve de sus pulseras al chocar contra el cristal y las unas contra las otras y esa voz grave y como rota que susurra que Sibila ya casi está, que se pueden ir al cine y que parece mentira que esa mujer tarde tanto en arreglarse cuando luego sale del baño tan casi como entró, con la cara lavada y el pelo aún chorreando por la espalda, apenas peinado en una coleta baja. Arthur sonríe y mira a Rosa, que le devuelve la sonrisa y en un segundo pareciera que están el uno junto al otro, tan cerca que podrían rozarse, pero de nuevo el espejismo y su mirada se vela de frialdad y sus ojos se pierden en el fondo del patio y de nuevo están lejos, con el cristal atravesado de por medio. Si ella supiera, pero quizá Rosa sabe o intuye y es por eso el cristal, siempre subestimó la capacidad de Rosa para percatarse y luego vino la despedida aquella y aquel bikini rojo y ese polvo tan malo pero tan

hermoso porque ella sabía que era amada y quiso corresponder aunque ya fuese tarde.

De la vida de Rosa sin Arthur quedan misterios como quedan a veces hilos sueltos pegados a las chaquetas, y se abre un vacío en el que Rosa se casó con alguien a quien nunca nombra y del que jamás habla, como si estuviera vetado el nombre y la edad y la circunstancia. De aquello queda como testigo un pequeño Marquitos de ojos verdes y como salvaje al que Arthur llama a veces «el pequeño talibán» por las acciones terroristas que lleva a cabo con los papeles de Sibila o los alebrijes de su madre. Un niño que Arthur no sabe si conoce, si sabe o si sospecha, porque al igual que su madre tiende al cristal como otros tienden al entendimiento. A veces se entretiene el inglés en buscar a Rosa en los rasgos todavía redondos de Marcos y encuentra la boca abierta y carnosa, los dientes blancos y grandes (a pesar de que Marcos todavía tiene alguno creciendo), la risa fácil y burlona, la forma almendrada del ojo. Aunque Marcos parece tenerlos más grandes que su madre por el efecto óptico del verde tan llamativo contra la piel aceitunada del niño. Pero Rosa está tan presente en él que Arthur no para de decirse que debió ser el padre de ese niño asilvestrado, para poder compartir algo con Rosa, algo que no fuese el cristal. A veces el amor reside en reconocer al otro como un igual y ella, la burlona mejicana, era de su misma especie. ¿Qué hacía con Sibila entonces? ¿Por qué Arthur se sentía tan poco culpable de traicionar a su amiga deseando a Rosa?

Porque él la vio primero, y como un niño que se apropia de todo lo que le alcanza la vista, siente que tiene ese derecho sobre Rosa, llevarla a España, enamorarla quizá, volver a escribir sobre sus manos pequeñas y su pelo cogido con cintas, tan infantil como su cuerpo menudo o su risa de campana, grave ya cuando niña. Porque fue ella, la otra mosca, la que se acercó y le dijo «hola» con la sencillez con la que los niños eligen sus amistades o enemigos. Ella lo marcó como igual entonces, en aquella clase de niños ricos en la que él era tan diferente por ser rubio, hablar raro y no ser católico. Ella, cuyos pies no se diferenciaban del color del barro, que hablaba ese español suave y cantarín, que iba a misa asiduamente, ella lo marcó como mosca, maldita sea, y Sibila es una abeja, una hermosa y laboriosa abeja.

Entra la argentina ajena a todo en el patio trayendo consigo una cerveza casi apurada. Como ya Rosa predijera tiene el pelo húmedo a la espalda y ni una gota de maquillaje. Huele a lavanda como huelen las camas recién hechas de las casas de las abuelas. Es hermosa y extraña como una rosa creciendo en una placa de hielo.

—Andate, inglesito, levántate que nos vamos al cine. Parece que se les pasó ya la paranoia y hay que aprovechar.

—Arthur nos va a llevar de vacaciones —dice de golpe Rosa.

—¿Ah, sí? Qué bueno. Y dónde nos va a llevar nuestro cheto favorito.

—Tengo que verlo todavía, pero había pensado Madrid.

—¡Pucha!, me encantó Madrid. Es la ciudad más fea y divertida de Europa. Mi primo Diego vivía allá hace años, antes de suicidarse, claro.

Aquí Sibila se pone a hablar de su primo Diego Molina y de sus novelas, pues era

un escritor bastante famoso y eso lo convierte por derecho en uno de los temas favoritos de la argentina, pero Arthur elimina el sonido de la escena mediante la canalización de la rabia que siente al verse traicionado por Rosa. Incluso le parece que también ella ha puesto banda sonora a su mente y ahora lo mira con una burla fría, como diciendo que adivinaba sus intenciones y que no iba a dejar en Méjico a la abeja, que no se arriesgaba a ponerse del lado del cristal en el que otra mosca del sexo opuesto pudiese encontrarla a tiro. Irán los cuatro pues, los tres adultos y el pequeño talibán, y él correrá con los gastos económicos y los emocionales de tratar de quedarse a solas con Rosa en las calles de Madrid para poder decirle al oído zumbidos de amor y odio.

El alma...

... Se pregunta quién es ella en realidad y a qué se ha reducido después del accidente. Ella lo llama accidente porque es la única que sabe a ciencia cierta qué pasó, pero no puede contarlo. Los muertos no hablan. Solo en la imaginación colectiva se aparecen a los vivos y susurran secretos, pero eso no es cierto o ella habría encontrado ya la forma.

Solía llamarse Luján pero ya no tiene nombre, es veintiún gramos de espíritu que vagan entre imágenes del pasado, el presente y el futuro. Mira a su alrededor y piensa en sus manos. *En esta sapiencia inútil que da la muerte, una se pone a reprocharle al tiempo su vanidad. La vanidad del tiempo, claro, es culpa nuestra, por supuesto. No paramos de asignarle virtudes de las que carece: «el tiempo todo lo cura», «tiempo al tiempo y ya se verá», «es cuestión de tiempo», «el tiempo hace el olvido», «aún estamos a tiempo», «dame tiempo», ¿el tiempo puede darse? El tiempo es el que es: es injusto, implacable y todo lo estropea. El tiempo no nos enseña nada. Al final estamos como al principio, mirándonos las manos. Extrañándonos de tener manos. Y esas manos últimas se acaban pareciendo a las primeras, las tiernas y arrugadas que podemos mover a nuestro antojo (si pudiéramos recordar después la fascinación que nos produjo este descubrimiento). Las enjutas y estropeadas por nuestro vanidoso tiempo, o las cubiertas de sangre como las mías, son prácticamente idénticas, solo que al final lo que nos sorprende es su inutilidad a la hora de agarrarnos al cuerpo. Mierda.*

El alma asiste a su entierro y ve rostros pero no los reconoce como suyos. Algunos nombres vienen a su mente y supone que en algún momento amó a aquellas personas que derraman lágrimas de impotencia ante un cuerpo vacío que tampoco reconoce como propio. Se va a las manos y las insulta, pero nadie puede escuchar estos insultos ásperos a ese envase vacío e inútil, tan imperfecto y tan fácil de romper. La han lavado con cuidado y le han cerrado los ojos. Han maquillado la piel mortecina y fría con mimo, para que pudiese tener un aspecto aceptable en la tumba. Pero no se dan cuenta de lo inútiles que son sus ritos, lo vacíos de significado para el alma que suspira por volver a tener sentimientos.

Si al menos hubiese valorado lo que fueron las pieles humanas que besé, su tacto cálido y arrogante, fundido en pliegues imposibles, ese milagro que es la vida, la electricidad del tacto de alguien a quien se ama, si es que alguna vez amé. ¿Amé? No puedo recordarlo. Vienen fragmentos de palmas de mano entrelazándose en un suspiro y gotas de sudor refrescando la carne ardiente, pero no puedo retenerlos ni unirlos ni llegar a conclusión alguna. Todo recuerdo es cuchillo bajando contra mi

pecho, sentir mi corazón dejando de latir, pensar que mis manos podrían sujetarme al cuerpo y ver que no... que escapo y dejo de ser otra cosa que aliento, veintiún gramos exactos de vapor de vida, de recuerdo que se disolverá tarde o temprano porque ya me siento inestable y pronta a la desaparición. Lo que daría por ser ese último recuerdo de carne enredada, por poder retener eso antes de evaporarme en el infinito y cesar porque los muertos no hablan, no pueden decir a los que lloran ;recordadme! ;decidme cómo era mi piel cuando se erizaba, qué me gustaba al besar, a qué olía mi pelo! Decídmelo porque necesito saber, porque la muerte es el olvido y no recuerdo. Si pudieseis escucharme, si yo fuera capaz de pronunciar palabra, quizá me diríais qué fui para vosotros y me volvería de nuevo corpórea, tendría un nuevo nacimiento, unas nuevas manos de las que fascinarme, un nuevo tiempo al que volver vanidoso y embaucador.

Reconoce al Asesino entre los que le llevan flores y no le importa reconocer en él los ojos enajenados y la fuerza bruta, la violencia gratuita que ha terminado con Luján lavada, maquillada y vestida en una caja de pino y el alma rogando que la recuerden. Le resulta curiosa la cantidad de perdón y entendimiento de la que es capaz en estos instantes en los que ya es tarde y no hay indulgencia que valga para el sufrimiento causado en vida ni para el que se evapora en la muerte. *Uno se convierte en sus máscaras después de muerto y sé que a alguno de los presentes hice sufrir y sin embargo me lloran y me traen flores y con el tiempo el olvido se llevará los momentos malos y dejará la mitad de lo que fui, el encanto, las buenas cosas. Lo demás se pierde. Y es curioso cómo quizá al final seré solo una fotografía en un cajón o una vieja carta o un sombrero que alguna vez me puse. Seré la memoria de los objetos, y cuando desaparezcan los que me conocieron viva seré la incógnita guardada detrás de la dedicatoria de un libro que ha terminado sus días en un rastrillo de libros de segunda mano. Y esa mano ajena, futura, potencial, cogerá el libro y leerá «con amor, Luján» y prefigurará en su mente una historia, una mujer que no seré yo, o sí, seré yo para el que la esté inventando o nada quizá. Cada vez hay menos gente curiosa, cada vez la gente imagina menos y puede que el último dueño de lo que representaré en forma de dedicatoria de libro, de letra por mi mano ahí puesta en un tiempo pretérito, no se pregunte nada, no me imagine, no me figure, no sueñe conmigo. Y será entonces cuando no seré nada, menos que un soplo, menos que un recuerdo, menos que todas las flores que se marchitarán sobre mi tumba. Seré menos que el olvido.*

Y manos y condolencias y se entrecruzan lágrimas y mejillas besadas y arrugas en frentes y te acompaño en el sentimiento y flores y voces que son ecos y voces que no dicen nada y personas que se mueven todavía vivas y dolor y el recuerdo último del cuchillo y flores y tierra a la tierra y miradas conmisericordias y sacerdote bendiciendo y flores y ojos azules de madre que se inundan y flores y recuerdos de un tiempo mejor en el que todavía respiraba y alguna risa nerviosa y flores y tierra y caja y cementerio y flores, flores, flores...

Casa Federica

La casa Federica es un restaurante cafetería situado en la calle de la Manzana, justo debajo de la casa de Didier. Maru, la dueña, hace las delicias de sus clientes con una sonrisa que no pierde ni en los días en los que se queda sola y hay jaleo y está tan cansada que no puede con su alma. Didier bebe más de lo que venía siendo común en él pegado a la barra y pasando nerviosamente sus largos dedos cetrinos por el borde de su camiseta blanca y recortada. Se enciende un cigarro. Sonríe a Maru. Mira hacia la larga cristalera que da a la calle justo en el instante en que Sansprénom viene de la mano de Paula, más pálido y demudado que estos días de atrás. Los ojos de Paula, grandes y expresivos, no pueden ocultar su preocupación. Sansprénom se le aleja poco a poco y ni siquiera este asunto del asesinato y la resolución como juego lo entretienen lo suficiente como para que no piense, no tiemble, no tenga un sentimiento que todavía es como un rumor de agua pero que al final se va a terminar por convertir en tsunami. Una ola gigante que tiene todos los síntomas de alejamiento. Didier resopla y echa un trago a su cerveza. Si pudiese hacer algo... ¿pero qué?, ¿de qué parte ponerse? Si es que en todo esto hay partes y no es solo el curso natural de las cosas, en el que Sansprénom es un cobarde y la potencia de lo que Paula hubiese podido hacer de no haberlo conocido lo empuja a alejarse, pero maldita sea, a él qué más le da. ¿Quién no ha pensado en matar alguna vez? Quizá la diferencia es la planificación, la frialdad. Siente Sansprénom a Paula como un pez que se le escurriese entre los dedos, y como cuando te roza un pez siente también el escalofrío, la sensación entre agradable y grimosa, la piel en la indecisión de elegir asco o placer. Qué loco se está volviendo el mundo, coño, qué poco congruente. Incluso Didier que hace una semana adoraba a la pareja como pareja y que dos días después no comprendía cómo podían seguir amándose después de la denuncia de Sansprénom y la revelación de Paula, hasta él piensa ahora que si tanto se quieren debería Sansprénom olvidar sus miedos y amar a Paula con todo el cuerpo y con toda el alma, no con ese amor que empieza en la repugnancia aunque acabe en el deseo. La duda. Qué cruel es la duda cuando se instala en la vida. Lo suele hacer sin preguntar para luego acabar con pesadillas en las que Paula en mitad de la noche con un cuchillo de cocina y los ojos encendidos y las flores del cementerio... pero piensa Paula qué haría su tío Pedro en el entierro, por qué lloraría, y el sudor rodando por la frente de Sansprénom, cariño son las cinco de la mañana, ¿no puedes dormir? Y cómo decirle Paula, sueño que me asesinas, y las horas pasando y la teoría de Paula de que cualquiera pudo matarla, que fue una muerte casual y que no se podría haber evitado porque en realidad no hubo una causa, solo el azar. «La violencia es azarosa»,

había dicho. Y esa idea se le había clavado en la cabeza a Sansprénom hasta enloquecerlo. Miraba los ojos dulces de Paula y sus manos finas. La observaba pintar sus delicadas acuarelas y sentía deseo hacia su cintura y su boca tan gruesa y sus pechos tan firmes. Pero segundos después pensaba: la violencia es siempre azarosa y casual; pensaba: no tiene razón de ser, es inevitable. Y entonces la náusea y pensar que mejor estaría en la otra punta del mundo que allí con aquella asesina potencial. Y aunque hubiera dejado de serlo, aunque se viera que ya no sería capaz de matar porque ahora le desagradaba aquello que antes la había fascinado, Paula era como un recordatorio de lo despreciable del mundo, un recordatorio de lo que representaba el terror, que cualquier hombre podía volverse contra el hombre en un determinado momento y matar, matar, matar. Que ella hubiera confesado era como poner de manifiesto que hasta lo más hermoso... pero no, Paula no, Paula jamás.

Así que olvidar la tendencia de la humanidad hacia la tumba y pedirle a Didier los datos que ha averiguado y Didier adivinando en los ojos de Paula que se inclinan y en la palidez de Sansprénom que se acentúa, hace como que no se entera, pide a Maru tres dobles y un trozo de tortilla y dice lo de las quince puñaladas que figuraban en el informe forense. Quince puñaladas certeras: algunas dadas como a tanteo por lo que eran poco profundas, una que seccionó la aorta, otra que atravesó el ventrículo derecho del corazón y una última que dejó el cuchillo insertado en el esternón. Sansprénom siente que se marea, aparta uno de los taburetes de la barra y se sienta. Sus noventa y cinco centímetros de pierna no dejan de temblar.

—La punta del cuchillo se partió en algún momento porque se ha encontrado un trozo dentro del corazón. Esos cuchillos no son muy resistentes, pero hace falta algo de saña para partir uno a no ser que lo hagas contra una mesa o algo del estilo.

Sansprénom se siente como si hubiera descubierto un incendio al abrir una puerta: el hipnotismo del fuego supera la necesidad de ponerse a salvo, el instinto de la huida se ve sofocado por él mismo que se ha quedado clavado observando las llamas sin parpadear siquiera, sin sentir la asfixia que se apodera de su cuerpo, sin que el humo lo despierte y le haga correr por su vida. Mira a Paula que lo mira a él, que desvía la vista y se centra en Didier que se enciende un cigarro y mira a Paula que baja los ojos y abre la boca para decir:

—No hace falta saña, es fácil cegarse una vez has empezado.

Porque la violencia es como todo, como comer, como follar, esto lo piensa Paula, una vez se empieza el suelo acaba por desaparecer de debajo de los pies y ya no te das cuenta de cómo bajas el cuchillo, de con qué hambre has cogido el trozo de pan, del vértigo en el cuarto y las manos de Sansprénom acariciándole el cuello sudoroso en un gemido espasmódico el muy bobo, no se da cuenta de que sería más fácil a estas alturas que él la estrangulase en la cama que ella le atacase y sin embargo tiene miedo. Se le nota en la palidez contraída del rostro, en las manos que sudan cuando antes eran tan secas y tan suaves, en los párpados que caen con más frecuencia como si apenas la pudiese mirar a la cara, solo en el sexo, cuando todo se vuelve plano y

borde y cementerio y embiste y los párpados de Paula empiezan a caer de desfallecimiento y los ojos de Sansprénom, solo entonces, miran fijos y como ausentes, fijos y fríos, fijos y grises y hay en esa fijeza todo el amor del mundo y también un instinto nuevo, porque es entonces cuando la mano enorme coge el cuello blanco y siente ganas de apretar hasta que ella grita y empieza a ahogarse y la violencia siempre es azarosa y Sansprénom vuelve a dejar caer los párpados y se desborda y los dedos aflojan su presa y Paula respira con dificultad pero respira y es de nuevo Paula, intentando recuperar el aire perdido pero Paula, la mujer a la que abraza y besa hasta que se duerme mecida por los latidos de su corazón de gigante y él siente acercarse la sombra de la pesadilla y es de nuevo asesina potencial, cuchillo bajando, la doble de Marga tirada en un charco de sangre, Didier con el informe forense sobre la barra, manchado de cerveza y de huevo.

—¿Cómo has conseguido esto?

—Paulita, cariño, recurristeis a mí porque soy un seguidor, ¿recuerdas? Puedo encontrar cualquier cosa. Soy un hombre de recursos.

—Te has tirado al forense.

—Qué mal pensado eres, no hace falta sexo para conseguir cosas, Sansprenouille. Aunque la verdad no me hubiera importado, era super sexy.

—Que en tu caso es como decir que se parecía a Ron Jeremy.

—Del estilo, del estilo.

—Bueno, vale, ¿qué tenemos? Tenemos a la chica muerta: Luján Menéndez, quince puñaladas, una de las cuales mortal de necesidad y otra que la hubiera matado igualmente si no le hubiesen atravesado el corazón segundos después. También un cuchillo del restaurante donde estuvimos, la denuncia de Sansprénom contra mí, los turistas que la encontraron y una punta de metal que se desprendió del arma homicida. Sansprénom pensó que yo la había matado porque, que sepamos, era la única persona implicada de las que hemos nombrado que tenía alguna razón para hacerlo, véase que este hombre al que quiero tanto es incapaz de superar a su ex.

—No me puedo creer que vaya a salir otra vez Marga a colación.

—No soy yo la que la pone en la mesa sino tú, que apenas eres capaz de dejar de pensar en ella. Debes creer que aunque te tratara como a un perro al menos no tenía ganas de matar a nadie y eso es un alivio, ¿no?

Ante la aspereza de semejante respuesta de Sansprénom y su consecuente reacción en boca de Paula, Didier opta por pedirle a Maru otros tres dobles y otro trozo de tortilla que tampoco esta vez prueba. Después ofrece un cigarro a uno, que lo rehúsa, y a la otra, que lo acepta, enciende uno para él y pone paz entre los párpados caídos del gigante y la mirada furiosa de la acuarelista en forma de un venga ya, chicos, no os toméis todo esto tan a pecho y vamos a brindar porque encontremos al Asesino y seamos felices y comamos perdices. El ambiente se relaja un tanto y Paula sigue su exposición en la que opina que el Asesino no era un conocido de la muerta, sino alguien aleatorio y fugaz que se cruzó en ese instante con ella y de muy mala

forma. Alguien que podría ser incluso su tío Pedro.

—¿Tu tío Pedro?

—Sí, mi tío Pedro. Fue al entierro de esa chica y no creo que tuviese muchas razones para hacerlo, ¿no? No sé si es que la conocía o es que le dio pena cuando la vio en la tele y quiso ir al entierro, ya sabéis que es el patrón de las causas perdidas. O incluso, si me pongo disparatada, pudo matarla y sentir que le debía algo por haberla metido en una caja. Tengo que investigarlo.

—Bueno, es una pista. Por el momento no tenemos ninguna otra.

En cambio, a ojos de Didier lo que sí tienen es un problema y de los graves: Sansprénom no se encuentra bien, su mirada se ha cubierto de un velo de preocupación que no tenía desde que conociera a Paula, un deje de angustia que empapa en la tercera cerveza y trata de olvidar cuando ella se quita un guante y le acaricia el dorso de la mano con la punta de los dedos.

Conde de Xiquena

Primero son los contornos los que se difuminan, claro, en la aterciopelada oscuridad de los brazos entrecruzados, la seguridad y el olor a madera y sudor, tan característico. Los contornos se difuminan por el agotamiento y los ojos se cierran pensando en abrirse, como siempre se cierran los ojos...

Cuando Sansprénom recibe la llamada, Paula está junto a él en la cocina bien iluminada de la casa de la plaza del Humilladero y alcanza a ver cómo el rostro sonriente del gigante se va poniendo alargado y pálido como una pintura de el Greco. Desde ese instante sabe que algo sucede, algo posiblemente grave y que le va a afectar, como en los últimos tiempos le afecta todo lo que viene de Sansprénom, incluidas las pesadillas. Escucha palabras sueltas como «de acuerdo», «vale», «entiendo» y luego otras cosas en francés que hacen que lamente haber abandonado sus clases del idioma hace varios años. Aunque de pronto la voz temblorosa dice «entonces esta noche», seguido de un «pero Marga...» que queda en el aire pero se clava en el pecho de Paula y hace que contenga la respiración porque la palabra Marga se convierte en dolor y es un dolor que se le extiende desde el corazón hasta el hombro y empieza a bajar por el brazo izquierdo hasta que se le entumecen los dedos. Luego él cuelga y se sienta de nuevo en la silla que había abandonado cuando sonó el móvil y se acercó al balcón para tener mejor cobertura. Durante unos segundos que parecen eternos ni la sangre vuelve al rostro de Sansprénom ni la respiración a Paula, que empieza a sentir la presión en la caja torácica y la cabeza a punto de estallar. Luego él dice:

—Era Marga.

Con una voz tan pálida como su cara, que empieza a acusar ojeras y un malestar que se ha convertido en físico de golpe. Paula piensa que Marga es como un virus y que los dos están enfermos. No ha hecho falta más que una llamada y ya están enfermos ambos. Tiene que hacer un sobreesfuerzo para poder musitar:

—¿Qué quería?

—Está en España. Llegó anoche. Quiere verme.

—Y tú, ¿quieres verla?

—No, pero le he dicho que sí. No sé por qué lo he hecho, la verdad.

La mira a los ojos. Paula siente que está a punto de desmayarse, si no empieza a respirar perderá el conocimiento, pero es incapaz de recordar cómo se respira.

—¿Cuándo? —suelta con un hilo de voz.

—Esta noche. Hemos quedado a cenar en Conde de Xiquena. A ella siempre le gustaron los barrios caros.

La palabra cena repiquetea en la mente de Paula. No podían haber quedado a comer o en un banco en un parque, no, ni siquiera a algo tan inocente como tomar un café. Habían quedado a cenar: Marga le había pedido que la llevara a cenar y él había accedido. Una cena con alguien del sexo opuesto es una invitación a un desayuno, pero no, Paula, intenta apartar eso de tu cabeza, estás ardiendo en celos, no caigas en su juego. Estás a punto de explotar.

—Quiero que vengas tú también —dice él entonces.

Paula empieza a respirar, coge aire con un sonido que a ella le parece estruendoso pero que él no parece notar. La mano comienza a desentumecerse, el pecho se llena de oxígeno con esfuerzo. Aún así el dolor no se evapora, es como una punzada que palpita en las sienes y el corazón. Qué justo que se considere que el corazón, que es un músculo inocente, es el lugar donde reside el amor, porque es lo que duele cuando... pero creímos haber matado a aquel fantasma y ahora la real, la de carne y sangre, la que respira y habla, aparece de golpe. Pero Sansprénom quiere que ella, Paula, vaya a la cena. Es un gesto de amor por su parte. O quizá solo la quiere usar de escudo humano. A saber.

Apenas si sabe lo que hace el resto del día. Se recuerda intentando comunicarse con Sansprénom y no poder, o no tener nada que decir cuando él, en fin, luego llegó la hora de arreglarse y claro, Paula quiso estar perfecta y todo lo que se ponía le parecía un tanto pasado de moda o que no le sentaba bien o que empezaba a estar deslucido. Nunca le daba importancia a tener ropa nueva o a si lo que se ponía le favorecía o no, pero ahora, de una forma estúpida, encontraba que tenía que prestar atención a esos detalles que parecía haber olvidado toda su vida, como cómo se maquilla una las pestañas para que los ojos parezcan aún más grandes. ¿Y todo para qué? Para competir por un hombre, cuán rastrero y patético. Estar luchando a brazo partido contra un fantasma que se revelaba fuerte, que se aparecía de golpe y lo cambiaba todo, hacía que se portase como una adolescente, una adolescente humana. Se sonríe delante del espejo, dulce ironía, qué humana es cuando está con Sansprénom. Siente miedo, celos, se siente frágil, inferior a una muerta, porque por lo que a ella respecta Marga es una muerta, una muerta que se han encontrado en un callejón. Y si Sansprénom la eligiese a ella, qué poco valdría si no había sido capaz de hacerle sombra a un fantasma. Nada de lo que se pone o deja de ponerse le satisface. Sansprénom se acerca por detrás, la coge por la cintura, sus brazos se le cruzan por delante.

—Estás preciosa —le dice.

Paula sonríe, se pone sus guantes, está preparada.

Lo primero que observa es que Marga ya está sentada a la mesa cuando llegan ellos y también, cuando se levanta sin poder disimular una mueca de decepción por la presencia de Paula, que es alta, mucho más alta de lo que había esperado. También

más alta que la chica muerta, rubia natural y no se sabe si por efecto de los pantalones, tiene uno de esos tipos que hacen parecer a una mujer ser dos pegadas a la altura de la cintura: una ancha de caderas y de tobillos bastos y la otra delgada y enjuta como ya observara Paula en las fotos, el esternón marcándose en el escote, como intentando escapar de entre sus pequeños pechos. A Paula no le gusta ese tipo de mujer, tiene la teoría de que las personas que parecen dos lo son en realidad y que siempre la peor queda en la zona del corazón y el cerebro. Pero a lo peor a Sansprénom le va el tipo pera y entonces la vamos a tener, lo estoy viendo venir.

Sansprénom las presenta con bastante poca presencia de ánimo y es entonces cuando ella, Marga, sonríe y le tiende la mano a Paula con suficiencia, pero casi pegada al cuerpo, de tal forma que sea Paula la que tenga que alargar el brazo para estrecharla. Pero eso no puede quedar así, claro, y entonces Paula tira levemente y la acerca para darle dos besos que Marga no se ve capaz de evitar. Se sientan, Marga de un lado y Sansprénom y Paula del otro. Es curioso que la primera se haya vestido de blanco, sobre todo porque Paula lleva un vestido negro y eso remarca la oposición rubia morena, enjuta curvilínea, pasado presente. Marga es la primera en abrir la boca para hablar y lo hace en francés, cosa que Paula hasta agradece porque prefiere ni saber qué se va a hablar allí esta noche, aunque intuye a su pesar debido a la entonación, que le está pidiendo explicaciones a Sansprénom por haberla llevado. Sansprénom, por su parte, responde algo frío y cortés en la misma lengua y luego le ruega, en castellano, que hablen el idioma común para que Paula pueda participar.

La cena es una nebulosa tensa. Han pedido la especialidad de la casa, sopa de paloma, que se enfría en la mesa bajo la cuchara de Paula que apenas se entera o no quiere enterarse de qué hace de nuevo en España el fantasma hecho carne y por qué ha llamado a Sansprénom después de tanto tiempo. Está entretenida en escuchar lo que Marga no dice y que, por descontado, es mucho más interesante. Necesita algo, algo que no se atreve a pedir, y considera que Sansprénom todavía es su perro ladrador y que lo puede conseguir sin esfuerzo. Paula también se da cuenta de que pensaba sacárselo en la cama, y que es por ello que su presencia la ha fastidiado de una forma tan evidente. Se sonríe mientras mece el pie por debajo de la mesa con tan mala suerte que descubre el de Marga trepando por el pantalón de Sansprénom, circunstancia que le borra la sonrisa de la cara por completo. Lo mira. Él no parece acusar cambio alguno, sigue igual de pálido y de tenso, su mandíbula permanece apretada aún cuando sonríe de vez en cuando. Mira a Marga de una forma casi desafiante, como si la retase a que dijera la verdad de su presencia y de tanta palabrería. Paula piensa en Luján Menéndez y de golpe, sin saber por qué, cuenta a Marga aprovechando un silencio, lo que ha pasado en las últimas semanas.

—Una noche encontramos a una mujer que se parecía a ti. Una mujer que podrías haber sido tú, o tu doble, o una aparición de tu espíritu, como el fantasma de las navidades pasadas, ya sabes. Al día siguiente apareció muerta y Sansprénom pensó que la había matado yo para deshacerme de tu fantasma. Y aunque no lo hice, no te

niego que pensé en hacerlo.

De nuevo el silencio se instala entre ellos. Sansprénom la mira con espanto, probablemente esto que ha dicho no tenía nada que ver con lo que estaban conversando, pero qué más da, Paula se ha bebido ya tres copas de vino y está en ese punto en el que no importa lo que se dice mientras cause un efecto, el que sea. Marga, por segunda vez en toda la noche, le ha prestado atención y esta vez la observa con curiosidad, como si Paula se hubiera ganado que la valorasen con detenimiento. Paula hasta podría llegar a pensar que hay algo de simpatía en esos ojos tan grandes y tan azules como los de la chica muerta. Hay gente que se alegra de ver que su contrincante está a la altura, qué joder. Me voy a beber otra copa. Sansprénom se disculpa, tiene que ir al servicio, aunque en realidad está claro que lo que hace es huir, o esconderse para pensar en el siguiente paso o en cómo salir indemne de lo que se acerca, que parece destructivo e inevitable. Las palabras: «La violencia siempre es azarosa», bailan sobre la mesa. Paula aprovecha la confusión para deslizar sobre su falda el cuchillo de carne.

MARGA.— Así que tú eres la que se acuesta ahora con Sansprénom.

PAULA.— Bueno, podría decirse así, sí.

MARGA.— Nunca creí que sus gustos fuesen a cambiar tanto.

PAULA.— Lo dices casi con simpatía.

MARGA.— Más bien con curiosidad. Me ha impactado lo que has dicho antes. Supongo que te habrá elegido porque si hubiera buscado a alguien más opuesto a mí no lo hubiese encontrado.

PAULA.— Supongo.

MARGA.— Parece mentira que siga estando tan afectado después del tiempo que ha pasado.

PAULA.— Los que creen que el tiempo lo cura todo son unos ilusos, Margarita. Unos ilusos y unos torpes. Las heridas no se cierran nunca, se tapan, pero no se cierran.

MARGA.— Acabo de darme cuenta de que Sansprénom no elige a sus mujeres por la belleza sino por la perspicacia.

PAULA.— De eso deberías haberte percatado al estar con él, ¿no crees?

(Aparece un camarero por la derecha portando una nueva botella de vino que coloca en la cubitera y cubre con una servilleta. Ambas mujeres le sonrían y le dan las gracias casi al unísono. Paula se enciende un cigarro).

PAULA.— Mira, te voy a hablar claro porque si no supiera lo mal que lo ha pasado Sansprénom contigo hasta me resultarías simpática. Sé que no dices la verdad y que estás aquí porque quieres algo. Sansprénom tiene tendencia a pensar que la gente a la que ha querido tiene buenas intenciones, pero a mí no me la das. He descubierto tu pie subiendo por su pierna y sé que él no te importa, así que hay algo que pretendes y que no dices, quizá porque estoy yo aquí.

MARGA.— (Ríe) Pero si eres una niña y no me había dado cuenta, perdona. ¿Te crees tan importante?

PAULA.— No, no te preocupes. Quizá yo sea insignificante. Es muy posible que no tenga ningún valor para él semejante al que tuviste tú, pero sí te aseguro una cosa: no me importa que Sansprénom te prefiera a ti, no me importa, créeme, es lo suficientemente mayorcito como para buscar la felicidad donde quiera y para equivocarse. Pero si le vuelves a hacer daño te aseguro que te buscaré y te mataré de la más horrible de las formas que se te pueda ocurrir. No sé si tienes razones para respetarme, pero sí las tienes para temerme. Así que tenme miedo, Marga, tenme mucho miedo porque no sabes lo peligrosa que puedo llegar a ser.

(Los ojos de Marga se abren en un gesto de sorpresa interrumpido por Sansprénom que entra por la izquierda para unirse a la conversación aún más pálido de lo que se fue).

SANSPRÉNOM.— Disculpad, pero es que no me encuentro muy bien.

MARGA.— (Sonriendo) No te preocupes, tu nueva (pausa dramática) chica, es muy simpática. Lo hemos pasado bien en tu ausencia. Hasta me ha amenazado.

(Algunas acciones suceden simultáneamente: la cara de Sansprénom se demuda, el pie de Marga vuelve a subir por la pierna ante la sorpresa y la ira de Paula que se ciega, coge el cuchillo de su falda y apenas salta sobre la mesa para clavarlo en el cuello de Marga y luego en el pecho una, dos, cinco veces, la punta se parte en el corazón, la sangre caliente salpica el rostro de la asesina, el cuchillo queda clavado en el esternón en la puñalada quince, justo cuando Sansprénom consigue reaccionar y coger a Paula en el aire y retirarla pálida, desgreñada, cubierta de sangre, riendo a carcajadas convulsivas, mirando cómo Marga cae al suelo con su traje blanco muerta antes de desplomarse de la silla).

Despierta gritando, con los ojos llenos de lágrimas y ganas de vomitar. Está temblando y respira agitadamente. Siente todavía el frío del cuchillo y la sangre pegajosa resbalando por su rostro y su pelo, pero cuando consigue llevarse la mano a la cara ve que es solo sudor y empieza a controlarse, a entrar en situación. Sansprénom está a su lado, temblando también, también llorando. Se miran como se miran los que salen de un sueño compartido. Uno de los dos se ha colado en el sueño del otro. Nada ha sido real. Se abrazan sin ser capaces de decirse nada. Paula se da cuenta de que no lloraba desde los cinco años y eso la conduce a una risa nerviosa que Sansprénom contiene contra su pecho en el que salta un corazón que parece querer huir de aquel cuarto. Se tumban despacio, el uno apoyado en el otro, Sansprénom besando las lágrimas de Paula, deteniéndose especialmente en la nariz. No se miran porque tampoco hace falta, saben ambos que han soñado lo mismo y lo que es absurdo en un sueño solitario cobra sentido en uno compartido. Aunque sea solo el sentido de haber logrado compartir un sueño. La noche se va cerrando en

torno a ellos, las lágrimas llevan al agotamiento. Paula piensa en lo bien que huele Sansprénom incluso cuando suda, quizá más cuando suda. Y piensa en el calor de su enorme mano, apretándola contra su pecho como si quisiera evitar que se esfumase. Y en la otra mano también, la que hace que la que guarda en su interior, la de Paula, parezca diminuta y se apoye sobre el corazón, para que su ritmo de tambor la meza hasta el sueño donde unos labios de gigante se apoyan en una frente de mujer que siente que el mundo está mutando y uno no se puede acoplar al cambio tan deprisa como quisiera.

Calle de los Madrazo

Minerva cierra el bolso comprobando que lleva las llaves de casa y la cartera, que son las dos cosas más importantes. Sale al pasillo del hostel y devuelve la llave al recepcionista, un chico muy simpático que le informa de que pagó por adelantado y que llega un poco tarde a desayunar. Minerva agradece la información con un educado movimiento de cabeza y una sonrisa que le cuesta componer mientras echa de menos sus gafas de sol. Pero claro, cuando anoche fue a ver la obra de teatro de Luján no pensaba amanecer fuera de su piso y no las cogió. Hay que ser más precavido en esta vida.

Sale a la calle y la luminosidad de la mañana madrileña la ciega por completo, piensa en que debe ser tarde y que por suerte hoy no tenía que ir a la librería porque abrió el domingo y eso le dio derecho a un día libre. Coge la calle de los Madrazo y se mete en la primera cafetería con olor a churros que encuentra. Pide un café con leche, dos tostadas con aceite y un zumo de tomate para pasar el mal trago de la resaca. De repente piensa que se escondió al ver salir a Luján del restaurante, la vio caminar como desorientada y se puso a seguirla. Pero luego llega el borrón confuso en el que hay oscuridad y sombras y el sabor ferroso en los labios y nada más. El camarero enciende la televisión sin sonido y es entonces cuando Minerva recibe el golpe en forma de fotografía; el rostro blanco y sonriente de alguien conocido en un avance de las noticias no puede traer nada bueno. Se queda bloqueada, con la boca abierta y la cucharilla de café suspendida, como si pudiese también dar vueltas al aire y disolver en él el pensamiento que se le está formando en la mente, raudo y demoledor.

—¿Puede darle voz a eso?

—Claro, señorita.

—... éndez fue encontrada apuñalada en las inmediaciones del céntrico barrio de Lavapiés. Fuentes policiales aseguran que podría tratarse de un nuevo caso de violencia de género, que ya sería el número cuarenta y dos en lo que va de año...

Ahí Minerva deja de escuchar. La cucharilla escapa de su mano y cae sobre la mesa de mármol produciendo un ruido tintineante. Por un momento deja también de ver. Siente un chasquido dentro de la cabeza, un chasquido que se va extendiendo por los miembros hasta centrarse en su estómago. No probará el desayuno. Luján muerta. Se lleva la mano a la frente, maldita sea, no se acuerda de nada. Sabe que la siguió, pero no sabe más. ¿Cuándo se emborrachó? ¿Qué pudo pasar?

Recuerda los pasos largos de Luján por las calles desiertas. Recuerda pensar que nunca sabría el rastro de amor que iba dejando tras de ella, ese rastro perfumado que

Minerva iba siguiendo como en la canción de Jaime Urrutia, con sus pasos delicados y silenciosos favorecidos por esas zapatillas acolchadas que se había comprado hacía no mucho con gran indecisión y que ahora agradecía, pues el sonido blando que hacían era tapado por completo por los tacones de Luján, desequilibrados y secos, que se movían con una mezcla de desencanto e ira. La recuerda parada contra el cierre de chapa de la Exquisita, el dibujo de la flamenca casi envolviéndola, y esa imagen tiene un carácter tan irreal en su mente que parece Luján parte de la pintura o un fotograma de película, el pie lánguidamente apoyado en la pared. Se encendió un cigarro y miró el vacío, después el reloj y después de nuevo el vacío. Sacó el móvil del bolso. Lo miró, buscó algo en él y volvió a guardarlo con furia. Se recuerda Minerva agazapada en una esquina, escondida como una fugitiva, espionando a su anterior subordinada, y ese recuerdo se le va mezclando con la mano de Luján cerrándose alrededor de la suya, con Luján en la librería, un día cualquiera, etiquetando aquel libro póstumo de Cortázar.

—Ni siquiera me parece demasiado bien que se publique algo de un autor que él no publicó en vida —dijo—. Produce curiosidad saber qué consideraba secundario un genio, pero soy del pensamiento de que alguien que no publica algo tiene sus razones para hacerlo, ¿no crees?

—Pues no sé. Supongo que de alguien como Cortázar siempre se puede aprender.

—¿Pero también de lo que rechazó? No sé. Deberían pensarse lo que hacen cuando alguien está muerto. Podrían dejarlo en mal lugar. Aunque el caso de este libro en concreto no lo sé, porque la selección la hizo la viuda, ¿no? Supongo que pondría buen cuidado al seleccionar los papeles.

—Supongo.

—¿Sabes? A veces creo que comprendo los libros más allá de lo que los autores querían decir, como si intuyese lo que pretendían ocultar al mismo tiempo. No sé. Es como si notase algo especial con cada libro, algo que de alguna manera sé que el resto no nota.

—Creo que eso lo pensamos todos los sensibles alguna vez, Luján. Nos hace sentirnos especiales.

—Pero no, es distinto. Supongo que me explico muy mal. Si supiera explicarlo sería yo la que escribiría libros. Pero es algo que sé, que reconozco como mío, vaya... en fin... Por ejemplo con Pedro...

A Minerva le molestaba oír hablar de Pedro. Le dolía saber que había un hombre que la tocaba cuando llegaba a casa, alguien que no la valoraba como ella lo hacía. Torció la boca.

—... a veces los problemas que tengo con Pedro son simplemente que sé lo que siente aunque no lo diga y me duele que no lo haga. Conmigo es desapasionado, como si yo no le importara... es como estar con la parte de atrás de un frigorífico. Y sin embargo sé que se contiene, que siente una pasión tan grande por mí que le asusta. Sin hablar de lo amoral que le parece nuestra diferencia de edad.

—Como si eso importase cuando dos personas se quieren.

—Pues eso creo yo. Pero claro, él es él. Tiene unos valores tan rígidos... no se da cuenta de que para ser feliz en esta vida hay que ser permeable. Y me paso la vida provocándolo. Por supuesto las borracheras, las drogas, las infidelidades, todo eso que hago, es para que reaccione. Y no lo hace. Lo torturo y él solo me coge el pelo para que vomite, me paga las fiestas, me mimó. No lo soporto. Y no puedo soportarlo porque de alguna manera sé que se contiene para no demostrarme lo que me ama. A veces desearía que me abofeteara, eso ya sería algo.

—Pero niña, ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Me parece que las cosas que no se dicen ni se hacen es como si no fueran.

—Pero quizá no siente nada de lo que dices y son imaginaciones tuyas.

—Claro, cuando alguien tiene un don de ese tipo le es muy difícil demostrarlo. La gente te toma por loca. Pero yo sé lo que sé, Minerva. Lo sé y punto. Como cuando sé que alguien va a morir. A veces, estando cerca de alguien, siento como una punzada en el pecho seguida de una náusea y entonces... no sé cómo explicarlo, porque no es como si lo viese por la tele, ¿entiendes?, no es algo similar a una imagen. Es como si tuviese de golpe conocimiento de que esa persona morirá. Y casi siempre sé el cómo.

Entonces aquello no tuvo mucho sentido porque todavía no había sido el concierto de Antonio Vega ni tampoco su muerte hacía tan poco que ella predijo como quien dice que va a llover mirando un cielo encapotado. Ni siquiera lo cobró más tarde, cuando sucedió todo eso. Pero sí ahora que la televisión y el café y ese dolor en el pecho cuando escucha o piensa la palabra Luján. Y lo cobra porque la recuerda de golpe girándose en redondo, apartándose de la Exquisita, mirando a los lados como si se sintiera perseguida y después, cuando se le acercó aquel tipo con las manos vendadas, sin más sacó el cuchillo del bolso y lo agitó en el aire, como defendiéndose de una amenaza invisible y absurda que más tarde se materializaría en noticiario y fotografía y titulares que dicen que estás muerta, pequeña adivina de los ojos azules, y lo dicen como si no pasara nada, como si no fuese importante, como si fueses tan solo ese maldito número cuarenta y dos.

D.F. (Méjico)

(Fragmento del Diario de Arthur Burleigh)

... Como siempre que tomo decisiones importantes en mi vida, siento que me bloqueo ante la hoja en blanco y no puedo escribir poemas. El estado anímico en el que me encuentro parece convertirse en pared y de repente no logro atravesar los límites ni encontrar palabras. Qué importantes las palabras. Pareciera que son solo un código, pero son mucho más. Cuando nombras algo, este algo toma cuerpo, se convierte en real. Por mucho que pensara en Rosa, hasta que no escriba la palabra no habrá una acotación al sentimiento. Esa palabra es obsesión. El tormento que se traduce de esa palabra es infinito y nadie, por mucho que leyera este diario, llegaría a hacerse una idea aproximada de mi sufrimiento. Así y todo, si no hay palabra, si obsesión no queda escrito, nadie puede acercarse a esa aproximación, ni siquiera yo que soy el que la escribo.

El amor es la energía que mueve el mundo. Se habla del dinero como gran manipulador, pero lo que el amor causa es tan fuerte que lo supera todo, incluyendo la ambición. Todo sentimiento es irracional por naturaleza. Nos convierte en un mono que funciona por impulso (es decir, nos reduce a lo que somos primaria o «primáticamente»), eliminando de la ecuación todo posible raciocinio. El amor tiene la energía más poderosa, nos lo da todo cuando nos lo da y nos lo quita todo cuando nos lo quita. Parece una perogrullada, pero es la manera más correcta de descripción que encuentro. La potencia creadora del amor es infinita cuando lo tenemos, cuando lo sentimos, cuando está en nuestros ojos y nuestros miembros, cuando caminamos, pensamos, hacemos, decimos, en función de eso que no nos deja racionalizar, que no nos permite una acción no mecánica ajena a él. Pero la destrucción que causa su pérdida no tiene tampoco límite. El alma se convierte en un agujero negro que todo lo absorbe hasta replegar todo tu universo personal sobre sí mismo. Mi alejamiento de Rosa me transformó en un despojo de mí. Todo era ella de tal forma que la intensidad de sus desprecios se volvía en mi mente desproporcionada, hasta hacerla brillar como la bruja destructiva que no es. En todo este tiempo no he perdido comba en cuanto a culpabilizarla de cualquier cosa que me sucediera. Era ella, Rosa, la causante de mis borracheras, la que hacía que las mujeres con las que me acostaba me pareciesen burdas y fáciles, la que movía mi mano para escribir sobre ese odio y ese rencor que tan famoso e infeliz me han hecho. El amor y no Rosa, son la musa y el demonio. He oído por ahí que las musas no deberían dedicarse a crear porque se daría una paradoja espacio-temporal que

acabaría con el arte. Claro, porque es como si el arte se retroalimentase en un autocanibalismo descorazonador. Los llamados artistas perderíamos el ánimo, se nos olvidaría cómo se monta en bicicleta, dejaríamos de crear al mirar a la musa abriéndose en canal para meterse en la boca su propio intestino.

No puedo dejar de observar que Rosa, que para mí representa el amor y la destrucción, la energía creadora y el agujero negro, también funciona para Sibila. Las creaciones de Sibila, tan intensas y sencillas cuando la conocí, han ganado en riqueza y profundidad, como la belleza de una mujer se matiza con el tiempo. Podría decirse que es la experiencia la que ha hecho el trabajo por ella, que con años de composiciones ha encontrado por fin el hueco en el que se siente a gusto y en esa franja musical se mueve con soltura, como si hubiese perdido el miedo al preciosismo. Pero no. No es eso. Reconozco, yo que tanto la he utilizado, la mano de Rosa en ese sonido nuevo. Es el impulso creador que su carne alimenta, que su presencia, sentada bajo el árbol con sus alebrijes o jugando con Marquitos, hace nacer del frío y de la muerte más desoladoras. Uno piensa que su literatura, que sus composiciones, que cualquier cosa que crea es bueno, hasta que conoce a Rosa y entonces todo, cada fibra de la cuidadosa torre que ha construido durante años, se tambalea para luego desmoronarse y al mismo tiempo enraizarse, convirtiendo la materia primaria en olvido que solo puede ser sustituido por lo absoluto. Y yo sin poder escribir poemas. No ahora.

Ayer fuimos Rosa y yo a la agencia con Marquitos, a cerrar los billetes para Madrid y a asegurarnos de que todo saldrá como debe, que no nos llevemos sorpresas en cuanto a hotel o precios una vez allí. Fuimos caminando sin mucha prisa. Paramos a comprar unos helados de cucurucho. Yo lo pedí de chocolate y Rosa de fresa. El niño quiso uno como el mío sin preguntar qué tomaría yo. Es curioso que entonces pensé que si Marquitos hubiera sido un poco mayor podría haber sido mi hijo. Y fue cuando mi mente escapó del otro lado de la cristalera de la heladería y nos contempló allí parados: el chico inglés dorado por el sol de Méjico vestido de Ralph Lauren de los pies a la cabeza, la mejicanita pequeña y morena, con el pelo trenzado con una cinta roja y ese vestido como de saco, bordado entero con pájaros de colores brillantes y el niño mestizo de grandes ojos verdes que pide un helado como el del hombre rubio y lo mira y le sonrío con una boca medio desdentada y simpática y le da la mano y Rosa dice:

—Vaya, parece que Marcos ha encontrado la figura masculina que le faltaba.

Y pensé, es decir, el yo que se había puesto del otro lado de la cristalera pensó: qué linda familia. Me sorprendió tanto este pensamiento que el yo de dentro de la heladería casi deja caer el cucurucho. No deja de maravillarme la profundidad de ese sentimiento. Claro, lo que hubiese dado por decir en ese segundo que sí, que era cierto, que no me importaba quien fuese el verdadero padre de Marcos, que no me importaba traicionar a Sibila porque esa bella familia de moscas es mi familia y que si Rosa quería podía, ¿qué digo?, estaría encantado de ser la figura masculina de

Marcos, el padre de Marcos, el amante esposo de Rosa, que no me importaba absolutamente nada más allá de eso. Que yo sería el marido perfecto, el padre ideal, que no se lo pensase dos veces y tomase mi mano ella también y huyésemos por los caminos que nos fuese marcando nuestra condición de moscas, que la amaba como siempre y al mismo tiempo como nunca, porque si de algo estaba seguro ahora era de que esa y no otra futura ni potencial, era mi verdadera familia.

Sin embargo callé. Hay un momento para decir cada cosa, el cuerpo lo revela con esa agitación del pecho y del estómago y es cuando hay que abrir la boca y dejar escapar el sonido. Y ese era el momento para decir aquello. Incluso me pareció ver en los ojos de Rosa el ansia que precede al descubrimiento, aquellos ojos grandes y negros brillaron cuando entreabrí los labios y dejaron de hacerlo cuando me llevé el helado de chocolate a la boca como si nada. Cobarde.

Lo malo de que cada frase tenga su momento es que si no se dice entonces no es posible hacerlo después, porque ya es tarde y deja de tener sentido y no hay emoción que las palabras puedan aprovechar. Quizá la intención habría sido la misma si más tarde en la agencia o en casa de Sibila mientras la esperábamos ver volver del ensayo comiendo un taco, pero ya no estaría esa disposición que la haría completamente sincera e impulsiva. Le faltaría algo a la palabra y sería el alma de ese segundo perfecto en el que ella me miró y yo no dije nada. El helado de chocolate perdió todo su gusto. Es lo que tiene el vacío que crea el amor: se pierde el apetito y lo que se come sabe a humo. El sueño desaparece, aunque nosotros le echemos la culpa al calor o al ruido de la calle (anoche me la pasé echándoles agua a unos jóvenes que cantaban rancheras a voz en grito debajo de mi ventana mientras bebían cerveza y fumaban hierba, pero si me soy sincero podría haber dormido de no haberme sentido culpable por mi silencio). Todo pierde el sentido que hubiese podido tener si yo hubiera hablado, aunque Rosa después se hubiese burlado de mí. Pero eso es algo que no sabré nunca. Siempre se lamentan más las cosas que no se dicen.

Cuando me fui de aquí la primera vez me dije que ya no era como antes, que no amaba a Rosa como la había amado, que me sentía distinto, y que de haberme quedado no habría funcionado igualmente. Eso fue porque me lo dije tantas veces que me lo terminé por creer. A veces la palabra crea realidad. Aunque mi corazón estaba con ella, lo acallé con la fuerza de mi pensamiento, puesto ya tan lejos, en mi viaje a Inglaterra, mi carrera y mi futuro. Rosa no cabía en esa vida.

Cuando regresé me dije muchas veces que era por el dinero y la comodidad, porque me gustaba la comida y el sol y echaba de menos a Sibila. En ese esquema tampoco cabía Rosa. Había pasado tanto tiempo que no la encontraría donde la dejé. Y además, ¿para qué preguntarse? Me convencí con palabras duras de que no la echaba de menos, y sin embargo ideé muchas veces el encuentro casual en cualquier calle, el roce como sin querer, la cerveza de viejos conocidos, el sexo de reencuentro. También acallé eso. No podía permitirme pensar que volvía a DF porque la echaba de menos a ella, porque para mí Méjico era Rosa con una entidad

tal que no cabía otra vida nueva u otro pensamiento ajeno. No se echan de menos los lugares, sino la gente que nos ha hecho felices y desgraciados en ellos.

Ahora sin embargo, no dejo de preguntarme qué hubiese pasado si me hubiera quedado. Me fui porque no lo soportaba, porque quería hacer mi carrera en Londres porque si no siempre me preguntaría qué hubiera pasado de no hacerla, y sin embargo quizá hubiera sido esta mi familia de moscas de no haberme marchado. Nuestra vida está plagada de «y sis» (no deja de ser curioso el paralelismo con Isis, recogiendo los catorce pedazos del marido y reconstruyéndolo para devolverlo a la vida. ¡Si pudiésemos nosotros también reconstruir nuestras vidas reuniendo los pedazos de las cosas que no hicimos!), pero cuando nos dejamos llevar por la razón, por el «y si» del trabajo o de la carrera o del medrar o del viaje, lamentamos con mucha más fuerza el «y si» perdido del corazón, de la mujer maravillosa con su bikini rojo y de la familia plausible de haberla elegido a ella. Porque cuando estás del otro lado, siempre duele el preguntarse qué quieres para el resto de tu vida, y sobre todo darse cuenta de que ni el dinero ni las becas ni la poesía ni los premios ni los doctorados alimentan el espíritu como Rosa y sus ojos negros y su helado de fresa y sus manitas pequeñas y suaves que se mueven tanto cuando gesticula...

Calle Manuela Malasaña

Quizá en otro momento lo recordaría de una forma distinta, no lo sabe, a veces las apreciaciones que hacemos en el presente toman un cariz distinto en el futuro, cuando este se convierte en pasado; el caso es que en el momento en el que ocurren los hechos, Pedro deja de ver, de oír e incluso de respirar.

Han quedado en un café de la calle Manuela Malasaña a tomar algo. Parece una situación común y corriente, tío y sobrina quedan a beber algo y a contarse sus vidas. Pero es cierto que algo sospecha cuando Paula le propone ir a un sitio público, ella que lo que suele hacer es entrar en su casa directamente a charlar o a lo que sea, sirviéndose sus bebidas del frigorífico e instalándose sin que en apariencia le importe si molesta o no. Es extraño, claro que sí, la llamada con voz un tanto temblorosa y las ganas de salir a un bar a beber algo.

—Prefiero un sitio público para hablar —había dicho.

Elegir un sitio público para una reunión cuando lo común y corriente es todo lo contrario, parece insinuar un peligro, como si se temiesen las consecuencias de lo que se va a exponer entre sorbo y sorbo de un café bien amargo. Él llega antes y se pide un granizado con una bola de helado de nata, parece que al final de café amargo nada de nada, y se sienta en una mesita tranquila donde se quita las gafas y se pone a limpiárselas con el borde de la camisa. Como en todo ser humano, a veces la intuición se le dispara y de algún modo sabe que todo esto tiene que ver con Luján, o más bien lo teme, aunque acalla ese pensamiento y lo reduce con un simple: «¿Y qué tiene que ver Paula con todo esto?».

Luego llega ella con un vestido ligero de colores pálidos y el pelo cogido en una cola de caballo muy alta. Se quita las gafas de sol, le pide un granizado de limón al camarero, definitivamente nada de café amargo, y se sienta en la mesa de su tío previos dos besos que de golpe parecen de cortesía, con el cariño que siempre le ha demostrado Paula, maldita sea, algo pasa.

Pedro se maravilla de lo que se está pareciendo Paula a él con los años. Reconoce en ella una versión femenina de sus dedos cuadrados, largos y expresivos (aunque siempre lleve esos guantes blancos), el mismo tipo de pelo que él tenía antes de encanecer, pero es que encaneció demasiado joven, los ojos castaños, grandes y como tristes que decía Luján daban profundidad de literato, incluso un principio de bolsa bajo el ojo que hacía parecer al que la poseía un tanto intelectual. La madre de Paula, su hermana, siempre dice que con los años nos parecemos todos. En algunas cosas parece cierto. Paula se está apedrando cada vez más, y Pedro no sabe si a él en concreto le gusta mirarse en los espejos.

Sonríe con una sonrisa amplia y encantadora, una sonrisa que es de su padre, no de Pedro, lo cual le tranquiliza.

—He venido a decir unas cuantas cosas y a hacer preguntas —dice.

Entonces, sin dejar espacio apenas a que el tío reaccione, la sobrina habla de anoche, de una llamada telefónica al móvil de Sansprénom, de Marga volviendo a España y una cena que acaba en apuñalamiento. Pedro comienza a sudar copiosamente cuando reconoce todas las puñaladas, la forma de morir de Luján paralela a la del sueño en el que Marga cae de la silla con los ojos tan abiertos.

—¿Crees que podrá significar algo?

—No sé interpretar los sueños. De hecho no creo en ellos.

—Ya, supongo, pero teniendo en cuenta la forma en la que mato a Marga en el sueño y la similitud con la muerte de esa chica... Luján Menéndez...

Pedro se recoloca en la silla visiblemente incómodo. Percibe que su sobrina lo está midiendo con auténtico descaro, que ha lanzado una provocación y en el brillo de sus ojos se puede leer que ha conseguido la reacción esperada. Intenta desviar el tema atacando.

—Por cierto, nunca te pregunté, ¿por qué te interrogaron sobre la muerte de esa chica?, ¿se enteraron de que la habías visto aquella noche?

—No, o bueno, sí de alguna forma. Sansprénom me denunció pensando que la había asesinado yo.

—¿Por qué pensó tal cosa?

—Porque con aquella peluca rubia se parecía a Marga y yo bromeé sobre matarla para acabar metafóricamente con ese fantasma. El pobre no podía ni dormir.

Pedro suda cada vez de forma más copiosa. Se le antoja que hace un calor insoportable.

—¿Lo hiciste? —dice con un hilo de voz.

Ella se ríe y se recoloca la coleta con un gesto desabrido.

—No, tío, no, no la maté. Ahora me toca a mí: ¿la mataste tú?

Es en este instante en el que Pedro olvida la forma en la que solía respirar. Se queda tanto tiempo callado que apenas percibe que el helado ha empezado a derretirse y está chorreando en la mesa. Intenta esquivar la mirada inquisidora de la sobrina, esos ojos tan similares a los suyos, tanto que es posible oír en ellos de nuevo la pregunta, una y otra vez. Pedro se rasca la nuca y trata de fingir una sonrisa.

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—No lo sé. Pero me parece raro que fueras al funeral.

—Yo... la conocía.

Aquí Paula parece ofenderse, arruga la nariz y tuerce la boca fruncida hacia la derecha.

—Me mentiste. Cuando te pregunté si la conocías me dijiste que no. ¿Quién era? ¿Una alumna?

—No.

—¿La hija de algún amigo?

—No.

—No sé, ¿alguna vecina? ¿Una pariente lejana que yo no sabía que existía?

—No, Paulita, nena, no. No era nada de eso. Yo... tuve una relación con Luján Menéndez, una relación que duró años. Ella se quedó el piso de Jesús y María porque yo no quería nada sin ella cuando la dejé. Puse las escrituras a su nombre y todo.

Después de decir todo esto, aún sin animarse a mirar a su sobrina, comienza a tomarse su blanco y negro despacio, con la sensación un tanto difusa de haberse quitado de encima un peso enorme. El silencio se alarga tanto que, finalmente, acaba por mirar a Paula, que parece desconcertada por completo y que no ha sido capaz aún de cerrar la boca.

—No... no comprendo. ¿Cómo fuiste capaz de ocultarme algo así? Yo... pasaba tanto tiempo contigo... No sabía que tenías pareja. No sabía que salías con una chica de mi edad.

—Es por eso. Por eso no dije nada. Me avergonzaba haberme enamorado de una mujer tan joven. Estoy seguro de que te extrañaste cuando te di las llaves de mi piso nuevo, cosa que jamás hice con el antiguo. Ella no ocupaba mucho espacio, tenía pocas cosas cuando llegó y tampoco era acumuladora, casi nunca estaba en casa, y cuando yo te invitaba a comer me aseguraba de que no estuviese ella. No sé, me he sentido estúpido tantas veces por no decirlo. Luego, cuando ella murió, me sentí tan culpable... Me siento tan culpable...

La mano de Paula, con su guante blanco, se posa con delicadeza sobre la de Pedro y la aprieta.

—Tengo yo también algo que confesar —dice.

Metro de Madrid, trayecto Tribunal-Pacífico

(Anotaciones de Pedro Álvarez)

Bajo al túnel, bajo a las entrañas de la tierra y hay como un extrañamiento en el acto de subirse al metro para no viajar a ningún lugar en concreto, tal vez solo para viajar al centro de uno mismo, que también tiene sus cosas. Vengo de tomar algo con mi sobrina y es como si hubiese venido de otro planeta para encontrarme con esos seres ajenos, los humanos, con sus grandes ojos transparentes que siempre dicen mucho más de lo que pretenden. Siempre pensé mejor en el metro que fuera de él, quizá porque mi condición de hormiga me empuja al laberinto, a la estructura en la que no hay que caminar sino tan solo dejarse llevar a donde obliga el túnel, a donde te conduzcan los largos gusanos metálicos que se doblan y retuercen con chasquidos y bufidos que ya todas las hormigas ignoramos, acostumbradas como estamos a perder la libertad, a dejarnos guiar por el instinto de ese animal inerte que nosotras mismas hemos creado y que nos traslada sin mostrarnos nada nuevo, ni una sola naturaleza que no sea olor humano y caras gachas. Por eso quizá, después de las palabras de Paula, a pesar de estar muy cerca de mi casa, me he metido en el túnel como por instinto, como la hormiga lleva siempre la hoja encontrada o el trozo de galleta al hormiguero sin pensar en nada más que en regresar.

Paula me ha contado su defecto, su incapacidad para la empatía (cosa sobre la que K. Dick seguro que hubiese tenido algo que decir), casi me han entrado ganas de preguntarle si soñaba con ovejas mecánicas pero claro, no, ella ya me había dicho que soñaba con matar a Marga.

Paula me ha contado sobre su amor por Sansprénom, y cómo este la había salvado de cometer alguna atrocidad, y cómo también me había tomado a mí por ejemplo de bondad para poder fingir ser normal delante de todo el mundo.

—Mentiras y secretos de familia —me ha dicho—. Tú te avergüenzas de tus novias y yo de mi condición de cyborg.

Y ha guiñado un ojo.

Avergonzarme de mis novias. Suena irónico en boca de Paula cuando había oído eso mismo miles de veces de boca de la misma Luján, cuando aún soportaba amarla. Lo cierto es que jamás me avergoncé de ella. Era a mí mismo a quien no aguantaba, no podía asumir un error así en mi naturaleza práctica. Yo, el hombre ordenado, el que siempre hace lo que debe, el ejemplo a seguir de los replicantes para un buen fingimiento, perdía la cabeza por aquella pequeña a la que me gustaba abrazar en la cama, pegarla contra mí hasta que comenzase a sudar y ese sudor suyo se mezclase

conmigo en un infinito bucle. En fin.

Por eso quizá el túnel, arquitectura bien formada en la que solo hace falta perderse, embarcarse en un viaje sin fin de asiento y aire acondicionado donde todo son pies y piernas y una voz impersonal que nos advierte de la inconveniencia de introducir el pie entre coche y andén, donde todo es tan sencillo como dejarse llevar y así el pensamiento fluye en la dirección correcta, en la que tiene que ser, dirigido por el gusano que te digiere sin más y te acaricia por dentro, como esclavizándote, como dándote la libertad total al privarte de ella durante el viaje.

La ausencia de elección, son todo flechas, carteles indicatorios, números, colores de línea, nombres de salida y estación, hace que la mente esté dispuesta a hacer lo que los pies no pueden: fluir hacia fuera, respirar el oxígeno del parque del retiro una tarde de primavera en la que Luján me dijo que yo, Pedro, tan bueno siempre, me empeñaba en hacerla sufrir porque le ocultaba que la quería, cuando era tan cierto y tan obvio...

—Los ojos no mienten.

Pero no, no se lo ocultaba a ella, nunca quise dañarla, sino protegerla de mi amor, un amor que podía tornarse paternal y entonces... estaría todo perdido, ella volvería a ser una niña perdida y yo su perdición. Prefería pensar que no la quería a creer que ella lo que necesitaba era un padre. Me atormentaba que pudiese acercarse a otro más joven, con peores intenciones pero mejor polla y que entonces se quedase colgada y dejase de ser autodestructiva y de necesitarme. Aquí lo descubro, maldita sea, lo que yo necesitaba era que me necesitase, que se destruyese para yo recomponerla, que fuese adicta a lo que fuera porque eso la convertía en adicta a mis cuidados, y es entonces cuando Paula me mira con esos ojos tan abiertos y tan similares a los míos y se me escapan unas lágrimas que caen sobre el charquito de nata y café. Ella no sabe cómo comportarse en consecuencia y sonrío forzosamente, me dice que no pasa nada, me tiende un pañuelo que acepto agachando la cabeza y no puedo soportarlo, Paulita, su ausencia ocupa más espacio que nada, se come el oxígeno, se me está olvidando cómo se vive. Me había acostumbrado tanto a su mirada brillante cada domingo que, ahora que sé que no va a volver, me da miedo todo.

Y eso me devuelve al metro, donde observo a los ocupantes de mi vagón. Todos parecen saber perfectamente dónde van, todos llevan una ruta en la cabeza que distraen mediante periódico, mp4 o Larsson. Todos menos yo, que me diferencio de ellos en el azaroso movimiento que me ha llevado a coger la línea uno y no la diez y que me ha hecho bajar a este andén y no al de enfrente; en el movimiento rápido de mi pluma rasgando mi Moleskine. Movimiento que, pronto descubro, siguen interesados los ojos azules de mi compañera de asiento que también parece estar leyendo esto que ahora escribo, poniéndola en el compromiso de continuar con su espionaje o abandonar sonrojada semejante indiscreción. Para mi sorpresa, observo de reojo que, al llegar a la frase superior, sus labios dibujan una sonrisa que obliga a

mi mano a seguir rasgando letras que establezcan esta extraña intimidad que, solo en ocasiones muy particulares, se establece en las líneas de metro, líneas que, cuando se cogen sin un destino fijo, son propicias a la imaginación de aparecer en otro país y a otra hora distinta que cuando se cogió. Al abrirse las puertas uno podía encontrarse en la lejana Australia, donde los hombres caminaban al revés, saludaban con los pies y caminaban sobre unas palmas de las manos negras del polvo del suelo, eso pensaba yo de niño, en esa época en la que todo es azar porque siempre es otro el que nos guía, siempre es otro y no nosotros el que sabe dónde nos va a llevar el gusano, es una mano adulta la que nos agarra y arrastra sin más a sepa Dios dónde, quizá a China, donde la gente era amarilla o eso decían...

Mi compañera de asiento tiene el pelo negro, o así se lo imagino, liso y cortado recto, como lo tenía Luján. También le fantaseo una piel blanca y aterciopelada, agradable de acariciar, una piel que pareciese a cada segundo a punto de deshacerse para luego convertirse en carne compacta y escueta, la justa para poder apretarla hasta el suspiro de pájaro, hasta el me haces daño pero sigue, por favor, sigue. No pienso levantar los ojos para cerciorarme, pero también he intuido unos enormes ojos azules, demasiado grandes para su cara incluso, unos ojos como de ave que parecen carecer de párpados, como si las pestañas, negras y espesas como cepillos, los coronasen saliendo directamente del hueso. No se inmuta y sigue leyendo, aunque ha abierto un tanto las piernas y ahora su rodilla izquierda roza con un ritmo suave mi muslo derecho. Es un roce huesudo y breve, aunque musical y constante, como conocido quizá, como si la homogeneización del metro nos hubiese convertido en viejos amantes casuales, como si este rito se repitiese siempre, aumentado cada vez por la imposibilidad de recordar la anterior. El metro desmemoriza. ¿La conozco? No puedo arriesgarme a que mis ojos encuentren los suyos y descubrir que sí, que la conozco. O que no, pero que no es en absoluto como yo la imagino. Hago como que ella tampoco me ha visto, que tampoco sabe qué aspecto tengo y entonces me figura como me quiere figurar. Es ahora que sus dedos, que casi puedo ver (uñas de esmalte carcomido, mmmm), se atreven a una inspección delicada sobre mi pantalón de mezclilla, inspección que apenas noto como un vuelo, como el roce del ala de un pájaro; pero de qué otra forma me hacen olvidar esos dedos a mi sobrina robótica, a mi confesión de amor a la musa muerta, a mi tristeza infinita que no se va a curar nunca porque no existe otra cigarra Luján aunque logre encontrar fragmentos de ella en otras hormigas disfrazadas de cigarras felices. Hormigas al fin y al cabo, si no por qué el metro. El índice, al principio tímido, se pasea ahora abiertamente sobre la cremallera de mi pantalón, con una gracia tan delicada y suave y encantadora que me provoca una erección. Me sorprende al descubrir que la última que tuve fue un domingo antes de que Luján apareciese muerta, hasta tal punto mi lívido ha sufrido de hipersomnio estas semanas.

Ella se estremece satisfecha por lo que acabo de escribir. Equiparo esta erección a aquella última. Qué guapa estaba Luján en aquel momento. Se sentó frente a mí en

el Dos de Mayo y me guiñó un ojo. No parecía ni drogada ni borracha, ni siquiera fumó un cigarrillo. Dijo ser feliz. Cogió mis manos, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pero a ti te voy a amar siempre, lo sabes, ¿no? Una palabra tuya y dejaré de ser lo que soy ahora para volver a ti. Si fueses capaz de admitirte que me quieres... entonces, yo...

Mi pene en ese instante se distanció por completo de mi pensamiento, se volvió independiente, tomó su propia y satisfactoria personalidad, una similar a la que ahora toma bajo la palma descarada ya de mi desconocida tan próxima. Y en vez de dejarme llevar por esa ola que poco a poco me inundaba entero y pugnaba por arrastrarme, en vez de eso, en vez de abrazarla contra mí y decirle que sí, a todo lo que ella quisiera pero sí, que me cogiese de nuevo por la correa y me condujese a su guarida, a su laberinto de destrucción y amor puro, en vez de eso aparté las manos y me encendí un cigarro, pedí una cerveza, la traté con hostilidad porque la amaba. Y no me podía permitir amarla.

Sin embargo, tapándome con la Moleskine que apoyo en mis piernas y agachándome hacia delante, deslizo ahora mi mano izquierda contra la mano de uñas carcomidas de mi desconocida contigua, la aprieto contra mí y provoco, sin dejar de escribir, que se mueva arriba y abajo. Ella no se retira, no hace nada por evitar mi excitación inútil, esa excitación que quedará en nada cuando ella tenga que bajarse y yo siga mi viaje. Permite que use su mano blanca y pequeña, permite que me acaricie con ella, incluso colabora deslizándose por la cremallera abierta y tocando la carne caliente, rodeándola y atrapándola, cerrándose arriba y pulsando abajo, cubierta por mi mano de dedos largos y cuadrados, por mi Moleskine, por mi inclinación. Lo hace bien (sonríe cuando escribo esto, o al menos imagino que sonrío con unos labios amplios pintados de rojo, porque es casi como una sonrisa sin chica, como la sonrisa del gato de Cheshire perdió al gato) y pronto apenas puedo disimular el resuello, las gotas de sudor, el estremecimiento, mi pulso tiembla al escribir esto como puede verse, pero sé que no pasa nada si me corro aquí, estoy protegido por la indiferencia de periódicos, mp4 y Larsson, en el metro nunca pasa nada extraordinario, jamás ocurre nada que se salga de lo corriente. Lo hago, aprieto los ojos, dejo de escribir un segundo o dos antes de retomar, en el aire parado donde no ocurre más que los trayectos y los carteles de dirección obligatoria y el sonido monótono de la voz en off que recomienda tener cuidado en las estaciones en curva, mi coartada escribiente. Ahora soy distinto. Supe al meterme en el metro que saldría de él otro yo, pero jamás hubiese imaginado esto. Apenas quiero mirarla, borracho del amor súbito que produce el orgasmo, cuando ella se da la vuelta, me suelta, se pone en pie, pulsa la puerta y sale sin cruzar una palabra conmigo. Adivino unas piernas flacas cubiertas por una falda de tablas, unos tacones como de niña, similares a los que Luján se ponía, un corte de pelo casi infantil. Apenas puedo evitar tirarle un beso. Es la estación de Pacífico. Y este es el azaroso trayecto en el que una hormiguita como cualquier otra, se convirtió por una vez en cigarra y me

dio unos segundos de paz, una nueva visión del mundo, un borrón claro y suave sobre toda mi tristeza, tan honda y tan grave que siempre es agradable compartirla.

Calle de La Palma

Siempre parece sencillo regresar, volver al paso anterior en el que se abandonaron tantos rastros, tantas cosas, volver a la imagen en la que uno mismo era el de antes y quedarse allí unos segundos. Siempre parece fácil volver. Estar en el punto de partida, donde comenzaron los hechos, donde se fraguó lo que más tarde podría o no llegar a romperse. Pero no es fácil. Hay quien dice que no se debería volver a los lugares donde se ha sido feliz, porque guardan en ellos un recuerdo tan perfecto que, después, cualquier novedad decepciona. En ello está Sansprénom en el Café la Palma, pidiendo una cerveza mientras espera la llegada de Paula. No han quedado, desde que soñaron el mismo sueño no se han visto, pero de alguna manera sabe que ella vendrá, que volverá al inicio como ha vuelto él, a pedirse una cerveza y quizá bailar, porque cuando uno se siente perdido regresa al inicio, no puede ser de otra manera.

Aquella primera noche, cuando Didier los presentó, fueron juntos al Café la Palma. Fue allí donde la besó por vez primera, y donde por vez primera se sintió liberado del yugo de Marga. Ya entonces la mató Paula, pero cuánto tiempo ha tenido que pasar, cuántas cosas, para que ese asesinato del fantasma se hiciera presente y real. Ha tenido que ser el sueño para que Sansprénom se diese cuenta: ya Paula mató a Marga en el Café la Palma, qué injusto ha sido poniéndola por excusa a su cobardía.

La abuela de Sansprénom siempre decía que cuando algo es demasiado bueno para ser verdad es que es mentira. Hasta qué punto esas palabras habían quedado grabadas en su mente es algo que hasta hace bien poco no sabía. Había preferido el dolor por el abandono a abandonarse a la perfección de su relación con Paula. Qué extraño es el miedo. Sansprénom tiene la sensación de haberse portado como un maldito cobarde. Y él no es un cobarde. Hasta el mismo momento en el que soñaron el sueño tan real, hasta que se despertó llorando y abrazó a Paula y la notó temblando, tan humana de golpe, no se dio cuenta de que había sentido miedo en su momento de que Marga lo abandonase, y lo hizo, de establecer otra relación, y más tarde de la felicidad tan redonda con Paula. Después llegaron las excusas, el fantasma de Marga, los sentimientos desmenuzados, el asesinato de la chica. Y por último la declaración de Paula, la sinceridad más clara, la oferta de un corazón en bandeja. Y también temió eso. Le dio tanto miedo pensar que Paula lo amaba lo bastante como para pasar por alto que la había denunciado a la policía que, de nuevo, las excusas a él mismo y el laberinto en el que se iba metiendo sin remedio. Pero entonces el sueño.

El sueño es como una descomposición de la realidad en pequeños fragmentos, reordenados aparentemente por azar. Pero en el azar Paula se manejaba tan bien... De alguna manera se coló en el sueño de Sansprénom y lo reordenó, mató de veras al

fantasma, le mostró lo cobarde que estaba siendo. Desayunaron en silencio aquella mañana. No hablaron del incidente, por supuesto. Luego ella se fue a su estudio y él a trabajar. No quedaron ni en verse ni en llamarse. Han pasado dos días y el silencio continúa. Ni siquiera una inocua danza telefónica. Nada. Hasta que de pronto el deseo de volver al principio, volver a la calle de la Palma donde todo comenzó y pedirse una cerveza en la casilla de salida de este inmenso tablero de sepa Dios qué juego. Y siente que ese deseo no es azaroso. O sí, pero que quizá lo que a veces llamamos azar se parece más a la intuición, a saber antes de que ocurra.

Tantas veces había tratado Paula de contarle que en ocasiones la realidad hace pliegues por los que nos colamos para encontrarnos antes de que ocurran los hechos, o haciendo juegos de manos con el destino, y él, tan racional siempre, había preferido alejar de sí esas anécdotas contadas con el tono impersonal de Paula: objetos que aparecen, palabras que salen por diferentes bocas al mismo tiempo, descubrimientos simultáneos de una misma cosa en diferentes partes del mundo, escritores que escriben un libro que resulta tener exactamente la misma sinopsis que otro anterior del que ni habían oído hablar...

Él, tan racional hasta la fecha, se encuentra a sí mismo jugando con la probabilidad de que Paula haya tomado la misma decisión que él y se persone en el Café la Palma hoy mismo y que aparezca antes de que se canse de esperar y se marche. Hace cábalas. Hay una posibilidad tan mínima... pero Paula siempre había dicho que ella era la reina del azar y que si esperaba ver acontecer algo, por muy disparatado que fuese, acababa por ocurrir porque en realidad no era un deseo sino una intuición, un instinto que revelaba, más tarde, su existencia real y corpórea. Si Paula había deseado encontrarse con Sansprénom, si por un solo instante lo había deseado, aparecería tarde o temprano en el punto de partida preguntándose, tal vez, si se debería volver a los lugares en los que se ha encontrado la felicidad o si, simplemente, habría que guardar en el recuerdo esa imagen y no perderla para no decepcionarse después, en cada uno de los vacuos regresos.

Pide otra cerveza. Hay cada vez más gente y hace mucho calor. Se quita el jersey y recuerda que aquella primera vez no lo hizo en un arranque de coquetería, porque llevaba una camisa muy fea debajo. Es curioso el mundo dentro de una prenda que te estás quitando. Se hace la oscuridad y el sonido se amortigua, por lo que cualquier estímulo externo no esperado se agranda y redondea. En este caso es una mano pequeña que se posa en la espalda húmeda de sudor. Una mano que lleva un guante. Sansprénom no necesita salir de su jersey para saber que es Paula y, cuando por fin la ve, sabe que no necesita decirle que no diga nada para que ella calle. Se miran unos segundos en silencio. Ella parece estar a punto de llorar. Él le sonríe y ella le devuelve la sonrisa. La coge por la cintura y la pega a su cuerpo. La abraza sin miedo a romperla. Apenas si escucha la música. Todo es prenda arrancándose del cuerpo y el mundo dentro de esa prenda, donde no se necesita ver ni oír ni nada, donde el contacto de una mano se magnifica y entonces los labios que se encuentran como

para reconocerse y se descubre que apenas el roce es un tanto distinto a como solía y se podría decir que es Paula y al mismo tiempo una desconocida, como si Paula fuese de nuevo la desconocida que fue. Como si esta noche fuera de nuevo la primera noche, pero, ¿por qué no?, es el mismo lugar, son los mismos, se han encontrado.

La posibilidad de que dos personas que en un futuro podrían llegar a amarse se encuentren por azar es casi imperceptible. Que esas dos personas y no otras se crucen, se encuentren y efectivamente se amen es una locura absoluta. Que después de unos acontecimientos que los distancien vuelvan a encontrarse en el mismo lugar de donde partieron porque a ambos se les ha ocurrido la misma cosa, tiende a la inverosimilitud. Así que por qué no jugar a ser los mismos que eran entonces, una herida que curar y una mujer sin sentimientos, jugar al primer encuentro y así saberse de nuevo. Sansprénom la coge en brazos para besarla sin tener que inclinarse, unos borrachos aplauden conmovidos, suena una versión dance de *Fly me to the moon*. Paula parece respirar con dificultad porque, como aquella primera vez, está a punto de desmayarse de encuentro y sorpresa. Se aparta un poco de él. Le dice al oído:

—Te supe desde el primer momento.

Él sonrío y la besa de nuevo. No sabe si desea salir de allí o no. Es casi imposible que esto esté sucediendo y sin embargo... ocurre. Se conocen hasta ese punto. O simplemente ella supo de alguna forma que él iría al Café la Palma como también fue capaz de colarse en su sueño. Desde el primer momento lo supo. Claro, eso es.

Unos instantes más tarde apenas son labios unidos y dientes que pugnan por agarrar un trozo de carne en la horizontalidad que da una cama. Las manos se cuelan entre los pliegues de la ropa y la van quitando como con vergüenza, como si esa fuese también la primera y tuviesen que armarse de valor para ir desnudando. Pero no es la primera, y eso se distingue en los ojos de Sansprénom y en la decisión que de golpe adquieren sus miembros atrapando a Paula de esa forma ya solo conocida y un tanto confusa. El deseo es tan grande, lo ocupa todo de tal forma que en un momento dado son solo piel, solo carne que se abre, solo chasquido, crujido, grito, gemido. En la prisa, Paula se ha dejado un guante puesto. Guante que ahora Sansprénom quita con una sonrisa mientras la besa entre las clavículas y permite que recupere el aliento. El corazón late tan aprisa... Se abrazan. El sudor se mezcla. Se besan. De repente Paula es consciente de que no han hablado aún, de que ella solo ha dicho que lo supo, pero supo ¿qué? Supo a Sansprénom entero como hoy, sin tener razones, tras tomarse un granizado con su tío, ha sentido la necesidad de beber cerveza y sus pies se han dirigido por azar al Café la Palma. Pero el azar no existe. Y las cuentas matemáticas no salen. Este pensamiento hace que se ría.

—Te quiero —dice sin pensar.

Pero cuando se dicen esas cosas viene luego el miedo. El silencio ajeno, en este caso el de Sansprénom, se convierte en una amenaza. El silencio aterriza. El corazón de Paula se acelera, siente que tiene que decir algo para disimular, para romper ese silencio maldito que se le está clavando en la cabeza y que duele más que cualquier

palabra, más que un «no puedo decir lo mismo». Tienen tanta importancia esas palabras, esas que nunca había dicho a otro, que siente que ha de maquillarlas.

Pero entonces Sansprénom desvía la mirada, como hace siempre que tiene que decir algo importante, y le da un beso en la nariz.

—Me he mordido muchas veces la lengua para no decírtelo yo primero —dice.

Y aunque tampoco esta vez lo hace, queda entre los dos ese pacto extraño del encuentro absurdo, esa alegría en el silencio, distinto esta vez, que los envuelve poco a poco hasta casi el sueño.

—Mi tío era amante de la chica muerta —dice de golpe Paula con voz somnolienta—. Mañana te lo explico despacio. Ahora duerme, gigante. Descansa todo esto un poco.

Jesús y María

Aunque fuera un santuario, aunque esté mal, ¿qué importa ahora? Quisiera pensar que ha encontrado en Arturo un sustituto a su corazón quebrado, quiere sanarse con el pijo que estudia sectas satánicas, quiere ser otra para él. Por eso Luján se pinta y se arregla delante del espejo, por eso, aunque sabe que no llegará a amar a ese hombre con el que ha quedado, se esmera en parecer decente, en disimular las ojeras. Ha dejado de tomar drogas desde que aquel primer día perdiera el conocimiento. Incluso come con normalidad. Su cuerpo flaco empieza a redondearse y eso le gusta. Mira a su alrededor y se da cuenta de que no había llevado a nadie a casa desde que Pedro se marchara. Ni un mal amigo al que abrazarse. A veces uno se da cuenta de lo solo que está y entonces...

Arturo es guapo, educado, agradable. Aunque a veces se empeña en jugar con ella, la planta, no hace nada por implicarse en su vida, en sus amigos, en lo que a ella le gusta, Luján lo permite porque es como pensar en la salud. El fin justifica los medios. Ha amado tanto a Pedro, de una forma tan inmensa y dolorosa, que cualquiera que se acerque lo bastante parece medicina. Hay que obligarse, reír si toca reír, llevarlo a la casa que ha estado tanto tiempo cerrada, sentarlo en el sillón donde Pedro se sentaba. Aún lo ve cada domingo. Y si uno de esos domingos él dijera que la quiere, si por fin se admitiera semejante cosa, ella dejaría todo sin más, sin problemas, como ha dejado las drogas o ha empezado a comer.

Se dice a sí misma que intentó de la forma errónea curarse. Nunca fue feliz desde que recuerda. Tuvo una infancia complicada, siempre se le exigía demasiado, siempre terminaba decepcionando. Nunca nadie le preguntó quién era, qué quería. Por eso se empeñó siempre en agradar. Tenía que ser la más delgada, la más encantadora, la más bonita. Llegaron las juergas descontroladas, el pasar pastillas en las discotecas, el vomitar todo lo que comía. Hizo algunos trabajitos que prefiere no recordar a cambio de cualquier cosa que le hiciese olvidar que veía, que sabía más de la gente de lo que ellos querían mostrar. De alguna manera se le revelaba muchas veces el destino unos segundos antes de que sucediesen los hechos. A veces eran minutos, a veces días. Las drogas ayudaban. Evadían esa certeza y la transformaban en un sueño difuso, algo a lo que no poder agarrarse. Y así siempre la sonrisa, la niña encantadora, el haz de mí lo que quieras.

Luego llegó la huída, dormir en cualquier portal, tampoco necesitaba mucho para vivir teniendo en cuenta que apenas comía. Y después aquellos ojos castaños y tristes, aquellos ojos de hombre bueno que la invitaban a dormir en un sofá cama en su salón. Ella supo que era profesor de literatura y por primera vez no le importó tener una

certeza. Él sonreía, la trataba con dulzura, no pedía nada más a cambio de eso. Y quizá porque no pedía nada fue que ella empezó a desear que Pedro la desease. Quería que la mirase con unos ojos distintos, que fuese quizá como los demás para poder despreciarlo como hacía con todo el mundo, incluida ella misma. Pero en cambio se enamoró, se enamoró de aquel hombre que la cuidaba y mimaba, que la obligaba incluso a comer. Y notó que él sentía algo parecido. Hubiera deseado cargarse todo el código ético del profesor, meterse en su cama desde que lo supo, desde que vio aquel reflejo lastimero en su rostro por primera vez. Pero de alguna forma no podía. Pedro había sacado todo lo mejor de Luján. No podía pagarle con una ruptura de moldes que lo destrozaría. Esperó a ser mayor de edad.

Y después llegó el infierno. Del mismo modo en que el profesor sacó lo mejor de Luján, tuvo también la sorprendente capacidad de sacar lo peor, lo más bajo y rastrero. Él, tan correcto siempre, apenas pudo superar el hecho de haberse enamorado de una niña. Pero nadie, ni siquiera ella, era alguien para convencerlo de que Luján no podía estar más lejos de ser una niña. Era otra cosa. Quizá nunca tuvo infancia. Se bromeaba a sí misma diciéndose que nunca tuvo cinco años. Ella lo miraba y sabía, sabía que él la quería como nunca había querido a nadie. Que Luján le daba alas, que era otro, mucho más fuerte y mejor desde que la conocía. Que ella había borrado de un plumazo todas las inseguridades de su corazón de viejo profesor, escritor frustrado, lo que fuera. Sin embargo no era eso lo que demostraba. La mantenía escondida, jamás decía a nadie que vivía con una chica. Su familia no supo nunca que Luján existía. Jamás escuchó aquella chica flaca un te quiero.

Así que de nuevo intentar borrar lo que sabía, las juergas interminables y las drogas para borrar el amor de Pedro o quizá para arrancarle una emoción, un guantazo, lo que fuera pero algo. Luján no sabía qué esperaba haciendo todo aquello. Solo sabía que esperaba. Si ella hubiera sido capaz de ignorar que Pedro la quería, todo hubiese sido distinto. Si no tuviese esa certeza... pero es que esas certezas solo se tienen una vez y es para siempre. Y no valen las excusas circunstanciales, no vale la distancia ni el tiempo ni el espacio ni el no ni el quizá-sería-mejor-que ni la diferencia de edad ni la vergüenza ni los valores ni el no-sé-qué-va-a-ser-de-mí-mañana ni el no-te-soy-fiel-ni-por-foto, no vale. Porque si se tiene esa certeza no vale de nada que Luján se acostase con otro u otros, que rodase por camas en las que estaba su cuerpo pero no su corazón, porque el corazón se quedaba siempre en Jesús y María, en el piso cuadrado, en Pedro que no reaccionaba y se comportaba más como un padre que como un amante.

Luego él se marchó. Luján ya sabía que sucedería, como siempre sabía todo. Lloró, gritó, no sirvió de nada. También sabía que no resultaría antes de hacerlo, pero era incapaz de parar. Se hartó de suplicar. Lo hubiera matado de haber tenido fuerzas. Pero hubiese sido lo mismo. Perderlo era lo que tenía que suceder y sucedió. Después perdió también el trabajo, apenas podía evitar robar aquellos libros tan maravillosos. Se obsesionaba con escribir su nombre y la fecha en todos, como asegurándose de tal

forma de que la sobrevivirían. Minerva no tuvo más remedio que dejarla sin empleo. Así que luego vino Arturo, y con Arturo el tener todos los caprichos pagados a cambio de aguantar los caprichos de él que no eran pocos. En ocasiones Luján piensa que de esta forma se está ganando el infierno, que está dejando de ser coherente consigo misma, que no amará nunca a ese hombre y sin embargo... qué fácil es dejarse mecer por sus manos suaves y levemente pegajosas, qué conquistador resulta con sus ironías y sus chistes, qué inteligente y culto, qué rico despreocupado. Y aunque todavía le siente los ojos rojos como brasas de vez en cuando, lo va olvidando poco a poco. Arturo no es más que Augmentine cuando uno tiene una infección.

Arturo tiene todo lo que Pedro no. Está seguro de sí mismo y presume de ello, no sabe lo que es trabajar, derrocha el dinero, la labia y el sentido del humor. Hace saber a Luján constantemente que la adora, cosa que Luján pone en duda, partidaria más bien de pensar que la trata como su última adquisición, su zorra o su mascota. Pero sin embargo, qué buen placebo resulta. Una se siente amada, deseada. Aunque todo sea mentira, aunque todo sea una farsa, ahí está la gracia del asunto. Todos jugamos un papel en este juego y este no tiene por qué tener algo que ver con los verdaderos sentimientos. Pedro la amaba y jamás fue capaz de decirlo, eso hizo que Luján se sintiera despreciada, un lastre, algo a esconder. Las cosas que no se dicen es como si no fueran. Sin embargo, cómo a veces un simple teatro puede crear una realidad. Ahí llega Arturo, por supuesto con un ramo de rosas blancas, las favoritas de Luján, la besa en los labios, le dice lo bien que huele, la llama cariño. Llega tarde y hay que obviarlo, como siempre hay que obviar todos los plantones y los no llega y no llama de Arturo. Sonríe, hace un chiste sobre los tacones que se ha puesto ella (que no puede evitar por supuesto sonrojarse) y ya está todo hecho. Luego empiezan los te he echado de menos, y los te quiero, los qué guapa estás y los no sabía que había que ponerse elegante. Es una farsa total y sin embargo funciona. Es mentira, todo una gran mentira, tan grande que resulta auténtica dentro de su falsedad. Ella lo ha llevado al santuario de Pedro y eso es ya casi como empezar a curarse. Se ríen, beben vino. Él comenta cosas sobre las últimas exposiciones a las que ha ido, sabe que así impresiona a Luján cuya debilidad es el arte. Por supuesto coinciden en gustos, y posiblemente esto tampoco es casual. Calientan el ambiente con más vino, se cuentan sus respectivas experiencias amorosas. Arturo, por supuesto miente al poner a caer de un burro a todas sus anteriores amantes, no hay otra como Luján. A pesar de que este detalle a ella no se le escapa, es incapaz de mentir, y habla abiertamente de Pedro, de lo maravilloso que fue todo con él. Omite por supuesto la parte infernal del asunto, quizá un tanto avergonzada de haber sido ella la causante. O quizá porque el recuerdo de Pedro es cada día más perfecto, como si el olvido, como en la canción de Serrat, se hubiera llevado solo la mitad. Quizá porque está un poco borracha, termina haciendo una broma que más tarde lamentará:

—Después de eso es como si me hubiera muerto. Creo que necesitaré a partir de ahora violencia extrema para ver si así siento algo.

Arturo dibuja una sonrisa forzada pero su orgullo queda resentido con aparente claridad.

Salen a cenar. Arturo la invita a un sitio demasiado caro. Ella está chisposa, por primera vez siente que su medicamento hace efecto. Se siente deseable y coquetea abiertamente. No siempre que Arturo y ella se ven acaban en la cama, él también resulta un tanto especial en este sentido, pero hoy parece tocar. Lo que Luján ansía es esa mirada que él tiene en estos instantes, esa mirada que dice que es insustituible. La buscó en Pedro tantas veces... y cuando él la miraba así y se daba cuenta, procuraba borrar el gesto de su rostro antes de que ella se percatara. Pero Luján siempre se adelanta. Es esa mirada lo que hace que esté cenando con Arturo, lo que hace que se doblegue a sus caprichos muchas veces estúpidos de niño mimado e inmaduro incorregible. Porque esa mirada es lo que le hace sentirse especial y única. Lo que la salva del vacío.

Después de la cena, por supuesto mucho más borrachos, suben saltando los escalones del edificio de Jesús y María. A Luján se le han pasado las ganas de pasar al sexo por concatenación lógica y casi preferiría que Arturo se marchase sin más. Pero Arturo no tiene más intención que la de quedarse, para algo le ha dado lo que ella estaba suplicando sin saber, le ha dado la mirada y ahora se va a llevar su parte en el trato.

Así que llegan al cuarto. A él se le encapricha escuchar música pop y ella la pone, a él se le antoja una copa y ella se la sirve, él quiere de golpe fumar un porro y ella se lo lía sin dejar de resultar encantadora. Se quedan en ropa interior tarareando canciones estúpidas. Luján se amodorra contra el hombro de Arturo. Le parece que todo está así bien, que así debe ser y que dormirán hasta mañana. Incluso cree que ha echado un sueñito cuando Arturo se echa sobre ella y la coge por las muñecas. Es como un sobresalto cuando la agarra y le ata las manos sobre la cabeza con algo que ella no alcanza a distinguir. Abre mucho los ojos, se resiste, incluso está a punto de gritarle, pero una manga de la camisa que se había quitado se interpone en su camino sellándole la boca a modo de mordaza. De pronto parece cambiar de opinión y la gira, le ata las manos a la espalda. Es fácil de suponer lo que vendrá después, así que Luján opta por cesar en su esfuerzo de resistirse y encuentra hasta chistoso que Arturo se haya tomado al pie de la letra lo de la violencia para sentir algo. Queda dejarse hacer.

Mientras él está sobre ella, Luján descansa el perfil sobre el colchón y va recorriendo con la mirada las esquinas del cuarto. Si cierra los ojos las sigue viendo, solo que entonces ve los dedos de Pedro acariciando los bordes de la página de un libro que estaba leyendo, sus dedos cuadrados y largos tecleando en el ordenador mientras ella estaba tirada en esa misma cama, sus dedos maravillosos recorriéndola entera, porque ella era entera suya y jamás sería de otro, aunque su cuerpo estuviese siendo usado. Porque era Pedro tan diferente a cualquiera que lograba que toda Luján estuviese en el mismo sitio al mismo tiempo. Nadie más había conseguido eso. Los otros lograban que se abriera de piernas, un cuerpo contra un colchón, una mirada

vacía, un sexo sin alma. Incluso Arturo, con su enternecedor intento de violencia (fallida por otro lado, si al menos le hubiese dado dos hostias habría sentido dolor y eso ya hubiese sido algo), no podía arrancar un grito de esa garganta que tanto había gritado con Pedro gritos de amor, de odio y de placer. Y alguien podría decir que esto era a causa de la manga de camisa que estaba aplastada contra su lengua, pero al menos el resuello se nota con una mordaza de ese tipo. Y Luján siente que podría dormirse mecida por los impulsos de Arturo, que finalmente cae rendido y sudoroso, ríe triunfante, la libera, le pregunta con una sonrisa más bien inocente si era eso lo que quería. Espera con una mirada esperanzada la respuesta, una mirada de niño que espera el premio o la reprimenda sin saber cuál de las dos cosas obtendrá. Y no logra recomponerse hasta que Luján miente como cualquier zorra o mascota y dice que sí, que no tendría que habérselo tomado tan al pie de la letra pero que no ha estado mal. Y esto último lo dice con un tono que insinúa una mentira mayor, un «ha estado genial» que hace que Arturo se ría de su propio error, de su ego herido y de la situación tan cómica a la par que incómoda. Se abrazan, se besan, se mienten. En realidad él no la ama, ¿no? No es más que un capricho de niño rico que tiene que tener todo lo que se le antoje. Pero le dice que la quiere y que está sorprendido de lo que la quiere. Y eso a ella le vale mientras se deja abrazar en esa cama en la que abrazó tantas veces a Pedro sin que él dijera nada semejante. Pero Arturo se duerme al minuto y Pedro, incluso en sueños, la apretaba contra su cuerpo y la besaba, como si en el sueño se liberase de su peso y pudiera amarla sin más.

Arturo ronca, ocasión que Luján aprovecha para pensar que al día siguiente es domingo, irá a tomar cañas con Pedro, le dirá de nuevo lo que siente. Pero esta vez ni borracha ni drogada. Solo tomará sus manos y dirá eso que decían los Panchos y que tan cursi suena pero, qué coño, a veces también tan certero.

—Si tú me dices ven, lo dejo todo.

Casa Federica

—**P**ues entonces tu tío no pudo matarla, según tú, porque la conocía.

—Bueno, demostró una particular tendencia a la lágrima cada vez que se acercaba al recuerdo de la chica muerta, así que deduzco que todavía muestra un cierto apego hacia ella que...

—¿Y no podría ser arrepentimiento?

—Yo estaba pensando más bien en denominarlo amor, Sansprénom, pero bueno, no podemos descartar esa posibilidad, ciertamente. No suelo contar con los remordimientos, no me acostumbro a ellos.

—Oye, Paula, pero, ¿tú sabes lo que son los remordimientos? Quiero decir, al no poder sentirlos, bueno... ¿te haces una idea aproximada de lo que son? Perdona si te molesta la pregunta, pero siento una cierta curiosidad que podríamos denominar morbosa.

—Por Dios, Didier, ¿tenéis que hablar los dos tan raro? Me dais escalofríos. Ya es bastante que Paula se comporte de vez en cuando como una extraterrestre, pero que lo hagas tú...

—Es que la forma de hablar de la niña se pega.

—Ya, bueno, pero tendríais que tener en cuenta y apiadaros de un pobre francesito que lleva menos tiempo que tú, Doudou, viviendo en España y no habla tan bien el castellano. A veces no os entiendo.

—No digas estupideces, tú hablas español como si fueras de Albacete. Solo te dan problemas las palabras que tienen erre y jota al mismo tiempo.

—Y fuera de tecnicismos lingüísticos, ¿os importa que sigamos hablando del problemita con mi tío?

—Lo siento, pequeña, ilumínanos.

—A ver, según mi modo de ver, como he dicho y repetido una y mil veces, el asesinato tuvo lugar por azar. Hay muchas más posibilidades estadísticas de que así fuera, creo yo. Por lo tanto, si mi tío se acostaba con ella, pues mira tú, no existe la posibilidad de que fuera un asesino azaroso.

—Ya, pero pongamos por caso que tu teoría no fuera cierta. Si no fuese un homicidio aleatorio es posible, y digo solo posible, que tu tío la deseara ver muerta. Lo cual no quiere decir, no te preocupes, que ni este, aunque tengamos en cuenta sus tendencias, ni yo, vayamos a correr a la comisaría a denunciarlo.

—¿Y por qué según tú podría sentir esos deseos?

—No sé, ¿porque no quería verla con otro o algo semejante? Ya sabes, el típico «la maté porque era mía».

—No, mi tío Pedro no es de esos, Sansprénom, tú lo sabes. Se tiraría en la cama a llorar sin parar y a pegarle puñetazos a la almohada, pero no asestaría quince puñaladas a nadie. Aunque ahora que lo dices has apuntado un dato bastante interesante.

—¿Ah, sí? La verdad es que no me he dado cuenta.

—Ni yo, y suelo pillar a la primera esas cosas.

—Gracias por el apoyo, Didier, eres un amigo estupendo.

—¿Qué? Es parte de mi trabajo, chico, estar atento a todo lo que venga para ver si hay algún dato que pueda servir de ayuda. Me habéis llamado por eso, ¿no? Porque estoy atento y siempre encuentro lo que se busca.

—Un encontrador de problemas, diría yo.

—Encontrador de problemas *mon cul!*

—Didier, esa boca, y tu sarcasmo se queda en ironía extraña, Sansprénom. La palabra «encontrador» no existe, a ver si ahora vamos a estropear lo que llevamos adelantado en cuestiones de español y callaos los dos que necesito pensar.

—Hay que ver cómo se pone por nada.

—Ya ves.

—Bueno, ¿por dónde iba? Claro, los celos. Mi tío no sería capaz de matar una mosca. Podría desear con todas sus fuerzas que se muriese, pero no la mataría. Y luego, seguramente, lloraría por ella. Pero podría haber celos. Según me ha dicho, ella siempre le fue infiel, casi desde el primer momento. Me extraña mucho que ahora estuviese sola. Una tía así no sabe estar sola. Su felicidad depende de hacerle la vida imposible a alguien.

—Noto cierto resentimiento en el ambiente.

—Me encanta cuando se pone a la defensiva, se le arruga esa naricita que tiene de una forma muy sexy.

—Vale, no me puedo resistir, dame un beso. Bueno, está bien, no te pongas meloso ahora que no puedo parar de pensar en besarte y entonces se me olvida lo que estaba intentando pensar en origen.

—Ibas porque no puede vivir sin amargar a alguien.

—Sí, claro, eso. En conclusión: tiene que haber otro. Un nuevo novio. ¿Sabemos algo de un nuevo novio?

—Teniendo en cuenta que no se les ha ocurrido llamar a tu tío Pedro que hubiera sido lo primero que yo hubiera hecho, pues no tenemos muchas garantías de que las pesquisas de la policía nos vayan a llevar a alguna parte. Pero bueno, además de a ti y de a los que encontraron el cuerpo, solo han interrogado a un tal Arturo Aguirre que no sabemos quién es. No tengo demasiados datos sobre él, pero supongo que puedo averiguar algo.

—Ese es el otro novio, seguro que sí.

—Otras tres cañas, Maru, por favor.

—Paula, estás demasiado empeñada en que esa mujer es una bruja manipuladora

de hombres y defiendes la postura de que tu tío la abandonara con uñas y dientes como si no cupiera otra posibilidad. Pero no podía ser tan insoportable cuando él la llora todavía.

—Anda, Sansprénom, no me hagas hablar de llorar a brujas.

—No empieces, por favor.

—Si estoy de broma, que no te enteras de nada. Anda, trae esa caña.

—Ten.

—Además era una drogadicta y una débil mental. No te rías Didier, ha hecho sufrir mucho a mi tío Pedro.

—Perdona, perdona, pero es que lo de débil mental me ha encantado.

—Es que para drogarse hay que ser un débil.

—Estoy contigo.

—Pues yo discrepo de la parejita, una rayita de vez en cuando...

—Pero lo tuyo es puro vicio, hombre. Ella creo que se drogaba para hacerle daño.

—¿No te estás poniendo sobreprotectora?

—Bueno, un poco, lo admito. ¿Cómo has dicho que se llamaba ese tipo?

—Arturo Aguirre. Se presentó por su propio pie en la comisaría y salió esa misma tarde. No lo han vuelto a llamar que yo sepa.

—Pero lo importante es saber quién es. ¿Crees que lo podrás averiguar?

—No hay nada que no se pueda conseguir con un buen navegador. Supongo que sí.

—Aunque, no sé por qué, Paulita, lo que cada vez me interesa más es quién es la muerta. ¿No os intriga? Me parece que esa mujer tenía muchas caras diferentes. Sería fascinante averiguar algo cierto sobre ella. A tu tío lo enamoró como a un colegial y sin embargo lo hizo sufrir. Incluso la dejó a pesar de amarla. Y según nos has contado, ella siempre quiso volver pero él no. No sé, me intriga. Es quizá porque aquella primera noche jugamos a adivinar quién era. Aunque intuyo que hay algo más, como si debajo de aquella peluca no solo se escondiera una mujer sino muchas, de tal forma que el asesino no hubiera matado a una sola persona.

—Quizá podamos averiguarlo, cielo, si logramos saber quién es ese Arturo Aguirre.

Montera

Resulta sorprendente en verdad ver a un hombre adulto, un hombre joven de menos de treinta años, pero hecho y derecho, bien plantado, bien vestido, un hombre alto y moreno, que huele a perfume caro, que lleva una alianza sencilla en la mano derecha, seguramente herencia de su padre o su abuelo ya que es soltero, un hombre como ese llorando como un niño de pecho. Verlo sentado en la silla de la comisaría con grandes lagrimones rodando por su cara, haciendo pucheros, cogiendo aire con dificultad, sin hacer nada por contenerse. Se le preguntan las razones de que llore y apenas es capaz de balbucear. Se le ofrece un pañuelo y un vaso de agua.

Ha dicho que se llama Arturo Aguirre y por la forma en la que viene vestido es bastante posible que sea de «esos Aguirres». Viene por lo de la chica muerta, se ha presentado por su propio pie. Es difícil que pare de llorar para decir lo que quiere decir. Al final lo consigue el mismo comisario bonachón que atenderá en su momento a Sansprénom, también con cara de cansancio y conversación sobre la vida y el amor.

Piensa Arturo en las palabras vacías y los lugares comunes que utiliza el comisario sobre el amor. Se nota que no conocía a Luján. No, no la conocía.

—Usted no conocía a Luján —sale por su boca de repente.

—¿Y usted sí?

—Yo era... era... su pareja.

Tenemos al novio, piensa el comisario. Si uno se fía de las estadísticas, los novios, maridos, amantes, son siempre los principales sospechosos. Pero este no para de llorar y además ha venido por su propio pie. Claro que, lo mismo ha venido a confesar, eso no lo sabemos todavía.

—¿Ha venido usted a entregarse?

—¿A entregarme? ¡No! ¿Pero por quién me toma? He venido aquí por mi propia voluntad a... y usted piensa... ¡oh!, maldita sea, claro... esto... esto es ridículo.

—Tranquilo, yo solo preguntaba. Me pregunto la razón por la que ha venido hasta aquí como me pregunto por qué la gente la única comisaría que parece conocer a la perfección es justo la de la calle Montera.

—Eso será por las putas. A todo el mundo le llama la atención una comisaría tan ostentosa en la calle de las putas.

El comisario sonrío.

—Sí, será por eso. Oye, hemos conseguido que deje de llorar.

—Sí, eso parece.

Arturo está destrozado. Se ha despertado con la noticia de la muerte de Luján, así, sin más, mientras se comía una tostada. ¿Cómo se puede acabar el mundo de esa

manera? Ha sido tan de golpe. Al principio de conocerla pensó que solo sería una conquista, le parecía una pequeña fiera, alguien divertido, una mujer bella a la que doblegar y lucir. Pero después... aquellos ojos azules parecían adivinar su pensamiento. Siempre se adelantaba a sus deseos, como si lo tuviera planeado de antemano, como si llevase un mapa que le fuese explicando a Arturo Aguirre y vicisitudes. Cuando tocaba su piel sentía electricidad, una electricidad nueva y distinta, algo que jamás había experimentado con una mujer.

—Intenté por todos los medios deshacerme de esa sensación, ¿sabe? Era maravillosa, pero todo lo que tenía de maravilloso lo tenía de inquietante. Nunca había sentido nada parecido. Ella era... era perfecta. No se asía a nada, tenía sus propias reglas, era admirable, tierna, salvaje.

—Casi está consiguiendo que la ame yo.

—No bromee.

—Si no lo hago. ¿Y cómo hacía usted para deshacerse de esa sensación?

—A veces me mostraba esquivo. Quedábamos y en el último momento no me presentaba, coqueteaba con otras delante de ella, incluso le hablaba de otras novias, inexistentes por supuesto. Si le molestaba no lo mostró. Era muy indulgente conmigo, no sé por qué. A veces no la llamaba en semanas. Pero pronto descubrí que era una tortura mayor para mí que para ella. Me tiraba el día mirando el teléfono, esperando que sonase. Pero nunca lo hacía. Al final era yo el que la llamaba, la invitaba a cenar como si no hubiese pasado nada y ella accedía como si nos hubiéramos visto la tarde anterior.

—¿Nunca se enfadó con usted por estas cosas?

—Nunca. Ella no se enfadaba nunca. Al menos no conmigo. Jamás vi algo parecido. Me cuidaba como si yo fuese un dios y sin embargo no me perseguía cuando mi miedo me superaba y desaparecía, cuando la paseaba como si no fuese especial sino tan solo mi última adquisición. Me porté con ella como un cerdo, creo, no sé. Nunca me interesé por ir a verla al teatro, por ejemplo. Era como una pequeña tortura porque sabía que para Luján era importante. Pero era mi forma de no implicarme, de negarme la evidencia.

—Que la quería.

—Que la quiero.

De nuevo las gruesas lágrimas como de niño ruedan por su cara, pero esta vez no hipa y no hay pucheros. Su mirada se pierde en el fondo de la sala, donde está la puerta de salida. Aunque lo que está en realidad es perdida en los recuerdos de piel tan blanca que casi azul, de pelo tan negro que casi azul, de labios gruesos y pintados de rojo. Apenas sabe cómo pudo enamorarse de esa forma tan intensa. Fue sin querer, sucedió sin más. Quizá una parte de él sabía que no podía tenerla del todo, que si se retiraba, ella lo aceptaría sin dolor, y eso lo exasperaba. En su vida de niño mimado siempre tuvo lo que quiso, pero a Luján era imposible tenerla del todo. Y ese vacío intuido ardía, ardía como un hierro al rojo en mitad del pecho. Tenía que ser de él y

de nadie más. Y aunque el fingimiento que Luján hacía era casi perfecto, fallaba algo. No había corazón en sus actos, se notaba. Sus ojos no brillaban. No estaba con él cuando estaba con él.

—¿Me comprende? Es como si hiciera un esfuerzo inconmensurable por ser perfecta para mí, pero sin sentirlo de verdad.

—Pero eso no parece tener mucho sentido, ¿por qué cree que lo haría? ¿Por dinero? Usted es un hombre rico.

—A Luján no le importaban las cosas. Quizá los libros lo único. Estaba obsesionada con firmarlos todos, con que le dedicásemos los que le regalábamos. Creo que me necesitaba, pero no sé para qué. Me hubiera encantado descubrirlo. Y me encanta la idea de que me necesitase, la verdad. No puedo creer que esté muerta.

—¿Quiere un café?

—Si me trajera usted una tila.

El comisario asoma la cabeza por la puerta y pide la tila a un tal García.

Si cierra los ojos, lo hace a menudo desde esta mañana, si los aprieta con fuerza, puede sentirla frente a él, riendo como si en vez de risa tuviese alojado en la garganta un gorjeo, con ese cabello fino y negro flotando a su alrededor en un giro, cantando algo (muy mal), tirándole un beso coqueta. Había engordado desde que la conociera y estaba más guapa. Siente ganas de partir la mesa con los puños o de desollarse los nudillos contra la madera, lo que ocurriera primero de las dos cosas. Ha roto la puerta del armario de una patada antes de salir de casa. ¿Quién podría querer matar a un ser tan bello? Si él, si solo él, la noche anterior la hubiese ido a ver al teatro en vez de quedar luego a cenar... si no hubiese llegado tarde... si esa chica...

—¿Había una chica? Quiero decir, ¿había otra chica?

—Sí, en la puerta del restaurante. Dijo que se llamaba Nuria, pero creo que mentía. Me dijo que Luján no iba a venir. Me pareció divertido que me la devolviera por una vez, que fuese ella la que me plantara, solo eso. Me di media vuelta y me fui.

—Pero tenemos constancia de que la señorita Luján Menéndez sí fue al restaurante y que estuvo allí sola. Pidió comida pero no la cenó. Fue con un cuchillo de ese restaurante con el que la apuñalaron.

De repente Arturo siente ganas de vomitar. ¿Ella lo estuvo esperando? ¿Estaba dentro? La tuvo tan cerca... solo tendría que haber entrado a comprobarlo. ¿Quién era esa loca que alejó a Luján de su salvación? Porque, está convencido, si hubiesen ido juntos hubieran estado a salvo.

—¿Cómo era esa chica?

—No sé, mayor que Luján, gordita, con gafas, tenía el pelo rizado y oscuro. Llevaba un vestido blanco y unas zapatillas bambas. Dijo que se llamaba Nuria, pero no creo que me dijese la verdad. ¿Está usted pensando que...?

—¿Si pudo ser ella? Bueno, todavía no lo hemos descartado a usted así que figúrese. ¿Puede probar que llegó a su casa? ¿Lo vio algún criado?

—Yo no he dicho que me fuera a casa. Iba a hacerlo, pero entonces pensé en las

ganas que tenía de verla y le puse un mensaje citándola en la verja de la Exquisita, ¿sabe dónde está?

—Pues no, la verdad.

El mensaje decía: «¿Cambio de planes? Espero verte en la Exquisita, apoyada y fumando como la reina que eres, en unos diez minutos». Recuerda el sonido del teclado como si lo estuviera escribiendo ahora mismo. Recuerda haberlo enviado con una sonrisa. Debía estar enfadada para no haberse presentado (¡por primera vez!, ¡qué triunfo!), quizá por el teatro, como nunca fue a verla... Y además aquella era su última función. Ella había querido celebrarlo en aquel restaurante tan cutre, las cosas de Luján, para poder pagarlo ella misma.

—Estoy harta de que siempre lo pagues todo. Hoy invito yo y comerás como pobre porque sales con una pobre, hazte a la idea.

Así que de repente pensó que tendría que compensarla por no haberla ido a ver al teatro y se volvió loco buscando un opencor que estuviese abierto y tuviese flores. Comprensiblemente llegó tarde.

—Cuando llegué a la Exquisita ella no estaba. La calle estaba desierta, quedaban cuatro borrachos y poco más. Entonces cogí un taxi y volví a casa. Decidí no llamarla, no sé por qué, podría haberlo hecho, pero no lo hice. Pensé que quizá estaría ya dormida, me había retrasado bastante buscando las flores. Nunca pensé que no habría siguiente día.

Uno nunca piensa que no habrá mañana. Y cuando el futuro con alguien se desvanece de tal forma es cuando se intenta agarrar el último momento, el último segundo en el que la vio: aquella risa como un gorjeo y verla girarse y darle un beso al aire como quien regala cualquier cosa cuando lo que está regalando es el último beso, esa mirada del adiós. Pero cuando no se sabe que es una mirada del adiós no es tal, es otra cosa: un segundo más como cualquier otro, porque aún se cree que habrá mañana. Y entonces pensar cuál fue el último beso, la última vez que hicieron el amor, si ella sonrió cuando despertó o no lo hizo. Cómo era tener la carne de su boca entre los dientes, cómo que te rozara con las puntas de los dedos el pecho desnudo. Y enfadarse cuando no se logra saber cómo era su sabor exacto o cuando su perfume lo tienes al borde de la nariz pero apenas puedes retenerlo.

—Su tita.

—Gracias.

—¿Se encuentra mejor?

—No. La verdad es que siempre supe que esa mujer era perfecta para mí pero que yo no lo era para ella, ¿comprende?, así que tarde o temprano la hubiese terminado por perder. Pero me hacía bien saberla en el mundo. Saber que se la podía tener cerca y mirarla. A lo mejor solo eso, mirarla.

D.F. (Méjico)

—¿Te lastimaste, nene?

—No, estoy bien Sibila, pero no se puede decir lo mismo de mi autoestima.

—En una de estas te matás intentando mostrarte como el hombre de la casa, che.

—¿Por qué siempre dices «che»? Pensaba que era algo que los argentinos ya no decían.

—Y sí, pero a mí me entra como la melancolía si no lo digo, ¿entendés? Es como cuando una se pone a escuchar a Gardel, que siempre le entran ganas de cebarse un mate y lagrimear a gusto. Vení que te ayudo a levantarte. Te arrastrán las pelotas, Arthur, te dije que lo podía poner yo. Vos Rosa no te molestés no más que en reírte, si don Juan se nos mata colgando tu alebrije no pasa nada. Tenés una sangre...

Rosa es incapaz de dejar de reírse sin embargo. Incluso a Sibila, a pesar de su tono de reproche, se le escapa una sonrisa al ver al metro noventa de poeta inglés desparramado por el suelo. Sí, perfecto, muy gracioso. Le duele todo el cuerpo cuando se incorpora, pero antes muerto que admitirlo delante de las chicas, así que dibuja una sonrisa perfecta y piensa que lo mejor que podría hacer sería tomarse una cerveza bien fría (o ponérsela en la nuca para contrarrestar los efectos del batacazo, aunque más duele el ego que el golpe).

Aquella mañana habían estado comprando algunas cosas para el viaje, Arthur no se acostumbrará jamás a la Rosa madre y le llama poderosamente la atención la obsesión de esta última con llevar unos zapatos de repuesto para el niño. Sibila le ha explicado que es una manía que cogió cuando Marcos era pequeño. Todos los niños pierden los zapatos hasta los cinco o los seis años con una facilidad pasmosa. Aunque este ya tiene siete y por esa misma regla de tres a Arthur se le antoja que es tan absurdo como pretender que todavía lleve pañales. Pero por supuesto se doblega ante los deseos de la mejicana y pasa la mañana de zapatería en zapatería buscando calzado cómodo talla treinta y cuatro. Pero el DF está tan bonito que es un gusto pasear y hasta le viene menos incómoda la postura de familia en la que también Sibila y su parloteo argentino tienen cabida. Se pregunta qué le podrá gustar a Rosa de hacer el amor con otra mujer. Tenía entendido, por lo que conoció de ella en su adolescencia, que le gustaba un hombre más que cualquier otra cosa en el mundo. Es incapaz de imaginarlas en la cama. ¿Cómo sería? En un momento en el que se queda en la puerta de una zapatería con Sibila decide preguntarle si es así como se hace la tijera y si eso produce algún tipo de placer.

—Como se nota que ves demasiado porno —le corrige la postura de las manos—. Es así como se hace y no como todos los machos piensan. Y sí, produce placer.

Aunque no solo es eso. Vos pensás en sexo y no se te ocurre más que penetración y metisaca y bum bum, ¿no? Y enterate de que hay más cosas en el mundo, inglesito, muchas más. Hay dedos y manos y lengua y piel, mucha piel. Es importante la piel, ¿sabés? Más para nosotras que para ustedes.

Por supuesto Arthur se queda con una parte de la conversación nada más, por lo que termina preguntando:

—¿Has dicho manos? ¿Le metes a Rosa toda la mano en... ahí?

—Y, Arthur qué inocente sos. No te voy a dar detalles de cómo me acuesto con Rosa si es lo que esperás, no voy a alimentar tus fantasías.

¿Fantasías? Con Rosa vale, ¿pero con Sibila?, ni hablar. Piensa Arthur que las lesbianas tienen el concepto equivocado de que dan morbo a los hombres. Lo que a los hombres les excita en realidad es ver a dos mujeres heterosexuales enrollándose, no a dos que disfruten con ello. Aunque, visto con detenimiento, Freud tendría mucho que decir al respecto, claro.

Han pasado la mañana paseando y charlando. Luego han ido a casa de Sibila a tomar unas cervecitas y a comer algo. Es entonces cuando Rosa lo ha traído. Era como una especie de dragón, pero al mismo tiempo tenía algo de ave y hasta de toro. Brillaban en él el color verde y el rojo y el rosa y era del tamaño de una caja de zapatos. Uno de los alebrijes de Rosa, uno de esos bichos que pintaba y que a Arthur le fascinaban y repugnaban a partes iguales. Dijo que era para que les diese suerte en el viaje. Arthur se preguntó para qué querría Rosa tener suerte en un viaje en el que todo estaba planeado por completo. Si hubiese sido al revés... porque él sí que necesitaba suerte. No podía apenas mirarla. Esas muñecas morenas y frágiles se le convertían en pájaros que se le anudaban a la garganta y balbuceaba cosas absurdas como cuando estaba borracho de intento de olvido. Necesitaría toda la suerte y no bastaría, para poder coger de nuevo esa muñeca, en Madrid, a espaldas de Sibila, y sujetarla fuerte contra su pecho y no dejarla ir.

—¿Pretendés que nos llevemos al viaje ese bártulo?

—En realidad querría colgarlo acá en el salón.

—Yo lo cuelgo, Rosa.

—No te preocupés, Arthur, ya lo colgaré yo luego. No creo que la escalera aguante tu peso, está toda rota.

Ante la insistencia del poeta, que no pensaba en otra cosa que en la suerte extra que le podría proporcionar el alebrije, Sibila trajo la escalera rechinando los dientes ante la jocosa mirada oscura de Rosa. Por primera vez en mucho tiempo (quizá desde que Rosa le dijera que deberían besarse solo por deporte), la vio de su mismo lado del cristal, hermosa y llana, mirándolo como a un igual, diferenciándolo de Sibila.

Ha tenido que superar su vértigo para subirse a esa maldita escalera, pero ha hecho el esfuerzo por lo que de Rosa había en esa suerte concedida por el bicho colorista, suerte que también hacia Rosa debía volcarse, cómo no, para atraerla de su parte de la ventana. Pero como era de prever, la antigualla cubierta de polvo que

Sibila había traído empezó a quejarse bajo el peso del poeta y a abrirse poco a poco mientras aquel, sin otro empeño que clavar el hilo del que colgaba el alebrije con una chincheta al techo, ignoraba el peligro que a dos voces le advertían ellas desde abajo. Por supuesto, la precaria barra que mantenía la estabilidad de la escalera terminó por ceder y es en ese momento que Arthur se ve a sí mismo cayendo sin poder evitarlo desde una considerable altura. Le da tiempo a pensar que si se daña, las manos pequeñas y morenas de Rosa le acariciarán la cara y lo recostarán contra su pecho con ternura de madre (¡es madre!), e incluso fracciones de segundo después a llegar a la conclusión de que no, que en todo caso se ocupará de él Sibila mientras Rosa se morirá de la risa y él experimentará un pegajoso sentimiento de humillación. De tal manera que el poeta termina su periplo derrumbándose de una forma un tanto aparatosa contra una silla, que también se rompe, y portando en el rostro una mueca de tremenda decepción.

Como las predicciones fatalistas tienen una curiosa tendencia a cumplirse, es Sibila la que se ocupa de su salud mientras Rosa se ríe. Aunque no dura demasiado esa risa. Cuando descubre el alebrije destrozado bajo el peso de la silla y de Arthur, sus ojos se tornan taciturnos y de nuevo está lejos y no parece tener el menor interés por atravesar el cristal que se ha perfilado en medio. Coge los restos con delicadeza. El animalito de cartón pintado tiene múltiples agujeros y una astilla de la silla lo atraviesa en su centro. Rosa intenta sacarla pero no puede. Arthur se siente fatal.

—Lo siento, no pretendía caer sobre el bicho. Supongo que ahora pensarás que se nos va a fastidiar el viaje, ¿no?

—No, no te preocupes. Pobre, quince cortes tiene.

—¿Se puede arreglar?

—Hay cosas que no pueden arreglarse, Arthur, por mucho que se quiera o se intente.

Calle San Hermenegildo

(Reflexiones de Sansprénom traducidas del francés por Maxime Gras)

Hemos llegado a tu casa después de Didier, pero ya había comenzado mucho antes, como siempre: esa mano tuya que aparece en mi muslo de forma casual, como si no importase que estuviera ahí, para luego despegarse y volver de nuevo con una intención de hacerse notar que no puedo ignorar por más que quiera. Estábamos en Casa Federica y he dejado de escuchar a Didier, casi de beber cerveza. Todo en mi gesto denotaba que sabía que tu mano, como si tu mano fuese independiente del resto porque tú seguías parloteando sobre tu tío y sobre su novia muerta pero yo ya no escuchaba nada, no podía estar en otra cosa que no fuese tu mano, tan cerca y sin embargo tan cauta, apretando pliegues de vaquero entre las yemas de los dedos como por accidente, tan cerca y sin embargo tan lejos de aquello que no podía evitar, del placer y de la vergüenza. En un momento dado, como siempre, vuelves a marcharte y es esa misma mano tuya la que se enfría con el vaso de cerveza y la que vuelve, esta vez un poco más lejos, a la rodilla, aunque también haces partícipe a tu pie, que logra engancharse a mi gemelo de una forma que no alcanzo a comprender, como si por partes tu cuerpo se fuese volcando hacia mí y abandonase progresivamente la charla y a Didier y no te importara porque pronto es tu otra mano que también, y más tarde tu cintura que se afinca entre mis rodillas para irse desplazando hacia detrás lentamente, siguiendo el borde del taburete en el que mi desesperación está sentada. Conoces mis ojos y sabes que cuando se humedecen es que lo hacen de deseo, y sin embargo comprendo tu juego y lo llevo hasta las últimas consecuencias; es mi mano ahora la que baja por tu falda y hace que te estremezcas, es ella la que, cuando llega al borde, describe una elipse perfecta en la curva de tu rodilla y se cuela más tarde entre las telas que te esconden, busca la cara interior del muslo, se cuela en el elástico de la braga, te acaricia con el dorso despacio, para que tu voz no vibre, para que no dejes de hablar de lo que quiera que estés hablando con Didier o con quien sea. Yo ya no estoy, pero tú sí, tú debes estar presente y dejarte hacer porque es lo que mejor sabes, dejarte hacer contra mi mano que aprietas, contrayendo despacio los muslos. Didier va al baño, ocasión que aprovecho para girarte y besarte. Tu boca se abre para mí sin preguntas, como siempre se abre tu boca para mí y temo repetir constantemente los mismos pasos, las mismas palabras, pero siempre tu boca es distinta y al mismo tiempo la misma, la antigua amante que sabe dónde poner la lengua y la novedosa que se amolda a mis labios tan grandes, dejándolos escurrirse entre tus huecos y buscándote en lo húmedo hasta tragarte

entera, porque eres entera mía.

Me sorprende ante este pensamiento cuando Didier vuelve y nos encuentra bebiéndonos los ojos, sin decir nada todavía pero absortos en nuestro silencio compartido, saboreando calor aún, saboreando saliva. Eres entera mía. Y esto me excita más si cabe, la certeza de que me perteneces. Y no solo eso: tú también sabes que me perteneces. No sé cuál de las dos certezas me gusta más. Tu mano, la mano que tan cerca estuvo, acaricia mi rostro y yo me fundo con ella, cierro los ojos, beso la palma para que sonrías y sonrías. Mis ojos sonrían por mí. Didier dice que se va a pedir otra cerveza y lo hace charlando con Maru animadamente, dejándonos una escueta intimidad que se traduce en un beso en el cuello y en que yo te apriete entre mis piernas, acomodándote al final en el hueco que queda en el taburete. Me sorprende de la seguridad que me transmites. De repente no hay miedo, se acabaron las pesadillas, no me importa ni Marga ni su doppelgänger, ni la muerte de esa chica. Me da igual que alguna vez fueses capaz de matar porque lo que cuenta es que eres frágil entre mis brazos y huir de ti hubiese sido como huir de mi vida. Tú siempre permaneces. No dices nada, solo te meces contra mí, paseando tu cabeza contra mi pecho, oliéndome. Qué importante para ti el olor, siempre me hueles como si esa fuera la última vez y tuvieses que recordarme. Me has dicho en alguna ocasión que mi olor te da el tamaño exacto de mi cuerpo, el peso de mis miembros sobre ti. No veo la hora de salir de este bar y casi lo digo en voz alta, puede que hasta lo haya dicho en voz alta porque Didier me ha mirado con cara de sorpresa y luego con cara de decepción, se ha despedido de ti con un beso en los labios que no me ha gustado y de repente estábamos del otro lado de la puerta, tu manita blanca, que hoy no lleva guantes, ya no llevas guantes siempre y me acabo de dar cuenta, encerrada dentro de la mía cálida y enorme. Te hago notar que tienes siempre las manos frías y sonrías como si eso fuera parte de algún misterio que jamás resolveré. Supongo que uno se cansa de la gente cuando ya no hay sorpresa. Eso jamás pasará contigo. La calle de la Manzana está muy cerca de tu casa y es por eso que vamos allí, caminando a pasos largos. Por cada uno que doy yo tú das cuatro, con ese ritmo cadencioso que me hace pensar en tambores y en selva y en calor, mucho calor. Con ese ritmo bailarín con el que tus tacones se van dirigiendo a lo conocido, pasando cada calle como si siempre fueran a estar ahí para ti. Abres el portal y no puedo resistir la tentación de pasar de nuevo mis manos por la cara interna de tus muslos mientras subes las escaleras. Paras en seco para girarte, pero eso impediría mi avance por tus piernas, así que no te lo permito, te cojo de la cintura tirando ligeramente hacia mí para que quedes más accesible, te beso el cuello por detrás y espero ese gemido, esa señal de que todo va bien, de que estás tan deshecha como yo. Me da seguridad. A veces pienso que la debilidad es mía, pero saberla compartida me autoafirma. Así que te empujo un poco, abandono tu cuerpo para escuchar tus tacones subir precediéndome, tus llaves tintinear entre tus manos y de repente la luz del pasillo que me ilumina el camino a tu cama que huele tanto a ti que casi no lo resisto. Entro

sorteando las pilas de libros que amontonas por todas partes con aparente desconcierto, pero tú no me sigues. Has ido a buscar agua y algo dulce. No serías tú si no pensases esas cosas. Apenas llegas te quito la botella de las manos y te aprieto contra mí. Me gusta sentirte quebradiza cuando te beso, cuando de nuevo mi boca te busca y te penetra hasta abrirte y no paro hasta que sé que te falta el aire. También me gusta decidir cuándo debes respirar. Y parece extraño que hace tan poco te tuviese miedo, es como ajeno, como si le hubiera sucedido a otro, todo esto, la doble de Marga muerta, la denuncia y la poca importancia que le diste, para ahora solo quitarme la ropa y mirar cómo te desnudas. Es curioso, siento que nadie me ha visto tan desnudo como tú, que has sabido verme también desnudo de emociones, desnudo de alma. Sería más literario que te desnudara yo, pero no me gusta, me siento torpe con esos cierres tan pequeños para mis manos, prefiero vértelo hacer a ti que tardas menos, eres más eficaz y además, te pones tan guapa cuando deslizas la ropa fuera de ti que merece la pena no perderse nada. Estoy de pie y tú sentada en la cama, besando los lunares de mi bajo vientre, lamiendo los pliegues de piel que encuentras. De repente tu lengua se desliza hacia debajo, atrapa vello y piel arrugada, introduce en tu boca las partes más frágiles de mi cuerpo haciéndome suspirar y mirar al techo, aunque en verdad no miro nada, cierro los ojos para sentir tus labios abrirse paso hacia detrás, donde ya tus dedos separan la carne. Siento tu saliva resbalar entre mis piernas y creo que es eso, sé que cuando entramos en esta fase te pones por completo a mi servicio y por eso ya no hay terror, por eso o porque hemos vuelto al principio al mismo tiempo. Eres vulnerable entre mis dedos, que te aprietan contra mí atenazados contra tu cuello, tan largo y fino y blanco, guiándote a donde me gusta, a donde apenas puedo resistirlo para medir mis límites y ver cuánto puedo aguantar sin metértela en la boca. Sé que no es mucho. Pronto la empuño y tiro de ti un tanto hacia detrás y tú te abres obedientemente, rodeas el pedazo de carne ofrecido con tus labios y te dejas guiar por mis movimientos, que hacen la mitad del trabajo por ti. La otra mitad es tu lengua que sabe retorcerse contra la punta al salir y alrededor de la base al entrar. En ocasiones también te privo así de la respiración, cogiéndote de la nuca y llenándote hasta que llega la arcada y entonces aflojo para engañarte, porque apenas puedes recuperarte lo hago de nuevo, y luego otra vez. Sin embargo no sale un reproche de tu boca, no me apartas. Sigues, lo permites todo. Eres toda mía.

Te tumbo en la cama. Mi cuerpo arde y sin embargo el tuyo está helado, siempre estás fría. Beso tu piel, la muerdo mientras me abro paso con las manos, separo tus piernas, tanteo la zona con un par de dedos. A veces te deseo de una forma tan intensa que querría pegarte. Y lo haría si hubiese una forma de hacerlo sin dañarte, una forma en la que solo yo me desahogase sin causarte ningún perjuicio. Pero sé que eso es imposible, incluso sé que puede parecer un pensamiento terrible, pero no lo puedo evitar. Quisiera romper tu carne, abrirte, doblarte sin que nada te doliese. Pero en cambio me inclino y te bebo, como si te compensara por todo el mal

que no te hago. Te bebo despacio primero, deleitándome con ese sabor pardo y dulce que solo tú tienes, introduciéndome poco a poco en tu mundo de humedales mientras dejo que el universo se evapore a mi alrededor, solo atento a tus pulsos, a tus convulsiones, a tu cuerpo arqueándose contra mi boca y es entonces que empiezas a saber distinto, un poco más amarga, y mis labios se llenan de ti y te escucho respirar agitada después del grito y no puedo resistir la tentación de seguir solo porque sé que no puedes soportarlo, hasta que me apartas y me besas y todos los sabores se mezclan entonces. Alguien me dijo una vez que el sexo solo es bueno cuando es sucio.

Me encaramo sobre ti, me siento en tu pecho con mi pene en la mano. Sé que te encanta mirarme, así que me arqueo contra mi erección, moviéndome al ritmo que me dictan tus ojos. De alguna forma decides ayudarme y deslizas tus manos entre mis piernas, por detrás. Me encanta lo que me haces pero quiero follarte. Te lo hago saber:

—Eso me encanta, pero te quiero follar.

—Pues no sé a qué estás esperando —dices tú.

—Date la vuelta.

Te observo girarte. El pelo se te descuelga por la cara cuando inclinas la cabeza. Corrijo tu postura. Te quiero a cuatro patas, los codos y la cara apoyados contra el colchón. Quiero poder mirarte a los ojos. Te aparto el pelo, te beso la nariz. Después me sitúo detrás de ti, tu cuerpo se ha calentado por fin. Entro de golpe y me acoges sin pensar, solo acompaña a mi acoplamiento un gemido sordo. Dije que te quería ver los ojos y aplastas la cara contra el colchón. Giro tu rostro mientras me muevo. Me vuelve loco cómo respiras. Es curioso, en mi vida había sentido una conexión tan grande con alguien. Sé cómo te encuentras solo con oírte respirar y gemir. Sé qué es lo que necesitas, qué deseas y cómo lo deseas. Te agarro por la cintura, tengo ganas de aullar. Me muevo deprisa, sé que te llego dentro, a veces me parece que te vas a desmayar y entonces aflojo, te beso la espalda. El sudor cae por mi cara, te moja. Siento de nuevo ganas de golpearte y esta vez lo hago, te empiezo a azotar las nalgas. Tampoco opones resistencia. Quizá incluso intensificas la forma sutil en la que te habías acoplado hasta ahora a mis movimientos: ahora resultas evidente. Y gritas. Dios santo, cómo gritas. Pienso a veces que te lastimo. Si no te conociera pensaría que te hago daño. Pero sé que no, que te gusta, que te acercas al orgasmo, que te desbordas y de repente tus brazos ya no te sostienen y caes hacia delante y yo te ayudo a caer mientras todavía intentas controlar las sacudidas de tu cuerpo y los gemidos. Me aprieto contra ti y te beso toda la cara, primero con pelo, luego lo aparto y sigo besándote. Me muevo más despacio para que recuperes comba. Te digo algo cariñoso, pero inmediatamente olvido qué, apenas me escucho y mi voz suena como extraña. No me reconozco en ella, suena por momentos más aguda y por momentos más ronca que la mía. Soy distinto cuando estoy contigo. Empiezo a preguntarme si el cambio que has operado en mí será permanente, si me quedaré así si algún día me faltas. No quiero responderme porque te noto de nuevo moviéndote,

así que modifico de nuevo tu postura y me incorporo de tal forma que quedo sentado sobre ti. Te junto las piernas para que queden entre las mías. Noto que suspiras complacida y sé que no tardarás mucho en volver a correrte, pero yo estoy tan bien que no quiero que acabe. Me siento muy a gusto en tu interior. En esta postura puedo moverte contra mí, a mi gusto, echarme hacia detrás y observarte, observar cómo entra y sale aquello que, si no fuera por el placer que me produce, me resultaría como ajeno, brillante, húmedo. Noto que estás a punto de nuevo y casi te obligo. Te retuerces contra el colchón en un alarido que se corta contra la almohada. Quiero sodomizarte. Cuando gritas me apetece sodomizarte, no sé por qué. Así que te abro con los dedos, humedezco la zona con saliva y entro mientras te tapo la boca con la mano izquierda, no quiero alarimar a ningún vecino. Me tumbo sobre ti, te aplasto con mi peso hasta que emites pequeños gemiditos entrecortados y empiezo a moverme de nuevo, entrando con todo mi cuerpo, saliendo para dejarte respirar. Ahora gimo yo también. Digo algunas palabras borrosas en francés. Cuánto te quiero en este momento en el que te noto frágil y humana, en este momento en el que eres carne y yo formo parte de esa carne que eres tú hasta fundirme contigo y notar que voy a tener un orgasmo enorme, demoledor, un orgasmo que me dejará rendido a ti, a la evidencia de que solo eres frágil y humana cuando te poseo de esta forma en la que lo hago. Para mi sorpresa noto que te arrastro, que conmigo vienes tú también para ser grito conmigo, para convertirte después en gemido lastimero cuando me desplomo y entro más si cabe en tu interior y me derramo, dejándotelo todo en un suspiro.

Nos quedamos así, muy quietos. Tu pelo me llena la boca y quisiera moverme y apartarlo, pero apenas puedo. Te lo quedas todo para ti, Paula, los recuerdos, el miedo, los venenos, el alma. Soy inmensamente feliz, de una forma que no creo que otro ser humano pueda comprender. Me das paz, me das una paz arrolladora que me invita al descanso, a apenas poder salir con un quejido tuyo y girarme para caer en el colchón, derruido. Te muevo otra vez, en esta ocasión para apoyarte contra mi pecho y llevar tu mano a mi corazón. Apenas hablamos. Tampoco hace falta. Te beso la nariz y los labios con ternura. Te ofrezco agua y luego bebo yo. Me parece que soy un monstruo, que me has convertido en un monstruo y quizá, si la violencia se parece a esto, sea tan azarosa como la lujuria. Cuando te tuve miedo permaneció intacta en mí, era lo único que prevalecía. Te temía y sin embargo repetía una y otra vez este extraño rito en el que domino a tu bestia y la domestico para dejarte tierna y humana y adormecida contra mí, sin apenas aliento para darme un beso de buenas noches. No puedo comprenderlo. Es fácil no poderse dominar una vez has empezado, dijiste una vez. Quizá sea eso. Tampoco me apetece pensarlo. No tengo fuerzas ahora mismo, pero querría llevarte en brazos al fin del mundo.

Guzman El Bueno

(Reflexiones de Didier Durand)

Qué asco no poder fumarse un cigarro en la oficina. Deberían dejarnos, total, en invierno nos morimos de frío los fumadores y en verano nos cocemos. Ahora va a resultar que somos un peligro para la industria del cine, sí, ya me gustaría a mí ver qué harían estos mentecatos sin mí, cómo construirían sus maravillosas mentiras bidimensionales sin el tipo que busca al carpintero, monta los escenarios, contrata a los maquilladores, alquila las furgonetas, hace presupuestos, le sostiene el cronómetro al coreógrafo mientras marca los pasos, el que incluso en ocasiones sostiene jirafas, recomienda psicoanalista a la actriz principal y mete flores de amantes ocasionales del director en bonitos jarrones a los que, también, cambia el agua cada dos días. Y con todo y con eso no me dejan fumar en la oficina. Por salud, dicen, claro, lo dicen los que no lo necesitan para no morir de un infarto en el trabajo. Lo dicen los que tienen bien definido su papel y no se dedican a absolutamente todo como yo, este tipo demasiado flaco que ahora también busca asesinos en serie. En fin, tengo que admitir que al principio me pareció ridículo, pero luego la cosa fue cobrando interés. Paula tenía razón en lo de que buscar un asesino es como hacer cine, pero sin las prisas, sin las carreras, sin darte cuenta de que te has salido del presupuesto y no te queda dinero para alquilar la tan necesaria furgoneta veinticuatro horas más. En realidad es como la mentira, es como lo que te hace soñar el cine cuando no lo haces sino que te sientas a verlo: magia, eres otro, un tipo útil, un investigador privado, un tío duro que fuma de medio lado cigarrillos negros (y por supuesto puede hacerlo en el trabajo, ¿quién le habría prohibido a Bogui encenderse un pitillo?, ¿quién habría tenido valor?). Incluso me extraña la actitud de esos dos, de Paula y Sansprénom, que parecían tomárselo tan en serio al principio y que sin embargo no sé por qué lo siguen llamando investigación cuando esto parece un folletín, barato además. Si de ellos dependiese no tendríamos nada. Yo al menos me mojé y conseguí el informe forense, pero esos dos se limitan a sentarse, beber cerveza y meterse mano hablando de banalidades, haciendo observaciones ni siquiera brillantes, observaciones que más parecen producto de haber visto mucho cine que de un grado de inteligencia como el que se le presume a Paula. En fin, que esto menos una investigación detectivesca parece cualquier cosa. Bien podríamos habernos dedicado a hablar de fútbol en vez de muertos, habríamos sacado más en claro. De fútbol o de sexo, no sé, de cualquier cosa. Si hablásemos de programas malos de televisión tendríamos algo por lo que debatir, pero así... damos vueltas

sobre las mismas estupideces, como si el asesinato de esa chica fuera una excusa para tomar cañas. A mí, sin embargo, esto me parece otra cosa bien distinta, a mí se me antoja algo muy serio. Por eso encontré el informe forense, y he de decir que encontrar un informe forense no es una misión fácil. Y además creo que es delito. Bueno, no me importa en realidad. Lo que sí me haría ilusión es que, ya que estamos, hiciéramos las cosas bien y atrapásemos al asesino de una buena vez, que lo metiésemos entre rejas y nos fuésemos, entonces sí, a brindar por nuestro éxito. Que temblase Miss Marple, Hercule Poirot, Sherlock Holmes y hasta Jessica Fletcher si me aprietas. Sería bonito, me sentiría útil. Si este par de bobos se dedicasen a hacer algo de verdad y no a mirarse el uno al otro como estúpidos mientras hacen observaciones de las que estaría orgulloso no más que un niño de cinco años («lo más probable es que vuelva a matar», vaya, Paulita, ¡no jodas! Y el otro poniendo cara de lerdo como si hubiesen descubierto América entre los dos), lo mismo hasta lograríamos algo, pero así... así lo máximo que lograré será un resfriado de salirme a fumar y una decepción de las de hacer monumento porque esto va para largo. Cuando creía en los milagros, en aquella lejana infancia católica, quizá hubiese esperado un milagro. Pero ahora creo en el trabajo nada más, quizá en la suerte, quizá en alguna que otra coincidencia. Y aquí el único que se lo está tomando en serio (irónico, al principio me pareció una chorrada) soy yo. Como siempre, ese soy yo, el encontrador, el productor de cine pringado hasta las cejas al que no le dejan fumar tranquilo en su pequeño despacho compartido. En fin, habrá que salir otra vez dentro de un rato.

Ese lugar como cualquier otro

Y también un hombre como cualquiera, sentado en una silla de un bar, comiendo un bocadillo de calamares, mirando el partido, bebiendo cañas. Un hombre de tamaño medio, ni más alto ni más bajo que cualquiera, ni más calvo que otro amigo suyo, ni más mal peinado. No resalta entre los demás. No parece distinto a la mayoría. Lleva puesto un polo azul oscuro y unos vaqueros como algún otro de los presentes, grita gol cuando hay que gritarlo, también grita ¡uy! cuando su equipo está a punto de marcar y no lo hace. Sin embargo si pudiésemos introducirnos en su alma veríamos que es muy diferente de sus amigos, aunque la distinción sea algo pequeño, simple e incluso alguien diría que un tecnicismo: este hombre ha matado.

Es curioso que el crimen no se note en la mirada, no sea apreciable a simple vista. El mundo sería más fácil si los rasgos faciales se deformasen al cometer un acto de crueldad. Los labios deberían torcerse hacia abajo, la frente fruncirse en un gesto que denotase maldad, algo. Pero no. Este Asesino es como otro hombre. Incluso el arañazo de su cuello ha cicatrizado, y con él también todos los sentimientos de culpa que hubiese podido tener de haberlos tenido. Las manos han quedado un tanto tocadas después de las quemaduras. Quizá no vuelva a recuperar sus huellas dactilares. Tampoco importa. Piensa para sí que lo mismo de esa manera sería más fácil volver a matar. No hay huellas, no hay asesino.

Se descubre mirando a las mujeres que pasan por la calle. Las mira de una forma en la que no miraba antes a las mujeres. Las ve azules, hermosas y azules, como quedó la chica del pequeño cuchillo. Ha despertado tantas noches mirándose en sus ojos, ha sentido de nuevo el frío del mango al despertar, como un retazo de lo que era pesadilla pero no, fue real, ha visto tantas veces sus ojos azules en su mente, espantados y tristes como si una inmensa comprensión se hubiese apoderado de ella, una comprensión que él no ha podido alcanzar. ¿Lo perdonó? ¿Fue perdón lo que había en esos ojos? Era miedo, seguro que miedo sí, ¿pero qué más? Cualquiera puede llegar a convertirse en un monstruo, cualquiera podría llegar a matar. Y es tan excitante ver cómo se escurre el alma entre los dedos, sentir cómo la estás arrancando del cuerpo pequeño y delgado de esa mujer desconocida, tan hermoso que es casi inevitable que mientras converse con sus amigos las mire a las demás pasar, mire a todas las mujeres vivas como nunca creyó que llegaría a mirar a una mujer: como potencias. Cualquiera podría ser la próxima en morir a sus manos. Pero, ¿ha pensado la próxima?

Sí, lo ha pensado. Fue tan fácil y tan bello la primera vez, casi ni lo disfrutó de tan sencillo. Fue casi un accidente. Lo hizo sin pensar, sin saber lo que hacía. Eso es algo

que debería solucionar. Arrebatarse una vida no es algo que suceda todos los días y él apenas si lo percibió. No volvería a suceder semejante descuido. Porque matar no significa solo acabar con lo que esa persona era, con sus costumbres, con sus defectos, sus ilusiones, su forma de sentir, no, matar significa hacer desaparecer lo que esa persona podría llegar a ser porque ya jamás llegará a serlo. Es apoderarse de su futuro y deshacerlo entre los dedos solo por el placer de verlo evaporarse. Es una cuestión de poder. El Asesino se excita sexualmente con la idea de estrangular. Piensa en una chica luchando por su vida, esa que lleva el vestido azul, no, pero esa no, demasiado alta, la piensa con los dedos engarzados alrededor de esa doble tenaza que forman las manos contra una garganta y su sexo se endurece contra el pantalón. Lo disimula metiendo las manos en los bolsillos.

—Bueno, Paco, ¿quedamos para el partido del domingo?

—Pero, ¿bajamos al bar? Mejor nos cogemos unas pizzas y unos litros y nos lo vemos en casa.

—Como quieras. Tú estás fuera el finde que viene, ¿no? Contigo no contamos.

—Me voy de vacaciones con Laura.

—Qué cabrón. Nosotros no paramos de currar hasta agosto. Y eso si este año con lo de la crisis no nos ponen a hacer extras.

—Bueno, que lo paséis bien.

—Vale, tío. Que metas mucho.

—Joder, que va con la novia, no le digas eso.

Y así continúan, charla insustancial, quedar para otro día, separarse con unos golpes en la espalda y todo pensando en lo mismo, en lo único que existe: esos dos ojos azules que parecieron decir algo entre el miedo antes de apagarse. Pero, ¿qué?

Debe elegir bien a la chica esta vez. De hecho, para ser justos, debería parecerse a la primera. Ser extraña, flaca y desgarbada, tener los ojos azules que da el pelo negro. Es mejor que tenga el pelo negro como la real, que no sea rubia como la peluca. Debe seguirla, aprenderse sus costumbres, saber cuándo es más probable pillarla sola. Es más, hay una chica que podría servir, una chica que trabaja de camarera en un bar de Malasaña. Alguna vez se ha fijado en ella. Tiene aspecto de antigua, con esa cara de muñeca blanca y esos ojos tan abiertos y tan similares a los de cristal. El pelo negro cortado a media melena y los labios muy rojos. De hecho debería irse a tomar allí una copa.

En el taxi está sobreexcitado. Sus rodillas entrecrocadas de nerviosismo. ¿Y si fuera ella? Suspira de ganas de hacerla cesar. Las sienes le palpitan. Por momentos llega a pensar que el taxista puede oír sus pensamientos y saber qué es lo que va a hacer. Debería beberse otras dos o tres cervezas. Quizá así el pulso no le tiemble.

Ella es perfecta. Perfecta y anónima como un ángel. Sirve las cervezas con esos dedos largos y blancos, deja la espuma justa. El pelo negro es teñido con lo que los ojos azules son algo más pálidos y claros. Pero por lo demás son casi idénticos: la misma curvatura, las mismas pestañas espesas, idénticas pupilas brillantes. Quizá se

bebe tres cervezas. Se fija en que ella jamás sonríe. De hecho ni siquiera es simpática. Tiene aspecto de estar enfadada por algo. Pronto es imposible que lo disimule. Gruesos lagrimones caen por su cara y decide pasar dentro. Se oye la voz amortiguada por la música y otra, de hombre, que le responde.

—No aguanto ni un minuto más aquí. No soporto que me trates como a tu esclava.

—¿Pero qué coño estás diciendo? Entra ahí, joder, la barra está sola.

—Te estoy diciendo que me voy. No te importo lo más mínimo. En lo único que piensas es en tu negocio y en tener a alguien que te la chupe. ¿Sabes cómo me hace sentir eso? Como una mierda. Me haces sentir como una mierda.

—Venga, mujer, no te pongas así...

—Que te jodan. El de la cuatro debe la copa. Me largo.

La ve salir. El hombre apenas si ha podido replicar. Asoma la cabeza tras ella con esa mirada de perro asustado, esa mirada del que no sabe lo que tiene hasta que lo pierde, pero que cuando se da cuenta no hace nada por orgullo o desidia. El Asesino no se decide por cuál de las dos cosas le parece peor. Deja la caña a medias. Sale a la calle y la sigue a cierta distancia. El nerviosismo le hace rozar constantemente unos dedos contra los otros. Quizá se asegura de que es cierto que no tiene huellas. Al menos de momento son solo muñones rosados lo que encuentra, una piel tirante y extraña, tan poco natural que hasta a él mismo le produce un escalofrío.

Llegan al metro. Aquí teme perderla en el laberinto de túneles bien iluminados. No hay espacio para que ella no se percate de su presencia. Se dice muchas veces que la gente, una vez pasado el torniquete, no se fija en la gente. Que ella no se sabe perseguida porque no es extraño que cualquiera lleve tu misma dirección. Para cuando llegan al andén ha logrado convencerse.

Se meten en el vagón. Ella se sienta nada más entrar, al lado de la puerta, junto a un hombre que también estaba en el andén y que toma apuntes en una libreta negra, un hombre de unos cuarenta y tantos, con coleta, gafas y pinta de progre trasnochado. El Asesino se sienta enfrente y se parapeta tras un periódico que encuentra en el asiento. Desde esa posición la observa mirar por encima del hombro del progre, a la libreta. Lee lo que el hombre escribe y sonríe por primera vez en toda la noche. El Asesino siente curiosidad porque ella, la víctima perfecta, su objeto de deseo, se sonroja, establece contacto físico con el otro hombre mediante un roce de piernas, ¿lo conocerá? No, es posible que le agrade lo que está leyendo. Quizá se siente halagada. Pero, ¿por qué iba a escribir sobre su objetivo un hombre sentado casualmente a su lado en el metro?

De una forma preocupante la mano de la chica se posa en el muslo del desconocido y va subiendo hasta quedar oculta por la libreta. El Asesino no entiende nada pero permanece atento. Es fácil deducir qué sucede. La mano del hombre tiembla al escribir, el brazo de ella vibra rítmicamente. La situación es escandalosa a la par que excitante. Nadie, aparte de él mismo, parece notar nada y eso le hace sentir

parte del asunto, parte integrante de una intimidad que no había pedido pero que resulta agradable. Ha establecido un vínculo con ella, y lo más importante: ella no lo sabe.

Al rato el hombre deja de escribir y entorna los ojos. El Asesino puede observar que lucha por no lanzar un gemido. El tren para en Pacífico, ella se pone en pie y sale sin dirigirle una mirada a ninguno de los dos. Es importante bajar y seguirla. Suelta el periódico, mira (él sí) por última vez al progre que parece desorientado pero tampoco la busca, y baja del tren detrás de la chica.

La situación en el vagón le ha devuelto toda la sangre a la parte baja del vientre. No sabe si podrá aguantar, saber dónde vive y ya, no sabe si podrá dejar todo eso ahí. El corazón le late a toda prisa mientras ella callejea, cruza un par de pasos de cebra, camina despreocupada, más ligera que cuando saliera del bar. El Asesino aprieta el paso, mira a los lados buscando posibles testigos. En esta calle no hay nadie. La ve sacar las llaves cuando casi le ha dado alcance, observa cómo mete la indicada en la cerradura, siente que todos sus sentidos se han agudizado y escucha claramente el clic y el chirrido del portal entreabriéndose y justo entonces:

—Señorita, ¿tendría usted un cigarro?

Y en el momento en el que ella se gira encajar el pie en la rendija de la puerta y empujarla dentro, muy dentro, a la oscuridad bajo la escalera y al silencio.

Casa Federica

Paula no sabe cómo determinar en qué medida le ha afectado lo que acaba de oír de boca de Sansprénom. Así que se bebe de un trago lo que le quedaba de caña y se pide otra antes de que el corazón se le escape del pecho.

Habían estado hablando de violencia. A Didier le parecía ofensivo que se denominase «violencia de género» o «violencia machista» al maltrato físico.

—Si un hombre mata a su mujer es un machista. Pero si es la mujer la que mata al marido, ¿qué es?

—En ocasiones una heroína, créeme.

—Pero no dicen feminista. Y feminista no resulta peyorativo además.

—Ya bastantes palabras peyorativas en femenino tenemos, gracias. No nos hace falta ninguna más.

Luego vino la parte en la que se enzarzaron con tecnicismos lingüísticos y sobre la cantidad de cosas que en la sociedad actual están bien vistas si las hace un hombre pero si las hace una mujer queda como una cualquiera a los ojos de los demás. De alguna manera y sin saber cómo acabaron hablando de rock, claro sí, sonó en la radio *Le vent nous portera* de Noir Désir y Sansprénom que no estaba muy participativo dijo que era su grupo favorito y eso llevó a Didier a comentar la desgracia de que el cantante estuviera en la cárcel. Y lo llamó así: desgracia.

—¿Estás llamando desgracia a que esté encarcelado por lo que le hizo a Marie Trintignant? Espero que sea un error cometido por diferencias idiomáticas.

—¿Y cómo quieres que lo llame?

—¡Por Dios!, si mató a golpes a esa mujer.

—Pero es una desgracia para el mundo de la música, eso lo tendrás que admitir.

—Que se lo hubiera pensado dos veces, no te jode.

—Pero tuvo depresión y todo —dijo Sansprénom de repente—. Creo que la quería de verdad.

—No le haces eso a alguien que quieres.

—A veces es fácil perder el control cuando se ama demasiado. Nunca sabes hasta dónde te puede llevar la pasión.

Y es entonces cuando cobran sentido las marcas de los dedos del gigante en el cuello de Paula y ella las siente arder como quemaduras. Ha visto esa locura en los ojos de Sansprénom tantas veces, ese encenderse la mirada y llenar de rojo las estancias e incluso decidir por ella cuándo debe respirar y cuándo no y hasta lograr que ella se preste y además lo disfrute. Lo ha visto y lo ha reconocido porque también ella y su fascinación antigua por el dolor y la sangre, por acabar con una vida... qué

ajeno ahora, qué lejano. Tantas veces había dicho que en cualquiera puede despertar la bestia y ahora el inocente francés haciendo ese comentario con lo que disfruta, con lo que le ciega la lujuria. Decide no preocuparse más de lo necesario y beberse la cerveza de un trago, pasar el mal pensamiento o presentimiento quizá, pensar en la muerte de otra solo por distraerse.

—He averiguado del novio. Arturo Aguirre, un niño mimado que vive en Velázquez. Sus padres pertenecen a la larga lista de «hijos de algo» que están repartidos por todo Madrid. No conservan títulos nobiliarios pero sí un importante patrimonio y una conocida colección de arte. La madre es dueña de varias galerías y el padre tiene una bodega. Nada sospechoso. El hijo parece que está haciendo una tesis interminable sobre sectas satánicas.

—Dios, Didier, ¿de dónde sacas toda esa información?

—Tengo buenos amigos.

—¿Crees que lo de la sectas satánicas pudo tener algo que ver en la muerte de Luján?

—Paula, ya hablas de la muerta como si la conocieras.

—Salió con mi tío, eso la convierte prácticamente en familia.

—A mi modo de ver no hay relación entre la tesis del chico y la muerta. Yo creo que es una coincidencia que la asesinasen de esa forma tan cruenta. La verdad es que cada día soy más partidario de la teoría del asesinato casual.

—Nunca se sabe dónde va a esconderse el monstruo, ¿no? La violencia casi siempre es azarosa.

Sansprénom acompaña estas palabras de una mirada ausente y un trago de cerveza. No parece contento. Paula observa en su mirada un velo de amargura, casi como si hubiera descubierto a ese monstruo del que habla en su propia casa. Pero él nunca habla de lo que de verdad le afecta, de tal forma que resulta a veces frío e impenetrable. Paula siente un escalofrío, algo parecido al miedo. Se descubre pensando que no le importaría morir a manos de Sansprénom, pero que no soportaría que él se convirtiese en un asesino.

—Pero si ha sido un asesinato casual y todavía no lo han pillado se creará impune, y eso le puede empujar a volver a hacerlo —dice, más que nada por distraerse.

—¿No crees que estará lamentándolo en su casa, completamente destrozado por haberse convertido en un asesino?

—Lo siento mucho, cielo, pero no. Si se sintiera culpable se habría entregado y no tenemos noticia de semejante cosa. Y aunque no lo hubiesen dicho en los diarios, Didier se habría enterado.

—Cuenta con ello, princesa.

—Hasta es posible que ya lo haya hecho. ¿No os dais cuenta? Habrá buscado la forma de matar de nuevo para volver a sentir lo que sintió en esos momentos. Matar es una droga que engancha en la primera dosis.

—Pareces excitada.

—Pero cariño, ¿no te das cuenta? Si vuelve a hacerlo lo hará con confianza, se volverá descuidado, cometerá un error y lo descubriremos.

—¿Quieres decir que es bueno que ese tipo siga matando?

—No pretendía decir eso. Pero creo que podríamos ver el lado positivo, ¿no?

—Bien, ¿y qué hacemos? ¿Investigar todos los apuñalamientos por cuchillo de restaurante de Madrid?

—No, supongo que buscará un contacto más directo con la víctima, para sentir de una forma más intensa el momento de la expiración, ¿comprendes? Cambiará el modus operandi.

—Lo peor de todo es que veo por dónde vas.

—Hay que averiguar sobre todas las muertes violentas de mujeres en Madrid de las últimas semanas.

—No sé cómo podéis vivir sin mí. Lo tengo todo. Si esperáis un rato lo bajo de casa.

—¿De qué hablas, Didier?

—Como Paula insistía tanto en que es posible que el asesino volviese a matar, me adelanté y recorté todos los días las noticias de periódico que dijese algo de muertes de mujeres. Tengo una carpeta llena. Ahora solo tendremos que seleccionar, porque no me centré solo en Madrid. Más que nada por si os daba por pensar que el Asesino era de fuera.

El alma se pasea...

... **E**ntre las tumbas del cementerio, aunque quizá decir se pasea sea decir demasiado, porque no es más que un hálito que permanece, una transparencia de lo que fue viva. No tiene apenas memoria de lo que la ha llevado a ello, no es mucho más que vapor de vida arrastrando hojas a su paso y recuerdos que no puede comprender. Se pregunta si es eso la paz eterna, no sentir apegos, no tener emociones, vagar sin rumbo. Sabe sin embargo que murió muy asustada. Incluso sabe que tenía miedo antes de que la amenaza se hiciera patente y existiera en forma de puñalada. Se pregunta las razones para ese miedo. Tiene la imagen de ella, ¿era rubia?, sentada en el restaurante. Y si se fija la imagen en la mente puede sentir la decepción que sentía entonces. Una decepción que se arrastraba lenta e inexorable por sus miembros, una decepción pesada, como un barro pegajoso del que no se pudiese desprender.

«Me falló mi medicina», piensa, pero es más como si las palabras se le presentasen solas, se le expusiesen delante recubiertas de humo y de misterio. Se pregunta qué medicina. Se ve a sí misma por toda respuesta sacando el teléfono y leyendo un mensaje. Se volvió loca, se guardó el cuchillo en el bolso. «Él dijo que no venía».

A veces es un reflejo el que hace las cosas por nosotros. Ella, cuando todavía se llamaba Luján, salía del teatro cansada, pero estaba contenta porque iba a cenar con Arturo, su medicina. Estaba decidida a aprender a quererlo. Sí, era eso, decidida a quererlo. Luján, esa mujer que era su envase, creía que si se lograba convencer lo bastante podría llegar a cualquier cosa. A amar a quien no se ama, por ejemplo. Su corazón estaba tan triste, tan roto por Pedro, que hubiera hecho lo que fuera por reconstruirlo. Amar a otro, incluso. Se supone que esa es la forma más rápida de pasar del dolor a algo nuevo, ilusionarse por otro cuerpo, otras caricias, otra sonrisa. Pero Arturo no vino. ¿Por qué se guardó el cuchillo?, ¿pretendía hacerle daño por no haber llegado? No, no fue eso.

El alma intenta reconstruir los fragmentos de lo que fueron sus últimas horas, pero le resulta complejo no confundir el escenario y los focos con la calle desierta y primaveral y después con el charco de sangre. Sigue paseando entre las tumbas, atravesando ángeles de piedra de ojos gachos y manos cruzadas sobre el pecho. Para ante cada una de las que tienen grabado el nombre de alguien que murió joven. ¿Y para qué reconstruir cuando ya es irreparable? Ya nunca volverían ni la música ni los labios calientes buscando los suyos, no habría más terrazas en las que beber cerveza ni palabras que doliesen o hicieran feliz. Piensa en Pedro y en la facilidad que tenía él para lo uno y para lo otro. Le cuesta concretar su rostro, pero los largos retazos que le

llegan de pelo y manos de dedos cuadrados le devuelven la sensación amarga en el paladar cuando lo notaba distante y sabía que él la quería pero no era capaz ni siquiera de reconocérselo a sí mismo. Era tan fácil abrir la boca y dejar que fluyesen hacia fuera los sentimientos, aunque a veces fueran confusos, pero eran reales, eran algo. Algo cierto al menos en ese momento. Y sin embargo qué complicado le resultaba a Pedro, aquel hombre al que Luján una vez amó. Y puede que todavía el alma lo ame porque al pensar en él, al completar los trozos de rostro que se le han presentado, siente la misma amargura, la misma desazón, las mismas ganas de lanzarse a sus brazos y jurar por todo lo jurable que esta vez todo sería diferente. Pero ya no habrá más esta vez, no quedan veces que sostengan la pareja mutilada en la que se convirtieron. Porque ya no hay futuro, no hay mañana, se han perdido en definitiva.

¿Y cómo sabía ella lo que pasaba en el alma de Pedro? ¿Era una especie de adivina? No, no era eso. Pero las sensaciones le llegaban, claro, eso sí lo recuerda. Podía saber qué acontecía en el alma de las personas, en el corazón, incluso cuando el cuerpo estaba próximo a morir. ¿Pudo entonces saber que aquella noche moriría? Sí, puede que fuera eso. Sintió la amenaza que suponía salir a la calle sola, la amenaza de llegar hasta la Exquisita por su propio pie y por eso cogió el cuchillo.

Lo ve claro. Luján pensó que esa amenaza era el mismo Arturo y por eso el cuchillo y la rabia. Era miedo. Se aterró cuando se dio cuenta de qué iba a suceder. Al coger el móvil y leer el mensaje sintió la presión de una mordaza que le secaba el grito, el peso de un cuerpo sobre el suyo, la herida punzante de un cuchillo. Cerró los ojos. Desestimó que la amenaza fuera Arturo, se portaba tan bien con ella... Pero entonces, ¿por qué a veces se le antojaba que entregaba su cuerpo a un demonio? Lo mejor sería buscar resguardo bajo su ala, ir donde él estuviera, fumar como él le pedía. Escondarse contra su cuerpo del miedo que le helaba los huesos y dejarse mecer por su dulzura hasta quedarse dormida y que todo pasase. Esperar que se disolviese el pánico con las primeras luces del día y que con él también el peligro. Porque habría un mañana, siempre habría un mañana en el que remedar los errores cometidos. Y si era necesario lo defendería con uñas y dientes.

Pero su medicina tampoco apareció en esta ocasión y la decepción unida al miedo se le presenta al alma con imágenes de la Luján niña que lo tuvo siempre todo menos amor. Ve claramente a sus padres en el salón de la casa, sus actitudes frías de autómatas, las caras torcidas por la hipoteca y el peso del trabajo, las ganas de huir de aquello y no ser jamás así, nunca aspirar a tener para vivir para poder tener para vivir para poder vivir para poder tener... No hay tiempo para las caricias en esa casa. No hay aliento cálido que camine por el pasillo de la mano de la niña de cinco años que tiene cientos de muñecas que se convierten en sus amigas invisibles de ojos fijos y sentimientos de plástico. Son más reales para ella las muñecas que las personas que la rodean sin verla, inconscientes de que no sobrevive un niño solo a base de comida, vestido y cosas. Las muñecas no abrazan, la ropa no calienta el corazón, la comida no

alimenta más que la tristeza de tener que sentirse agradecida por haber nacido y tener lo necesario: cosas. Cosas para ella que necesitaba tan poco. Fue así como aprendió a escuchar lo que nadie decía, a sentir llegar las enfermedades propias y ajenas, a interpretar las caídas de ojos. Buscaba amor en ese ambiente cerrado al vacío y lo que encontró fue una especial sensibilidad a lo que no se dice. Su mente llegó a adelantarse. Se juró tantas veces que no sería como ellos... Prefería mil veces desprestigiar su envoltura, drogarse, matarse poco a poco pero ir viviendo intensamente que quedarse con los ojos fijos de amargura, aburrirse como los cipreses del cementerio, siempre cumpliendo su cometido recordatorio pero infelices por ser alargados y proyectar sus sombras sobre el vacío y la humedad de las tumbas que los alimentan. Huyó de sí misma y de ese destino que le deparaba la clase media acomodada, que le depararían los bancos adueñándose de su futuro con promesas de siempre lo mismo: cosas. Ella no necesitaba cosas. Solo quería que la quisiesen de verdad.

Supo que Pedro era profesor y por primera vez sintió que le era útil su capacidad de observación. Ella, Luján, solía llamarlo así: capacidad de observación. Aunque a veces no pudiera explicarse que supiera a ciencia cierta algo, que alguna cosa sucedería sin que ningún indicio visible se lo indicase. Es por eso que sintió llegar el peligro, sintió el nudo en la boca del estómago y se centró en pensar lo agradable que era abrazar alguien al dormir, abrazar un cuerpo caliente y fragante antes de cerrar los ojos, aunque fuese un cuerpo que no se amaba. Pensaba eso cuando retomó la dirección de su casa, cansada, disfrazada y con un cuchillo de mesa en el bolso. Un cuchillito robado que le hacía sentirse un poco aislada de ese pánico que se le iba agarrando a los miembros, ese dolor que ya soñaba a puñalada antes siquiera de que ese hombre se le acercase.

El alma lo siente de nuevo como una sombra y si tuviese ojos que cerrar, los cerraría como los niños cuando esperan que algo que les da miedo desaparezca al abrirlos. Como ella misma, pareciera que hace una eternidad, hacía cuando sus padres se peleaban porque no podían llegar a fin de mes. Pero al abrirlos siempre seguía la discusión y la palabra hiriente y el olvido de que la niña estaba presente, absorbiendo cada insulto y apropiándose como si así pudiera salvarlos de ellos mismos. Los padres ajenos, el hombre que se acerca y asusta con una pregunta inocua, pero tampoco importa porque el cuchillito ha parecido saltar a sus manos y se agita en el aire, oscilando entre los dedos agarrotados por el miedo. Las manos sudaron entonces, y también el miedo y el saber que sí, ese hombre común y corriente, en mitad de la treintena, un tanto desaliñado, ese hombre con las manos vendadas era la amenaza. Si no hacía algo no habría un mañana, ¿pero qué? Tan absurdo era estar agitando el cuchillo delante de las narices, tan inútil. ¿Correr?, pero, ¿dónde? Además las piernas se habían anquilosado, estaban ancladas al asfalto a través de los tacones demasiado altos de la obra de teatro. El sudor, la electricidad, la parálisis. Y después la nada, aquellas manos vendadas atenazando las muñecas de aquella Luján que al

alma le parece otra, derribándola. Y tener tal conciencia de lo que iba a suceder después que el pánico se mezcló con una especie de paz infinita. Porque había visto el monstruo en los ojos del Asesino y estaba claro que no podría parar a tiempo. El alma recuerda que pensó: «No va a poder controlarse». Y eso fue todo. Sus manos blancas y bonitas fueron inútiles para mantenerla amarrada al cuerpo.

Luego se vio a sí misma en el charco de sangre, la cara desfigurada por el dolor, los ojos azules tan abiertos, la peluca teñida de rojo medio desprendida de la cabeza, los brazos flojos alrededor del cuerpo pero en una postura difícil de aguantar para alguien que hubiera estado vivo. Y no sintió nada. De hecho comenzó a olvidar allí mismo, como si el trauma la obligase a desprenderse de Luján y a seguir vagando, como espuma de viento entre el mármol y los cipreses.

Tanto olvidó que no supo quién era la chica que, con pasitos cautelosos, se acercó al cuerpo y lo miró, tan aterrada como ella misma. Tan helada que ni siquiera era capaz de llorar.

Calle del Pez

(Reflexiones de Pedro Álvarez)

... *Y las calles se quedan cortas después de tanto paseo y de tanto vagabundeo para aclarar el corazón y el pensamiento. Madrid de golpe ya no se desparrama infinitamente, ya no es un abismo interminable. Las calles se quedan cortas cuando caminas sin rumbo por la ciudad. No hay esquina que se acabe, ni callejón que lleve a alguna parte porque todo se concatena y siempre hay un nuevo recodo y una nueva calzada y un olor a churros distinto pero igual en cada cafetería... y sin embargo, la ciudad tiene sus límites y termino por descubrirlos. El no llevar rumbo hace que reconozcas los sitios, que te des cuenta de que la muchacha apoyada en la pared de la calle Pez es la misma por la que ya pasaste, que es fría como buena estatua y que tiene la mirada tan perdida como tú, pero su rumbo es otro, detenido, anhelante.*

He sacado tantos días a pasear mi dolor y mi sorpresa que he logrado ver que también Madrid se acaba. Las líneas bien definidas de sus calles no son un laberinto impenetrable. El Minotauro no espera a la vuelta de un recodo para comerte en su propia defensa. Los «madritauros», si comen, es porque no han sabido nunca hacer otra cosa, son presas fáciles de su propia ignorancia y además, no devoran lo que se les presenta como sacrificio, sino que buscan y despellejan a sus semejantes, sin reconocer en ellos a iguales, sin perderse en sus ojos de toro furioso o indefenso.

Todos los días he salido del instituto donde doy clase a pasear, con un bocadillo en el bolsillo de la chaqueta y una cerveza o cola en el opuesto, comiendo y andando, porque uno cuando camina es capaz de no pensar en nada. O incluso es capaz de pensar en muchas cosas, pero no definidas, de tal forma que la mente vaga acompañando a los pies y el dolor se diluye, se transforma en otra cosa distinta mucho más mullida y aceptable. Y durante estos paseos, siempre me cansé antes que la ciudad. Pero ahora, hoy en concreto, me he dado cuenta de que esto era una carrera de fondo y que, poco a poco, Madrid me ha ido mostrando todos sus trucos y ya no queda nada ni nadie por enseñar. Lo sé todo de ella, conozco cada esquina, sé de cada farola donde mi dolor se ha ido engancho hasta desenredarse como un confuso hilo de Ariadna que ha tejido una maraña invisible a través de los paseos y que tendré que recoger para poder volver a casa, si no triunfador, sí un poco más ligero.

Las calles me dicen que soy más viejo el día de hoy, quizá más sabio también. Me han enseñado a interiorizar y aceptar. El metro, incluso, a dejarme amar por otra mano. No han borrado mi dolor, pero hoy es más mío que nunca, forma una parte de

mi corazón de la que soy consciente y que, tarde o temprano, terminaré por amar. ¡Qué remedio! Tanto paseo agota el cuerpo, pero no borra a Luján. Puedo llegar a casa y desplomarme en cualquier sitio, quedarme dormido en un suspiro, renunciar al mundo de los conscientes y sin embargo... en mis sueños volverá mi cigarra favorita a cantarme canciones de verdad tocándome el corazón con su forma de mirar y volveré a despertar con la boca seca y el paladar amargo porque las palabras que debieron salir no lo hicieron y ya nunca más habrá mañana para solucionarlo.

Es bueno sin embargo que la ciudad se termine. Es como si hubiera concluido así un viaje a mi interior que jamás hubiera querido hacer. He visto mis errores, los he expuesto ante mí, he lamentado no haber dejado de ser hormiga. Tampoco quisiera levantar la mano a las culpas de Luján, por supuesto, su muerte no la convierte en una santa, pero sí que cada día su recuerdo es más dulce y más bueno. De tal forma que mi corazón ha borrado de un plumazo tanta borrachera y tan poco entendimiento mutuo para solo dejarla sentada en aquella mesa, de repente dulce y confiada, de repente limpia y solícita, cogiendo mis manos y citando a los Panchos, convirtiendo su vida en un solo fotograma, en una sola estampa de rostro sereno y ojos azules pelo negro que me decían aquella verdad que quise desoír:

—Si tú me dices ven, lo dejo todo.

Qué sabías las canciones antiguas, qué llenas de verdades. Por el mismo efecto de esas letras se dio el caso inverso a lo que decía Ernesto Sábato^[1] de los santos. Un muerto por martirio puede convertirse en sopa al igual que una mujer llena de defectos puede convertirse en santa por efecto de un buen publicista o una canción mejicana. Por primera vez en muchos días me río de buena gana. Si mi sobrina me viese quedaría desorientada por completo. La vida es así. Los injustos y los cobardes parece que fueran un grupo cerrado y como ajeno, pero no estamos ninguno libres ni de ese pecado ni del otro ni del de más allá. Cualquiera hombre está capacitado para lo más sublime y lo más abyecto. El encanto está en eso, supongo, en las breves imperfecciones de cada uno, cuando dejamos que se pudra algo maravilloso distanciándonos de ello, cuando mentimos a los que tanto nos aman, cuando fingimos sentir cosas que no sentimos, cuando nos dejamos llevar por el camino de lo que creemos que debemos hacer en vez de arrastrarnos si hiciera falta por lo que realmente deseamos, cuando nos convertimos en otros, en modernos minotauros de Madrid, «madritauros mutantes» de doble personalidad, hombre y toro, bestia y raciocinio. Si el hombre, si yo, fuera perfecto, sería capaz de dilucidar cuándo se debe dejar llevar por la razón y cuándo por el monstruo.

Pero el ser humano es imperfecto, he ahí su encanto y su desdicha. Me hubiera gustado ser perfecto para Luján. Quizá así hubiera conocido su condición de cigarra antes de enterrarla. Pero ya no es posible y hay que aceptarlo para poder poner un poco de paz a este paseo interminable, a este vagabundeo infinito por esta ciudad a la que por fin veo el límite. No puedo dejar de lamentar mi error, no haber sido capaz

de ver que con ella no valía el hombre sino el toro, que ella pedía la bestia instintiva. No lo vi venir. Pero, por más que uno se lamente de sus errores pasados, la ciudad se termina. Hay que saber cuándo tiene uno que asumir que las cosas no tienen remedio. Ya la lamentación carece de sentido.

La única vía que parece posible es la de la fantasía, echarle imaginación y pensar que ella me absolvió a través de la mano de aquella desconocida del metro. Soñar que la mujer que ha aparecido estrangulada en el portal de su edificio era esta mujer, que no pudo soportar el peso del fantasma al que estaba supliendo y de tal forma ha encontrado también un final violento a sus días, cerrando el círculo perfecto en el que Luján me perdona antes de morir y también así me perdono yo por haberla deseado tantas veces muerta. Porque quizá era eso lo que me atormentaba: que una parte de mí intuía que toda aquella tortura era porque yo no decía que la amaba, aunque la amara tanto. Y ese amor se volvía odio con sus fiestas y nuestras peleas. Y ese odio me convertía en el toro que ella deseaba, y con todo y con eso, yo lo escondía convirtiéndome en el santo perfecto que no soy. En el modelo a seguir por mi sobrina sociópata para parecer normal. Pero si ella, aquella mujer con la que tuve unos minutos de intimidad en un lugar tan público como un vagón de metro atestado, hubiera sido asesinada también, si su mano que yo asumí como la de Luján se encontrara a sí misma también fría y mortecina, si también ella apareciese en un noticiario con sus ojos tan azules, si la hubiesen estrangulado en el portal de su propia casa, entonces todo sería un círculo perfecto, el perdón se instalaría en las calles de Madrid, la ciudad encontraría sus límites y yo no sería tan monstruo. El equilibrio entre toro y hombre se daría por encantamiento. Y en realidad, ¿qué falta me hace que eso suceda de verdad? Con creerlo cierto ya me sirve. Porque jamás miré su cara. Intuí unos tacones y el borde de una falda, sentí el tacto de una mano, imaginé quizá una sonrisa, pero eso no son cosas que salgan en los diarios cuando presentan la cara de una muerta para ver si alguien ha sido testigo y se anima a hablar. Y mejor así. De esa forma puedo crearme absuelto, sentirme un poco más libre, asumir por fin mi dolor. Camino un tramo más y de nuevo me encuentro cara a cara con la muchacha de la calle Pez, una joven desblusada, casi desmayada contra la pared, eternamente joven. Me hace pensar también ella en Luján, como si todas las mujeres irreales, todas las congeladas en mitad de su juventud, fuesen ella. La acaricio sin decoro alguno, incluso beso los labios de la estatua ante la mirada sorprendida de un operario que pasa por allí. No me importa nada porque he logrado perdonarme las cosas que no tienen remedio.

Silbo hasta casa incluso algo satisfecho. Me encamino hacia mi borde de la ciudad, hasta mi límite, donde me acogerá el sofá y quizá Banda aparte, porque este sabor ferroso en los labios me devuelve el gusto por Godard.

Aeropuerto Internacional Benito Juárez. Ciudad de México, DF, México

El niño está nervioso, aunque disimula la excitación mejor que Sibila o que el mismo Arthur. De hecho la única que de verdad parece tranquila es Rosa, con ese aire como cálido e inalterable que le ha dado la maternidad y que a Arthur tanto lo desorienta. Aunque Marquitos ha heredado de ella la capacidad de disimulo y solo denota algo de nervios en los pies, que no son capaces de permanecer quietos y juntos. Arthur piensa en lagartijas en los zapatos y lamenta haber facturado su libreta de anotaciones dentro de la maleta grande. Lagartijas en los zapatos. Se pregunta si los zapatos de repuesto que tanto trabajo había costado elegir también tendrán lagartijas. Quizá simplemente sapos. Sapos berrugosos de lenguas retráctiles y pegajosas para cazar las posibles moscas y las habituales pelusas de calcetín de los pies de los niños. Pero, ¿por qué sapos? Y sapos berrugosos además. Ha pensado sapos berrugosos en los zapatos nuevos de Marquitos y eso le parece algo como una mala señal, algo como que el viaje ya empezara torcido desde que Sibila se apuntase al carro, pero ni siquiera porque Sibila no es ni mucho menos un estorbo para sus planes, o más posiblemente desde que cayera sobre el alebrije dejándolo inservible y mucho más feo de lo que de por sí era. Uf, Sibila en Madrid, zapatos nuevos, sapos berrugosos, la posibilidad tan lejana todavía de que Rosa le repitiese que deberían besarse solo por deporte, lagartijas que recorren los pies de Marquitos y le suben por las piernas hasta los ojos que brillan terriblemente como un mal augurio de fiebres. Arthur espera que sea solo la emoción del primer viaje en avión lo que hace brillar esos ojos, porque si el chico se pone malo entonces las posibilidades de separarlo de la madre el tiempo suficiente se reducían a cero y ya no cabría la esperanza de tener la carne morena de Rosa entre los dedos una vez más y beber su sabor a canela y oler su pelo negro trenzado con cintas anaranjadas esta vez.

No, no cabría.

—El bebe quiere un chocolate. ¿Se lo comprás, Arthur? Las esperas en los aeropuertos son insoportables para un niño tan chico.

—Claro, tienes razón. Ven, Marcos, vamos a comprar una chocolatina.

El niño coge la mano del poeta y caminan hacia el mostrador atestado de dulces y periódicos que todo aeropuerto tiene. Malditas esperas en los aeropuertos, malditas escalas de avión sin intimidad posible, malditos embarques. De alguna forma Arthur lamenta toda esta idea del viaje y se pregunta si no hubiera sido mejor callarse y esperar una oportunidad mejor para exponer sus intenciones a Rosa. Aunque, visto de

otra manera, ¿qué le hace pensar que Rosa no sabe? Es como si Rosa siempre lo hubiera sabido todo, desde el principio de los tiempos.

Es posible ver la historia de otra forma esta vez, mientras busca unas monedas en los bolsillos para hacer feliz al niño. Rosa siempre lo supo todo, claro que sí. Intuyó en él la soledad del colegio y el país nuevo y por eso se sentó con él en clase. Después conoció el amor obsesivo de Arthur, cuando él se despertaba por las mañanas y pensaba en ella después de haber soñado con su piel toda la noche y tras haberse acostado pensando en sus labios. Y también por esa razón las provocaciones, cuando empezó el sexo adolescente con chicos cuyos nombres herían al poeta y lo obligaban a expresarse en endecasílabos por no tener forma de desahogar aquel deseo que crecía y crecía y lo llenaba por completo. Quizá ella esperaba una reacción, que le dijese que siempre la había querido, que se lanzase a su boca para acallar el nombre de Rodrigo o los músculos de Nicolás. Puede ser. Ojalá se pudiese uno meter en el alma ajena y ver qué es lo que realmente siente.

Ella le hizo el regalo: le robó la inocencia junto a la piscina para que Arthur fuese capaz de recordarla, para que no olvidase que ella sabía. Pero, ¿cómo iba a recordar algo que no conocía? Han pasado tantos años... solo ahora se da cuenta. Rosa no quería ser olvidada y Arthur se esforzó con tanto ahínco en todo lo contrario... Vinieron las borracheras y la carrera, vinieron las uñas pintadas de azul de Sylvia, el pelo de Virginia, las tetas de Clarice. Vinieron también tantas otras a las que intentó transformar en musas aunque solo fuera por una noche mientras Rosa tejía su vida en Méjico, se casaba con alguno de aquellos amantes inútiles, posiblemente extranjero si tenemos en cuenta alguno de los rasgos del niño y, si nos ponemos a ser puntillosos, quizá en memoria del inglesito, buscándolo a él en el padre de Marcos como el mismo Arthur la había buscado a ella pensando en olvidarla. Así que Sibila. Las cosas jamás suceden por casualidad. Lo mismo Sibila era solo una forma de tenerlo cerca. Es posible que cuando se conocieran, Sibila hablase de Arthur, más que probable, y entonces la iluminación en los ojos de Rosa, el saber que tarde o temprano él volvería de veras a Méjico porque dos mujeres lo esperaban allí, aunque no supiese que lo estaban esperando. Y él volvió. Y se encontraron. Ha pasado ya mucho tiempo desde aquel primer encuentro y sin embargo por la boca de Rosa no ha salido nunca que ya se conocían. Arthur tampoco lo ha dicho. Es la forma de guardar un secreto común, de conservarse el uno para el otro al menos en un sentido. Aunque hasta hace relativamente poco Arthur la siguiese odiando.

Por eso también en Méjico las amantes aleatorias e intercambiables que él trataba de convertir en musas a través de lo que fuera. A veces era el sexo, y entonces los poemas se volvían intensos y violentos, llenos de una pasión febril que no sentía. Otras las veía como intocables ninfas y le bastaba imaginarlas entre sus brazos. En esas ocasiones casi siempre terminaba por no escribir (aunque si buscando el imposible no escribía, encontrándolo tiraba los poemas intensos y violentos porque le parecían flojos y a veces incluso pornográficos). Y luego vino la pianista, del grupo

de las del amor cortés con aspiraciones a convertirse en carnal. Estuvo cerca de ser musa, pero por esa facultad tan enraizada en Arthur de idealizar lo que tiene delante hasta convertirlo en algo que no es, vino la decepción cuando ella respondió con vergüenza a la ofrenda lírica, escondiéndose tras un cojín y para siempre mimetizándose con él en la mente del poeta. Y fue así como volvió Rosa a ocuparlo todo: porque ella comprendió, asumió, rio y le dijo que deberían besarse. No lo hicieron, claro, pero ella hizo el lance y el inglés no lo recogió.

Volviendo de la dulce compra, Rosa aparece magnificada, inundando la puerta de embarque, más alta incluso. Aparece sabia y paciente, como si con esa sapiencia que ahora Arthur le atribuye se hubiera convertido en Penélope esperando a Ulises. Eso lo llena de alegría. Sibila se le antoja vulgar y ajena, como un decorado en el que los protagonistas por fin se encuentran y hay esa conciencia en los ojos, ese saber infinito. Por eso se acerca lo bastante como para rozarle los dedos con el dorso de la mano y ella no se retira, pero sí lo mira a los ojos con sorpresa, una sorpresa que en esos acuáticos iris negros se convierte en algo más, parecido a la comprensión y a la tristeza. Y aquellos dedos cubiertos de anillos de la manita morena se abren y entrelazan con los de Arthur, unos segundos tan solo, mientras la voz nasal de una azafata dice que los viajeros del vuelo con destino Madrid Barajas pueden ir embarcando.

Tirso de Molina

Y volver a recorrer los pasos dados la noche anterior para no perder los fragmentos, para recuperar lo que se ha filtrado entre las juntas del alcohol para devolver a Minerva al estado en el que la laguna mental sea a buen seguro un parapeto, una protección. Volver al último sitio donde recuerda a Luján viva, que fue en la Exquisita, y seguir el rastro extraño que dejan las personas que ya no están, como una vaharada, un aliento de recuerdo. Caminar en dirección a Tirso de Molina con la boca pastosa, la cabeza embotada y las manos sudando, saberse parte de ese intrincado puzzle en el que aquella muchacha que cogió su mano en un concierto encabeza un noticiario con los ojos desorbitados de la sorpresa que causa haber dejado de existir.

Volver siempre para recordar aunque sabe que no quiere recordarlo, que será triste, será duro e inútil. Nunca podrá recuperarla siguiendo sus pasos tambaleantes por las calles de Madrid, esos pasos recordados que suenan a tacón con tanta intensidad que los ojos escuecen por dentro. Luján no volverá a acariciar con descaro sus noches, cuando soñaba esas manos tan blancas rozando un pezón desnudo o un muslo tembloroso. Al menos esas fantasías no tendrán una respuesta real, traducible en tardes de café y literatura o noches de teatro o concierto. No habrá más de nada, ni camino a seguir por nadie. No hay más Luján. Dicen que está muerta, lo han dicho por la tele.

La plaza tiene todos los puestos de flores abiertos y las lágrimas de Minerva le salan la boca entreabierta por el esfuerzo mental. Recuerda haberla seguido, dónde y cómo torció, sus gestos que habían pasado de furiosos a inseguros. Sabe de dónde se escondió cuando el hombre aquel se acercó a ella y ella sacó el cuchillo del bolso y lo blandió frente a su cara. Qué absurdo. La secuencia tiene la lógica de una película surrealista. El hombre se altera, la coge por las muñecas, la tira al suelo, la amordaza, la asesina. Y es casi fabuloso haber pasado hace unos segundos entre todas aquellas flores que parecen tan vivas a pesar de estar cortadas. La noche anterior debieron pasarla encerradas en sus quioscos de madera, metidas en cubos con agua fría. Todas aquellas flores que no pueden compararse con la enorme rosa de sangre que queda todavía en el suelo, allí donde Luján cesó de respirar, oscureciendo la calzada con su recordatorio oscuro apenas borrado. No es roja ya la rosa, no es como un charco reciente. Sin embargo allí donde Luján inundó, queda como una silueta ennegrecida que Minerva ahora se agacha y roza con los dedos.

El hombre mató a Luján antes siquiera de que Minerva pudiese emitir un grito. Fue todo tan rápido y tan absurdo que apenas parecía real. ¿Quién hubiese pensado que todo acabaría en muerte? En muerte suelen acabar las cosas, niña, se dice, no sé

cómo no te diste cuenta antes. No hubiera podido correr en su dirección y espantarlo, no hubiera podido gritar, no hubiera podido hacer nada por mucho que lo hubiese deseado. Se quedó allí plantada, tras un contenedor de basura con la tapadera naranja, agazapada ante su propio miedo y su propia impotencia, mirando cómo el cuchillito entraba y salía del cuerpo de la pobre chica a la que tanto había envidiado la vida.

Recuerda aquella tarde en la librería. Luján siempre llevaba encima un montón de fotos. Salía en ellas sonriente y como ajena, con un aire de figura de marfil que tan Galatea la hacía. Cómo hubiera deseado Minerva ser Pigmalión entonces. Aquella Galatea bidimensional aparecía siempre rodeada de gente que parecía feliz. Las sonrisas se multiplicaban en las fotos de discoteca con vasos en la mano y algún cigarrillo confuso que bien podía ser otra cosa. Minerva miraba las fotos con curiosidad y envidia. Aparte de estudiar, ¿qué había hecho ella con su vida? Se sentía un ratón pequeño, escondida a diario tras su librería, leyendo día y noche, oliendo a papel ella misma. No había conservado apenas un amigo de la facultad, siempre paseante entre los fantasmas de sí misma de los que se ocultaba tras las páginas de cualquier clásico que llegase a sus manos. No salir para no sufrir, para que el mundo no le afectase. Quedarse en cambio en casa, lamentando no estar fuera y conocer el mundo y sus dolores. El miedo es, quizá, lo único que nos impide ser felices. Y Minerva tenía tanto miedo... Estaba aterrada desde que recuerda. No le hubiese extrañado desarrollar en algún momento agorafobia. Todo es posible. Aquellas fotografías de Luján eran como un recordatorio de todo lo falso de su vida recogida y ordenada, ponían de manifiesto que había algo más allá de cuatro paredes y un aleph bajo una escalera. No solo de literatura vive el hombre. No solo de ojeras bajo los ojos de pasar los días leyendo de claro en claro y las noches de turbio en turbio. Qué identificada se sentía a veces con Alonso Quijano. Volverse loca de tanto leer no es tan complicado como pueda parecer. Al menos su locura no lo redujo a un sofá, lo empujó a la calle a vivir lo que leía. Pero qué miedo da eso cuando todavía te consideras medio cuerda.

—Cuánto has vivido, ¿no? —dijo entonces, sin poder disimular su envidia poco sana.

—Bueno, lo normal, supongo. Lo que todo el mundo más o menos.

—No, pero tú eres especial, tienes muchos amigos. Mira cómo te sonríen todos.

—La gente suele sonreír para las fotografías.

—Yo no. Muestro siempre cómo me siento. Solo sonrío si lo que me apetece es sonreír. Mis fotos nunca mienten. Porque me estás diciendo que todas tus fotos son mentira, ¿verdad? ¿Verdad que me estás diciendo que tus fotos mienten?

La mirada de Luján se tornó burlona en ese instante, pero solo duró un segundo. Debió pensar en un primer momento que Minerva bromeaba y al darse cuenta de que en su tono de voz lo que había era un toque de esperanza, se ensombreció.

—No, las fotos nunca mienten. Pero a veces dicen más la verdad que otras. En realidad lo que hay que hacer es saber interpretarlas.

Aquel tono aleccionador que adoptaba Luján con ella, a Minerva le ponía de los nervios. Pero guardó silencio porque había verdad en lo que decía. Siempre había verdad en lo que Luján decía, por eso parecía difícil pelearse con ella. No se podía comprender cómo Pedro era capaz.

Así que, estando tan llena de vida cuando murió, esa mancha acusadora que ennegrece el asfalto es mucho más cruel de lo que en origen podría parecer. Es terrible en realidad, porque cuánto amor podía haber en Luján, cuántas sonrisas fotografiadas y firmas en libros comprados, regalados o robados, cuántas fiestas y bailes en discotecas, cuánta rebeldía contra todo en general. Cuánta belleza incluso en su muerte, que ha dejado una rosa negra dibujada, una rosa casi tan perfecta como las reales.

—¡Apártese!, ¿qué hace en medio de la calle? ¿Está loca?

Los gritos de un conductor de furgoneta de reparto que ha estado a punto de llevársela por delante sacan a Minerva de su trance y le devuelven otro recuerdo de anoche. Aquel hombre corriendo después de matar a Luján y el silencio irreal de la calle entera, un silencio que helaba la sangre, como si de repente se hubiera quedado sorda por completo. Levantarse poco a poco de su escondrijo, estaba tan afectada que apenas se había dado cuenta de que había perdido el equilibrio y que de estar en cuclillas había pasado a estar sentada en el suelo tras el contenedor. Acercarse despacio al manchurrón borroso en el que se había convertido el cuerpo de Luján, el rojo llenando el suelo. Pensó, esto lo recuerda con una claridad que la asusta, que estaba preciosa. Que aquel conjunto de ojos azules, peluca desprendida, vestido desgarrado, cuchillo resplandeciente y rojo por doquier le daban el aire hermoso que debía tener la muerte de Luján. Regia y patética a un tiempo. Apenas si fue capaz de reprimir un sollozo, un sollozo que no vio venir y que salió en forma de dolor de lo más profundo de las tripas para subir por su cuerpo y dispersarse a través del puente de la nariz. Las lágrimas rodaron por su cara sin casi tiempo para retenerlas. Hubiese querido acariciarla una última vez, pero no se hubiera atrevido a acercarse tanto. Sin embargo sí que se agachó y rozó el borde del charco en extensión (es sorprendente lo que ocupa la sangre de un cuerpo humano cuando se vierte) con el dedo índice y se lo llevó a los labios, como si la sangre de Luján pudiese transmitirle algo de su viveza. Se los pintó con ella como si fuera una especie de ritual y después, todavía llorando, se los lamió con la punta de la lengua hasta que no quedó rastro.

Pero algo la interrumpió. El silencio sagrado del último lugar donde respiró Luján se vio quebrado por un golpe seguido del sonido del rodar de algo metálico, como si alguien llegase pateando una lata. Después la proximidad de unos pasos hizo que a Minerva se le helase la sangre y corriera invadida por un pánico que ahora, ya en la acera pero todavía frente al charco, no logra explicarse. Lo último que recuerda haber oído fue una voz de mujer, una voz fuerte y bien timbrada, que decía con tono de reproche:

—No seas boludo, Arthur. Dejá de pelotudear con el tema, que estamos de

vacaciones.

Calle Sombrerete

(Carta de Luján Menéndez para Pedro Álvarez recibida por este demasiado tarde)

Aorado Pedro:

Esta es la primera vez que te escribo (lo hago sentada en un portal de Sombrerete mientras le ha dado al tiempo por ponerse melancólico) y es, quizá, para despedirme. Ayer nos vimos de nuevo en el Dos de Mayo, como todos los domingos a la misma hora, disfrutando de este incómodo bucle en el que nos hemos convertido me pregunto por qué. De nuevo nos miramos a los ojos y de nuevo sentimos aquello que ha hecho que continuemos con esta farsa, este teatro de sentarnos a beber cerveza como si no sufriéramos, como si no deseásemos dejar de querernos o dejar de hacernos daño. Si nos lo hubiéramos permitido a nosotros mismos nos hubiésemos destrozado mutuamente. Por suerte tú eres demasiado listo y yo te quiero. Y mi amor, ahora que te escribo esto, pesa como una losa sobre el pecho. Porque te escribo para decirte que no habrá más cervezas. Ya no habrá plaza y terrazas. No para ti y para mí. La palabra «nosotros» hay que darla por imposible.

Supongo que no hará falta que te detalle las razones por las que he pensado en esta solución, pero quiero hacerlo porque hay un par de cosas que no puedes ni llegar a imaginar. La primera y más obvia (seguro que a esta habías llegado por tus propios medios) es que sufro. Sufro terriblemente estando contigo cada domingo, mirándote sin poderte tocar, porque cuando mis manos se acercan a ti, apenas recibo más que un gesto de desprecio que sé que no sientes. Tu corazón está conmigo, pero no así tus gestos, tus palabras, tus actos. Esto te divide para mí, siempre ha sido así, haciéndome llegar a sentir que era tu mascota, la chica bonita que pasear del brazo, la mujer con la que te acostabas, pero no yo, no tu amante y no tu amada. Al mismo tiempo también lo de chica bonita que pasear del brazo se seccionaba en dos para dar un gesto de vergüenza. Estuvimos años juntos, me he convertido en adulta a tu lado, y sin embargo jamás tu familia supo de mi existencia. Los que conocían nuestra relación eran los que venían de mi parte o cualquiera que a ti no te importase. Siento que en todo este interminable tiempo yo siempre he estado ahí pero tú nunca. Pero esto no es una carta para echar en cara ni para encontrar culpables. No soy una santa. Te castigué por ello, amor mío, te castigué día tras día. Tenía tanto miedo a perderte y sin embargo, algo me empujaba a hacer todo lo que estuviese en mi mano para conseguirlo. No hace falta que entre en detalles del infierno que te hice pasar: has sido testigo en primera fila. A veces, sin querer, se destruye al que más se quiere. Es lógico quizá, que por ello no confíes, no puedas volver a depositar tu amor en mí

porque soy inestable. Y mis promesas de haber cambiado pueden tornarse en cualquier momento mentiras aunque lo sienta en el corazón cuando te lo digo. Es por eso que no resulta el ahora sería distinto aunque fuera cierto. Siempre te preguntaría hasta cuándo aunque todo fuese bien. El domingo puse sobre la mesa mi último órdago. Te dije la verdad, pero solo a medias. Ese si tú me dices ven, lo dejo todo, no se refería a que en ese momento lo hicieras. Ten en cuenta que en esta relación la que tiene que hacer examen de conciencia y esperar que la absuevas soy yo. He cambiado mucho en estos meses. Diría incluso que soy otra mujer, pero tú no tienes razones para fiarte. Quizá hagas bien, no sé. De lo único que estoy segura es que te quiero por encima de todas las cosas, pero no puedo aguantar esta situación. He rehecho mi vida, he conocido a alguien que seguro que te disgustaría porque es solo un poco mayor que yo y a pesar de ello, si tú mañana, dentro de un mes, dentro de un año, decidieras que me perdonas y que vuelves a mi lado, yo lo dejaría todo por ti, por intentarlo. Pero tendrías que quererme de verdad y yo tendría que comportarme como una adulta. No sé si seremos capaces, pero tenía que intentarlo. Así que si me quisieras de veras de nuevo, sabes donde estoy. Porque no puedo verte cada domingo, ya no. Verte cada semana hace que toda mi culpabilidad aflore, que mi fragilidad se haga patente, que no pueda continuar. Supongo que si lo que quiero es continuar, esperarte no me ayuda. Así que sí, mi pequeño profesor, mi corazón sigue congelado esperando un milagro, pero mi cuerpo avanza, se defiende. No sé. Si tú me dijeras ven... Pero quizá ese día sea lejano o inexistente. O quizá no suceda hasta que veas lo que es perderme de una forma evidente, no sé. Me marcho aunque nos merezcamos el uno al otro. Intentaré amar a cualquiera como te he amado a ti y quizá no lo consiga, pero debo intentarlo.

Los detalles que no conoces se refieren en parte a una anécdota de nuestro pasado, en parte a mi sentido de lo onírico. Sabes cómo me afecta soñar y lo que creo en lo que sueño. Siempre buscando significados ocultos a las pesadillas que me hacían abrazarte en mitad de la noche, encontrando una protección en tu calor. Cómo me gustaba entonces que dormido me dijeras que me querías, como si no pudieses hacerlo despierto. La noche es propicia a que el alma se libere, supongo. Por eso temo soñar, por eso confío tanto en lo que los sueños intentan mostrarme en su particular lenguaje.

Haz un esfuerzo, rememora aquel día en el que decidiste poner el piso a mi nombre. Supongo que con el paso del tiempo ese recuerdo se habrá deformado y el piso lo pusiste a mi nombre cuando ya no me soportabas y todo ese amor había logrado convertirse en aversión. Pero esfuérate un poco más porque no fue de esa manera. En aquel tiempo me mirabas de esa forma que tanto he buscado después en cualquiera al que permitiera tocarme. Aunque no lo dijeras, tu amor era todavía un acto generoso. Decidiste que amabas la manera en la que tocaba las paredes de aquella casa, siempre diciendo que me querías dando un rodeo, diciendo que amabas la forma en la que yo hacía tal o cual cosa como firmar siempre todos mis libros, y

que aquella casa no tenía sentido para ti si no era a través de mí, que ya no. Por eso decidiste que debía aparecer mi nombre en las escrituras. Me negué al principio, te dije que si algún día salía mal te quedarías sin nada y tú respondiste que no querías nada si no era conmigo. A eso no pude oponerme. Quizá recuerdes o quizá no a la gestora que nos hizo los trámites. Yo la recuerdo de una forma intensa, como si cada vez que intentara respirar se me apareciese su rostro delante. Se llamaba Margarita Ródenas y era una chica rubia vestida con camisa blanca y pantalón negro, con el pelo cogido atrás. Hasta olía caro, recuerdo que pensé eso: «Esta chica huele caro». Es posible que tú no seas capaz de acercarte siquiera a perfilar su rostro porque evidentemente no te impresionó tanto como a mí. Recuerdo cada detalle de aquel despacho ordenado, el abrecartas de plata con sus iniciales sobre la mesa de roble, el olor a maderas nobles, los anillos de sus dedos de corte al mismo tiempo moderno y atemporal, los títulos colgados tras ella y enmarcados con cuidado, como si aquellos papeles fueran lo primordial en su vida, los asientos incómodos de tan nuevos donde nos sentamos a firmar, tú primero, yo con cierto recelo. ¿Sabes por qué recelo? Jamás llegué a decírtelo porque sé que humillarías mi miedo y lo harías pasar por una estupidez, pero ya no tengo por qué ocultártelo, ella ha sido definitiva en mi resolución. Sentí un pánico irracional al verla, como el que me provocaban las serpientes del zoológico cuando era niña a pesar de saber que me separaba de ellas un grueso cristal y que estaba a salvo. Pero era otra cosa, un miedo primigenio nacido de un instinto tan arraigado en el hombre como la propia supervivencia. De hecho ese tipo de pánico está unido de forma íntima a la supervivencia en sí. Vi en Margarita Ródenas, aquella mujer fría y ordenada de sonrisa congelada y modales estudiados, una versión de mí misma. No estoy hablando de parecido físico por supuesto, es evidente que ni siquiera tenemos el pelo del mismo color, ni tampoco de tipo de vida. Ella olía caro, yo no necesito nada, ya lo sabes. Era otra cosa. Era como si ella hubiese podido ser yo de haber tomado otras decisiones. Dicen que todos tenemos un doble en el mundo, alguien que es como nosotros pero de otro color, forma o tamaño, un doble y un reverso al mismo tiempo. Eso es, no sabía cómo describirte esto y de pronto he encontrado la forma: sentí que Margarita Ródenas y yo formábamos parte de una misma cosa, como la cara y la cruz de una moneda son lo mismo pero de diferente manera. Pero cuando se lanza una moneda al aire puedes decidir la suerte de cualquier cosa dependiendo del lado que caiga. Me preocupaba de una manera especial que nos hubiésemos encontrado, ya ves. Supongo que creo que si alguien se encuentra con su doble es posible que cualquiera de los dos acabe destruido. Es ley de vida, no hay sitio para dos seres iguales. Lo más normal es que acaben ocupando el mismo espacio porque uno de los dos fagocite al otro. No sé, Pedro, ya sabes cómo soy y las cosas que pienso. Siempre he creído que el universo tiene un orden y no se debe alterar. Aquel encuentro lo alteró definitivamente, lo sé y tengo miedo cada vez que algo me lo recuerda.

No creo que ella sintiese conmigo el mismo escalofrío. De hecho un velo de

prejuicios estuvo a punto de velar su perfecta sonrisa de negociadora cuando vio el esmalte carcomido de mis uñas. Pero se recompuso enseguida. Hice un esfuerzo tan sobrehumano para no rozarla cuando le devolví el bolígrafo que fue el mismo temblor de mis manos el que logró que nuestros dedos se encontrasen unos segundos. Dijiste:

—Perdónela, está emocionada.

—Me parece muy romántico que haya hecho esto por su novia, señor Álvarez — dijo ella.

Y sin embargo su tono de voz parecía transmitir todo lo contrario, como si ya supiera que yo me lo quedaría todo y tú vivirías de alquiler. No sé, en realidad eso no tiene mayor importancia.

Lo que sí la tiene es que a partir de entonces me la encontraría muchas veces. En una ocasión yo iba subida en un autobús y la vi pasar por la calle. Un par de semanas más tarde ella pagaba en una cafetería en la que yo entraba a buscar un café para Minerva. Me la crucé en el banco, en la cola de los servicios de una discoteca, la vi salir del despacho cargada de papeles y hasta una vez mirando un escaparate. Creí que me volvería loca. Era como si el universo tratase de decirme algo que yo no era capaz de comprender. Hasta, claro, que ella vino a mí sin reconocermelo y el sentimiento de rechazo que me causó lo guardo todavía en el fondo de mi alma, empañándola con un vaho de terror que no se me quita.

Un miércoles a última hora vino a la librería. Venía con un chico enorme, un gigante casi, un hombre guapo y bien parecido que la miraba como si estuviese viendo a una diosa. A pesar de mi oposición al respecto, tuve que acercarme a atenderlos porque era la única librera que estaba disponible en esos momentos. Les pregunté si deseaban algo y ella me respondió que solo estaban mirando. Se paseó entre las estanterías mientras el chico guapo ojeaba un ejemplar bilingüe de El lobo hombre de Boris Vian. Como no tenía mucho más que hacer, me puse a colocar la sección de arte que, nunca he comprendido por qué, en la librería está junto a derecho, que es lo que mi doble miraba. Desde el primer instante, aquella muchacha rubia y no demasiado grande, se dedicó a hacer observaciones hirientes al gigante, que no abrió la boca. Criticó que no encontrara un trabajo mejor, que no tuviese aspiraciones en la vida, que no llevase corbata a trabajar bajo la premisa de que aquel trozo de tela podía marcar la diferencia entre conseguir un ascenso o quedarse igual, que no hubiese ido a no sé qué reunión familiar y un montón de cosas más con el mismo tono de negociador con el que nos había atendido en la gestoría. Supe de inmediato que aquel chico era su pareja, pero que ella no lo amaba. Quizá porque ella quería al hombre en el que podría llegar a convertirlo, no al que tenía delante. A veces la gente no acepta tal y como son a las personas con las que comparten su vida y eso hace que las relaciones dejen de funcionar. Si uno se engaña, si piensa que ama a una persona pero esa persona solo existe en su mente, es fácil llegar a negarse la evidencia de que la verdad es otra. Y la realidad acaba aflorando tarde o temprano.

La consecuencia es la decepción. Tu pareja no está jamás a la altura de las circunstancias, porque no es ese sueño perfecto en el que lo habías convertido. Si no se aman los defectos de las personas no se las puede llegar a amar nunca, porque el ser humano es imperfecto de por sí. Sentí miedo entonces otra vez, porque ver a aquella chica era como verme en un espejo deformante. Quizá yo no era capaz de aceptar tu frialdad, de amar que me ocultaras, y quizá por eso te torturaba. Lo vi claro en el mismo momento en el que Margarita Ródenas se percató de mi indiscreta escucha y cambió de idioma para pasar a un casi perfecto francés al que él tampoco respondió, cada vez más encogido sobre sí mismo, agarrándose al libro de Boris Vian como a una tabla en mitad de un naufragio. Pero era como si aquel chico se hubiera perdido el naufragio en sí y se encontrase de golpe en el agua, o casi más descriptivo sería decir que estaba en su cama tranquilamente, en su piso perfecto, con su novia perfeccionista hasta el paroxismo, y de golpe se había encontrado a sí mismo en mitad del océano helado, agarrado a un madero aislado, sin supervivientes, sin tierra a la vista, en mitad de la noche más oscura y sin una explicación que le diese consuelo. Sentí pena por él. Es posible que no supiera todavía que toda aquella relación era una farsa. Es posible que no llegase a darse cuenta nunca de que aquella chica amaba a un hombre que no existía y que dedicaba todas sus fuerzas a transformarlo en él, por supuesto sin ningún éxito. No se puede variar la esencia de la gente.

No compraron nada, ella le quitó el libro de Boris Vian y lo devolvió a la estantería como si fuera lo más natural y se marcharon. Nunca más volví a ver a ninguno de los dos. Pero esta noche he soñado con ellos. Con ellos, contigo y conmigo. Tú y yo habíamos quedado en la plaza del Dos de Mayo a beber cerveza y ellos dos estaban en la terraza, en la mesa contigua a la nuestra. Hablaban animadamente en francés, o sería mejor decir que ella hablaba y él bebía vino sin apartar sus ojos de ella, con esa mirada de cordero degollado que tanto me impresionó en la librería. De repente ella se ponía a insultarlo, yo lo sabía por el tono y por los gestos de sus manos, aunque no porque entendiera el idioma. Él no se movió lo más mínimo. Te dije que aquello era una vergüenza, que jamás permitiríamos que a nosotros nos pasase nada semejante y tú sonreíste. Después ella empezó a insultar su hombría en castellano, hablando cada vez más alto de lo poco que disfrutaba en la cama con él, lo aburrido, lo soso, lo poco que estaba pendiente de tal o cual cuestión, del daño que le hacía cuando tal o cual cosa... y entonces él se ponía en pie de repente, se lanzaba sobre ella y empezaban a hacer el amor salvajemente en el suelo, delante de todo el mundo. Aquel hombre la poseía con una furia que era todas las furias, todas las bestias que puedas imaginar. Ella gritaba de una forma indescriptible, peor que si lo que estuviera haciendo fuera matarla. Aunque, por supuesto, ese fue el siguiente paso. Sus manos se atenazaron alrededor del cuello de aquella mujer y empezaron a apretar sin dejar por ello de moverse.

—Ahora seré yo el que decida cuándo debes respirar —dijo.

Y después le rompió el cuello. Sonó como una nuez partida con un martillo. Yo estaba aterrorizada, tanto que apenas podía moverme. Entonces él desapareció, y en su lugar cientos de palomas cubrieron el cuerpo por completo con el fin de alimentarse de él. Sabes el asco que me dan las palomas, imagina lo que sentí cuando sus picos se hundieron en los ojos.

—¡Tenemos que hacer algo! —te grité.

Y entonces te miré por primera vez y tus ojos no eran los tuyos. Lo último que vi fue el cuchillo que brillaba en tu mano y que bajaba hacia mí.

Sí, lo sé, es lo más desagradable que has oído nunca. Puedes imaginar cómo me desperté. Todavía siento escalofríos si lo pienso. El caso es que no sé qué significa, pero no creo que sea bueno. El sueño, además, establecía un paralelismo entre nosotros y ellos. Y están los dos asesinatos tan horribles. No sé, Pedro, es como si algo tratase de avisarme de que me alejara de ti. Y no sabes lo que me duele tener que darle la razón a ese sueño. No es que crea que me vas a matar, no va por ahí, no te preocupes, pero creo que esto nos hace mucho daño. Seguimos queriéndonos, claro que sí, daría mi vida por ti si me lo pidieras, pero a veces el amor no es suficiente para que algo funcione. Tiene que haber una conexión que nosotros hemos perdido. Eso es lo importante en realidad: la conexión, esas pequeñas cosas que tienen las parejas al mirarse y saberse, eso que hace que una persona contenga el aliento. Lo importante es lo inexplicable; seguir perdonándonos el uno al otro infinitamente por el daño que nos hemos hecho no lleva a ningún fin. Te quiero tanto que no comprendo cómo ha podido pasar que de fuego se haya pasado a ruinas, aunque es lo que el fuego suele dejar detrás de sí, supongo.

Nuestra única vía es cerrar los ojos y empezar de nuevo, encontrarnos a nosotros mismos como si nunca nos hubiésemos conocido, como si nunca nos hubiésemos abierto. Tú y yo, cariño, somos herida, somos un dolor que se mueve y respira, un dolor que se siente en mitad del pecho cuando estás cerca. Sin embargo qué dulce es tu recuerdo, qué maravilloso, qué diferente de la realidad que debería recordar. Tu sonrisa lo llena todo cuando te sueño. Y sin embargo camino del brazo de otro esta vez, tratando de seguir olvidándote como si eso fuera posible. Pero es que el sueño y sentir que no debería haber despreciado ni temido a Margarita Ródenas como los adolescentes hacen mal en meterse con los ancianos: porque todos algún día seremos ellos si no nos quedamos por el camino.

La verdad es que no sé si has entendido esta carta, si has entendido esta despedida o si volverás el domingo que viene a esa plaza, a esa terraza, y te encontrarás con que yo ya no estoy, que aunque te ame con todo mi corazón no podré estar siempre para ti, ahí, esperando a que el mundo cambie y lleguemos de nuevo vírgenes a ese encuentro primero, como si pudiésemos dar cuerda al tiempo al revés. Volver al principio no siempre es fácil, aunque yo haya pasado tantas veces por aquel primer portal en el que me encontraste. Para nosotros es imposible volver porque nos hemos hecho viejos juntos, he peinado tus canas con los dedos, me has

visto convertirme en una mujer. Hemos hecho un camino tan doloroso y tan bello que no podremos olvidarnos, pero tampoco amarnos ni perdonarnos. Como, al mismo tiempo, seremos incapaces de dejar de hacerlo. Hay un día en el transcurso de toda pareja en la que esta pierde la inocencia. La única forma de no participar de esa ruina de sentimientos, de continuar construyendo, es ser capaces de retrotraerse al instante primero, cuando el conocimiento era confuso y no había nada que perder ni que ganar. Cuando todo lo que había era futuro por delante. Eso no funciona para nosotros dos ya. Tenemos demasiado pasado, un pasado que nos pesa en los huesos y nos lastra. No me queda esperanza, por eso he decidido despedirme de ti de la mejor forma posible; sé que te encanta leer y por eso te escribo. Sé que te encanta el correo ordinario porque eres un antiguo, así que no te mando un mail. En lugar de eso me resisto a terminar esta carta porque no deja de ser un adiós definitivo a lo que más puedo amar. Si pudiera no dejaría que el papel se terminase nunca, para que nunca te llegase esta despedida empapada en mis lágrimas. Pero no te preocupes, no has fracasado, no has abandonado tú. Te dejo yo, me marcho de tu vida hasta que tú quieras, hasta que el mundo cambie o seamos capaces de convivir sin matarnos, lo que antes suceda. Puede sonar a chantaje. No pienses mal. No es la forma que tiene el más débil de conseguir que el fuerte se doblegue a sus deseos. No pido nada, solo quizá que seas feliz aunque para ello tengas que olvidarme o volver conmigo, lo que menos te torture.

Ya está. Lo he hecho. ¿Sabes?, nunca pensé que tendría valor. Supongo que en tu vida he entrado solo a mirar y a descolocar tus estanterías, como Margarita Ródenas entró en la librería aquel día en que en realidad empezó todo. Quizá perdí la inocencia en ese instante, de golpe me di cuenta de que yo no quería un perro y que mi tendencia natural hubiese sido convertirte en ello. Te imaginé abrazado a un libro de Boris Vian perdido en mitad del océano y sentí náuseas. Siento todo el daño que te he hecho. Y si alguna vez vuelves a mi lado, te pido desde ya perdón por todo el daño que te continuaré haciendo. A veces, siento que no hay personas ni malas ni buenas, sino falta de oportunidad al elegir el momento de encontrarse en una situación o con una persona. Y lamento haberla tenido contigo.

Adiós, profesor, buena suerte. Te quiero:

Luján

Plaza Barceló

Se pregunta Paula sobre los recortes que pusieron sobre la mesa en casa Federica. Mujeres muertas como trozos de papel mojado por cervezas intempestivas y poco respetuosas. Uno se arriesga a convertirse en un trozo de papel de periódico con una facilidad que asusta. Esas chicas no se preguntaron a sí mismas una buena mañana si iban a acabar siendo noticia al día siguiente. Vidas anónimas de una fragilidad quebrable. La vida vale una mierda. Aunque quién es ella para protestar por esas cosas. Paula misma había despreciado la vida humana hasta hace bien poco. Pero es que de golpe le parece que cuando alguien muere se pierde lo más valioso que puede existir: su experiencia. Cuando alguien muere, todo lo que ha vivido, sentido, pensado, sus recuerdos, su particular y milagrosa forma de ser y de estar, se borra y deja de existir. No solo se termina una vida, sino todo lo que esa persona pudo ser en algún momento, todo lo que vio. Es una pena que todo eso se pierda para siempre y no haya una forma de recuperarlo. Ha leído por ahí que hay unos gusanos de agua, las planarias cree que se llaman, que transmiten el conocimiento por canibalismo. Esos seres se comen los unos a los otros y adquieren así toda la sapiencia y la memoria del devorado. Qué útil resultaría eso para el ser humano que es mucho más rico en experiencias que un simple gusano. La sola idea le resulta fascinante. Si fuese tan fácil como eso, con comerse los cadáveres bastaría. ¡La de avances que hubieran hecho la ciencia, la literatura, la música! El talento de Mozart, por ejemplo, no se hubiese perdido para siempre. Claro, que eso tendría un defecto. Quizá se multiplicarían los asesinatos. Todo el mundo se querría comer al vecino. Es lo malo del raciocinio, no sería una cuestión de conservación, ni siquiera de hambre, sino de ambición.

Ha quedado en la plaza de Barceló con Sansprénom para ir a comer a casa del tío Pedro. Se sienta en un banquito con el álbum de recortes de Didier en las rodillas, repasando una vez más los nombres y características de todas las muertas. Habían logrado reducir el círculo a las asesinadas en la comunidad de Madrid que no murieron a manos de sus parejas. No quedaron muchas, la verdad sea dicha. Pero de todas formas a Paula le parecían demasiadas. Qué de vidas tiradas. Qué de experiencias perdidas, cuántas sensaciones, enamoramientos, decepciones que ya no saborearía nadie. Qué pena. El ser humano, eso que antes le había parecido un títere, es un milagro que debería prevalecer. Si todos fuésemos eternos, si se pudiera transmitir lo visto y oído de alguna forma... pero eso sería perder la magia de lo efímero. No se disfrutaría ni aprendería todo lo que se disfruta y se aprende, total, ¿para qué?, no es necesario con toda una eternidad por delante.

Si ella fuese una planaria, desearía ser devorada por Sansprénom, que fuera él el que tuviera para siempre su memoria. Aunque de alguna manera es como si ya le hubiese transmitido algo de lo que ella es o fue. De la misma manera que Paula ahora siente a los humanos como cercanos, Sansprénom parece comenzar a pensarlos como ajenos. Ha visto tantas veces en él esa mirada, y es una mirada tan fácil de reconocer en alguien como ella que la ha tenido, que ha visto por esos ojos. La mirada hiela la sangre, es una mirada fría, metálica, una mirada ausente que se parece a la de un animal. Bueno, en realidad no, hay animales que tienen una mirada más humana que esa. Es la mirada de un tigre acechando a su futura presa. Ahora, en ocasiones, Sansprénom la tiene, como si no le fuese a importar romperle el cuello cuando hacen el amor. Puede que se hayan compensado con el tiempo y la pérdida de la inocencia en su relación. Cuando ya no han quedado secretos, cuando ella le ha dicho lo que es y lo que representa, su monstruo interior se ha desvelado y ha sido un poco menos monstruo. Y como siempre que se produce un intercambio de ese estilo, el monstruo ha quedado repartido junto con la responsabilidad y ahora es Sansprénom un poco más bestia. Si los perros, que no son más que animalitos inocentes, acaban pareciéndose a sus dueños, ¿por qué no iba a suceder eso con las parejas? Ahora ese gigante encuentra natural que alguien pueda matar a golpes a su amante en un ataque de celos. Hace tan solo unas semanas se hubiese horrorizado con solo pensarlo. Pero la vida es así. La gente cambia. Si no se puede con el enemigo hay que unirse. Aunque también es posible que esa premisa resulte con el amigo, con el compañero de viaje y de alguna manera el conocimiento se transmite sin necesidad de fagocitarse, como si el ansia fuese un virus, como si la capacidad de empatía se contagiase cual resfriado. A Paula le parece una idea hasta divertida. Estos días había tenido miedo de la transformación de Sansprénom. Incluso había evitado reflexionar sobre ello con todas sus fuerzas por si se asustaba demasiado. Pero ahora le resulta curioso pensar que las fuerzas se han igualado y que quizá por primera vez Sansprénom y ella estén recorriendo un camino común. Le parece fundamental que en una pareja haya ese tipo de conexión, algo que los una por encima de que salga o no bien, encontrar un nexo interno irrompible. Puede que sea por ello que los matrimonios que funcionan sean como una sola persona. El amor no basta, hay que tener ciertas similitudes inexplicables. Se han compensado, ya no hay mentiras ni nada que ocultar. Son iguales en cierta forma. Eso le hace temblar de anticipación. Ella ha aprendido a tener remordimientos y él ha comprendido que en cada persona hay un monstruo escondido que pugna por salir. Equilibrio. Sí, ellos dos ahora son funambulistas de brazos extendidos en el maravilloso circo de su relación. Sansprénom ha aprendido a estar por encima de sus limitaciones. Si ahora mismo volviese Marga no tendría nada que hacer porque no hay nada que los una. No dejaron nada por dividir. Si ella volviese y lo llamara por teléfono como en el sueño, no habría cita. De pronto es como si Paula pudiese respirar en el corazón del gigante, como si ya hubiese espacio para ella. Al final todo va a ser contagioso y eso juega a

su favor. Incluso los crímenes por resolver parecen contagiosos. Hay una cantidad de chicas muertas en las páginas del álbum de Didier que no resulta nada halagüeña. Parece como si la gente se hubiese cansado de la monotonía, incluso de matar por razones concretas, y los crímenes absurdos se multiplicasen. Cada asesinato es absurdo por definición, eso cree ahora Paula, tanto la ha cambiado Sansprénom, pero los que no tienen más razón de ser que el hecho en sí de acabar con una vida, le resultan fascinantes. Ella fue así, sabe de eso, sabe lo que es desear la sangre, desear sentir algo auténtico por una vez. Es por ello que cree que es el aburrimiento lo que hace que la gente mate más sin motivo.

—Quizá es porque no me ha dado por fijarme antes, pero me da la impresión de que ahora la gente mata más —había dicho Didier al bajar el álbum.

—Y eso que es más fácil que te pillen con la cantidad de avances forenses que se han llevado a cabo en los últimos veinte años —completó el gigante.

—Hay algo morboso en que hayas recortado todo esto y lo hayas pegado en un álbum, Didier, no sé si te has dado cuenta.

—Se llama organización. En mi vida privada no lo soy, pero cuando tengo algún fin no hay otra forma de entenderse. Si lo divides por zonas, lo pegas y lo subrayas, al buscar algo lo encuentras. De otra manera no.

—Sigo pensando que tiene algo de morbosa esta colección.

—Yo no lo llamaría colección, pero bueno. Mira, la zona azul señala la comunidad de Madrid. Los que están señalados con un asterisco son los asesinatos de mujeres cometidos en las semanas que siguieron al de nuestra muerte. Están en orden cronológico. Si tienen una flecha es que fueron apuñaladas. Tengo una envenenada nada más. Esto de aquí significa estrangulamiento. Esto violación y esto otro golpes. También tengo las desapariciones por si acaso, es lo que está subrayado en verde. Nunca se sabe.

Sansprénom se echó a reír.

—Didier, estás mal de la cabeza. ¿Tienes valor a decir que esto no es morboso? Te ha faltado enmarcarlo.

—Cielo, deja de meterle caña porque esto nos va a ser muy útil. Está todo organizadísimo. Las violaciones yo las descartaría, no creo que busquemos a un perverso. Y los apuñalamientos parecen en su mayoría robos que salieron mal, tampoco me quedaría con ellos. Sabéis que soy partidaria del cambio de modus operandi.

—Aunque eso no lo he entendido demasiado bien, pero sí.

—Quiero decir, gigante, que es bastante posible que el asesino buscase un contacto más directo con la siguiente víctima. El peligro es que haya asociado matar con un placer físico. Si eso sucede es cuando se vuelve a asesinar. Pero algo no salió del todo bien si quiere perfeccionar su método. Casi todos los asesinos accidentales que se convierten en asesinos en serie cambian su modus del primer al segundo asesinato. Quieren empezar de cero, ¿comprendes? Si no tienen algún tipo de

fetichismo concreto, buscarán el modo de maximizar ese placer que sintieron la primera vez. Se volverá más cruento, se recreará en los detalles, buscará la materia... tocar.

—Comprendo perfectamente, nena, es como si estableciese un vínculo especial víctima-verdugo, como si fuese una forma de hallar placer incluso sexual.

—Es a eso a lo que me refería cuando he dicho asociar el asesinato con el placer físico. Normalmente esto le sucede a gente que de alguna manera está sexualmente impedida. Aunque teniendo en cuenta que hoy en día lo difícil es encontrar un buen amante...

—Tú no te podrás quejar porque, por lo que he oído, a vosotros no se os da mal. Pero en cuanto a los demás, pues tienes razón, no sabes lo que cuesta disfrutar con un hombre. Como ninguno es capaz de admitir sus defectos en ese sentido, no valoran el aprendizaje como posibilidad. Somos todos supermachos y megapotentes pero la realidad es bien otra. ¿A cuántos hombres habéis oído decir que no se les levantó o que se corrieron en cinco minutos? Yo a muy pocos aunque nos haya pasado a todos en alguna ocasión.

Sansprénom echó la cabeza hacia atrás para apartarse el pelo de la cara y se encendió un cigarro.

—Entonces supongo que lo que queréis decir con todo esto es que el asesino pudo ser cualquiera, cosa que creo que ya sabíamos. Aunque lo que no comprendo es *pourquoi* hemos decidido por unanimidad que es un hombre. Por lo que sabemos también las mujeres son capaces de asesinar, ¿verdad, Paulita?

—En eso tienes razón, cielo, pero hay diversas razones que nos prueban que ha sido un hombre. La primera y más importante es la estadística: casi todos los asesinatos en serie son hombres, y estamos partiendo de la premisa de que se ha convertido en un *serial killer*. La segunda es la metodología: las mujeres solemos evitar el contacto físico, somos más de envenenamiento. Es como en los suicidios, pocas mujeres se disparan porque piensan en el que lo tendrá que limpiar. Y la tercera es la fuerza que hace falta, primero para apuñalar a alguien con un cuchillo de mesa, y segundo para dejarlo clavado en el esternón.

—Nunca subestimes lo que hace un subidón de adrenalina, *ma petite*. El miedo y la ira provocan que la gente levante cosas que jamás hubiera levantado de otra forma.

—¿Y qué razones podría tener alguien que no conocía a la chica para el miedo o la ira?

—No lo sé, estamos jugando a descubrirlo, ¿no?

—Es que yo pienso que el aburrimiento, esto de que las vidas se estén volviendo planas y llenas de mediocridad, hace que los asesinatos se multipliquen porque se busca la experiencia extrema, el riesgo, el placer. Es el mismo problema que regalarle algo a alguien que lo tiene todo. Antes la gente estaba tan ocupada en sobrevivir que todos los asesinatos tenían un motivo claro. Ahora es posible que alguien mate porque ha visto un videojuego. La nueva sociedad acomodada tiene un peligro que

nadie ha visto venir.

—Mira esta, disculpa que te interrumpa, pero es que acabo de ver un recorte que coincide con lo que estamos buscando.

—A ver.

La mujer había sido estrangulada en el portal de su propia casa hacía un par de días. Aparecía la fotografía de la joven y en realidad era muy similar a Luján Menéndez. Misma complexión, mismo corte de pelo, similares ojos azules. Sansprénom y Paula miraron a Didier con cara de sorpresa, como si en realidad no esperasen que encontrara algo. El productor compuso su expresión de triunfo y pidió más cerveza. Maru puso las tres sin perderse ni media palabra de lo que allí se decía.

—¿Sabéis lo único que no me cuadra?

—A ver, sorpréndenos, encontrador.

—Que al asesino de esta lo pillaron al día siguiente.

—Pues vaya chasco.

—¿Por qué? ¿El hecho de que ya esté detenido descarta que también matase a la nuestra?

—Hombre, Sansprénom, supongo que si lo han pillado por un asesinato, no habría tenido ninguna razón para ocultar el anterior si también hubiese sido él, ¿no? Total, si ya está en la cárcel.

—Supongo que sí.

—Aunque también cabe la posibilidad —apuntó Paula—, de que lo guarde como un secreto, algo íntimo, que es solo suyo y que podría perder si lo contara.

Paula pensaba entonces y también ahora en las planarias. Si ese asesino en cuestión consideraba a su primera muerte como algo propio e intransferible, podía llegar a ocultarlo como las planarias se comen los recuerdos de sus muertos y pueden así sobrevivir con un conocimiento nuevo.

Sansprénom llega. Viene escuchando música y al ver a Paula con el álbum de recortes desconecta el i-pod, sonrío y la besa.

—¿Qué haces, peque?

—Pensaba en las creencias de la gente.

—Vaya pensamiento profundo para la hora de la comida, ¿no?

—¿Recuerdas al asesino que descartamos el otro día por estar ya atrapado y no desvelar que había matado antes?

—Perfectamente.

—Imagina que ese tipo cree que si no desvela el secreto se apodera del alma de Luján como ya se apoderó de su futuro al matarla.

—Estás muy loca, cariño —ríe.

—Es que he pensado que si yo hubiese llegado a matar en su momento, me hubiese gustado pensar que era una cuestión de poder, ¿sabes? Una cuestión de guardarme algo suyo para siempre, hacer mía la vida, el espíritu de mi muerto, ¿comprendes dónde quiero ir a parar? Jamás lo hubiera compartido con nadie aunque

me hubiesen pillado por matar a otro. Sería algo solo mío y de nadie más. Quizá del muerto pero, al dejar de existir, me pertenecería todo lo suyo. A veces por eso siento que me matarías sin dudar, porque te quedarías todo lo mío.

Sansprénom palidece.

—*¿Est-ce que tu crois* que te haría daño?

—No lo sé y no me importa, cielo, eso es algo tuyo y de nadie más. A lo que voy es al ansia de poseer, de comerse todo lo que el otro era. Como los vampiros: dejar seco a la víctima, amante u oponente.

Ahora el gigante se ríe y cambia de tema como siempre que se está llegando a alguna conclusión que no quiere oír.

—¿De verdad piensas llevarte eso a casa de tu tío? ¿Qué quieres?, ¿torturarlo?

—No, es que pienso que si quería a nuestra muerta, tiene derecho a saber todo lo que nosotros sepamos. Ya se lo he dicho por teléfono y le parece bien.

Pacífico

(Reflexiones del policía al mando)

Se llama casualidad. A veces también coincidencia. Es cuando un conjunto de circunstancias desembocan en un hecho concreto y nos parece que tenía que ser así y no de otra forma. Podemos llamarlo de muchas maneras distintas. A veces también lo calificamos como destino.

El porqué de este calificativo es un misterio. Nos da la impresión de que el tiempo y el espacio se pliegan para dar un hecho concreto. La concreción de ese hecho es lo desconcertante, lo que al hombre le hace plantearse si no habrá una fuerza superior que todo lo controla y lo organiza. Muchos lo llaman Dios. Yo no soy creyente. Soy de los que dicen casualidad, coincidencia. Incluso sale por mi boca la palabra error. Pero si un error no va unido a algo, no es nada.

Esa mañana fue especialmente movida. Un montón de papeles atrasados en la comisaría, el callejón sin salida del caso Luján Menéndez, releer sin éxito los informes por milésima vez, comprobar si había un ínfimo hecho que había pasado por alto, alguna declaración contradictoria. La decepción humedecida por el primer café de la mañana y la otra chica muerta. Ir hasta Pacífico, esperar a la científica (siempre llegando tarde), ver a aquel despojo estrangulado que una vez fue una mujer atractiva, el pintalabios corrido, las manos desvencijadas, la lengua amoratada. De nuevo marcas de dedos (esta vez en el cuello), nada de huellas. Pensar que en los últimos tiempos pareciera que todo se resume a eso, a chicas muertas sin ningún lugar para empezar. Observé que esta se parecía a la otra, pero eso no tenía que significar algo por fuerza. A lo mejor me estaba obsesionando con el extraño caso del cuchillo de mesa y se me iban a empezar a parecer todas las unas a las otras. Pero juraría que la complexión era la misma, el pelo fino y negro estaba cortado de la misma forma, aunque a la primera la encontramos con una peluca rubia medio desprendida. Pero esta chica iba a decirnos más que la anterior, aunque no sería por el ADN. Había restos de saliva y sudor por todas partes. Bien, eso está muy bien si tienes con qué comparar. Si no, no sirve. Es lo mismo que nada. Esto no es América, donde da la impresión de que hay una base de datos donde estamos todos. El control aquí no ha llegado a tanto. Como máximo, cámaras de seguridad en sitios insospechados, no mucho más. En algunos momentos desearía que de veras el Gran Hermano nos vigilase. Siempre llevo un ejemplar manoseado y sucio de 1984 en la guantera del coche. Me hace sentir seguro. No me permite caer en la tentación de desear un mundo constantemente controlado. Porque en ocasiones, cuando

aparecen chicas jóvenes muertas y ningún detalle lleva a una pista, es fácil dejarse llevar y desear que todos tuviésemos la obligación de registrar nuestro ADN y nuestras huellas al nacer. Eso haría que la gente se lo pensara dos veces antes de matar. Si estuviéramos vigilados de continuo... pero claro, Orwell y los peligros de mutilar la libertad del hombre. No se puede dejar a la gente sin derechos.

Es tan agotador ver cómo se acumulan los casos sin resolver... Pero si no hay testigos, si el asesino no es lo fácil, es decir marido-novio-primo-hermano-padre, es casi imposible determinar la concatenación de los hechos, qué llevó a qué, hacer que cualquier rastro de saliva sea determinante. Es mucho más espeluznante un asesinato que en apariencia es aleatorio, un asesinato que no parece unido a nada, porque es mucho más probable que vuelva a repetirse y nadie puede estar seguro de quién será la siguiente víctima.

Quizá Luján Menéndez me afectó demasiado. Hacía tiempo que no veía una masacre de semejantes características, con un ensañamiento similar. Y todo con un cuchillito apenas mayor que una mano. Me estaré haciendo viejo. Mi mujer no deja de sugerir que pida la jubilación anticipada y nos vayamos a hacer turismo por el mundo ahora que podemos. Quizá lo haga. Tampoco es tan mala idea retirarse. Cuando uno se afecta tanto por estas cosas es que está mayor para hacer el trabajo sucio. Ya he llegado donde tenía que llegar, no hay nada de malo en admitirlo. Y si esto fuera alguna cacareada película hollywoodiense, me quedaría poco para morir en escena con el consiguiente disgusto del protagonista que diría algo como: «Solo le quedaban dos semanas para jubilarse», qué coño, menos mal que la realidad es mucho más sucia y menos lacrimógena.

Me gusta mirar a los limpiacristales. Me parece un trabajo hipnótico, cuando enjabonan toda la superficie con esa especie de medio rodillo y luego pasan esa otra cosa para escurrir, con cuidado, arrastrando el agua con jabón y haciendo sutiles dibujos en su recorrido, caminos de una extraña blancura. Me encanta mirarlos, cómo mueven sus brazos en una danza interminable, con una coreografía que pareciera aleatoria pero que en realidad no lo es en absoluto. Ellos saben con exactitud cómo girar las muñecas para que el agua jabonosa vaya en la dirección adecuada. Qué irónica es la vida a veces.

Al salir para fumar un cigarrillo negro, no haría mal del todo en dejar esto con lo otro si me decidiera a abandonar viejos hábitos, vi que había un limpiacristales haciendo su trabajo en los escaparates de un comercio cercano. Me lo quedé mirando mientras fumaba, observé su danza ritual como se observa el baile de la llama de una vela. Eso me llevó a pensar (a veces observar cosas que tienen un ritmo concreto, algún tipo de cadencia especial, hace que piense con más claridad o que lo que estaba en mi cabeza se ordene) en el caso de Luján Menéndez, en la ausencia de testigos a pesar de haber sido un crimen cometido en plena calle y en lo extraño de las personas que interrogué. Primero los que encontraron el cuerpo, aquellos turistas que por suerte eran hispanohablantes y cuyo niño tuvimos que ir a buscar al hotel y

que se negó a separarse de su madre mientras esta hablaba con la policía. Llegué a pensar que constituían alguna especie de trío amoroso por lo violento que se ponía el hombre cuando se le preguntaba qué les había traído hasta Madrid. Enrojecía, balbuceaba, parecía olvidar el castellano de golpe y hacía un esfuerzo inconmensurable para decir algo tan sencillo como «turismo». Lo hubiera encontrado sospechoso si las dos mujeres no hubiesen estado tan calmadas y tan de acuerdo en que él solo se había separado de ellas para ir al baño.

Después vino el novio de la chica, ese rico heredero al que incluso llegué a considerar, pero que desestimé por lo afectado que estaba, con todas aquellas lágrimas rodándole por su cara de niño consentido de Velázquez.

Y sin duda lo más desconcertante fue la historia de aquella pareja un tanto sadomasoquista en la que él la denunció a ella por el asesinato sin ningún tipo de prueba.

Y lo peor de todo, lo más grave, es que las pistas terminan ahí. Los padres de la criatura llevaban años sin saber de ella y sin embargo se dedicaron a moquear de televisión en televisión insultando a la policía. Aquella madre diciendo que habían encontrado piel bajo las uñas de su hija y que la policía no le decía nada, realmente partía el corazón. Señora, no estamos en los USA (qué hartito estoy de las comparaciones con lo que se ve por la tele) ni vivimos en alguna especie de Gran Hermano. No hay un registro de piel de todos nosotros. Ojalá, a veces no estaría de más haber escupido en un bote si así no pasaran estas cosas. Pero el control es poder y uno nunca puede fiarse de qué van a hacer los poderosos.

Aquella piel bajo las uñas en Luján era el equivalente al trozo de tela que se había encontrado en la mano cerrada de la estrangulada en este caso. Era un jirón de tejido de algodón azul marino de la longitud de un bolígrafo bic y unos tres centímetros de ancho, con un pequeño botón blanco y un trocito de bandera de España en una esquina. Sin duda pertenecía a un polo. Pero, ¿qué íbamos a hacer?, ¿recorrernos todos los armarios de la comunidad buscando un polo azul marino al que faltase un trozo de cuello? Somos pocos para eso. Cuando no se puede, no se puede y hay que saber reconocerlo.

Seguía viendo al limpiacristales subido en lo alto de su escalera mientras un agente se llevaba a comisaría a la portera del edificio, que había encontrado el cuerpo, y otro localizaba al novio y jefe de la difunta en un bar de copas del centro para informarle de la mala noticia y tomarle declaración. Recuerdo que pensé: «Tampoco esta vez será el novio» mientras observaba a aquel limpiacristales haciendo su trabajo. Y puede que no hubiese pensado lo que pensé después si no hubiera visto a un caballero uniformado salir del comercio, cuyos cristales limpiaban con tanta aplicación, con cara de pocos amigos, para intentar disuadir al trabajador de que terminase su trabajo. Bien pensado era la tercera o cuarta vez que repasaba aquella zona. Fue cuando el tipo finalmente accedió a bajar de la escalera cuando empecé a cruzar la calle. La estaba cruzando antes incluso de que la idea se

perfilase del todo, antes de que las palabras: «En las malditas películas americanas el asesino siempre vuelve al lugar del crimen aunque en la realidad no sea una máxima infalible» apareciesen en mi mente del todo. Y para cuando logré llegar del otro lado y escuché al hombre uniformado decir que él no iba a pagar por un servicio que no había solicitado, el limpiacristales se había desabrochado el mono y mi intuición se vio recompensada. Casualidades. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, que dicen los sabios. Si yo no hubiera estado agobiado y un tanto decepcionado, si no hubiese salido a fumar, si no hubiera sentido predilección por el trabajo de limpiacristales, si aquel hombre se hubiera dedicado a otra cosa, si no hubiese visto salir al dueño del comercio, jamás hubiera pensado lo que pensé, no hubiera cruzado la calle y jamás habría visto aquel polo azul marino al que le faltaba un trozo de cuello. Disimulé mi euforia como mejor pude cuando los tuve cerca y observé a aquel hombre, seguro ya de que era el Asesino. Parecía un tipo normal, algo huraño, tenía las espaldas anchas, no era muy alto y estaba algo calvo. Qué fácil sería todo si aquellos ojos ordinarios, iguales a otros cualquiera, tuviesen escritos la palabra «culpable» en las pupilas. Sería todo más sencillo aunque quizá la captura resultaría menos satisfactoria; todo tiene sus contras.

Es curioso que no desconfiara cuando le propuse que limpiara los cristales de la comisaría. El hombre uniformado no cesó en su indignación hasta que lo apoyé en que no debía pagar por un servicio que no había contratado. Sonreí al Asesino con complicidad y le dije que le pagaría doble, que nos habíamos quedado sin el de confianza y que aquello estaba hecho un asco por las obras del intercambiador. Le ofrecí un cigarrillo que rehusó. Aún así vi sus dedos quemados y comprendí la ausencia de huellas. El arañazo del cuello parecía también sospechoso. Incluso pensé en comparar su ADN, ahora que lo tendríamos, con la piel de las uñas de Luján Menéndez, pero desestimé la idea por absurda. Ya hubiera sido demasiada coincidencia. Una suerte así se tiene una vez, no se puede esperar una repetición. Quizá sea el destino, quizá el dios de los creyentes, no sé, el caso es que no creo que se deba abusar.

Informé en baja voz a García. Nos siguió a la comisaría manso como un cordero. Hasta me resultó curioso que le sorprendiera que una vez allí lo detuviésemos y le pidiéramos el polo. Estaba tan seguro de su impunidad que no opuso resistencia de ningún tipo. Estaba tranquilo cuando le dijimos que teníamos pruebas que lo acusaban del asesinato de la chica de Pacífico. No hubo problema, confesó. Hasta me pareció que se reía por lo bajo como quien guarda un secreto. Pero si era así jamás lo dijo. Temí entonces, y todavía temo, que aquella chica estrangulada no hubiera sido la primera, sino solo la casualidad que estábamos esperando, su error. Pero no he hallado la forma de implicarlo en ninguno de los casos por estrangulamiento por resolver que han llegado a mis manos. Y el de Luján Menéndez sigue abierto, esperando la casualidad que le dé consistencia. Cada día confío menos en resolver el puzzle, aunque en ocasiones siento que he estado muy cerca.

Mientras, el Asesino continúa a la espera de juicio. Ha contado cómo la eligió, la siguió, la engañó y mató. No demuestra el menor remordimiento. Solo sus ojos oscuros inundan todo de una negrura irónica e insensata, como si se hubiera instalado en ellos una bestia de la que uno no pudiera librarse. Su mirada da escalofríos. Espero que lo encierren y pierdan la llave porque estoy seguro de que si sale matará más y matará mejor y jamás seremos capaces de implicarlo.

—¿Sabe? —me dijo en aquella primera confesión—. Cualquier hombre es capaz de matar, pero no lo sabe. Una vez que se empieza, que se ha probado el sabor de la sangre, no se puede parar porque siempre es diferente, siempre se quiere más.

—¿Habías matado antes?

Entonces se apoyó en la silla, guardó silencio unos segundos, sonrió malévolamente y me dijo:

—Eso debería decírmelo usted, ¿no cree?

Su solo recuerdo me da escalofríos. Y es por una razón muy simple: es un hombre como cualquier otro. Nada, salvo el hecho de haber asesinado al menos a una mujer, lo hace distinto de mí por ejemplo. Uno nunca se habitúa a esas cosas, uno nunca se acostumbra a la violencia gratuita, a ver que han matado a una mujer por el simple hecho de haberla elegido para ese fin. Uno espera que sea el amante, el marido, el padre, que haya una razón o mil, aunque sea la locura, pero jamás se está preparado para tener delante a un hombre cuerdo, vulgar, con un oficio cualquiera, que siente placer al matar.

Quizá mi mujer tenga razón y deba jubilarme. Apuro mi café, apago mi cigarro. Me llevo a casa el archivo con el caso de Luján Menéndez para volver a buscar algo a lo que agarrarme, aunque sé perfectamente que no lo encontraré si no es por casualidad y eso me entristece.

Calle de Santa Cruz de Marcenado

El hecho de que cuando la carta llega, Sansprénom y Paula estén en su casa compartiendo con él un café postcomida y el visionado de una película de Jean-Pierre Jeunet, no varía el resultado final, el desfallecer de los miembros y las lágrimas que queman la piel de las mejillas como ácido.

Habían estado comiendo un cocido cocinado por el mismo Pedro, que había dedicado la mañana del sábado a cocer carne y garbanzos. Por primera vez en mucho tiempo se sentía animado, como si todo lo caminado por las calles de Madrid se hubiese transformado en absolución. Había invitado a comer a su sobrina y al novio de esta porque parecían enloquecidos con sus pesquisas sobre el asesino de Luján, aunque él, personalmente, pensase que era algo que jamás iban a resolver, un misterio que no se desentrañaría nunca porque el sueño de las palomas y esa forma de ser asesinadas las cigarras por las laboriosas hormigas que no paran de construir túneles en todos los días de su vida. Pero bueno, le parecía simpático que Paula ocupase su tiempo en descubrir asesinos en vez de en preparar asesinatos. La vida cambia a las personas.

Habían llegado cargados con un álbum de recortes y Sansprénom traía vino tinto no demasiado bueno porque la que entendía de vinos era Paula y a ella no se le había ocurrido comprar nada. Comieron conversando animadamente sobre las noticias del telediario y Pedro expuso su travesía por el laberinto de la ciudad como experimentado «Madritauro». Sansprénom parecía divertirse mucho y Paula sacó el recorte de la chica estrangulada. Cuando lo hizo, Pedro pensó en aquella mano en el metro y en la insinuación de unos ojos azules y el borde de una falda, pensó de nuevo en el círculo cerrado y en el perdón de Luján a través de una chica que también moriría esa noche. Pero otra vez le pareció una teoría absurda y no la compartió con ellos por si se reían. Aunque las palabras de Paula sobre el Asesino que se guarda para sí el primer asesinato cometido como algo íntimo a pesar de haber sido encarcelado lo apoyasen, ese pensamiento le parecía tan personal que no debía exponerlo ante su sobrina. Claro que, no dejaba de ser curioso que también ellos se hubieran fijado en esa chica estrangulada. Pero las coincidencias existen. Si uno se quiere poner a buscar señales o indicios, los encuentra sin duda. Hablaron de todo un poco y por primera vez desde la muerte de Luján, Pedro no se sintió arrasado por la culpabilidad y la melancolía, sino que enfrentó la charla como una parte nueva de su nueva vida. La vida sin Luján y ahora del todo y de veras. Jamás dejaría de quererla, de eso estaba seguro, pero las cosas que no tienen remedio no tienen remedio, eso es así.

Prepararon café y dulces en la cocina para ver una película y Sansprénom se admiró de un grabado colgado sobre la encimera que representaba de una forma muy arcaica a una mujer ataviada tan solo con bridas de caballo y silla de montar. Algo similar a un puñal de doble filo parecía atravesar los genitales.

—Es precioso, pero el tema no parece muy adecuado para una cocina —comentó jocosamente.

—Sí, bueno, pregúntale a mi sobrina. Es una reproducción de un dibujo de cuando tenía siete años. Me gustaba tanto que me hizo un grabado de él en la Facultad de Bellas Artes.

Sansprénom miró a Paula.

—Desde luego, tú ya desde pequeña apuntabas maneras.

Paula se encogió de hombros.

—Siempre me he preguntado qué pensaría de mí mi madre cuando viera esto. Claro que, a veces, la pobre se ahorra preguntar.

—Yo siempre he sabido que eras un genio. Cuando vi esto me dije: «Pedro, tu sobrina es una enferma o una visionaria». Aunque claro, es probable que una de las dos cosas no sea posible sin la otra.

Cuando la película no llevaba ni diez minutos, sonó el timbre. Pedro la paró y su sobrina aprovechó el momento para soltar el café y hundirse en los brazos de su gigantesco novio. Era la vecina de al lado, una modelo mitad británica de altura considerable rematada por un moño despeinado y rubio que la subía al menos cinco centímetros. Llegaba ataviada con un vestido de seda rojo y unos zapatos de tacón de aguja, posiblemente Manolo's, con ese perro que parecía una rata bajo un brazo y un montón de cartas bajo el otro. La verdad es que ella, frivolidad aparte, era una mujer muy atractiva en la que Pedro apenas si se había fijado nunca. Ahora aparecía como un ángel de ojos negros y maquillaje Chanel en el umbral de aquella puerta, tan inconvenientemente vestida para esa temprana hora de la tarde. Lo primero que pensó Pedro fue que, si se olvidaba de que aquellas piernas flacas y largas no se conocían entre sí, le hubiera dado un pase a aquel cuerpo de medidas imposibles. La señorita Plath dibujó una enorme sonrisa y se disculpó por ir así vestida, llegaba en ese instante de algún tipo de evento que había comenzado por la noche y no se había ni cambiado de ropa.

—He estado de viaje de trabajo, ya se sabe, los dos últimos meses sin apenas pasar por casa y se ve que al cartero le ha dado por confundir mi piso con el suyo porque todas estas cartas estaban en mi buzón. Llegué ayer por la tarde, pero ni miré el correo porque llegaba con retraso a la presentación de ese perfume. Será carísimo pero, por Dios, a mí me huele a coliflor con sándalo. Pondrán mi imagen bañándome en eso, pero no me lo olerán en el cuerpo, se lo aseguro.

Pedro se admiró de que la chica hablase tanto, parecía nerviosa. Fantaseó con la idea de que en realidad a aquella modelo le gustaran los intelectuales de medio pelo como él, lo que le habría llevado a robar las cartas con el fin de poder tener una

excusa para llamar a su timbre. Sonriendo en su interior, la invitó a pasar.

—No se preocupe, Olga, se llama Olga, ¿verdad? Pase y tómese un café. No creo que haya más que facturas y las tengo domiciliadas todas. La gente ya no escribe cartas de verdad, se ha perdido esa tradición que a mí me parece fundamental, una pena.

Mientras Pedro pasaba de Telefónica a Unión Fenosa colocando unos sobres tras otros, Olga Plath se contoneaba perro en ristre hasta el salón parlotteando sobre lo duro de la vida nocturna en Madrid y el poco tiempo que te dejaba para relacionarte con la vecindad. Entró sin preguntar demasiado y se presentó a Paula y Sansprénom que se miraron entre sí como si en vez de una modelo hubiera entrado por la puerta un extraterrestre. Aunque la expresión jocosa se borró con rapidez de sus rostros. Pedro se había quedado en el umbral de la puerta mirando un sobre, el resto había escapado de sus manos hasta formar un montón desordenado sobre la alfombra. Su rostro había cambiado de color considerablemente, sus manos temblaban.

—¿Cuándo llegó esta carta? —pregunta ahora de forma incomprensible.

—Pues... no lo sé. Acabo de llegar a Madrid —responde Olga, que todavía sigue en pie y no comprende muy bien la situación.

—¿Qué pasa, tío?

Lo que jamás se hubiese podido imaginar que pasaría. Ese sobre tiene una letra reconocible: las vocales redondeadas, las jotas alargadas hacia el infinito, las bes y las eles casi góticas, inconfundible, desorientante, terrorífica letra de Luján desde el más allá.

—Hace casi un mes mataron a mi antigua novia —musita casi más para sí o para Olga que para los otros que ya lo saben—. Esta carta es suya.

Olga Plath aprieta el perrito contra su pecho y toma asiento al lado de Paula en el sofá. Sansprénom se apresura a prepararle un café y desaparece por la puerta del fondo, hacia la cocina.

—¿Quiere usted decir que ha recibido una carta de una chica muerta? Qué macabro, ¿no?

Paula le pasa la mano por el hombro a la modelo que parece muy impresionada, aunque no es que ella esté muy tranquila. La curiosidad hace que los segundos que tarda Pedro en abrir la carta se le antojen eternos. Cuando por fin este se decide a sentarse en el butacón y a hacerlo, Sansprénom entra portando café y unas pastas de mantequilla.

Pedro lee la carta dos veces, una para sí mismo y otra en voz alta. El silencio podría cortarse. Los ojos de Sansprénom se han llenado de lágrimas, Paula apenas puede pronunciar palabra, Olga Plath come pastas compulsivamente, el perro se lame indolente entre las patas.

—Es increíble —dice de repente la vecina, que se obliga a sí misma a pronunciarse—. Figúrate, qué impresión, pobrecito. Primero a la chica la matan y luego recibe una carta diciéndole que todavía lo quiere. Esto es superfuerte.

—Esto lo que es, es la despedida que estaba esperando. No llegué a despedirme y siempre me sentí mal por ello. Nunca supe si me había perdonado como yo la había perdonado y ahora... debería sentirme bien, al menos se despidió. No sé, no sé.

De pronto Pedro se da cuenta de las expresiones de pánico en los rostros de Paula y Sansprénom, que se han dado la mano visiblemente impresionados por la lectura.

—¿Os pasa algo?

—Sí, tío sí. Nos pasa algo y nos pasa mucho.

—No entiendo, debería ser yo el que tuviese esa cara.

—Y la tendrás cuando te contemos lo que nos pasa a nosotros, te lo garantizo.

—Sí, Pedro, porque el hombre que menciona Luján en su carta, el gigante del libro de Boris Vian... ese hombre soy yo.

—¡Coño! —dice Olga antes de que Pedro sea capaz de pronunciar palabra—. Esto es muy raro, de verdad, muy raro.

El resto de la tarde se pasa como quien no quiere la cosa. Comentan sus relaciones respectivas, confiesan sus pecados y sus pensamientos más profundos, releen la carta una y otra vez. Desde el punto de vista de la pareja, es curioso que la misma Luján se reconociese en Marga, sobre todo teniendo en cuenta que eso era algo que también se les había ocurrido a ellos. Olga Plath parece conmocionada y ha olvidado por completo que no ha dormido en toda la noche. Pedro a ratos sonríe y cuenta anécdotas, a ratos se queda callado y como triste, ocasiones que la modelo aprovecha para pasarle la mano por la espalda cariñosamente. No son capaces de recordar el momento en el que han dejado de llamarse de usted. Cuando Sansprénom y Paula se despiden, ella se queda con Pedro.

—¿Crees que se acostarán? —pregunta Paula.

—¿Y tú crees que yo volveré a matar?

—¿De qué estás hablando, gigante?

—Podría pasar según tus propias teorías, ¿no? Después de todo ya maté a una novia mediante el sueño de Luján.

—No digas tonterías, cielo.

Pero de todo lo que se dice siempre queda algo, aunque solo sea un poso lejano similar a algún tipo de eco.

Calle de Santa Cruz de Marcenado (segunda parte)

Aunque ahora todo se mezcle, resulta natural mezclarlo. Si Pedro cierra los ojos puede ver a Luján de nuevo como entonces, sentada en el salón rodeada de aquellos monstruos contagiosos de los que se rodeaba, haciendo mochos de coca para luego venderlos, cortándola con detergente (Pedro supone que era detergente, pero en realidad no lo sabe) besándose con un tipo de aspecto sombrío y botas de piel de serpiente. Pero si los abre a lo que tiene delante solo puede alcanzar un horizonte de pierna dorada de sol artificial y un vello púbico enroscado y rubicundo bajo un vestido de seda enrollado hasta la cintura.

—¿Qué estás mirando? —pregunta ella divertida.

—*El origen del mundo* —responde él.

Por supuesto Olga Plath no entiende la alusión pictórica, para eso habría que cerrar los ojos y ver lo inteligente de Luján. Qué rica y qué llena de matices había sido siempre Luján. Todo lo que tenía de fuerte lo tenía de frágil, todo lo que había en ella de culta lo había de autodestructiva; todo lo admirable, esa sensibilidad para el arte, ese buen gusto literario, esa manía encantadora de firmar todos los libros... se torna infidelidad, borrachera y dolor. Así que Pedro los cierra y respira fuerte el olor que ha quedado impregnado en las sábanas.

—¿Por qué te avergüenzas de mí? —pregunta Luján.

—¿Y tú lo preguntas? No puedo creer que tengas valor para preguntarlo. Ni siquiera eres capaz de controlar tu propia mandíbula.

—¿Te has preguntado por qué hago esto? ¿Alguna vez te lo has preguntado?

—Supongo que te gusta matarte poco a poco.

Lágrimas, abatimiento, sollozos.

—No entiendes nada, nunca entiendes nada. Creo que no te has preguntado ni una sola vez en todos estos años con quién te estás acostando.

—Sí que me lo he preguntado, Luján. Me pregunto todos los días dónde está aquella chiquilla asustada y maravillosa que fuiste. Porque todos los días me despierto con una zorra que se acuesta con quien le pone delante una raya.

Y aquella mirada líquida clavándose en él, aquellos dos ojos azules como lagos de agua helada abriéndose infinitamente en una mueca de espanto, una cara de decepción tan cruel y tan terminada en «te quiero tanto, pero tanto», que no es fácil esperar que ella coja lo que tenga más a mano, en este caso una lámpara Tiffany, la arranque de donde estaba colocada y la lance con todas sus fuerzas, afortunadamente no a la cabeza de Pedro.

—¡¿Te has vuelto loca?!

—¡Sí!, me vuelvo loca de falta de calor en esta casa, de falta de sinceridad y de consecuencia. Me vuelvo loca porque te quiero y no te quiero perder y sin embargo hago todo lo posible para que eso suceda. No sé qué me pasa. De verdad que no lo sé. El amor no puede ser medido y racional, no está regido por lo que a los demás les viene bien, sino por lo que tú eres, o yo misma soy. ¡No puedo más! ¿Crees que te quiero menos porque me folle a otros? No sabes el asco que me doy a mí misma a veces, pero es que espero que al menos me abofetees. Pégame si quieres, pero haz algo, no te quedes ahí plantado como si te importara más la lámpara que yo.

Pedro estaba atónito, así que no dijo nada y se puso a recoger los trozos de cristal del suelo. Luján dijo «ya veo» y se dio media vuelta llorando, abrió la puerta y salió arrastrando los pies, como si toda su fuerza se hubiera roto con la Tiffany.

Abre los ojos y ve la impúdica postura en la que se ha derrumbado Olga después de que, al despedir a Sansprénom y Paula, llegase el cierre, la vuelta a la mirada de seductor y a la teoría de que en realidad la vecina robaba las cartas. Comportarse de un modo extraño en él, como si toda la ausencia de deseo se hubiera tornado presencia y acercarse a la modelo, tratarla al mismo tiempo con deferencia y con atenciones máximas. Rozarle la pierna casi como por descuido cuando le sirve más café, escucharla parlotear o más bien oírla, sobre lo terrible de lo que le ha pasado, como si él no lo supiese ya...

—La verdad es que lo has debido pasar fatal, ¿no? Bueno, todos tenemos un antiguo novio y siempre quedan restos de la fogata...

—¿Fogata? ¿No querrás decir hoguera?

—Pues eso, que donde hubo fuego quedan ascuas, siempre quedan ascuas. Tengo la impresión, querido vecino, de que me ha tomado usted por tonta.

—Y yo de que te quieres acostar conmigo.

Pedro tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener su propia sorpresa por haber dicho semejante cosa.

—¿Y qué si así fuera?

—Que no necesitas tener piedad de mí ni consolarme por la muerte de Luján para conseguirlo.

Por primera vez, Olga Plath puso el perro en el suelo y se acomodó contra el hombro de Pedro.

—¿Y qué debería hacer?

—Eso no está mal, por ejemplo.

Le cogió la cara para besarla y la vio sonreír satisfecha unos segundos antes de cerrar los ojos y sentir que era la primera vez que se sentía un hombre atractivo. Era tan fácil besar a la modelo, llevarla a su terreno, pasarle la mano entre las piernas firmes y flacas, cogerla casi en el aire para dirigirla al dormitorio sin dejar de besarla. Demasiado fácil. A él nunca se le habían dado bien las mujeres y en unas semanas había tenido dos encuentros sexuales fortuitos. La vida es curiosa, uno nunca sabe qué espera de una mujer. Hasta Luján era siempre el paño de lágrimas de las

deseadas, de las amigas intocables. Se sintió un perverso con su chica muerta, un viejo con una jovencita y ahora... primero lo del metro y ahora una modelo guapa y facilona que le robaba el correo. El mundo no hay quien lo entienda, eso desde luego.

Comer piel suave y cuidada por cremas caras pensando en Luján desvencijada en el cuarto de baño, vomitando y llorando, diciendo una y otra vez lo infeliz que era. Y él siempre solícito, preparándole una manzanilla para que se le aposentase el estómago.

—No quiero una manzanilla. No necesito que me cuides —decía con desprecio.

—Sí necesitas que te cuide. No eres más que una niña asustada. Solo eso.

—Quizá es ese el problema, que para ti soy una niña y nada más. Qué patético. ¿Has pensado alguna vez que quizá necesitas que sea una niña? Te quejas de mí, pero necesitas que te necesite. Quizá crees que, si no, no te querré. Pero no tienes que esforzarte por mí. Ya te quiero demasiado como para soportarlo.

De nuevo la arcada y Pedro acercándose para apartarle el pelo como luego se lo apartaría a Olga al abrir los ojos, pero al contrario que Luján que lo retiraba de un empujón hiriente, la vecina lo arrulla con sus manos largas y acompaña el gesto de un gemido. El sexo es maravilloso, por supuesto, pero nada como Luján, incluso borracha o drogada, dejándose mecer por sus dedos cuadrados de profesor. Porque siempre después de la pelea llegaba la reconciliación. Y qué dulce resultaba ese reencuentro sazonado por la herida, qué fabuloso enredarse en una pelea de otra clase en la que acababan vencidos ambos. A veces hay que admitirse también cuándo se ama el dolor. Él lo amaba, amaba su dolor Luján, amaba a su loca maravillosa, adoraba su forma de fragilidad tan destructiva. Pensar en los problemas de ella le hacía olvidar los propios y eso era tan sanador al mismo tiempo...

—¿Qué estás pensando?

—En el sexo con desconocidas y con conocidas.

—¿Y llegas a una conclusión?

—En realidad no. Me gusta divagar. Las conclusiones las dejo para los científicos. Yo soy más bien hombre de letras, vecina.

—Pues yo pensaba en que es curioso que nunca hayamos cruzado más de tres palabras en la escalera y que ahora estemos así, en la cama y eso.

—Eso no es curioso. A veces la gente necesita coincidir. Oye, Olga, tengo una pregunta: ¿me encuentras atractivo?

La chica se echa a reír y su risa es susurrante, como música hecha con copas de vino.

—¿Crees que me hubiera acostado contigo si no me lo parecieras?

—No sé. En general las mujeres no suelen encontrarme atractivo, pero últimamente me pasan cosas curiosas.

—Cosas curiosas, ¿de qué tipo?

—De este, por ejemplo.

De nuevo esa risa que a Pedro le provoca algo parecido a un entumecimiento.

Esta mujer le da una paz que asusta.

—Bueno, si es de eso de lo que estamos hablando, pues mira, a mí me atrajiste desde la primera vez que te vi. No me gusta la gente con la que me relaciono habitualmente, suelen ser afectados y superficiales. Me gusta la gente inteligente, intelectual y un poquito atormentada, con ojeras, ya sabes. Crecí leyendo a los románticos, ¿qué quieres?

—Me sorprende usted, señorita Plath, de hecho creo que voy a dejar de tutearla incluso.

—A los hombres como usted les suelen gustar o las locas o las tontas. Pero luego esperan que dejen de ser lo uno o lo otro porque se aburren. Se piensan que pueden curar a las unas e instruir a las otras porque forma parte de su seguridad intentarlo y de la frustración que tanto aman el no lograrlo.

—Ahora creo que es el momento en el que me pongo los pantalones y salgo corriendo de mi propia casa.

—¿Sorprendido? La gente más inteligente es la que mejor sabe hacerse la tonta, querido vecino. Vivo muy bien de mi cuerpo y alimento mi mente a escondidas, en ratos libres. Jamás hubiera sido capaz de llegar a ti hablando del carácter cíclico de *Cien años de soledad*. Lo mejor es parlotear sin parar, cometer errores básicos y resultar accesible y encantadora. Me he hecho una carrera en el mundo de la moda así. Y siempre consigo lo que quiero... en todos los ámbitos.

—Es usted una caja de sorpresas.

—La gente tiene muchos perfiles, Pedro. Nunca se puede conocer a nadie por completo. Lo que mola es el intelectual de turno con la tía buena. En ninguna cabeza cabe que lo mismo la tía buena tiene cerebro.

Apoyar la sien en el hombro suave, dejarse acariciar por el pelo rubio y no hablar más. No quiere más explicaciones, no quiere ver la mente de su vecina y temerla o encapricharse con ella. No quiere pensar. Ve a Luján en el fondo de su tumba, cubierta de flores y bruma, con una media sonrisa triste e irónica en los labios azulados.

—Te lo dije, pequeño profesor, te dije que estabas rodeado de prejuicios. Y nunca me hiciste caso. No me quisiste escuchar y es ahora cuando ya no me puedes mirar a los ojos y decirme que tenía razón, cuando te das cuenta de todo y te sabes, por primera vez te sabes en medio de todo. Lejos de mí pero cada día más cerca de ti mismo.

Calle del Conde de Aranda

Todo son pedazos de lo que fue, todo se ha convertido en una prueba para convertirse en adulto, todo es el niño mimado mirando la tumba de su juguete roto. Algo le dice a Arturo Aguirre que él rompió el juguete, pero no sabe las razones concretas, solo la culpabilidad rodeándolo, cercando su cuerpo bien formado de chico acomodado. Caprichos de niño rico transformados en restos humanos en caja de pino forrada en satén blanco y ramo de flores distintas, pero de alguna manera son las mismas que no le dio a Luján en su momento, cuando lo esperó hasta morir y se le rompió el mañana.

En el principio, cuando todo estaba por hacer todavía, se había encaprichado de las formas despectivas de aquella chica que parecía perdida. La había querido como de niño se quiere el muñeco de moda o el juego del programa preferido de televisión. Quiso poseerla porque siempre quiso poseer esas cosas difusas que no pueden tenerse. Arturo, el niño bonito, hijo único de una familia rica y bien posicionada, con todas las necesidades cubiertas, con todos los caprichos satisfechos, se imagina ahora su vida como una gran masturbación. El placer por el placer, no saber lo que es llevarse un revés, no conocer la frustración ni ser capaz de comprenderla. Piso de lujo en Conde de Aranda, estudios en las mejores universidades, calificaciones pagadas por adelantado, mujeres bellas a su disposición cuando quisiera, sí, esa era su vida. Comportarse siempre como un menor de edad mental, caminar de frente sin pensar en nadie, porque el mundo era suyo. Saber de lo oculto, porque lo oculto era lo único que podía escapársele. Su tesis sobre las sectas satánicas no paraba de aplazarse, la investigación era eterna y tan fascinante... Hacer un pacto con el diablo era lo único que le quedaba por hacer, por supuesto. ¿Y para qué lo hubiese hecho? Normalmente se hacen pactos de ese tipo, con el demonio o llámese ente difuso y malvado, a cambio de algo. Fausto quería el saber universal, Dorian Gray dejó que su retrato reflejase toda su maldad mientras él permanecía eterno y joven. Pero, ¿qué hubiera pedido él si hubiese tenido la oportunidad? No podía pedir nada porque tenía cuanto quisiese. Su pacto con el mal habría sido un mero capricho, tener algo nuevo de lo que aburrirse en un tiempo. Incluso pensó al conocer a Luján que pronto ya no la querría poseer, que su cuerpo le causaría somnolencia como ya se lo causaron antes todas sus amantes ocasionales. Pero no pasó así. Luján era lo que no podía tenerse. Luján era lo que Arturo siempre había deseado: la cura a su intolerancia a la frustración.

Ella era como un ángel, siempre perfecta para él, siempre doblegada a sus deseos, por más siniestros que estos fueran. Sonreía e iluminaba las habitaciones, se

comportaba como si fuera moldeable y él, Arturo, fuese capaz de hacerla a su gusto. Sin embargo no era eso lo excitante de ella, lo que hacía que permaneciese enganchado a su piel y a sus ojos tan azules. La razón de que no pudiera separarse de su pelo negro y de sus uñas carcomidas era que todo era una fachada, una impenetrable coraza de perfección, una mentira. Luján era perfecta, sí, o al menos lo intentaba con todas sus fuerzas, y el problema era ese precisamente: lo intentaba, era una pose, una máscara, no había naturalidad en ese intento. Y Arturo lo sabía. Ella comprendía tanto la libertad ajena porque valoraba en grado sumo la propia. Amaba la anarquía. Y al niño rico caprichoso se le antojaba tener la libertad de Luján, hacerla suya para siempre, que ella renunciase a todo para seguirle y así poder él aburrirse y olvidarla, como había hecho tantas veces antes.

Ahora, en la tumba fresca todavía hay ramos de flores que recuerdan el intento fallido, el muñeco roto, la angustia de saber que ella no lo amaba y por eso amarla con más ansia todavía, queriendo tener como siempre, poseer por completo lo inconcebible. Las lágrimas se le escapan por la cara. Y pensar que ese policía estúpido pensó que él podía haberle hecho daño a Luján. Le hubiera sido imposible dañarla, ella jamás le concedió tanto poder.

El piso está lleno de recuerdos de sus manos de niña perdida, huellas invisibles de sus paseos corredores por las sábanas de seda y por las copas de pastis. Perfecta en todas partes. Se descubre buscándola por las paredes, en el Goya. Se descubre pagando el precio de ser distinto, de ser adulto del todo. Hacerse mayor significa perder la memoria de los caprichos. Se siente culpable y magnifica el sentimiento de dolor mediante una adecuada copa del licor francés. No ha dejado de llevarle flores todos los días, como si tuviera que pagar una deuda antigua. Ella lo ha convertido en lo que es ahora, le ha enseñado lo que fue.

El niño caprichoso lo que tiende a ser es un niño ciego. Cómo le gustaba jugar con Luján, mantenerla a un lado a veces, llegar tarde, no cumplir con sus citas. Le encantaba jugar al escondite con ella porque la temía. Era una de esas personas que son capaces de sostenerte el espejo delante y obligarte a mirar. Y como Dorian no soportaba la visión de su retrato, tampoco él quería ver retratado al niño que era. Ese niño que no sabía lo que era luchar por algo, que no conocía el miedo. Dicen que Juan sin miedo acabó muriendo de un ataque de pánico. Más pastis para no sentir, para embriagar ese sentimiento sucio.

La culpabilidad es un descubrimiento de túnica larga y negra apostada contra el quicio de una puerta. Tiene los ojos encendidos en rojo y lleva en la mano derecha la cabeza de una cabra degollada. Señala con sus dedos huesudos la cama de sábanas de seda en la que está sentado Arturo con su copa. La mirada fría hiela el corazón. La casa se quiebra, las grietas afectan a la copa que termina fragmentada contra el suelo, el dolor se instala a vivir en las lágrimas calientes que hacen arder las mejillas. El niño mimado ha roto su juguete favorito. Unos dicen que lo era solo por ser el más nuevo. Otros opinan que no había descubierto todavía todos sus misterios y que ya

nunca lo hará porque no quedan más que restos desperdigados por la habitación, trozos de plástico sin sentido. Algunos creen que se hubiera terminado por aburrir si no lo hubiese roto. Pero claro, ya no puede probarse semejante cosa. Las flores no tienen tiempo de pudrirse sobre la tumba fresca porque Arturo las cambia cada día. Total, un niño mimado tampoco tiene mucho más que hacer.

Ella sostuvo el espejo y lo obligó a mirarse en él. Dolían los ojos, ardían las cuencas, y sin embargo miró porque era ella la que lo sostenía. Son los opuestos a nosotros a veces nuestro espejo, y ella era el polo contrario a Arturo. Sí, ella no necesitaba cosas, no valoraba las cosas. Solo esa obsesión suya por firmar todos los libros y así permanecer la ataba al mundo de los mortales. Lo demás tenía poco que ver con ella. No quería un piso bonito ni un restaurante caro para cenar. Jamás hubiese valorado un anillo de diamantes si él se hubiese envalentonado para regalarle semejante cosa. Que Luján despreciase los objetos convertía a Arturo en el niño caprichoso que era en realidad, lo recortaba contra su propia conciencia. Y eso duele. Eso da miedo. Es por ello que las huidas constantes, los desplantes que han terminado por costarle la vida. Si él hubiese llegado a tiempo ella seguiría a su lado, bebiendo pastis y firmando libros. Arturo la amaba como un niño ama lo que sabe que no le van a comprar. La ansiaba con esa ansia que produce lo inalcanzable. No se contentaba con tenerla en su cama, la quería por dentro. Y ese corazón tan impenetrable jamás le pertenecería. Aunque sí, era perfecta en todo lo demás, ella podía llegar a ser perfecta para el que quisiera si se lo proponía. Era la definitiva, pero qué difícil admitir que se la ha encontrado.

En estos días no ha parado de pensar en la chica que se hizo llamar Nuria y que le mintió para que se fuera del restaurante sin cenar con Luján. Si se la encontrase por la calle la mataría. Sería tan fácil y tan satisfactorio. Desahogaría esa angustia y esa ira que se le están acomodando en el pecho. A ratos, en ese duermevela que se ha convertido en su día a día, imagina sus manos atenazando el cuello blanco y redondito de la chica, apretando hasta dejarla sin aire. Imagina su cuerpo abierto y él arrancándole el corazón. Imagina cómo la empuja por las escaleras de un teatro en el que se la ha cruzado por casualidad. Y todas esas soñadas sonadas se le antojan curativas porque esa bruja que es la culpabilidad se aloja en otra casa, en otro rostro aunque solo sea por unos segundos y luego desaparece y llega el sueño reparador y los olores de la casa se mezclan.

Huele a flores secas a ratos. Incluso en esas sábanas ha quedado un resto de carmín borroso. A veces es como si una oleada de cerezas y lirio le llegase hasta la nariz para desvanecerse antes de poder atraparlo y guardarlo como se guardan las cosas queridas, ese perfume de la piel pálida de Luján... Eso que no se guarda, eso que no se puede atesorar ni poseer, eso que está en el aire pero es lejano, casi ausente, como una vieja canción que siempre se está a punto de tararear pero no se recuerda, así se presenta el futuro, ese en el que hay que hacerse adulto de una maldita vez y asentarse y decidir qué se quiere hacer con el resto de la vida, que quizá no sea tan

larga como había presupuesto.

Madrid I

Lo tienen aislado de los demás. A los presos no les gustan los pervertidos, por eso separarlo. Pero claro, ahí está, parado contra su reja como un dedo acusador. Es un tipo que no se distingue de ningún otro, que no se distingue del policía que lo mira y le sudan las manos porque el tipo le da miedo. Ese miedo antiguo que producen las cosas incomprensibles se instala en el corazón de los guardias. Casi ninguno se le quiere acercar. Dicen que es un enfermo, aunque no, está claro que solo es un Asesino. Pero puede que esa paz de su rostro tan común sea lo que les hace retroceder. Es un hombre sin miedo, un hombre que se ha realizado a través del crimen.

La primera noche se esperaba de él que llorase, que hiciera algo que denotase su humanidad. Pero no, durmió como un niño. Aquí lo saben todos. Dicen que la primera noche que pasas encerrado es la peor, pero claro, cualquier cosa si estás tranquilo. Ese hombre lo está. Es como si esta celda fuese el fin que estaba esperando y no pudiese preocuparse por nada más. Eso lo hace más terriblemente culpable si cabe. Terriblemente es la palabra, aunque los adverbios terminados en «mente» sean como un veneno para una descripción justa.

Hay un tipo que está aquí por tráfico de estupefacientes que dice que lo oyó gritar uno de los primeros días. Que se la había sacado del pantalón y se la meneaba delante de todo el mundo. Le echaba la culpa de su frustración a su incapacidad amatoria, a tenerla pequeña, a ser impotente, a ser solo medio hombre. Luego se reía. El policía que lleva el caso, sin embargo, le pregunta si eso es cierto y que, en tal caso, por qué no había abusado sexualmente de la víctima.

—Abusé de la víctima en todos los sentidos —dice él con tranquilidad.

—No me diga, ¿y eso por qué? Creí que solo la había estrangulado.

—No se equivoque, no fue una cuestión de «solo» hacer algo, sino de poder. ¿Entiende? La estrangulé con mis propias manos y así me fui apoderando poco a poco de todo lo que esa chica fue, amé a sus amantes, lloré con sus frustraciones, me emocioné con sus triunfos. Y conforme ella respiraba con más y más dificultad, también abusé de su futuro, cogiéndolo entre mis manos y destruyéndolo.

—¿Es usted homosexual?

—¿Por quién me ha tomado? Claro que no. Entonces supongo que hubiese matado a un hombre y no a una chica.

—Pero matar a una mujer es más fácil. No es usted un hombre muy fornido y con un hombre hubiese podido fallar, las fuerzas podrían haberse puesto en su contra.

—No tiene nada que ver con eso. Tengo una novia, pregúntele a ella si soy

homosexual o no.

—¿Es cierto que dice que ha hecho todo esto porque es un inválido sexual?

—Y aunque lo dijera, ¿cree que sería cierto? El problema es que no he tenido ninguna razón para hacerlo. En esta cárcel ya salen bulos por todas partes que les ayudan a dormir tranquilos, una excusa para que un hombre común y corriente como yo haga algo semejante. Pero sabe muy bien, usted que es un tipo listo que me pilló con lo de los cristales, que todo es mentira, que no hay razones para matar. Es excitante, solo eso. Es como si le diesen el poder de comerse un alma humana, ¿usted no querría saber a qué sabe?

—Creo que yo no.

—Pues yo creo que cualquiera querría en cuanto reflexionase un poco. Al principio diría que no, horrorizado. La primera noche no dormiría dándole vueltas al asunto. Y luego, al final, se daría por vencido a la evidencia de que siente curiosidad. Y la curiosidad es una cosa que hay que satisfacer, ¿sabe? Porque si no a uno se le clava dentro y ya no le sale en toda la vida. Y quizá luego sea peor. Si siente curiosidad por matar es mejor que lo haga de inmediato o al final cometerá un acto mucho más sádico, tortura, violación, qué sé yo.

—Es usted un enfermo.

—No, no lo soy, y ese es el problema: que razono con cordura, que me siento poderoso porque estoy satisfecho y ahora me da igual qué pase. Total, aquí hace años que no hay pena de muerte.

—Porque hay cosas peores que la muerte. O eso espero, por lo menos.

—En el fondo creo que, en contra de su voluntad, me está dando la razón.

La psicóloga dice que el tipo ha desarrollado un trastorno narcisista de la personalidad en el que él es el centro de todo lo que le rodea. Se toma a sí mismo por ejemplo para justificar sus actos y juzgar a los ajenos. El problema es que al policía que lleva a Orwell en el coche para no perder la perspectiva, este Asesino le parece el colmo de la cordura. Su discurso es correcto y coherente y su rostro es sereno y calmado, como la visión de un campo de trigo. No hay rabia en él, no hay nada que lo des controle. Es curioso hasta ver cómo hace la cama por las mañanas, con qué cuidado dobla la sábana.

—Se ha confundido a usted mismo con Dios, creo yo. Y también creo que no es la primera vez que mata.

—Pero no va a conseguir pruebas ni de lo uno ni de lo otro o ya me habría acusado de algo más, ¿no?

—Quizá las consiga.

—No lo creo, pero lo puede intentar. Usted mismo. Yo tengo un montón de tiempo aquí metido. Creo que hasta me voy a hacer un curso universitario o algo así. ¿Sabe? Creo que usted me tiene miedo.

—¿Y por qué piensa eso?

—Porque soy demasiado normal. Al resto de los internos les provoco pavor, tanto

que quisieran quitarme del medio con una paliza o una puñalada. Los guardas me miran raro. Y usted es tan inteligente que es el único que me mira de frente, pero también me teme. Me estudia porque soy como el caos, soy impredecible, violento y estoy muy sano aquí —se da unos golpes en el cogote pelado—. Soy como usted, soy como su lado oscuro.

—¿Qué le hace pensar que tengo un lado oscuro?

—Por el amor de Dios, todos tenemos uno más o menos controlado. Y hay personas que nos lo evidencian. No me diga que su señora no le ha sacado alguna vez tan de quicio que hubiese querido pegarle un tiro.

—No, nunca, yo amo mucho a mi mujer.

—Bueno, y no hablo solo de pegarle un tiro a su esposa o madre, sino también a esas chicas insinuantes que se cruzan todos los días en la vida de uno. Mujeres que huelen bien y que no llevan ropa interior en sus fantasías, mujeres a las que le gustaría arrastrar a un callejón...

—Está bien, basta, creo que ya he oído bastante por hoy.

El Asesino sonrío. Es posible que el policía se haya sonrojado porque recuerda una piel que no era la de su mujer, un perfume que le volvía loco, un error que duró demasiado y que casi acaba con su matrimonio. Eligió a su esposa, pero siempre recordará a la otra, su risa, su deseo ardiente, su ropa demasiado estrecha...

—¿Sabe? Déjeme que le diga algo antes de marcharme: yo antes era estúpido. Era un tipo aburrido y más bien tonto. De casa al trabajo y de ahí a beber cerveza con los amigos o a casa de nuevo. Fútbol, bocadillos de calamares, colesterol subiendo, una mierda de vida sin sustancia. Pero luego asesiné. Y matar clarifica la mente, señor madero. De repente ves el mundo con otros ojos y te gustaría tomarlo por asalto. Te preguntas qué habías hecho todo ese tiempo sin saber lo que otros ya sabían: el ser humano debe ser libre y esto es la selva, qué joder, nadie juzga a un león cuando se come a un bicho de esos que pegan saltos en los reportajes que veo para dormir la siesta.

—Pero eso es diferente, el león mata para alimentarse.

—No se equivoque. El león mata porque la gacela es débil.

Es espeluznante ver cómo sonrío ese hombre que siempre come solo, que pasa tanto tiempo en su celda sin hablar y que hace la cama con tanto cuidado. Los que friegan los pasillos lo hacen más deprisa cuando pasan por ese ala. No quieren verse reflejados en los ojos calmos y un tanto acuosos de ese Asesino en concreto, de ese hombre tan como cualquier otro que desasosiega el ánimo.

Antón Martín

Después todo fue correr. Correr por las calles de Madrid ciega por completo, sin poder pensar, sin poder huir de dos imágenes que venían enlazadas como por encanto, pero sí, sería un encanto diabólico, una maldición, una tentación del infierno: primero la mano de Luján con su esmalte carcomido en las uñas enlazada a la suya en el concierto de Antonio Vega, sentir su frío, su maravilla, y luego esa mano descarnándose al separarse de la suya y ya el charco de sangre en mitad de la calle ennegreciendo el asfalto. Si hubiese podido así deshacer la imagen en pequeños fragmentos que se hicieran más soportables, habría corrido con los ojos cerrados. Pero ni siquiera de esa forma iba a deshacerse lo hecho. No iban a volver los conciertos, ni Antonio Vega, ni siquiera Luján, porque estaban todos muertos como en una canción sobre hojas secas que caen de los árboles. Todos muertos ya. No hay manos que se unan. Hay belleza en una desaparición, pero nada más.

Belleza. Minerva se preguntó entonces por qué ella tendría que ser así, por qué tendría que buscar belleza en todo hasta encontrarla y enamorarse de ella. La culpabilidad la perseguía por esas calles por las que iba corriendo. Belleza. Había encontrado hermosa a Luján en el suelo, desvencijada como una silla vieja, húmeda de rojo y negro, con aquello brillante y plateado, aquel cuchillito de acero, saliendo de la mitad del pecho como el mástil desnudo de una bandera. Y eso, ese detalle, haberlo encontrado hermoso, la hacía aún más culpable.

Comenzaron los «y sis» mientras corría: «Y si ella no hubiese ido ese martes al teatro», pero cómo no ir a ver a la reina de los mediocres con aquella peluca rubia brillando entre la basura; «y si Luján se hubiera quedado con ella», pero no podía exigirle eso, más bien era Minerva la que siempre encontraba la manera de ponerse a disposición de Luján; «y si no la hubiese seguido hasta el restaurante», imposible, la cadencia de sus caderas era tan hipnótica que la hubiera seguido al fin del mundo si a ella le hubiese dado por ir hasta allí; «y si no le hubiera mentado a aquel chico», y ahí sí que la culpabilidad como una tenaza hizo que se detuviera junto al cine Doré, se apoyase en sus muros y respirara con dificultad. Si ella, Minerva, no se hubiese interpuesto entre el chico de la pulsera de hilo y Luján disfrazada, Luján seguiría viva porque habría vuelto acompañada a casa. Necesitaba una cerveza.

Se metió en el primer bar que encontró, un sitio cutre con las paredes cubiertas de una grasa de siglos que ya no era ni pegajosa, con bocadillos de calamares a dos euros cuya procedencia era mejor no preguntarse y lleno de extranjeros borrachos y semiadolescentes que, era más que probable, disfrutaban de la beca Erasmus. Los camareros, que parecían dormidos a esas horas, ponían las cañas con una destreza

impresionante (y le resulta curioso a Minerva ahora que hace la maleta a toda prisa en su piso de Delicias, recordar con detalle la forma en la que la espuma caía, el olor a frito, la mano del camarero dando fuerza a la cerveza con el gesto ausente del que ha hecho algo muchas veces). Empezó a beber allí. Le parecía, eso lo recuerda, que el alcohol la tranquilizaría como una poción mágica. Necesitaba beber para no pensar, beber para olvidar lo hermosa que le había parecido aquella catástrofe. Era terrible que le hubiese gustado la imagen, la composición de las formas, el cuerpo sobre el charco. Beber para no sentir que ella tenía parte de culpa en aquella bella estampa del horror. Y pidió una cerveza y luego otra más. Al final estaba claro que empezaría con los gin-tonics. No sabe los que se bebió, pero no fueron pocos. Se introdujo en la conversación de los becarios postadolescentes. Ellos estaban encantados, Minerva habla alemán, inglés e italiano y casi podía conversar con cada uno en su lengua mater. Resulta cómica en el recuerdo, la lucidez con la que manejaba los diferentes idiomas, sin equivocarse ni una vez en la procedencia de aquellos muchachos ebrios y lustrosos de ojos maravillados por la «bellísima Spagna». Hablaron de arte y de arquitectura. Eran aspirantes a director de museo la mayoría o a conservador desencantado. Ella había vivido en Florencia un año, dio para mucho ese tema. Recuerda que hasta en un momento se sintió orgullosa de sí misma en un relámpago de lucidez: estaba manteniendo una animada conversación con unos desconocidos, unos jovencitos adorables que parecían saber de la vida más que ella misma, coqueteando, haciendo guiños en idiomas, sonriendo. Recordó cómo había querido absorber de Luján esa vivacidad que ella tenía, cómo había deseado apropiarse de ella y saborearla, cómo había envidiado su capacidad social y de golpe se sintió triste y quiso echarse a llorar. Si Luján la hubiese visto fingirse no afectada, si la pudiese seguir con su mirada de alma errante hasta los erasmus, se hubiera sentido orgullosa. Minerva sociable, y sí, la misma Minerva aterrorizada por su manera de ver el mundo y de sentirse ante él, ahora comentando las formas libidinosas del David de Miguel Ángel.

Se fue con ellos a una discoteca de música machacona e insistente, uno de esos sitios a los que nunca había pasado por falta de valor y quizá de curiosidad. Pagó la entrada de casi todos ellos y cree que bebió más de tres copas dentro. Tenía tanta sed... Era como si su cuerpo fuese un pozo seco, un pozo sin fondo que bailaba y se retorció entre luces parpadeantes de colores y cuerpos sudorosos. La sed se apoderaba de su garganta y salían de ella cantos rituales como gritos sin sentido, guturales, liberadores y melancólicos, sedientos también de una vida que nunca fue la suya, que tenía la sensación de haberse perdido. Y la voz se le confundía entre la gente apretujada, devolviéndole el sonido seco de otras gargantas que no eran la propia y que se mezclaban en la mesa de tres platos del pincha-discos. No quería sentir y casi lo consigue. Se trasladaba como en trance de unos brazos a otros, moviéndose contra los jóvenes fascinados que se pasaban cristal de éxtasis de lengua a lengua, parada de golpe ante la torre humana del go-go brillante y perfecto que subido en una tarima

semidesnudo, movía las caderas en golpes espasmódicos.

—Eso sí que es una obra de arte —dijo.

Y se echó a reír por su ocurrencia con tanta fuerza que la arcada se le subió al puente de la nariz y giró su ruta hacia el servicio. Estaba pálida en las paredes de espejo, tanto que la mayoría de jovencitas de tacón alto y maquillaje nocturno la dejaron pasar delante. Recuerda que pensó qué cantidad de gente salía un martes noche y que jamás lo hubiese imaginado, antes de tropezar con sus propios pies y caer hacia delante en el suelo algo húmedo. Su imagen repetida hasta el infinito, con la falda blanca desmayada sobre la espalda mostrando la ropa interior de algodón, esa ropa interior mojugata que empezó a odiar en aquel mismo instante, y los muslos desnudos y varicosos, le devolvió la inmensidad de su patetismo y le hizo reconocerse que debía volver a casa a llorar o a lo que fuese antes de que la situación se agravase si es que todavía podía hacerlo. Varias chicas de vestidos imposibles y delgadez infrahumana se le lanzaron encima para levantarla entre preocupadas y burlonas. Hizo falta tres intentos para incorporar a la Minerva avergonzada, que ya ni siquiera tenía ganas de vomitar.

La calle parecía fría de golpe, como si la primavera hubiese huido con su sentido del ridículo. Las farolas no iluminaban lo que debieran, todos los coches estaban parados y vacíos, se podía escuchar silbar el aire contra el asfalto, chocando contra él y volviéndose de repente otro, como ausente y menos impetuoso, más absurdo. La cabeza de Minerva daba vueltas entre los cuerpos que había tocado aquella noche, hasta puede que probase el éxtasis, no es capaz de recordarlo con claridad. Sus pies se encaminaron solos por entre las calles desiertas, esas calles que parecían querer decirle algo que ella no comprendía. Y quizá fue la vuelta al cuerpo cubierto de sangre lo que le hizo tener tanto miedo al silencio de esas calles que vomitó de pánico en una esquina. No podía volver a casa. Por allí ni siquiera parecían pasar taxis. Es por eso, por el terror, que se metió en el primer hostel que encontró a su paso y pagó por adelantado. Después vomitó su alma y su recuerdo antes de quedarse dormida olvidando poco a poco la muerte de Luján, aquella de la que había sido testigo y culpable.

Ahora la maleta está sobre la cama abierta, recibiendo todo lo que se puede recibir en una maleta. Ha vuelto de su paseo, un paseo que la ha obligado a recordar todo lo que sucedió aquella noche, y no puede soportarlo. Tiene que salir de Madrid, llevarse lejos su culpa, ver el mar, sí, ver el mar le parece buena idea. Huye hacia Barcelona, a pasar allí unas merecidas vacaciones. Le duele el pecho, apenas si es capaz de respirar sin echarse a llorar. ¿Para qué va a decidir qué se pondrá en las vacaciones? Se lo puede llevar todo y allí elegirá. No hace falta más. Lectura quizá. Bueno, en Barcelona también se pueden comprar libros, no se los llevará puestos pues. Se dice a sí misma que no tiene término medio. Quisiera morir ahora porque el mundo no se ha enterado de la muerte de Luján. Y sobre todo no se han enterado de que ella lo vio todo, estaba presente y no hizo nada porque la belleza de aquella

violencia gratuita la hipnotizó. ¿Y si se estuviese volviendo loca? Esa parece la excusa de una enferma mental. No salió de detrás del contenedor porque Luján era hermosa hasta muriendo. No, no es cierto. La paralizó el pánico, y su reacción posterior fue de lo más absurda: se echó a la calle, bebió, se drogó, durmió sola en un hostel porque al menos tuvo la decencia de no ligarse a uno de los erasmus. Llama a la librería. Sus empleados no dan crédito. Se le entrecorta la voz cuando dice que no sabe cuándo volverá de Barcelona, pero que ellos pueden hacerse cargo solos. Que no se preocupen, que les compensará con días libres.

—¿Estás bien? Te noto rara, Minerva.

—Es que me ha surgido una cosa en Barcelona y tengo que ir a ver el mar, lo siento, pero es muy importante.

—¿El mar? ¿De qué estás hablando?

—Bueno, no importa, da igual. El caso es que me tengo que ir y que es vital que me vaya y que os podéis hacer cargo de la tienda mientras no esté, ¿verdad? De todas formas tendré el teléfono encendido por si necesitáis algo.

Ver el mar para asumirlo. Sentarse vestida en la playa de la Barceloneta, correr hacia el agua e imaginarse caminando hasta desaparecer. Sin embargo no hacer nada de todo eso. Volver a su sitio en la arena, donde el hueco de su cuerpo había dibujado dos medias lunas, y mirar la danza de las olas una y otra vez. Preguntarse por qué no había ido a la policía y responderse que, total, ¿qué les iba a decir?, ¿que a Luján la había matado un tipo que se parecía a cualquiera y que, además ni siquiera parecía haber deseado atacarla, sino que fue ella la que atacó primero como si se defendiese de una amenaza invisible? ¿Qué decir?, ¿que Minerva no había hecho nada porque se había pasado tanto tiempo en los libros que no pudo soportar que la vida le escupiese así a la cara? Tendría que admitir que tuvo la culpa porque desvió el camino del tal Arturo, tendría que decir que no hizo nada cuando hubiese podido al menos gritar. Y antes que eso la huída, leer a Virginia Wolf tirada en la arena sobre la chaqueta, resistiendo los golpes de la brisa contra la cara, intentar olvidar y al mismo tiempo resarcirse en el dolor que le sube de vez en cuando por la garganta, siguiendo el ritmo cadencioso de las olas contra la Barceloneta.

Plaza de Chueca

Si total el mundo se ha vuelto de un desordenado insoportable, no importa la pequeña cuota de locura personal que cada uno se permite. Otra cerveza observando en derredor si alguno de los presentes es el elegido, pero claro, en la foto de bakala solo se mostraba un torso desnudo y un calzoncillo abultado, así que será difícil distinguir quién es si va vestido. Didier se aburre. La vida en Madrid se ha vuelto extraña desde que es más excitante buscar conexiones entre asesinatos que encontrar amantes ocasionales en las páginas de contactos de internet. Estos niños... Piensa en Sansprénom y en Paula y todo se le vuelve desconcierto. Desde el primer instante supo que entre ellos había una conexión especial, como si se rellenasen mutuamente los huecos para dar un ser completo que antes de eso no existía. Pero, ¿y si ese ser completo fuera un monstruo? A veces le entraban escalofríos cuando veía la mano del gigante rodear con cariño el cuello de ella. Y eran unos escalofríos parecidos al presentimiento de algo terrible, como cuando se sabe que se va a suspender un examen antes de que te lo pongan delante. Pero, en fin, puede ser una tontería, total hace muchos años que Didier no hace un examen. Podría ser cualquier cosa. Esa frialdad de Paula cuando habla de los asesinatos se transforma en los ojos tiernos de Sansprénom como si la encontrase bella por su incapacidad emocional, sí, quizá el mundo se esté volviendo loco y lo que Didier necesite sea echar un polvo para volver al menos a una realidad reconocible. Porque uno corre el riesgo de dejarse fascinar por la sangre y entonces...

No comprende cómo se dejó convencer. Al principio le pareció absurdo y parece cierto eso de que si todos nos dejásemos llevar por nuestra primera impresión nos iría seguro muy bien. Pero claro, después lo encontró interesante y hasta divertido. Se recuerda a sí mismo recortando noticias de asesinatos y se da un asco que no se aguanta. Pero más que nada por el interés que puso en recortar y clasificar como si atesorase indicios de dónde se había hundido la Atlántida. Encenderse un cigarro y repasar visualmente la bragueta de todo el que entra en el bar por si la similitud con la foto del torso da alguna pista. En fin, la vida es extraña. Lo cierto es que, ¿por qué no asumir el absurdo de las cosas? En el fondo sería todo más fácil asumiéndolo. Qué extraña Paula dejándose caer sobre el pecho de Sansprénom, con los ojos entrecerrados por el placer que da la proximidad, qué extraña verla humana sabiendo lo que de ella se sabe ya y se admite como hecho incorregible. Paula pudo matar en un momento, y alguien que en un momento pudo matar puede volver a sentir esa necesidad algún día. La vida es así. Pero también hay que saber admitirse a tiempo que ese concepto se ha extendido entre ellos como una enfermedad contagiosa y

ahora es Sansprénom el que parece ir a asesinar a cada momento y él mismo, Didier el encontrador de imposibles, se sorprende subrayando causas de la muerte de desconocidas en el periódico. La vida es una jaula de grillos.

El chico que se presenta es moreno y no muy alto. Distingue a Didier porque al menos él tuvo la decencia de poner una foto de su cara. Se sonríen. La verdad es que a juzgar por lo que vio en bakala nunca se lo hubiese imaginado así, pero bueno, tiene una bonita sonrisa y un trasero interesante. Estudia arte dramático, claro, estos actores son siempre bajitos. Esperemos que el ego no se trague las ganas que le están entrando a Didier de hallar desahogo en un cuerpo ajeno y extraño, ausente de golpe, cuando se pone los pantalones y se marcha con un «ojalá que volvamos a vernos». El mundo reducido a un solo agujero.

Pasean por la plaza de Chueca, arriba y abajo como dos trompos de carne, conversando sobre las estupideces que hace cada uno con su vida. Didier encuentra divertido decir que dirige cortometrajes, aunque no sea cierto, y al chaval le brillan los ojos, claro está. Estos actores son todos lo mismo, mucha explosión y mucho ego pero poco arroz para tanto pollo, ¿o era al revés la cosa esa que decía Paula? Lo piensa unos segundos mientras el chico, tras sus gafas de pasta, habla de lo profundo que es el arte dramático y lo desconocido de lo que se saca de uno mismo. Sí, claro, muy bien.

—La chica estaba loca por mi tío, ¿sabes? La carta era total. Y no te imaginas la cara del gigante cuando se reconoció en lo que ella contaba. Debe ser extraño que hablen de ti en un texto que viene de una tumba.

—Eso me recuerda un poco a todas las amadas muertas de los románticos, esas virginales heroínas cubiertas de gusanos.

—Yo pensé en Poe y hasta en Baudelaire. En fin, a veces la vida se pone de un literario...

Sansprénom se rio como hacía tiempo que Didier no lo veía reírse. Bueno, la verdad no es que sea un tipo muy jocosos, hay que admitirlo.

—Estáis fatal de la cabeza los dos. Menos mal que el que aparecía en la carta era yo, porque si no hubiésemos tenido una larga disertación sobre la metaliteratura en el romanticismo de la vida o algo por el estilo. Cuando os ponéis pedantes no os soporto —y a pesar de lo duras que pudiesen parecer esas palabras, sonreía de forma amplia y franca.

—Bueno, el caso es que nuestra querida muerta, Luján, me caía mal, como todos sabéis, porque había hecho sufrir a mi tío Pedro que es una de mis personas favoritas en este mundo. Pero ahora, después de la carta de ultratumba, ya no pienso que mi tío fuese mucho arroz para tan poco pollo, y que quizá ella era una mujer conflictiva pero interesante.

—Eso es porque no le gustaba Marga.

—¡Sansprénom! ¿Has dicho Marga? No me puedo creer que hayas nombrado a la innombrable. Eso es que te estás curando.

—¿Curando?

—Sí, verás, es que le suelo decir que me tomo como un trabajo personal el quitarle los doscientos treinta y seis traumas que le ha causado esa mujer. Y veo que ya lo he conseguido con doscientos treinta. No está mal.

—Sí, supongo que si soy capaz de nombrarla estamos en el buen camino. Pero claro, hasta según la muerte maté a Marga, y si a estas alturas no hacemos caso de los muertos...

—Al menos a los muertos hay que respetarlos.

—Sí porque, como dice Roy Batty, sus recuerdos «se perderán como lágrimas en la lluvia».

—Te pones tan bonita cuando hablas de cine que casi no lo soporto.

—Sois los dos un par de cursis.

Así que era «mucho arroz para tan poco pollo», bien, pues eso, ¿qué más da? Total el chico parece animado por la posibilidad de tirarse a un director y a Didier tampoco le apetece otra cosa. No lo quiere precisamente para escribir un libro sino para quitarse de la boca ese sabor a cartón ahumado que deja la sensación de haberse perdido algo. ¿En qué momento pasó el asesinato a resultarle divertido? Era como ver una película, casi como hacer una película, buscar todas esas pistas, cuadrarlas, recortar las noticias, adelantarse a Paula y Sansprénom en Casa Federica y sentir una mezcla de envidia y asco cuando ve su danza apareatoria, sus gestos amorosos, su complicidad de asesinos potenciales. Y quedarse fuera, analizar la circunstancia y sentirse solo aunque lo obligasen casi a participar. Él no ha amado nunca tanto como para haber matado. El chico le servirá al menos para entretenerse.

Le pone una copa al llegar a casa. El chico se extraña de que el piso de un director sea tan pequeño y oscuro, que todo parezca viejo. Pero no protesta a buen seguro por los carteles de películas de David Lynch que cubren las paredes. Cuando piensa esto a Didier se le ocurre una idea absurda y divertida. Se lo dice al muchacho.

—¿Has visto *Blue Velvet*? ¿Cómo es en castellano...? ¿Lo han traducido igual? ¿Es *Terciopelo Azul*?

—¿La de Lynch? Sí hace un montón de años, no la recuerdo muy bien. Había un tipo con un fetiche por el terciopelo, ¿no? Uno que llevaba una mascarilla de oxígeno.

—Sí, bueno, más o menos eso es. ¿Te apetece verla?

—¿Ahora? Creí que...

—Lynch me la pone dura.

Le cuesta no reírse mientras le entrega la copa al muchacho que se sienta encogiéndose los hombros. Total, ¿por qué no ser naturales? Le apetece follar viendo *Terciopelo azul*, ¿qué tiene eso de malo? Un poco perverso sí que es, pero tampoco es para tanto. Le resulta peor ese morbo por la muerte de Luján, la desconocida cada vez más conocida que se presenta en cada esquina con unos ojos tan azules como la bata de Isabella que oscila como al ritmo de una respiración agonizante en los títulos de

crédito. Sí, definitivamente bajarse los pantalones delante del chico este (a lo que él, obediente, responde arrodillándose mientras Isabella hace lo propio desde la pantalla cuchillo en mano) resulta cuanto menos inquietante. Pero bueno, esta también es una forma de normalizarse, de guardar el equilibrio ante la cuerda floja del asesinato, de Paula y Sansprénom hablando de cuerpos inertes y bellas amadas cubiertas de gusanos porque, al final, la vida es eso: todo se reduce a un agujero en el que guarecerse, un agujero que penetrar o uno en el que pudrirse, pero un agujero al fin y al cabo aunque a veces se llame película, a veces sexo o a veces tumba.

Calle Santa Isabel

Hay dos habitaciones dobles y a Arthur se le antoja que un juego de puertas nocturno podría estar bastante bien si tenemos en cuenta que, no se sabe por qué razón, le ha tocado dormir a él con Marquitos cuando lo más lógico hubiera sido que el niño compartiese habitación con su madre. Pero bueno, parece que las dos chicas han decidido tomarse el viaje como algo romántico y eso no es un buen comienzo que digamos. Qué le vamos a hacer, no se puede pedir que todo sea perfecto. Además, ¿quién dijo que quedarse a solas con Rosa iba a ser fácil? Marcos, por Dios, deja de saltar encima de la cama.

—Estás reloco, vos —dice Sibila entrando en la habitación sin llamar—. Este lugar está bárbaro, che. Te habrá costado una millonada.

—No es para tanto. Lo mejor para mis chicas favoritas, ya sabes.

Si se mordiese la lengua en este momento caería fulminado por hipócrita, y no le estaría mal empleado. El gran poeta enamorado de la musa mintiendo para conseguir a la musa. Y la musa ni se entera, es posible que deshaga la maleta indolente en su cuarto pulcro donde esta noche hará el amor con la abeja argentina que gira sobre sí misma y toma al niño en brazos, el cual se desprende de ella con un leve empujón y un arrugar la nariz que a Arthur se le antoja admirable. Ojalá él pudiese deshacerse de Sibila tan fácil.

—Decime, ¿cómo se te ocurrió traernos a España, inglesito? ¿Vos sabías de mi crisis con Rosa?

—¿Crisis? ¿Qué crisis? No, se me ocurrió que podíamos hacer un viaje en cuanto abrieron los aeropuertos. Era tan triste estar encerrado.

—Sí, supongo que uno no valora la libertad hasta que se la negan.

—Pero, ¿tienes problemas con Rosa?

—Es raro, ¿viste? De golpe me pareció que ya no era la misma. Estaba fría y distante... boludeces mías, ¿sabés? No sé. El tiempo mella las relaciones, che.

A Arthur le cuesta disimular la euforia. Quisiera preguntar cuál fue el momento exacto en el que a Sibila le pareció que Rosa cambiaba. Si ese instante correspondiese al que ellos quedaron sin haber querido quedar, cuando Rosa le dijo que deberían besarse solo por deporte y ahí Arthur descubrió que los dos eran moscas y que al carajo con el cristal que los separaba desde hacía años, si correspondiera, entonces...

—¿Te podés creer que he encontrado entradas para el teatro esta noche?

—Cambias de tema, veo que te afectas demasiado por esto.

—No, lo cierto es que... ¿viste?... no creo que vos seás la persona más adecuada para hablarlo, ¿entendés? Pero bueno, encontré entradas para el teatro esta noche y se

acabó, carajo. A ver si España nos viene tan bien como espero.

—¿Y qué vamos a hacer con Marquitos? ¿Se viene?

—¿En qué pensás, Arthur? Contraté una canguro para esta noche.

—¿Rosa está de acuerdo? —se le ocurría que a Rosa no le iba a hacer mucha gracia dejar al niño con una desconocida la primera noche.

—Protestó y se enojó, pero, ¿qué querés?, tengo un encanto irresistible. Aceptó, chirriando los dientes, pero aceptó.

—Me gusta la idea, Sibila, me gusta mucho. Aunque a juzgar por lo protectora que es Rosa con el niño me extrañaría que no tuviésemos que volver en mitad de la función.

—No te preocupés tanto, ya arreglé eso. Si Marquitos estornuda, la muchacha nos mandá un mensaje. Rosita se queda más tranquila con esas cosas.

Sibila guiña un ojo y de repente Arthur siente como una extraña y lejana ternura por ella, una ternura que tiene la calidez y consistencia de un buen recuerdo. Le viene a la mente la Sibila de detrás de una barra, la que lo acompañaba a los recitales tocando su violín, la que le ayudaba a ligar en los bares noctámbulos de la gira. Se da cuenta de que hacía tiempo que no sentía ese compañerismo por ella, esa dulzura en los miembros cuando su rostro se iluminaba por una sonrisa a tiempo o un guiño como este. Siente pena. No le gusta que sea Sibila precisamente la que se interpone entre Rosa y él. Si pudiera evitar hacerle daño a esa mujer que es como una escultura, a esa mujer siempre animosa y tan buena amiga. Pero todo se le transforma en la mano de Rosa en el aeropuerto del DF, rozando la suya con una calidez extraña en ella, agarrando unos segundos las yemas de sus dedos, dejando escapar una leve sensación eléctrica. Rosa había respondido a él, había sido ella la que había retirado el cristal, era ella la que había dicho que debían besarse. Arthur había respetado a Sibila todo lo que había podido, todo lo que se había podido permitir. Pero no, una mosca nunca debería aparearse con una abeja. Ojalá no hubiese sido Sibila sino otra cualquiera, o quizá otro con el que hacer competencia más directa. Pero la vida es así. Si no hubiese sido Sibila quizá nunca hubiese vuelto a Rosa, no hubiese vuelto a la musa.

Rosa aparece en el quicio de la puerta y Marcos salta de la cama al suelo con una risa tan parecida a la de su madre que Arthur la recibe como un disparo. La madre se lleva al niño al otro cuarto tras dedicarles unas palabras sonrientes a ellos dos que se quedan, palabras que Arthur no procesa porque está demasiado embelesado en el cuello de Rosa, despejado y estrecho, con los tendones marcándose desafiantes, sustento de esa cabecita que es como un tesoro.

—Arthur. ¡Arthur! Te quedás fijo como un boludo.

—Perdona, Sibila, no sé en qué estaba pensando.

—Y no te creas vos, que yo sí.

Sibila se sienta en la cama donde saltaba antes el niño con las rodillas separadas como un hombre, la blusa se le entreabre cuando apoya las manos atrás dejando ver

con claridad que no lleva sujetador. Arthur intenta apartar la mirada del incipiente pezón que se insinúa por la abertura antes de que su amiga se de cuenta, pero no importa. Ambos en realidad están más pendientes de otra cosa, una cosa que no se dice pero está en el aire, en esas palabras que dejan claro que Sibila sabe algo que intenta decir de la mejor forma posible. Arthur siente cómo el corazón le palpita en el pecho y piensa en pezón de Sibila y en «yo sí» y en cuello de Rosa y en Rosa inclinándose ante el pezón de Sibila para agarrarlo entre los dientes y en «yo sí», que insinúa un último «sé» que no se dice porque el cuello y el pezón y esas dos mujeres separadas ahora por una pared.

—Hace tiempo que pensé hablar con vos de esto de Rosa, pero no supe cómo empezar y siempre confié en que se te pasara. Pero esto de Madrid es la gota que rebalsó el vaso, ¿entendés?

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Vos me tomás por boluda? Que me lo haga muy bien no significa que lo sea. He visto cómo la mirás, cómo hacés que no la soportás cuando quizá antes era cierto pero algo ha cambiado, en vos, en Rosa. Decime, ¿vos de verdad pensás que no me enteré? Te creés que estoy aquí al pepe.

—¿Qué?

Sibila suspira y se incorpora un tanto hasta apoyar los codos en las rodillas. La blusa se abre más todavía y ya los pechos no se insinúan sino que se ven claramente, casi aplastados contra los brazos. A Arthur le sudan las manos, siente que se marea y se sienta en la otra cama, frente a Sibila que tiene la cabeza inclinada hacia el suelo, el cabello rubio descolgándosele por delante. Cuando alza la cara y sus ojos azules se encuentran con el inglés están húmedos y la voz le tiembla al decir:

—Empezaré de otra forma. ¿Qué pasó el día que vos te viste a solas con Rosa?

—Nada. No pasó nada Sibila, no sé de qué estás hablando.

Y en cierto modo no mentía. Había pasado el agrietamiento del cristal pero, ¿cómo explicarle eso a alguien que no fuera una mosca? Y además no había pasado nada, nada que ella pudiera entender al menos. O que Arthur, en mitad de su desorientación, le pudiera explicar.

—¿La tocaste?

—No, Sibila, no.

—¿Por qué Rosa te dijo que se deberían besar solo por deporte, decime, si no la tocaste?

Arthur se queda helado, ni siquiera abre la boca. Sibila lo saca de dudas.

—Rosa me dijo nada más llegar. Rosa me lo cuenta todo, pelotudo. ¿Creés que no sabía que te conocía de antes? Cuando le hablé de vos, antes de que te fueras al DF, me contó todo. También lo de la pileta. Y que vos la querés.

—... la quería, la quería... la quise... no sé... Sibila... la quise, así, en pasado.

—No, zonzo, la querés, por eso la mirás como la mirás y por eso nos traés a Madrid, es por Rosa, porque querés a Rosa. Pero escuchame, si creés que te va a salir

bien la jugada vas listo porque yo...

Ahora Sibila llora y no puede seguir. A Arthur le preocupa la puerta, que Rosa pueda entrar, o el niño. No sabe si abrazarla o no, aunque al final resuelve que sí, que no la puede dejar en ese estado, se sienta a su lado y la atrae contra su pecho. Sibila es cálida y huele bien. Entre sollozo y sollozo gimotea que no puede más con esta situación, que siempre supo que algo así pasaría porque Rosa siempre estuvo antes con hombres y ella no podía darle eso, pero que le parecía que él, siendo su mejor amigo, debería haberle dicho, o haberla respetado. Arthur se siente fatal. De repente notar a Sibila humana, temblando, llorando, triste, le hace ser culpable. La ha traicionado, en todo eso tiene razón. Pero es que Rosa es la musa y además su musa, la que habla con él en el idioma estúpido de las moscas.

—¿La quieres mucho?

—Es mi vida entera, Arthur.

La voz de Rosa se interpone entre las palabras del poeta y Sibila antes casi de que puedan salir por su boca. Parece enfadada. Pues sí que empezamos bien el viaje. Es curioso que la musa parece ignorar la existencia de Arthur y se dirige únicamente a Sibila en un tono tan desagradable que no parece salir de Rosa, sino de una desconocida. Habla de lo poco que la conoce su amante si todavía duda de ella con lo que han hablado del tema. Que ella no necesita para nada lo que Sibila dice que a ella le falta, que si lo necesitase estaría con un hombre, pero que no lo está, que está con ella, que son una familia. Sibila intenta entonces decir algo sobre Arthur, pero Rosa no parece querer permitir que meta a Arthur en todo eso. Incluso pide al poeta que se vaya al otro cuarto con el niño, lo que es para él un alivio porque empezaba a sentir de una forma tan intensa que estaba fuera ya, que el sentimiento de decepción por las palabras de Rosa le estaba llenando el pecho de una manera insoportable. Suelta a la argentina que parece avergonzada por el número y se dirige a la puerta mientras ve cómo la musa ocupa su lugar junto a Sibila y le seca las lágrimas con los dedos, le besa la cara y la llama tonta en tono cariñoso. Un tono que a Arthur le escuece en lo más profundo del alma. Rosa le había contado todo a Sibila y ella, tan buena amiga y tan insegura en el fondo, había guardado silencio un año entero por respeto a él, la mosca que se va con sus zumbidos a otra parte porque no es bienvenida a la habitación que ella misma está pagando.

Puerta de Moros

—¿Tú crees que sería capaz de asesinar?

—Por supuesto que sí, Sansprénom, ya sabes que pienso que todos seríamos capaces.

El verano empieza a abatirse sobre los tejados de Puerta de Moros que se ven desde el balcón del piso de Plaza del Humilladero. Incluso las palomas parecen absortas, volando en círculos sin terminar de decidirse por bajar a descansar a un árbol. Paula se acomoda contra el pecho del gigante y piensa en qué verano más pegajoso van a pasar ellos dos, que ya tienen tanto calor en la piel en pleno invierno. Encuentra curioso que no le desagrade la idea. No se hubiese imaginado a sí misma en esa situación ni en sus mejores sueños. Apoya la cabeza en la tripa que sube y baja al ritmo de las inhalaciones del cigarro de Sansprénom y mira por el balcón un tanto soñadora, un tanto ebria de romanticismo barato.

—No sé, resulta que a veces me doy miedo a mí mismo. Desde hace un tiempo, desde que empezamos con todo esto, siento que en algún momento se me podría ir todo de las manos y ser yo también como fuiste tú. O sencillamente matar por impulso. No sé.

—Eso es algo inevitable que sucede a veces.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes sueño?

—No, pensaba en lo bien que estoy aquí, así, contigo.

—Duérmete si quieres.

—¡Uf!, cómo nos va a llegar el verano, gigante. Nos va a comer vivos.

—Sobreviviremos. Siempre hemos sobrevivido a los veranos.

—Pero este es el primero de verdad nuestro, el primero que pasamos juntos. Creo que vamos a morir por combustión espontánea.

—Eres más bruta cuando quieres.

Se dan un beso.

—Pareces preocupado.

—Sí, es que la carta de Luján... No he podido dejar de pensar en ella desde que llegó. ¿Te diste cuenta de lo estúpido que parecía con aquel libro?

—Sí, bueno, es la visión de una librera que no sabe nada de ti.

—Pero aquello de que parecía en mitad de un naufragio... eso era verdad. Ella se dio cuenta, simplemente, de que resultaba patético.

—No te martirices. Yo que te conozco lo vi más bien como una caricatura.

—Tú que me adoras y que besas el suelo por donde piso.

—Tampoco te pases.

—El caso es que me hizo pensar en el momento que he sido un imbécil con todo esto, contigo. Incluso llegué a pensar en abandonarte y volverme a Francia o yo qué sé, a algún lugar en el culo del mundo. Desconectar, huir. Pero luego me di cuenta de que en realidad no te tenía miedo a ti, sino a mí. ¿Sabes?, era muy fácil estar con alguien que no te deja ser libre, porque no hay que tomar decisiones, no hace falta ser valiente. Echaba de menos eso de Marga: la libertad del esclavo.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Habías pensado dejarme?

—*Oui*, supongo que millones de veces. Me daba tanto miedo la libertad que me ofrecías, lo que sentía a tu lado, que la muerte de esa chica y la denuncia y todo fueron una burda excusa. Pero una parte de mí se quedó siempre contigo, no sé, eres adictiva. Didier ya me lo había advertido.

—Este Didier...

—Y me alegro. No sabes cuánto en realidad. Porque en verdad no importa que hayas sido lo que hayas sido, que yo sea un asesino en potencia o que me encontrase naufragando agarrado a Boris Vian, he hecho mucha memoria y aun así no logro acordarme, pero bueno, no importa, de verdad. Lo único que me preocupa es el sueño de Luján.

—¿Pero por qué tiene que preocuparte un sueño?

—Porque los sueños son importantes. A veces me parece que nos adelantan cosas o que nos hablan sobre partes de nosotros que desconocemos o que queremos negar. Recuerda que hubo una noche que soñamos lo mismo los dos y que ese sueño lo cambió todo.

—Lo cambió todo para ti, yo siempre te he querido igual.

—Sí, lo cambió todo para mí porque quizá ahí me percaté de que el fantasma de Marga no se interponía entre nosotros, sino que era yo el que lo interponía. Que tú ya lo habías matado desde el primer café la Palma.

—Vale, y lo que te quita el sueño del sueño de Luján, valga la redundancia, ¿es?

—Es que ella, ya antes de morirse, soñó que yo mataba a Marga, que la forzaba en mitad de una plaza y luego la mataba y dejaba que se la comiesen las palomas. Es como si Luján hubiese visto lo que yo iba a hacer o lo que debería haber hecho desde hacía mucho tiempo.

—Si Marga desapareciese misteriosamente de donde quiera que esté yo no te denunciaría, cielo, no te preocupes.

—No bromees, ya sabes lo que me cuesta hilar todo lo que quiero decir en castellano. Estoy reordenando mis ideas.

—Vale, vale, perdona. A ver, sigue.

—No me refiero a matar a Marga de verdad. Quizá no había pensado nunca en matarla, con lo fácil que hubiese sido a veces, porque no sentía por ella una pasión tan desmedida, era otra cosa. Algo más parecido a la obsesión, a la sumisión del esclavo que te he dicho antes. Con ella no había que tomar decisiones, no había que pensar, todo estaba ya ordenado y predestinado, escrito, no sé si me entiendes.

—Sí, claro, era ella la que lo decidía todo.

—Pero no solo eso. Yo siempre he sido un tipo muy clásico. En realidad no estaba esclavizado por Marga, sino por mi concepto del amor eterno, del encontrar a una persona y saber que vas a pasar con ella el resto de tu vida, sin tener que plantearte una alternativa, ¿entiendes? Porque la alternativa no existe. Estás con ella y nada más, tienes una compañera que cuadrará contigo tu camino y lo recorreréis juntos. Uno no se plantea si puede sentir algo por otro o si le dejarán abandonado o si es bueno o malo lo que tiene porque es lo que debe ser. No hay más.

—Ya veo.

—Entonces seguía con Marga como ciego, convencido de mi amor por ella, de mi fidelidad, y contaba con su amor y con su fidelidad. Pero ella ya debía tener claro desde hacía mucho que yo no era su hombre y por eso se comportaba así, quería cambiarme, convertirme en su concepto de compañero. Pero a la gente no se la cambia.

—Me resulta complicado comprender que alguien quiera cambiarte.

—Qué cursi eres —la besa en la nariz y en la frente—. El caso es que una parte de mí entendía aquel proceso y se negaba a aceptarlo. Por eso me sentía en mitad de un naufragio al que no sabía cómo había llegado. Y cuando se marchó me ahogué del todo. Pero cuando te conocí mataste a su sombra y yo no quise reconocer que también yo la había matado, ¿comprendes? Porque tú me has enseñado lo más importante: ser libre. Y ser libre da mucho miedo. Ni siquiera tengo la obligación de quererte o de estar contigo. Tú lo entiendes todo. Incluso entendiste que te denunciase. Es muy difícil deshacerse de ti aunque bien que lo he intentado.

—¿Y por qué tendrías que deshacerte de mí?

—Ya te lo he dicho, por miedo. Tú significas que en mi vida podría pasar cualquier cosa, incluso que mate algún día. Y eso da ganas de salir corriendo. Ya maté una novia en ese sueño de nuestra muerte, podría volver a hacerlo.

—Pero no conmigo, nunca conmigo. Y si lo hicieses estarías perdonado por adelantado, no te preocupes.

—Iba a decir que no podría hacerte daño, pero siento que ya te lo he hecho y que hasta que no nos cruzamos con Luján aquella noche, no se expuso sobre la mesa, no se hizo patente. El *doppelgänger* de Marga, las dos lamias, me mostraron lo cruel e injusto que podía llegar a ser. Y tú ni siquiera te enfadaste.

—No merece la pena enfadarse, cuesta mucho trabajo desenfadarse luego.

—Eres maravillosa.

—Creo que no me lo dices todo.

—Vale, es que creo que todo esto de buscar al Asesino me está afectando. De alguna manera me siento asesino yo, ¿comprendes? Y también te considero a ti culpable. Porque ambos hemos matado a la Marga sombra a través de su doble, a través de Luján. Pero ahora Luján es más que un fantasma de los amores pasados. Es de carne y hueso, es una mujer, humana, una mujer a la que tu tío amó. Una mujer

que soñó conmigo. No puedo seguir jugando a buscar al Asesino porque ya no es un juego. Hay sangre y sufrimiento. Y me siento responsable en cierta medida.

Paula se incorpora para permitir que Sansprénom apague el cigarro y lo mira a los ojos. El iris grisáceo está húmedo de afectación real.

—Comprendo —dice.

Luego el silencio en el cuarto y de nuevo el verano insinuándose a través del balcón abierto, el comienzo de los tres meses de infierno madrileño colándose por los poros que sudan en consecuencia. Paula recorre las paredes con la mirada. Esa habitación estaba casi vacía cuando llegó a la vida del gigante. Las paredes pintadas de azul eran las de alguien que solo está allí de paso; estaban desnudas. Las estanterías parecían siempre a medio recoger, nadie había puesto atención en que pareciese un hogar. Sin embargo ahora, aunque esa sensación no había desaparecido por completo, Paula podía reconocer ciertos toques de humanidad por los rincones: un par de fotografías, libros nuevos, algún pendiente que ella había olvidado sobre la mesita de noche... Se le ocurre que acaban de llegar a algún sitio con estas reflexiones, pero no sabe muy bien a dónde. Y es entonces que piensa en una metáfora perfecta para culminar semejante descubrimiento. El sopor de la entrada del verano se le pasa de golpe para obligarla a incorporarse del todo y mirarlo a los ojos de nuevo.

—¿Sabes? En todo este tiempo contigo he pensado que me abandonarías. Tenía mucho miedo y nunca te lo expresé. Ni siquiera me quitaba los guantes para tocarte porque siempre sentía en una parte de mí que me dejarías. No sabía si persiguiendo a Marga o porque volvieras a Francia o porque necesitases vivir una aventura propia, por ti mismo y sin nadie más. Pero pensaba que me dejarías.

—Pero, ¿cómo piensas esas tonterías? Nunca hubiese perseguido a Marga.

—Era por tu cuarto. Míralo. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en esta casa? Y no hay decoración, no tienes nada. Es como si estuvieses preparado para salir de viaje de un momento a otro.

—Sí, puede que eso sí sea cierto. Pero ahora lo único que quiero es dejar este asunto de la muerta y estar contigo, por fin.

Paula siente un escalofrío.

—Sí, por fin —dice muy bajito.

—¿Entonces?

—Entonces he tenido una idea para hacerlo oficial. Para que de verdad estemos el uno al lado del otro. No puedo obligarte a que hagas algo humano con esta habitación, no puedo obligarte a que te instales, recuerda que soy yo la que te ha enseñado a ser libre.

—Sí.

—Pero puedo hacer algo por mí, para que veas hasta qué punto estoy dispuesta.

—¿Dispuesta a qué?

—Vístete y ya lo verás.

El calor les golpea en la cara cuando salen a la calle. Casi de inmediato grandes gotas de sudor chorrean por la frente de Sansprénom.

—No comprendo por qué sudo tanto en este país, a ti no parece afectarte.

—Es que tú estás más cerca del sol.

Caminan juntos hasta la boca del metro de La Latina. Los dedos del gigante rodean la manita enguantada de Paula, que nota la presión pero no el roce y sonríe, segura de que Sansprénom no espera la sorpresa que le tiene reservada.

—Antes tenemos que pasar por una ferretería —dice.

Casa de Campo

La luz se filtra entre los árboles dibujando formas en los transexuales de tacón alto y blusa transparente que se insinúan a los transeúntes con gestos obscenos y paseos oscilantes. Hay un par de prostitutas que se pelean por unos pendientes de coral un poco más allá ante la mirada divertida de unos excursionistas que comen bocadillos de mortadela y beben coca-cola en lata. Es casi verano en la casa de campo. Son dos los paseantes, una mujer y un hombre, y van de la mano. Sus dedos se rozan con naturalidad a pesar de que él parece desorientado por la circunstancia y ella divertida por lo mismo. El calor empieza ya a ser insoportable, pero bajo los árboles resulta menos molesto. El hombre es un gigante. Sus miembros son largos y bien formados y camina a pasos lentos y elegantes, casi incongruentes con su tamaño. El sol le está tornando el cabello un tanto rojizo. La mujer no es pequeña, pero apenas se distingue al lado de él. Su cuerpo es curvilíneo y va cubierto con un vestido de los años sesenta de algodón rojo. Camina a pasos cortos y rápidos que intentan cubrir la distancia que la separa del gigante. Las manos se entrelazan, pero las de ella están cubiertas por unos guantes de cabritilla de color blanco.

La mujer parece buscar algo entre los árboles, un lugar que le parezca despejado y en el que los gritos de las fulanas no estorben lo que desea hacer: el rito necesario. El hombre no sabe por qué está allí. Sus ojos grises parecen desorientados por los pasos indecisos de ella, pero continúa aferrado a la mano enguantada con una fe admirable para tan extraña situación.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta por fin.

—Silencio, estoy buscando un buen sitio —responde ella.

—¿Y para eso necesitas silencio?

—Pues sí, porque vamos a necesitar silencio para lo que tenemos que hacer.

De repente él la mira y parece divertido:

—¿No me habrás traído aquí para echar un polvo?

—¿Por qué? ¿Te da morbo?

—No... bueno, sí, un poco. ¿Es por eso?

—Si quieres lo hacemos, pero no, no es por eso.

—No, no importa. Sigue con lo que sea que estés haciendo.

De repente ella frena en seco. Llevan mucho tiempo caminando, de hecho él ha perdido la cuenta. Se han alejado del camino de los transexuales y los excursionistas y caminan por una zona un tanto sombría donde todavía puede respirarse algo del frescor de la primavera. El gigante se agarra con más fuerza a la mano de ella en un acto reflejo. Por allí no pasa nadie y aunque no es el miedo el que causa esa reacción,

el lugar resulta inquietante para una mano solitaria que oscilase en el aire sin compañía.

—Aquí —dice ella.

Y añade:

—¿Todavía no imaginas lo que vamos a hacer?

El hombre niega con la cabeza y mira a la mujer soltar su mano e inclinarse en el suelo removido. Parece que a su cuerpo le costase separarse de ella y casi sin querer se queda mirando la mano enorme y solitaria que ha quedado sin compañera, suspendida a su costado. Ella abre la mochilita marrón que lleva y saca de dentro la bolsa de la ferretería. El saber lo que la bolsa guarda no hace que lo que vayan a hacer allí esté más claro. Quizá si lo que ella hubiese comprado hubieran sido cuerdas, habría imaginado alguna especie de perversión campestre. Quizá si hubiese sido cualquier otra cosa, la idea se le hubiera podido dibujar en la mente al gigante hasta tomar una forma satisfactoria y una consistencia adecuada. Pero lo que habían adquirido no era si no una palita de jardinero, una de esas pequeñas que se utilizan para poner la tierra y el abono en las macetas, y cualquier cosa que se pudiese imaginar que ella quisiera hacer allí con eso se le prefiguraba como una de esas pesadillas recurrentes en las que el soñador se ve obligado a contar cabellos de una cabeza o granos de arena en una playa.

Ante la sorpresa del hombre, la mujer empieza a coger tierra con la palita y a apartarla a un lado, como si cavase un hoyo. Casi ni se atreve a preguntar. La palabra hoyo se parece a agujero y esta a tumba por correlación mental, y teniendo en cuenta las aficiones que han tomado por costumbre en los últimos tiempos, es una correlación poco halagüeña. Se apoya contra un árbol a mirarla y ya de paso a medir las dimensiones del agujero. Por fortuna la mujer hubiera tardado una eternidad en cavar un agujero en el que ella misma cupiera y una eternidad y media en hacer uno para él. Sin embargo ella termina pronto de retirar la tierra suficiente como para enterrar una caja de música o un joyero y se incorpora.

—Es ahora. Ya verás —dice.

Entonces se quita los guantes de cabritilla y los deposita con cuidado en el lecho de tierra, cruzados el uno sobre el otro como se cruzan las manos de los muertos. El gigante, al ver semejante cosa, se separa del árbol. Siente un calor que le oprime la boca del estómago hacia arriba, hacia el pecho, presionando; el corazón le late más aprisa, el calor vuelve a subirle al rostro. Siente la misma emoción extraña que cuando ella le dice las cosas que le dice y sus palabras se transforman en caricias que derrumban torres. Ella está enterrando sus guantes de cabritilla. Es como una metáfora, un símbolo de algo que no termina de figurarse, pero que sabe que es importante. Es un sacrificio que ella hace por él.

Se pone junto a ella y la abraza por detrás.

—¿Quieres decir unas palabras?

—Soy ateo.

—No hace falta que sean religiosas, solo unas palabras de despedida, algo.

Él sonrío. Dice:

—Vosotros dos habéis separado durante años su piel del mundo. Habéis sido el símbolo de su distinción del resto. Evitasteis todo este tiempo que se contaminase de los sentimientos humanos y que sintiese amor o piedad. Ahora que la humanidad ha sido más fuerte y ha traspasado los filtros de vuestra ignominia, solo sois el cadáver de lo que fuisteis, el esqueleto inútil de una coraza interpuesta ante el alma. Debéis, pues, descansar en paz para siempre bajo estos árboles y no volver nunca más a vestir unas manos para protegerlas del calor de una piel que late.

—Amén.

—Amén.

—Habéis sido durante años mis fieles compañeros y es para mí triste despedirme de vosotros. Pero ya no me servís porque yo ya soy otra también, distinta, con otras necesidades. Vendré de vez en cuando a traer flores porque siempre a los muertos hay que respetarlos, pero hasta aquí ha llegado nuestro romance y hasta aquí es donde os puedo llevar puestos.

—Amén.

—Amén. ¿Quieres echar tú el primer puñado de tierra?

—Sería un honor —dice el gigante inclinándose en una burlona reverencia.

Ambos arrojan tierra sobre los guantes blancos cruzados con aire de solemnidad. Después, con la palita de jardinero terminan de cubrirlos del todo hasta que el suelo queda de nuevo más o menos homogéneo. El hombre no se atreve a pisar encima para que quede más igualado por si fuera una falta de respeto. La mujer guarda la palita en la bolsa de la ferretería y esta en la mochila marrón. Después saca una navaja suiza y hace la marca de una P en la corteza del árbol más cercano, aquel donde la espalda del gigante había quedado antes apoyada.

—¿La consideras tu tumba? —pregunta este.

—En cierto modo.

—Ya veo, ya. Tengo unas cuantas cosas en casa con las que podríamos hacer un entierro vikingo, ¿te apuntas?

—¿Dónde? ¿En las barcas del retiro? Nos van a denunciar por pirómanos. ¿No preferirías mejor hacer un altarcito, algo así como una cruz de mayo?

—Muy graciosa.

—Además, ¿no te habías deshecho ya de todas sus cosas?

—Bueno, tras algunos años de convivencia siempre algo se cuele, alguna foto, alguna carta, la vajilla común.

—La vajilla me gusta, te la puedes quedar.

—Ya, tienes razón, a mí también me gusta. Eso se queda. ¿Entierro egipcio entonces?

—¿En plan faraón? ¿Tenemos que construir una pirámide?

—Es domingo, tampoco tenemos nada mejor que hacer.

—Quita, quita, que enterraban a sus mujeres vivas con ellos y mataban a los esclavos que las habían hecho. ¿Y no lo puedes enterrar como todo el mundo?

—Eso ya lo has hecho tú. Además, ya llevo enterrando demasiado tiempo. Ahora quiero algo más contundente, más destructivo. Fuego por ejemplo.

—La que te ha dado con el fuego, ¿eh?

—El fuego purifica, hace que se empiece de cero después de él. Destruye lo que tiene que destruir para que quede lo que tiene que quedar.

—Estupendo. ¿Y no te has dado cuenta de que de todas formas, hagas lo que hagas y de la forma en la que lo hagas es una manera de empezar de cero?

—Sí, quizá. Sí me había dado cuenta, no pongas esa cara. ¿Crees que no sé por qué has hecho esto? ¿Crees que no sé lo que significa? Te entiendo del todo, pequeñaja. Soy como tú.

—En más cosas de las que admitirías nunca.

—Eso también lo estoy superando. Hay que conocerse a uno mismo.

—Bien por ti.

—Y por ti, no creas. Me estás sacando a la luz.

—O a la oscuridad a juzgar por el miedo que te entra algunas veces.

—Se acabó el miedo, ¿no lo ves? Has enterrado los guantes. Ya está hecho.

—Tienes razón, lo que tenga que ser, será.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—De ti deberías estarlo.

—Yo no hago nada.

—Estás, pareces, pero sobre todo eres.

—¿Has pensado alguna vez en escribir libros?

—No, qué dices. Lo mío no son las palabras, yo me entiendo mejor con las manos. Lo mío es la pintura.

—Por eso los guantes. Aunque es una pena.

—¿Por?

—Creo que te manejas con las palabras mejor de lo que tú crees.

—Tonterías.

Caminan de nuevo entre los árboles, sin ninguna prisa. Ella tratando de acoplarse al lento y largo caminar de él. Se miran y se ríen, conversan. Recuerdan el momento en el que todo esto comenzó como si fuese una película que les hubieran contado. Aquella noche de primavera, hace no tanto, en la que salían de ver una película de Tarkovski de Angelika y también bromeaban y jugaban a ser nuevos en esa ciudad aunque no lo fuesen. Aunque quizá en Madrid es uno nuevo siempre. Y se remiten a ese recuerdo porque aunque ya se conocieran antes, fue en ese instante en el que la barrera quebró y el uno pudo mirarse en el espejo del otro. El tiempo detenido en el espacio del restaurante jugando a averiguar quién, cómo y por qué. Y las casualidades de las que la vida está hecha en una ciudad tan grande. Pero si no, ¿dónde estaría el encanto? Por eso sus manos ya desnudas vuelven a entrelazarse mientras pasean

seguros de haber llegado a algún sitio importante. Y aunque no saben dónde, tampoco les importa.

El alma se pasea por las galerías del centro penitenciario

Tras llegar al recuerdo, el vapor de Luján siente que empieza a desvanecerse del todo, como si lo justo, lo que debe ser, es que no quede de ella ni los veintiún gramos de viento pensante que recorrían el cementerio. Quizá la muerte es olvidar para luego recobrar la conciencia de quien se fue con el fin de poder desaparecer para siempre en equilibrio. Pero qué inútil la vida entonces si no es capaz de prefigurarnos que desapareceremos del todo y no seremos nada más que el recuerdo o el interrogante. Qué obsesión más absurda la de permanecer, la suya de firmar todos los libros o incluso la de imaginar quiénes fueron los que pusieron su nombre en los que compró de segunda mano.

Desde que recordó el asesinato se concentra en encontrar al Asesino porque quiere ver su rostro. En el cine y en la literatura siempre los muertos tienen el don de la ubicuidad, pueden trasladarse donde sea a través de su pensamiento. Pero el cine y la literatura no son muy útiles para el que muere de veras, porque nadie ha muerto y resucitado para contar su experiencia. Debe ser un tópico que facilita las cosas a los contadores de historias porque, a pesar de todo, no ha logrado moverse del cementerio. En cierto modo le preocupa un poco que eso sea verdad, que la muerte sea quedarse varado en un lugar, atrapado frente al cuerpo en putrefacción sin poder alejarse. Se pregunta si un alma puede sentir claustrofobia. Y es entonces cuando decide intentarlo. Se desplaza hasta los muros que la separan del exterior con algo parecido al miedo si es que un alma puede sentir miedo. Y los traspasa.

Una vez fuera la desorientación ante lo desconocido es todavía mayor porque no sabe a dónde quiere dirigirse. Quiere encontrar al Asesino, pero un asesino no es un lugar, no tiene una dirección concreta, no pueden seguirse los raíles del metro para encontrarlo. Aunque la sensación de triunfo por haber logrado salir inunda al alma de tal manera que, sin apenas percibirlo, se ha puesto en movimiento ya, sin una finalidad predefinida.

Se sorprende de tener todavía sentimientos tan humanos. Aunque en cierto modo, lo que le sorprende es haberlos recuperado, porque hasta que no recordó no podía sentir nada de nada, como si se hallase en una cámara de suspensión sensorial. Va a ser cierto que el alma de las personas reside en su memoria, y si no el alma, será la humanidad al menos. Aunque no es capaz de sentir rencor, eso no. Al principio, el único sentimiento negativo que atesoró fue la tristeza. Era un alma triste porque no había podido agarrarse al cuerpo. Qué manos tan inútiles le parecieron entonces las de

ñas carcomidas que le encontró a su cuerpo en el ataúd, manos que no podían sujetar un alma dentro de su envase. Esa tristeza del «nunca más» de Poe, del aquí se acabó lo que se daba, nena, ya no hay más oportunidades, no existe el mañana para aclarar las cosas. Los platos rotos se quedarán rotos porque la muerte te ha esperado a la vuelta de una esquina y tú la sentiste venir y por eso vino. A veces es complicado con un presentimiento saber si de verdad has tenido una revelación o si tu presentimiento ha causado que el hecho en sí ocurra. Este es uno de esos casos. ¿Hubiese muerto si no se hubiera sentido amenazada desde el principio y no hubiese sacado el cuchillito del bolso? Y si vamos un poco más allá, ¿por qué se metió el cuchillito en el bolso? A veces hacer demasiado caso al instinto lleva a que este no se equivoque nunca. Pero un alma no debería hacerse preguntas. Las respuestas, fuesen las que fuesen, se quedarán flotando a su alrededor como potencias inacabadas, como posibles que ya no son realizables. Entonces...

Entonces se encuentra de repente ante el edificio imponente de lo que parece una cárcel y detiene su vagabundeo sorprendida del hallazgo. Una cárcel. Si se ha parado delante de una cárcel puede querer decir que el Asesino esté dentro, un Asesino entre cientos. Siente una excitación tal, que las bolsas de gusanitos que estaban a su alrededor salen volando por los aires. También estos muros hay que atravesarlos.

Apenas se pregunta cómo ha llegado hasta allí. Al final el cine y la literatura van a tener algo de razón, pero claro, el hombre siempre hace tanteos al aire que acaban por ser ciertos con los años y los descubrimientos de la ciencia. ¿Algún día alguien probaría que esto también era real? Parece imposible. Pero hace doscientos años también era imposible volar y mira luego. También habría que plantearse si esa capacidad del hombre para hacer disparos certeros sin querer tiene que ver con la voluntad, con la intuición o con el destino. Interesante. Pena que un alma no pueda llegar y contárselo a un hombre para que lo investigue. Pero estaría bien saber si esas intuiciones lúcidas en realidad se adelantan a lo que más tarde se descubrirá con pruebas o si se descubren más tarde porque alguien tuvo una inventiva maravillosa y solo había que buscar lo que confirmase la teoría. En realidad si uno se empeña, podría confirmar cualquier teoría, por descabellada que fuese, con pruebas reales. A saber.

Dicen que el encierro no sirve para nada, solo para separar a estos humanos de los que son normales e inocentes (si se pudiese uno meter en la mente de cada hombre estarían todos en realidad aislados los unos de los otros y no en comunidad, pero bueno). Pero el alma no cree eso. El encierro destroza el espíritu. Los rostros cetrinos se pasean con angustia contenida. Todos fingiéndose fuertes o al menos más fuertes que el de al lado. Pero su piel está cenicienta, sus pies se arrastran por el suelo. Sus cuerpos son los cuerpos de pájaros silvestres encerrados de repente, de esos que se mueren de pena por muy bien que los alimentos. El alma, sin tener en cuenta las razones que han llevado a esos hombres a estar allí, siente pena por ellos, una pena densa, que hace que su vagar por las galerías sea mucho más pesado. La ausencia de

libertad va minando. En unos se nota más que en otros. ¿Y luego? Si estos hombres se hacen al encierro, ¿qué pasará cuando tengan que salir? El mundo podría ser aún más hostil. A un animal que has tenido encerrado buena parte de su vida no lo puedes abandonar un buen día en el campo y sentirte orgulloso de tu hazaña. Porque ese animal se ha olvidado de defenderse y de cazar. Es un animal que todos los días tenía alimento en un plato y que no está acostumbrado a pasar hambre. Es un animal que... *Para eso está la reinserción social*, se dice. Aunque no es que este pensamiento la tranquilice mucho más.

Parece saber dónde va y sin embargo está perdida. Todos los corredores le parecen idénticos los unos a los otros. Pero el instinto la encamina hasta el Asesino, casi de la misma manera que estaba ella esperando. Frente a frente, hombre a espíritu, por fin.

Se sorprende del aspecto tranquilo del hombre. No es uno de esos sanguinarios villanos de cómic que deberían estar encerrados solo por su cara de sádicos. Parece un buen hombre, un hombre sencillo con un trabajo sencillo. Le hubiese confiado a su perro al irse de vacaciones de haberlo tenido por vecino. Si hubiera tenido perro, claro. El alma se acerca más, tanto, que el preso empieza a sentir un frío que le hiela los huesos y lo obliga a envolverse en la manta gris que hay sobre la cama. El hombre dibuja.

Dibuja tan bien que al alma se le antoja que debería haberse dedicado a este arte y no al de matar. Pero bueno, cada uno es cada uno. Todos los dibujos parecen variantes de un mismo retrato, del mismo retrato de mujer. Los rasgos son similares pero no idénticos. Las mujeres parecen distintas, pero en cierta forma son la misma, los mismos ojos azules espantados, el mismo cabello cortado con corte de niña. Sin embargo los pómulos varían de tamaño y de forma. El arco del rostro que enmarca el cabello oscuro es a veces alargado a veces redondeado. Los labios pintados de rojo son más gruesos en unos dibujos que en otros. Si un alma pudiese sentir escalofríos eso es lo que habría sentido en este momento, cuando uno de los dibujos le resulta como un espejo, como la imagen que solía ver Luján cuando estaba viva. Es el retrato de su envase. Y todas y cada una de las variaciones son variantes de sus rasgos definitorios, su corte de pelo, sus ojos azules, sus pestañas espesas. Pero son mujeres diferentes al mismo tiempo, como si el Asesino, una vez encerrado, no pudiera matar y tuviese así que imaginarse a sus víctimas potenciales, sus rostros y sus miradas. Así que es cierto, el Asesino no está en la cárcel por haberla matado a ella, sino por haber asesinado a otra, posiblemente de similares características. El alma se siente de nuevo un tanto corpórea a causa de la tristeza de este descubrimiento. A causa de la tristeza de no saber si fue ella, de alguna manera, a través de su intuición, la que convirtió al Asesino en asesino. Si fuera así, Luján sería culpable de esa otra u otras muertes. ¿Cómo encontrar la paz entonces? Parece un buen hombre y es eso lo que desorienta. Un buen hombre al que se le ha ofrecido un poder mayor de lo que pudo abarcar: el poder de arrebatar una vida, de destrozarse todos los posibles futuros de esa víctima. Y

es eso lo que lo ha convertido en el monstruo que pinta mujeres azuladas y hermosas, mujeres de ojos tristes y perdidos en mitad de la hoja, absortos en ellos mismos.

Aunque no debería preocuparse, de una manera u otra está encerrado, no podrá hacer más daño, ya no. Lo mira. Es cualquier hombre, un hombre vulgar, casi un patán. Siente que fue tímido en la escuela, que no era muy buen estudiante y que además vivía en un mal barrio. Un barrio donde todos eran unos matones que se metían con él porque no se defendía. Tartamudeaba un poco entonces, pero aprendió a controlarlo. Nunca hubo odio en él, nunca tuvo ganas de devolver violencia con violencia. De su grupo de amigos de la escuela parecía ser el único que se iba a librar de ser un delincuente. Limpiaba cristales porque le gustaba limpiar cristales, jamás aspiró a nada más. Encontró una novia gordita y tierna que se quería casar por la iglesia, veía el fútbol los domingos. Una vida como cualquier otra. Una vida que se encontró de golpe con Luján oscilando un cuchillo de mesa delante de su cara. Maldita sea. A veces podría llegar a ser verdad que en cierto modo la víctima tiene parte de culpa en su desgracia. Al menos en este caso sí.

Si pudiera acariciar, acariciaría la nuca de ese hombre que pinta, de ese monstruo reciente que dibuja sus obsesiones. Las mujeres de ojos azules lo miran con espanto. Y a él parece gustarle.

Se pregunta el alma, justo antes de desaparecer en definitiva, la razón por la que, cuando se sintió evaporar no buscó a nadie conocido, no buscó a Arturo ni a Pedro, ni siquiera a Minerva ni a otro de sus amigos ocasionales. La razón por la que, en su lugar, buscó al Asesino hasta encontrarlo y ver lo que ha visto. Y no sabe responderse. Quizá tampoco la muerte da el conocimiento.

El alma desaparece y lo único que nota diferente el Asesino es que de golpe ya no hace frío. Suelta el pincel sobre la mesa y respira profundo. Recuerda la vida que tenía antes de todo esto, la novia, los amigos, las cervezas. Y se ve a sí mismo encerrado para siempre. Resuelve que lo prefiere y sigue pintando mujeres azules que hubiese podido matar de haberlas encontrado.

Imagina poseer sus vidas por completo, tenerlas entre sus manos y apretar hasta que el aliento y con él el futuro, cesen de ser algo que se da por sentado. No se arrepiente. Por dos veces en su vida, en dos instantes perfectos, solo él tuvo el poder de convertirse en monstruo. Y ante una disyuntiva así hay que tomar una decisión.

Playa de la Barceloneta

(Apuntes sueltos de la mano de Minerva Soto)

Es curioso cuando se hace de noche cada vez más tarde, es una sensación que se asemeja a que el tiempo no se corresponde con el estado de ánimo, como si el frescor del mar que ahora miro, la relajación de los miembros al hipnotizarme el vaivén de las olas regidas por la luna y el sol todavía brillando a esta hora de la tarde, nada tuviesen que ver con lo que siento, la tormenta que se fragua en mi interior arrastrando las hojas de mi memoria.

Nunca fui una mujer social. Mi mundo entero estaba escrito en los libros que leía mecida por mi insomnio, en los cuadros de las galerías que lograban encogerme el corazón. No fui mujer que supiera lo que era el calor de una mano en mi cuerpo, el fragor de una batalla nocturna de fiesta y copas y ligoteo. Esa no era yo. Esa era otra, la mujer que yo envidié y que eran todas las mujeres normales, las mujeres que seguían el patrón de lo que debía ser. Y ahí Luján, a la que amé por ser todas ellas, a la que odié por ser todas ellas. Hubiera deseado tantas veces robarle la vida en un beso que ahora, que ya no está, solo me queda esperar que caiga la noche en la Barceloneta y mi estado de ánimo se corresponda a la penumbra.

Observadora. Ahí Minerva, sentada toda su existencia viendo el espectáculo de la vida ajena como ahora me siento en esta arena que cubre mis pantalones y se mezcla con mi pelo. Toda mi vida hasta Luján que le dio un poco de humanidad a mis horas, que era tan humana que contagiaba por contacto y por eso los conciertos y el teatro malo donde ella reinaba brillante entre los desperdicios. Y ahora que no está soy yo, la misma Minerva, la que tiene que levantarse y vivir por ella.

Me siento culpable. Es por ello que he huido. La dejé sola cuando me necesitó y es que quizá yo deseaba su muerte porque ella estaba tan vivida que parecía robar la vida que yo no había vivido. Era extraño. Su pelo olía a música, sus ojos grandes, azules y espantados eran algo así como recuperar la salud, como despertar de un largo sueño de años. Hubiera podido amarla. Quizá la amé. Es difícil admitirse que se ama a alguien que ya no está, que está separada de una por una distancia que no solo significa espacio y tiempo, sino la diferencia que existe entre la vida y la muerte. Es hermoso pensar que la amé, sí, pero también duele.

De nuevo observo las vidas ajenas preguntándome si alguna vez se parecieron a la mía, si todavía estoy a tiempo de cambiar algo y recuperarme. Veo aquella pareja que se toma de la mano, que tiene dos hijos preciosos que juegan con una rueda de bicicleta. Supongo que me he quedado parada esperando que sea la vida la que me

encuentre a mí, cometiendo el peor de los errores. Es como todas aquellas niñas tan atadas a los cuentos de hadas de su infancia que se pasan todo su tiempo hilando sueños, esperando que el Príncipe Azul en caballo blanco las saque de su ostracismo. Pero no, él no existe, y si existe está aquí dentro. Eres tú misma la que te tienes que salvar de tu propia vida, dejando de fingirte demasiado sensible y demasiado voluble para que el mundo te entienda. Vamos, valiente, sé humana. Pero claro, qué miedo. Qué pánico a la hora de la verdad, cuando ella necesitó una mano amiga y yo estaba escondida, aterrorizada, detrás de un contenedor de basura. Ni príncipe ni azul ni caballo blanco que valga. Nada de nada en el momento preciso. Sentarse a ver la vida ajena como siempre, esperando que llegue quien te entienda, siendo espectadora en vez de actriz. Maldita sea, qué niños tan bonitos. Si yo tuviese unos niños así no pararía de fotografiarlos. Pero supongo que es demasiado tarde porque estoy escondida. De alguna manera sigo detrás de ese contenedor. A la vida hay que salir a buscarla, ¿por qué no aprendería yo eso de Luján mientras la tenía a mi lado? ¿Por qué me limité a envidiar que ella sí estuviera viva? ¿Por qué dejé que la asesinasen?

Supongo que muerta estaba a mi mismo nivel, eso es lo que me emocionaba, lo que evitó que gritase y, si vamos un poco más allá, lo que hizo que no dejase entrar al tal Arturo en el restaurante. Por eso ahora soy una fugitiva a la que no sé si buscan. Podría haber ido a la policía, quizá yo sea la única testigo, pero tendría que acusarme también de su muerte para ser justa. Y tengo miedo, esa es la verdad. Temo estar encerrada como he temido mi propia vida hasta la fecha. Porque si me encarcelan (y lo justo sería que lo hiciesen porque también la maté yo) perderé la posibilidad de reescribirme de nuevo, de ser otra, de vivir por fin que es lo que quisiera.

Echo de menos el amor quizá; tan amedrentada por implicarme en algo que pudiese acabar de la noche a la mañana no asumo riesgos jamás. Me estoy perdiendo lo mejor de la vida, el despertar del sentimiento, la construcción conjunta de un mañana y mira, por Dios, qué niños tan bonitos. Me he pasado toda mi existencia estudiando, sentada a una mesa leyendo las experiencias reales o inventadas de otros, admirando a aquellos locos suicidas que experimentaban ellos mismos todo lo que luego quisieron escribir o pintar. Lo he envidiado hasta la extenuación y aquí sigo, esperando que llegue la noche más negra y me trague. Sería más fácil todo si me tragase. Meterse en el mar en mitad de la oscuridad y cerrar los ojos bajo el agua, transportarse en el silencio, que los pulmones se llenasen de agua. Pero elijo la vida, ¿y por qué lo hago? Por dos razones fundamentales: porque a Luján le debo algo y porque sería lo novedoso. Lo verdaderamente nuevo sería vivir. Por fin.

Miro a la gente que se dedica a hacer figuras de arena en los bordes de la playa y me admira que alguien pueda dedicar tanta atención a fabricar algo que durará tan poco. Se sientan con actitud beatífica, moldeando poco a poco cada escama de la

sirena que ahora realizan, bebiendo cerveza que les trae la gente, comiendo de lo que los demás les ofrecen a cambio de su efímero arte. No tienen casa ni son de aquí. Van de playa en playa con lo puesto, sus carnes quemadas y agrietadas por el salitre. Envidio su felicidad costera, sus bocas reseca llenas de dientes que lucen al reírse. Me pregunto por qué no puedo yo ser como ellos, por qué estoy tan atada a las cosas y a los lugares, a la belleza. Y me respondo que es porque soy una enferma de la observación, una espectadora terminal. Eso debería cambiar y debería hacerlo ya. No importa que tenga mi librería, incluso podría conservarla. Pero, ¿qué tal salir a tomar copas de vez en cuando? Hacer amigos, dejar de temer que el universo me haga daño. El dolor a veces es un buen precio a pagar. Si algo te duele es que sigues vivo o que empiezas a estarlo. Echo de menos a Luján, su pelo, su risa, sus desplantes, su carácter oscilante. Con ella todo era más fácil. Ya vivía ella por mí, yo solo tenía que envidiarla en silencio.

Por fin cae la noche sobre la Barceloneta, justo cuando mi estado de ánimo fluctúa hacia la recuperación y desearía un sol abrasador que me quemase el pelo que se está rizando con la humedad de Barcelona. En fin, soy como una muñeca rusa, de esas que siempre tienen otra más pequeña dentro. Me redescubro a cada paso. El agua está fría y no sé si en Madrid me están buscando. Soy más culpable que el pecado. Miré y no hice nada. A veces pienso que es más culpable el que observa sin mover un dedo que el que realiza el acto. Porque el que está matando a veces se queda ciego de violencia, como a veces nos quedamos ciegos de hambre o de lujuria. Y un ciego siempre es la mitad de culpable. Pero yo tengo estos dos ojos que lo vieron todo, estos dos ojos que me arrancarían como hizo Edipo al descubrir en Yocasta a su propia madre. Estos dos ojos que no enviaron la orden al resto de mi cuerpo para que se moviese porque estaban demasiado acostumbrados a mirar en silencio son parte de mí. Deberían buscarme en Madrid para que tuviese un sentido mi escapada. Pero a veces saber algo no abre del todo el conocimiento y la razón. Aquí mi vida comienza. ¿Por dónde voy a empezar?

Tengo que aprender a balbucear primero, a hacerme entender mediante gestos como los niños que comienzan a imitar sonidos. Y también a caminar con el paso tambaleante del que quiere ser como los demás pero no tiene la fuerza bastante para que sus pies tan nuevos sostengan todo su peso. Soy una Minerva nueva frente al mar, que purifica como purifica el fuego. Todo empieza y termina en el mar, por eso vine a él cuando me sentí distinta, cuando todo mi antiguo mundo se fue poco a poco desmoronando. Amo la verdad como quien ama un puño cerrado sobre sí mismo, sin temer el golpe que pudiera recibir en consecuencia. Y mi verdad es esta: hasta ahora estaba muerta y el deceso de Luján me ha resucitado. Bueno, eso no es del todo cierto: me ha dado la vida, pues para resucitar siempre es necesario haber vivido antes de morir y eso es algo que yo no había hecho.

Comienza mi viaje pidiendo permiso a esos padres enamorados para fotografiar a sus hijos con la rueda de bicicleta. Me lo dan. La enmarcaré en mi cuarto cuando

llegue a Delicias, pues son el símbolo de la niña que soy, tan reciente en mi vida como ellos dos. Quizá incluso más joven. Después les llevo la cena a los escultores de arena. Unos platos calientes de lo más variado y una botella de vino tinto. Me siento con ellos y me cuentan en español historias de marinos que parecen muy antiguas y que me dan sueño. Historias de Nostradamus y una ola gigante a la que vinieron persiguiendo para remontarla en una tabla de surf. Les sonrío y me percató de que lo hago por primera vez en días. Me preguntan qué escribo y les contesto que tengo que empezar a escribir porque ya estoy harta de leer. Se ríen y no comprenden muy bien. Me hablan de las tierras que visitó Ulises, perdido en su regreso a Ítaca y de los viajes de Gulliver por países de enanos, gigantes, caballos y científicos, pero ellos les dan nombres más comunes como Cerdeña o Nueva Zelanda. Y pienso que también son exóticos esos nombres para alguien que comienza a andar ahora. Para alguien que se ha levantado y ha dejado de mirar el mar como quien mira las cosas perdidas que ya no van a recuperarse. Así que escucho su narración mientras moldean sus escamas y beben vino, haciendo y soñando que son hombres escamados ellos también y que es néctar y ambrosía lo que les he traído, envenenando mis habituales silencios con palabras de océano y ultratumba.

Templo de Debod

Si fuese todo tan fácil como sentarse a esperar que el mundo cambiase, sería otra cosa. Si uno se pudiera sentar ahí, con los pies metidos en la fuente, al lado del Templo de Debod, y sentir que todo esto es un mal sueño del que despertar abriendo los ojos de par en par y con sudores, abrirlos para encontrar el cuerpecito largo y estrecho de Luján amodorrado a su lado, si la vida hasta ahora, o no importa, tomada desde cualquier momento, fuera un sueño, qué fácil sería.

A Arturo se le antoja que, incluso si tuviese que renunciar a haberla conocido, si no fuese verdad que estuvo con Luján, no le importaría con tal de que ella estuviese bien y viva. O que nunca hubiera existido para no tener que enfrentarse al hecho invariable de que ya no está. Ha tomado una decisión y no ha sido fácil. Acaba de volver de entregar su interminable tesis sobre sectas satánicas. Si no está bien acabada poco le importa, eso es así. ¿Qué importancia tiene una maldita tesis en una circunstancia como esta? El mundo se desmorona si sientes que no vas a poder volver a dormir al lado de la persona que amas. Pero a Arturo le hubiese bastado con que ella durmiera, con que no estuviese muerta y en un cajón, alimentando los gusanos. Qué gordos los gusanos, seguro. Qué feliz ser un gusano de cementerio, satisfecho y engordando. Se pregunta ahora por concatenación si los gordos son más felices. A la mierda, lo que no quiere es enfrentarse a lo que se tiene que enfrentar: la tesis entregada y las preguntas de los padres preocupados por lo que va a hacer con su futuro, en qué va a trabajar ahora, si se interesa por la bodega, si quiere algo en concreto. «Huir», piensa. Solo se le dibuja esa palabra en la mente, con el trazo largo y casi gótico de Luján, comenzando la hache por arriba y haciendo todos los enlaces entre letras por la parte del centro. Sería maravilloso tener el mundo entero a disposición de las ruedas de una moto o de los mismos pies para salir corriendo y cruzar la tierra sin tener que ser nada para nadie, sin tener que ser el niño perfecto y mimado, inasequible al desánimo y sin tolerancia a la frustración. Cuando quitas las capas superficiales que te cubren, ¿qué te queda, Arturo? Un niño asustado que se agarraba a una tesis como un bebé se agarra a un pezón temiendo perder el sustento. Maldita sea, no tiene nada, no es nadie. No es más que apariencia. Solo un pijo que nunca ha obtenido un no por respuesta. Es impresionante cómo te puede cambiar la vida de la noche a la mañana. Antes todo era perfecto, fabuloso, el mundo estaba lleno de posibilidades. Pero ahora, es todo hacerse viejo, saber que caminas hacia la treintena sin haber hecho nada en tu vida que no fuese fingir que sigues escribiendo una interesantísima tesis de mierda. Es cierto, maldita sea, no ha conseguido hacer medrar una sola amistad verdadera que no se basase en que él tenía pasta para

pasárselo bien y los demás no. No ha conseguido amar de verdad a una mujer porque Luján... ni siquiera Luján, porque él era demasiado caprichoso y estaba demasiado consentido como para implicarse. ¿Para qué elegir una mujer cuando las puedes tener todas? El noventa y mucho por ciento de las relaciones acaban por fracasar, ¿para qué invertir tiempo y energía en algo que se puede acabar de un momento a otro? Si no se arriesga no se gana. Pero tampoco se pierde. Siempre habría tiempo, era muy joven, tenía la sensación de estarse perdiendo algo. Pero quizá lo que se estaba perdiendo era su propia vida, su miedo lo bloqueaba de una forma tan audaz que parecía un rey de la pista, un autosuficiente hijo de su madre. Y sin embargo, qué pálido e inseguro, qué estúpido ignorante, qué inmaduro lleno de mierda hasta el cuello. Ahí está la verdad.

El verano se aproxima como una amenaza. No importa que la tesis esté inacabada o que pueda estar mejor, papá pagará la nota como siempre lo paga todo. ¿Y después? Lleva tanto tiempo dedicándose a la vida disoluta que ahora no sabe o no quiere saber qué va a ser de él. Parece que está viendo a su padre echarle en cara el haberle pagado todos los caprichos. Parece que lo tiene delante sonriendo con esa cara de alto burgués al que todo se le perdona diciendo que ya es hora de madurar y tal y cual, que tiene que tomar las riendas de su propia vida y trabajar de una buena vez. Que si quiere le puede conseguir un puesto como investigador de lo suyo («lo que quiera que sea eso que haces, hijo») o que le puede enseñar a manejar la bodega para cuando él falte y tenga que heredar porque tarde o temprano el tiempo a todos nos alcanza y tal y cual. A Arturo le fascina la capacidad de su padre para mimarle hasta la náusea, preparándolo para tener todo en la vida sin esfuerzo, y luego pedirle que madure y adquiera responsabilidades. Eso también se aprende poco a poco. Es un aprendizaje que lleva toda una vida, papá, ¿es que no te das cuenta? Claro que no, me lo has querido dar todo y así nunca he valorado nada. Y las lindezas que salen por tu boca van siempre desde inútil a sinvergüenza. Pero es que a sentir vergüenza me ha enseñado Luján y no tú. A valorar lo que se tiene más que lo que no también ha sido ella. Y ha tenido que morirse para que te mande a freír espárragos. En fin, que si ella no necesitaba nada, pues yo tampoco.

Arturo se echa hacia atrás la corbata que se ha puesto para llevar la tesis a la universidad y piensa de repente que ese ha sido un toque inútil y presuntuoso. Para entregar esa tesis mejor que hubiera ido vestido con un saco de esparto. Ay, Luján, gusanos gordos, sectas satánicas, papá millones. Piensa que debería irse recuperando de ese revés que supuso la desaparición de su novia. Que ha pasado el tiempo y que le sigue llevando flores sin faltar a su cita. Pero es que no puede. Se lo debe, pero no puede. Antes, el Arturo que era antes, hubiese cerrado los ojos a la evidencia, se hubiera corrido una juerga o mil para olvidar, la hubiese subido al cielo y habría terminado en la cama con una rubia de escándalo. Pero ya no se siente con ánimos.

La semana pasada, el sábado, salió con unos colegas de la universidad, todos más jóvenes porque los de su edad se han ido casando y lo máximo que hacen el cabra es

para irse de putas a espaldas de sus esposas después de las cenas de empresa. Se fueron a una discoteca tras otra, llevaban encima toda la cocaína que les hubiese hecho felices a ellos y a todos los demás. Acabó tirándose a una chica guapa y sin autoestima que lo único que quería era que le pagasen las copas. Se despertó con una resaca terrible. Apenas la reconocía. Trató de ser amable, de sonreírle. Pero no pudo. Se puso en pie y fue al baño a vomitar hasta que le dolió la boca. Después se dijo unas doscientas veces que no podía seguir así. Pero no logró ni siquiera convencerse. Maldita Luján, le ha convertido en una persona mejor. Eso sí que no se lo debe perdonar nunca. No puede evitar que su mueca se convierta en una sonrisa. Ahora sí, el recuerdo de Luján le provoca ternura. Una ternura nueva, que es también como una forma de tomar fuerzas distintas para enfrentarse a lo que se tiene que enfrentar. La decisión está tomada. Va a tomarse una cerveza y a hablar con su padre. Va a coger sus cosas y largarse de aquí, muy lejos, donde no tenga que dar explicaciones, donde pueda pensar.

Toda su vida ha hecho las cosas por los demás, por los otros. Y no de una forma generosa y despreocupada, no, no podría haber nadie con intenciones más egoístas que él. Hacía todo por lo que los otros pudiesen pensar. Salía con chicas guapas para que los demás se las envidiasen, hacía una ostentación excesiva de todo su capital, siempre enseñaba el Goya para impresionar. Hablaba mucho sin decir nada, sí, ese era el Arturo Aguirre que tan ufano se pavoneaba entre las masas ofuscadas que babeaban ante sus coches, sus cuadros o sus conquistas. Arturo Aguirre el alma de la fiesta, ocultando tan bien que ensayaba delante del espejo durante horas sus frases más ocurrentes para salir no solo airoso sino siendo el triunfador de la noche. Siempre guapo y bien vestido, siempre estudiando porque podía pasarse la vida estudiando si quería: él había nacido de pie. ¿Cómo pudo no darse cuenta hasta ahora de lo vacía, de lo superficial de su existencia? O quizá sí, quizá sí se dio cuenta y no se lo quiso admitir, eso sería posible. Quizá se metió él solo en ese círculo vicioso de las amantes y el dinero y las fiestas para ocultar que tenía miedo de no ser nada más que eso: amante, dinero, fiesta. Arturo Aguirre era en el fondo de su alma hueca un infeliz, un simple inseguro. Y la única que vio la trampa fue Luján. Ella se acercó al misterio desde el primer día, lo insultó diciendo que se había aprovechado de ella gritando incoherencias sobre hombres cabra y orgías. Y de repente cedió en todo y se acostó con él, como si la venganza perfecta a su falsa pesadilla fuese, tan solo, poner de manifiesto la falsedad de Arturo, sus flaquezas. Él, el hombre de hierro forjado, el chico de oro, el heredero universal, no era más que un payaso y un mindundi, ni tan guapo ni tan inteligente y ni siquiera tan gracioso como pretendía. El que ella fuese de esa otra forma, tan perfecta en su papel de amante que hace como que ama, que no pide nunca, que no necesita cosas, hacía que los defectos que tanto se había preocupado en maquillar durante años tomasen forma y relieve. Claro, por eso el amarla, quizá por eso y porque supo que nunca la tendría. Ella era libre, y lo fue tanto que se murió.

Así que mirar al padre a los ojos y decirle que no quiere nada, ni la bodega ni que pague las notas ni que le busque un buen empleo. No quiere nada de nada ni de esa mano ni de ese bolsillo. Quizá un último empujón, uno no se va a hacer a sí mismo de la noche a la mañana: un fondo para irse a viajar para encontrarse a él mismo, que ya uno camino de la treintena tendría que, por lo menos, empezar a buscarse. Y si por casualidad le negase el sustento de ese viaje exterior e interior, siempre se puede buscar una buena ONG que lo lleve a repartir vacunas en zonas en las que todavía están enterradas minas antipersona. Y ahí sí que vuelve a reírse Arturo, porque por un segundo se ha imaginado reventado por una de esas y de vuelta a casa con un pie de menos, cubierto de fiebres y dolores. Imagina la cara de su madre desconsolada, echándole la culpa de todo a su padre por no haber querido pagar el viaje del niño, ¿qué trabajo te habría costado, Manuel? Y la cara impertérrita del padre absorto en alguna parte entre el mueble bar y el Goya, mordiéndose los labios sin decir nada. Y qué reconfortante serían sus cuidados arrepentidos y sus mimos adorables. Y él, lleno de una febril épica súbita diciendo que tenía que volver allí, que lo necesitaban los niños. Que él era como el héroe de los niños porque les devolvía la salud. A Luján le hubiese encantado oír esto. Le hubiese dicho que le gusta ser el rey del drama y que lo que en el fondo busca es ser un niño mimado toda su vida. Que algo así sería una excusa, como la de volverse loco.

—Hay gente que desea de veras volverse loca en ocasiones. ¿No te parece increíble?

—Nunca lo había pensado, Luján.

Era invierno todavía y tomaban un chocolate caliente en una cafetería.

—Hay gente que es tan egocéntrica que preferiría estar loca a cuerda, figúrate, yo que le tengo pánico a volverme loca. ¿Y sabes por qué?

—La verdad es que nunca lo había pensado.

—Pues es porque los locos no tienen responsabilidades. Todo se les consiente y perdona. La gente es indulgente con ellos. No tienen la obligación de hacer nada porque su propia locura les excusa. Y siempre son mimados por los demás porque producen lástima.

—Vaya, visto así quién no querría estar loco.

—Es por eso, Arturo, es por eso. Me sorprende que nunca te hayas planteado hacerte el loco para ser siempre el niño de papá.

Podría haberse ofendido, pero en lugar de eso sonrió. Y lo hizo porque Luján sonreía tras su chocolate, como si eso que había dicho no tuviese ninguna relevancia. Era hermoso verla así. Tendría que reunir fuerzas para levantarse de esa fuente e ir a hablar con su padre y contarle que quiere viajar a su interior, hacer algo para él por fin, aunque todo lo que antes hiciera por los demás fuese también egoísta. Tendría que reunir fuerzas para demostrarle a Luján que no tenía razón y que no quiere volverse loco. Pero no lo hace de momento, tiene que ensayar un poco más las palabras que va a soltar para que sean las justas. Y también porque, al fin y al cabo, la

muerte de alguien no cambia nada, la vida sigue, el universo no estalla. Y podría ser que, total, esa mujer que le intentó hacer mejor no lo escuche, ya no, ¿por qué tendría que hacerlo si no lo amaba?, y entonces, ¿para qué tanta vaina? Sería lo mejor volver a lo habitual, las juergas, las mujeres, las resacas terribles, despertarse no antes de las doce de la mañana y enchufar el ordenador para ver el correo. Pero ahora, ¿con qué excusa? No solo no tiene excusa para los demás, que ya es grave pues ha entregado la maldita tesis, sino que se ha quedado también sin todas las que se daba a sí mismo. Vale, está bien, tiene que ser así, te va a tocar hablar con tu padre porque esa maldita mujer a la que tanto amas sí ha cambiado algo en ti: ahora sabes lo que es sufrir, ¿verdad? Y cuando a uno le toca el dolor, el sufrimiento lo cambia por dentro. Ahora es todo distinto, ese Arturo Aguirre mimado y mujeriego le parece otro, un hombre ajeno al que envidia.

Saca los pies del agua y piensa en cómo pasa el tiempo. Es raro cerrar los ojos y pensar en el frío que hacía aquel día del chocolate, ver cómo la nariz de Luján enrojecía de forma encantadora mientras hablaba y la bebida caliente pasaba por su garganta. Ella nunca lo quiso, pero cómo la quiso él es algo que no se puede describir. Apenas su recuerdo vuelve, las lágrimas de nuevo en su cara y la cabeza gacha mientras camina de vuelta a esa casa rica y ostentosa con su Goya en el salón. Ahora hace calor y las lágrimas se mezclan con el sudor. Cuánto la quiso. Ya no importa si de veras la amó porque no podía tenerla o si la quiso porque era diferente o porque ponía de manifiesto que era un esnob. No importan las razones, si era o no verdad lo que vivieron. Lo importante es que la quería y que la quiere. Y que es por eso que ahora, cambiado y nuevo, adulto o aspirante a ello, se encamina al viaje más largo que uno puede hacer sin que el mundo, al menos en apariencia, haya cambiado en absoluto.

Calle de Gaztambide

Hay, en algún momento, que volver a la normalidad. Lo que está hecho, hecho queda, los muertos son muertos y no hablan, no pueden ver lo que hacemos o sufrimos por ellos.

Coger el teléfono y llamar a Paula para decirle que no siga buscando al Asesino, que no merece la pena, que no sabe si lo hizo para suplir los huecos en su relación con Sansprénom, pero que si fue por eso tampoco merece la pena porque ahora les va bien, ¿no? Así que, por favor que lo deje. A los muertos hay que dejarlos muertos. Ella, de manera sorprendente, no protesta del otro lado del teléfono. No dice cosas como: «Pero tío, ahora que estábamos tan cerca» o «no podemos renunciar porque tú lo digas, sé que era tu novia pero también lo hacíamos antes de saberlo» ni «no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer porque lo puedo solucionar con no contártelo». No, no dice nada de todo eso y a Pedro le parece raro. Le pregunta por qué no protesta y ella contesta simplemente:

—Lo entiendo, tío, cada cual lleva su dolor como mejor puede.

—¿En serio lo comprendes?

—Del todo. Lo respeto. No buscaré más y si encontrara algo por casualidad, tampoco te lo contaría. Tengo que comprenderlo, ¿no? Ahora que empiezo a empatizar no sé si esto que te digo es normal o no. A veces la gente me mira raro.

—No, está bien. Es hasta casi demasiado normal.

—Bien, bien. Estoy satisfecha, pues. La de cosas que me ha enseñado el gigante.

—Sí, ya veo.

A Pedro se le mueve dentro una especie de satisfacción personal por esto último que le parece incongruente. Pero es que está orgulloso de Paula, su niña, por encima de todas las cosas. Cuando uno es incapaz de sentir nada, tiene que ser muy valiente para empezar a hacerlo por voluntad propia. Porque se arriesga al dolor. Y el dolor es terrible.

—¿Estás triste, tío?

—No, estoy muy orgulloso de ti.

—El que estés triste es normal, no es raro. Que tu forma de enfrentarte al dolor sea acostarte con modelos o pasear por las calles de Madrid no hace que sea menos doloroso.

—¿Empiezas a sentir cosas ahora y ya te crees con el derecho de darme lecciones?

—No son lecciones, es para que veas que lo entiendo.

A Pedro se le caen unas lágrimas furtivas por la cara. Unas lágrimas de dolor, sí, y

también de ternura por Paula, que da sus primeros pasos en el mundo del humano medio. No le importa que el camarero de la cafetería medio vacía donde espera a Olga Plath se lo quede mirando como a un extraterrestre.

—Es que no puedo comprender por qué me duele tanto. Se supone que yo ya no tenía nada con ella, que solo nos veíamos los domingos para alargar la lenta agonía del comprender que no era posible para nosotros estar juntos. Nos seguíamos viendo con la esperanza de que se nos borrara del paladar ese regusto a fracaso que tanto nos martirizaba. Pero ya habíamos fracasado. Yo lo sabía. Y además ahora sé que ella lo sabía también.

—Pero eso no quita que la quisieses. La amabas. Perder a alguien que se quiere siempre es doloroso.

—No, la verdad es que doloroso es ver que el mundo sigue adelante sin ella, que no ha pasado nada, que a nadie le importa. En realidad sí, nos importa a los que la conocimos, pero a los demás no. Y bueno, cada uno recoge los pedazos como mejor puede.

—¿Qué tal con la modelo esa?

—¿Por qué me preguntas por ella?

—Bueno, supongo que es tu modo de recoger los pedazos.

—Pues... la verdad es que no lo sé. Con Olga es todo tan fácil que no lo reconozco. No sé si me estoy equivocando o no. Es para entusiasmarse que una mujer así se interese por uno, pero no sé si ese entusiasmo está maquillando si siento algo de verdad o si simplemente me divierto. Y además me siento culpable.

—¿Culpable?

—Sí, cada vez que me acuesto con ella pienso en cómo era con Luján y, por un lado soy indulgente conmigo mismo diciéndome que con ella era un infierno diario, y por otro me culpabilizo por no estar de luto sino con otra. No sé, es muy raro.

—¿La echas de menos?

—A todas horas. Pero además con Olga es todo tan sencillo que da miedo. No sé, es como si me la hubiera mandado ella para corregir todas las cosas que hicimos mal.

Paula se ríe del otro lado del teléfono. Dice que los errores del pasado nos deben ayudar a ser cautos, pero no a ser desconfiados. Que qué pena de Olga si Pedro estruja su corazón de tal manera a través del recuerdo de Luján que no le deja espacio a ella.

—Pero no sé si me puedo volver a enamorar, Paulita. No lo sé. Es como si ya no creyese en nada.

—Bueno, dale tiempo. Y si no es con Olga será con otra. No te amargues la vida, no creo que a Luján le hubiese gustado. Hay que lanzarse de cabeza a donde sea, a ver qué sale. Si algo te gusta no tiene por qué ser malo. Y ella te gusta, ¿no?

Ahora es Pedro el que se ríe pensando en su vecina.

—Pues... sí, me gusta. Es incoherente, a veces superficial, a veces muy profunda y culta. No hay modo de entenderla. En ocasiones habla como si fuese tonta y otras

como si estuviese poseída por el espíritu de un catedrático. No sé, creo que me van las locas.

—Cada uno tiene sus debilidades. No está mal.

Los muertos son muertos. El refrán de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo», que por otro lado no resulta nada literario, tiene su parte de razón. Ya no hay forma de hacer nada por Luján, habría que matarla dos veces: una la real y otra la metafórica, en la que uno asume que ya no está y no habrá más posibilidades de arreglar algo que se rompió hace tanto tiempo que las heridas son ya cicatrices y poco más. Puede, y eso es una posibilidad muy remota, que en la tierra haya solo una persona perfecta para cada uno y ya va siendo hora de admitirse que, de ser así, la suya desde luego no era Luján. Se amaban, sí, pero a veces el amor no basta. También hay que apoyar al otro, comprender con quién se está tratando, cuidarse. Y no era el caso con ella. Jamás llegaron a entenderse. Nunca se miraron el uno en el otro y se vieron a ellos mismos, magnificados por la mirada ajena. Había mucho fuego, eso sí, pero incontrolado, destructor. Quizá tampoco la modelo, pero no importa. Qué más da. Olga Plath es bonita y agradable. Es dulce y comprensiva. Jamás lo juzga. A ella le gusta tal y como es, no pretende tener más que el espacio que Pedro le ha dejado. Y quizá se esté volviendo egoísta (pensamiento que no es que le entusiasme), pero tampoco le está dejando mucho sitio. Pedro, ahora, no da nada. Cree que no merece la pena. Se pregunta si por esto será infeliz toda su vida, pero ¡bah!, ya no hay Luján que descoloque sus impulsos, que trastorne su vida. Es una pena que no esté, pero tiene que admitirse que también es una liberación. Aunque le gustaría que siguiese viva por ahí en alguna parte, siendo feliz como lo era sin él. De todas formas, viva o muerta, no se hubieran visto más porque ella se despidió. Eso si a él no le entraba la vena suicida y la llamaba para rogarle, hubiese sido capaz (bueno, el Pedro de entonces tan duro con ella no, pero el que la ha perdido sí), comenzando de nuevo ese rito despellejador que tanto parecía gustarles. Hay cosas que no pueden ser y no son. A ellos no les valió con quererse. Qué distintos somos en nuestras relaciones de una persona a otra. La misma palabra persona quiere significar máscara. Pero no somos solo una, sino una distinta en cada situación, con cada elemento de nuestra existencia. Por eso tan raros los sociópatas que no entienden los ritos sociales, la estupidez colectiva de ponerse algo delante para enmascararse según el día y el opositor. Habría que preguntarse quién es más enfermo: el que no entiende ni la ironía ni los chistes, que lo analiza todo con mentalidad científica y sin componentes emocionales, o los otros, todos los demás que andan por ahí mostrando las caretas que les vienen al caso a cada segundo, construyendo su personalidad por capas cual cebolla. Pobre Paula, ahora que ha entrado en el mundo de los mortales se arriesga a sentir, a tener también ella las caras distintas que puede llegar a tener el ser humano. Pero no, ella no, por mucho que la haya cambiado Sansprénom, siempre en parte será esa chica que suelta lo primero que se le ocurre y que hace que la gente piense que es una impertinente. Esa chica que, si no dice lo que se le pasa por la cabeza, implosiona causando el caos

en todos los sistemas mentales y físicos de su alrededor. Sansprénom solo ha eliminado de ella la vena homicida. Todo lo demás permanece dentro de esa cabecita privilegiada. Ahora, sencillamente, como el hombre de hojalata de *El mago de Oz*, ha descubierto que ya tenía corazón y que solo necesitaba creerlo. Es bastante curioso que casi todo pueda equipararse en esta vida a *El mago de Oz* (*nota mental: volver a ver Corazón Salvaje de David Lynch*): esa pobre Luján es la niña que sale volando más allá del arco iris solo para descubrir que en casa se está como en ninguna parte; Sansprénom ha recuperado el valor que no pensaba tener el león cobarde, incluso en el sueño de Luján atacaba a la malvada bruja del oeste; y Pedro tenía cerebro al fin y al cabo, podía escribir, ha descubierto que podía, que había encontrado la musa y solo le faltaban las ganas. Todo es una infortunada broma cósmica, una trampa de un tipo listo que se hace pasar por mago. Pero esta vez la niña de Kansas y sus encantadoras coletas se salieron del sendero de baldosas amarillas para nunca más volver. Por el camino un mono alado, una rata voladora, una hormiga o una simple paloma, saltaron sobre sus ojos. Lástima que ella no supiera nunca que la forma de regresar estuvo siempre en sus pies.

—Creo que Sansprénom y yo vamos a hacer un viaje.

—¿Ah, sí? Qué bien. ¿Dónde?

—No sé, estamos pensando varias cosas. Necesitamos viajar para recuperar la normalidad, ya sabes, salir de Madrid, que después de todo esto ya casi me huele a sangre. Yo quiero ir a Jordania. Me muero por ver Petra.

—Es una buena opción. Es precioso, niña.

—Ya imagino. Te va a parecer absurdo, pero no paro de pensar en el final del tercer Indiana Jones.

—¿En serio? Lo tuyo con el cine empieza a ser grave si ese es tu referente de Petra.

—No, no sé, supongo que es por lo de buscar el grial y esas cosas. Cuando era pequeña me parecía una película tonta, pero ahora entiendo a la tía que se tira a por el grial y se queda atrapada, ¿sabes quién te digo?

—Vagamente, debe hacer como diez años que no veo esa película.

—Bueno, pues lo que entiendo es a dónde te puede llevar una obsesión. Con todo esto de Luján y buscar al Asesino y también con lo de que se pareciera a Marga, pues Sansprénom y yo hemos estado a punto de perdernos el uno al otro por nuestras respectivas neuras. Es como si hubiésemos perdido la inocencia en nuestra relación, aquellos tiempos felices en los que todo era conocerse y ser felices y punto. Ahora lo que hay que hacer es relajarse y seguir. Creo que nunca hemos estado mejor, aunque parezca raro, porque hemos matado y enterrado todo lo que nos obsesionaba y ahora, limpios y nuevos, podemos disfrutarlos. Hemos puesto las cartas sobre la mesa y nos hemos querido a pesar de todo. Eso es hermoso.

—Sí, la verdad es que suena bastante bien.

Olga Plath entra en la cafetería, tarde pero perfecta, así es como es ella.

—¿Está ya ahí?

—Sí, ¿cómo lo sabes, sobrina?

—Porque te he sentido sonreír. También sonaba bien eso.

—Te dejo. Luego hablamos.

—Vale, un beso.

Las manos huesudas y grandes de Olga Plath, con la manicura francesa hecha en las uñas cuidadas (casi sonrío al pensar en las carcomidas de Luján, pero es mejor no recordarla, los muertos son muertos) apoyadas con desgana sobre la mesa de mármol. Quiere un café y eso hace que la sonrisa no se pueda resistir más y aflore. Sí, un café por fin.

—¿Estás bien? Estás como pálido.

—Sí, estoy muy bien. Es solo que quiero volver a la normalidad.

—Entiendo —dice ella con cara de no haber comprendido nada.

—Ya lo sé. Y si no lo haces, ya lo entenderás. No importa, es que reflexionaba sobre que los muertos son muertos y no hablan, no dicen nada, no pueden quejarse ni hacernos la vida más fácil.

—Un tema un poco macabro para esta hora de la tarde, ¿no? Pensaba que eso lo dejarías para la noche de San Juan o algo así.

—Pues eso, Olga. Que los muertos son muertos y, como mucho y en la imaginería colectiva, se levantan dos veces al año. Mientras, tenemos que volver a la normalidad, ser nosotros mismos, disfrutar de la vida y no vivir en el pasado. Espabilar, en definitiva.

—¿Sabes en qué estaba pensando yo?

—Sorpréndeme.

—En ir a ver el Circo del Sol. Voy a conseguir unas invitaciones que te vas a quedar tú muerto.

—Espero que no sea literal.

—Sí, voy a sobornar al lanzacuchillos para que haga un show especial contigo como artista invitado.

—¿Hay lanzacuchillos en el Circo del Sol?

—¿Y cómo quieres que lo sepa si no he ido?

—¿Sabes que eres maravillosa?

—Sí, eso dice mi estilista.

La vida sigue su paso lento por las calles de Madrid. También para Pedro. No puede quitarse esa culpabilidad del pecho, ese sentimiento de estar traicionando a Luján. Pero Luján está muerta y a los muertos no se les traiciona porque ya no tienen queja en la boca. Ahora sí que la vida sigue y no está solo esta vez. Va de la mano de una mujer que todos miran cuando pasa, una mujer hermosa y dulce que se hace la manicura francesa y que lee a los románticos. Se sonrío. Una vez paseó de la mano de una mujer a la que quería pero de la que se avergonzaba. Ahora presumiría de llevar del brazo a Olga-portada del Vogue de este mes-Plath y sin embargo es muy posible

que no llegue nunca a quererla. El mundo es irónico. Quizá también él tenga que ir a pedirle un corazón nuevo al mago de Oz porque el suyo se haya oxidado de tanto llorar y guardar lágrimas para otro día, de tanto pensar en lo que pudo hacer sin hacer nada, de tanto ser hormiga que ama a una cigarra.

Calle de las Infantas

Hay, en algún momento, que volver a la normalidad. Lo que está hecho, hecho queda, los muertos son muertos y no hablan, no pueden ver lo que hacemos o sufrimos por ellos.

Coger el teléfono y llamar a Paula para decirle que no siga buscando al Asesino, que no merece la pena, que no sabe si lo hizo para suplir los huecos en su relación con Sansprénom, pero que si fue por eso tampoco merece la pena porque ahora les va bien, ¿no? Así que, por favor que lo deje. A los muertos hay que dejarlos muertos. Ella pregunta que dónde está, que si está solo y si puede ir a verlo. Didier mira al chico con el que se acostó anoche y decide que sí, que total también pensaba deshacerse de él tarde o temprano. Lleva una semana llevándose cada día a la cama a un hombre de página de contactos distinto y por la mañana no sabe qué excusa poner para no invitarlos a desayunar. Paula puede ser una buena.

—Sí, claro, estoy en un sitio que se llama «El respiro», ¿sabes dónde es?

—Sí, sí, hemos estado allí de cañas alguna vez. No te muevas que no estoy muy lejos. Voy con Sansprénom, ¿te importa?

—¿Cómo me va a importar? Se te olvida que también es mi amigo. Además yo tampoco estoy solo.

—Perfecto. Espero que tu acompañante no se asuste con nuestras aficiones.

—No lo creo, pero bueno, tampoco importa.

Volver a la normalidad es algo a lo que todo el mundo aspira, ¿no? Se pregunta cómo se pudo implicar de esa manera en la historia de la chica muerta y la búsqueda del Asesino. ¡Incluso llegó a divertirse! Eso sí que era increíble. Vivir en una novela de Agatha Christie era emocionante, eso no se lo puede negar. Pero es que había alguien real que había muerto, una chica que tenía su vida, sus amores, sus amistades, sus preocupaciones. Una mujer de verdad, con carne y sangre, una vida que se había terminado. Era inconcebible que se hubiesen podido divertir con aquello. Inconcebible y tétrico. Era lo más parecido a la necrofilia que se podía imaginar. Disfrutó cogiendo recortes, seleccionando, pegando en el álbum, haciendo un código de colores. Maldita sea, es horrible. Es algo que podría estar bien para Paula si tenemos en cuenta que mientras está entretenida con un asesinato ajeno se olvida de matar ella misma, e incluso para Sansprénom, que se está volviendo tan morboso como la misma Paulita. ¿Pero quién le había dado vela en ese entierro a él, a Didier? Y lo peor de todo el asunto es que si ellos dos no abandonaban el proyecto, se veía incapaz de hacerlo él de motu proprio, porque se estaba enganchando a la investigación como quien se engancha al sexo duro por internet o a la comida basura.

Así que mejor sustituir un vicio por otro, salir de Poirot para meterse en Emmanuelle y punto. Mejor la atracción y el deseo con desconocidos que el álbum, los recortes, el periódico, la teoría de Paula de que cualquiera podría llegar a matar. Porque no deja de ser terrible esa teoría. Resume lo más despreciable del ser humano, su condición de bestia por encima de todas las cosas. Y eso es algo que Didier no soporta. Beber para olvidar, echar un polvo, mil o los que hagan falta para salir de este círculo vicioso y decadente en el que se están metiendo hasta el cuello. Llega el verano poco a poco y con él el llevar menos ropa y ver más carne, con él llegan tanto el sudor como las juergas nocturnas en la calle, donde mejor se ven las caras en las que uno va a poner luego otras partes de su cuerpo. Cada uno vuelve a la normalidad como mejor puede. Eso era *Terciopelo azul*, una metáfora de la vuelta a la normalidad después de una pesadilla. Pero quizá lo inquietante es que lo que terminase pareciendo normal fuese la pesadilla en sí. Y eso no es algo que Didier quiera para su vida. Siempre ha llevado mal los problemas ajenos, que le agobien con historias varias sobre si esto me dolió o me va mal con el novio. Así que no va a empezar ahora a aceptar los propios. Y que le guste recortar los periódicos buscando asesinatos de mujeres no deja de ser un problema.

Piensa en *El mago de Oz* y en como todo en la vida podría equipararse a esa historia. Pero claro, él en la historia que piensa es en la de la película con Judy Garland, deformación profesional. En esa película todos los personajes de más allá del arco iris tenían su equivalente en Kansas. A Didier siempre le gustó la teoría de la doble de Marga, aunque le costaba hacerse a la idea de que una mujer así tuviera un duplicado suelto por el mundo. Pero sería emocionante pensar que todos tenemos por ahí un doble, alguien que tiene algo en común con nosotros, ya sea el aspecto físico o la forma de ver el mundo. Sería fantástico pensar que alguien está teniendo en alguna parte un pensamiento equivalente al que estamos teniendo nosotros. Incluso más emocionante que pensar que alguien con un cuerpo similar al nuestro esté haciendo sepa Dios qué. Pero claro, es cierta la teoría de los dobles en cierta forma porque, si no, no existirían los asesinos en serie pues no tendrían un patrón que seguir a la hora de matar. No podrían dar forma humana a sus obsesiones. Quizá los asesinos en serie sean solo gente con un don sobrenatural para encontrar el doble que todos llevamos dentro. En fin, es mucho más emocionante para Didier pensar todo esto que concentrarse en su conversación vacua con el amante de anoche, que no sabe hablar de otra cosa que no sean cuartos oscuros. Vale, eso hay que vivirlo en todo caso, no hablarlo.

Y si se aburre quizá sea eso lo que le lleva a engancharse a la investigación y a la muerte de esa chica por muy horrible que le haya parecido. Quizá es el aburrimiento el que nos hace monstruos («¿esto lo dijo ya Paulita?»). Y puede que no sea tan malo investigar, recortar, encontrar el morbo a teorizar inútilmente. Inútilmente porque si hubieran encontrado al Asesino, ¿qué hubiesen hecho?, ¿ir a la policía? De ninguna manera, ¿qué iban a decir?, ¿que habían hecho un proceso inductivo-deductivo para

llegar a la conclusión de que menganito era el Asesino de Luján Menéndez? La sola idea suena ridícula. Los tres habrían atesorado ese conocimiento como un secreto a tres bandas, algo de ellos y de nadie más. Quizá se hubiesen dedicado a vigilarlo para que no matase más o para pillarlo in fraganti y así poderlo denunciar. Y entonces los desvelos, los turnos, el ansia de que actuase por fin y así poder estar seguros, afianzar esa intuición que les había llevado a culpabilizarlo. No, era mejor no averiguarlo, no saber. Porque le parece que podría llegar a desear de veras que ese hombre anónimo volviese a matar y la sola idea le revuelve el estómago. Hay que volver a la normalidad. Quizá la normalidad sea aburrirse con gente con la que te preguntas por qué te acostarías con ella, pero la normalidad gusta aunque signifique aburrimiento. Es a lo que hay que volver. Al fin y al cabo nunca pasa nada realmente interesante fuera del cine (y a veces en el cine tampoco).

De repente llegan el león cobarde y la mujer de hojalata sin corazón, reconciliados con ellos mismos y con tanto valor y tanta alma que pareciera que viniesen de que el gran mago les tomase el pelo. Didier inmediatamente se fija en que Paula no lleva sus guantes. En estos últimos tiempos ya no los llevaba siempre, pero esta vez es la primera que no parece ni desvalida ni desnuda sin ellos. La forma correcta de describirlo sería decir que todas las veces que antes no los llevó, la ausencia de los guantes se hacía notar tanto que parecía que los llevaba. Pero algo ha cambiado. De hecho Didier piensa en una fracción de segundo, mientras los besos y las presentaciones, que ya nunca volverá a ver esos guantecitos blancos. Es quizá por cómo se une su mano desnuda a la de Sansprénom, como si se entregara a ella con toda la sinceridad y fuerza de la que es capaz una mano. Dicen que la cara es el espejo del alma, para Paula son las manos, son ellas las que expresan lo que hay dentro de su mente y de su alma ahora que la tiene. Paula tocaba el mundo a través de sus guantes. Y ahora, más que nunca no están, como si se hubieran decidido por fin a jubilarse y permitir a la piel no solo sentir sino también ajarse como cualquier mano viva. Didier sonríe porque algo le dice que no le va a ser tan difícil convencerlos de abandonar la búsqueda del Asesino. También a ellos les gustaría ser normales, aunque no puedan volver ya que nunca lo fueron. En el fondo los adora. Siente, por ambos, una ternura casi paternalista. En fin, qué grave es haber dormido cuatro horas.

—A ver, ¿qué es eso de volver a la normalidad que estabas diciéndome por teléfono?

—Pues que no puedo más con esta situación, que creo que me está afectando y que no es lo que quiero para mí, que me afecte algo así. La ignorancia nos hace felices. Yo estaba mejor no sabiendo que la gente del mundo puede asesinar gratuitamente. Me has quitado mi dulce inocencia, Paulita.

—Ni siquiera recién nacido fuiste inocente tú, Didier —dice Sansprénom riéndose—. Pero no nos parece mal que quieras dejarlo. Yo he perdido el interés, la verdad.

—¿De veras?

—Sí, y yo también. La vida de la gente es demasiado interesante y rica ya solo con lo que se siente como para además interesarse por la vida de los otros.

—Paula, parece que hablas de los humanos como una especie extraterrestre en la que te quisieras integrar.

—Ya bueno, vosotros me entendéis.

—Por supuesto que sí. Además lo hacemos ambos.

—¿Y este chico?

—Está demasiado interesado en los cuartos oscuros como para opinar.

—¡Didier!

—Pero si es verdad. A ver, guapo, ¿tú qué opinas sobre el asesinato casual en el Madrid del siglo XXI? —el chaval se queda callado, con toda la sensación de que le están tomando el pelo—. ¿Lo veis? No tiene una opinión formada al respecto.

—Eres un cerdo, Doudou, pobre chico.

—No, en realidad no creo que se ofenda. No tiene por qué, lo conocí ayer. Debería acostumbrarse a mi sentido del humor si me quiere volver a ver.

—Eso es cierto, sin sentido del humor no se va a ningún sitio.

—Pues yo no lo tenía.

—Ya lo sé, peque, pero es que un sociópata no suele comprender de qué se ríen los demás. Las convenciones sociales se le escapan. Tú tienes excusa.

—Eso me deja mucho más tranquila, gracias.

Charlan y toman café. En algún momento Sansprénom dice que deberían hacer un viaje Paula y él, y a ella le brillan los ojos.

—Creo que hemos viajado poco juntos.

—¡Bien, gigante! Trauma superado número... he perdido la cuenta.

—¿Y dónde te gustaría ir?

—A Petra. Me muero por ver Petra.

—¿De verdad? Nunca hubiese dicho que querías ir allí.

—Pues mira, Jordania en especial no me interesa, pero quiero ver Petra. Me parece el símbolo de lo que se ansía poseer, de la vida eterna.

—¿Por qué? ¿Por los años que lleva allí?

—No, por Indiana Jones.

—Dios santo, sí que te estás volviendo humana deprisa, cielo. No te creí nunca capaz de decir semejante cosa.

Sí, piensa Didier, quizá siempre la mujer de hojalata tuvo corazón, pero había que saber quitarle los guantes. Es curioso todo esto. La vuelta a la normalidad resulta tan extraña como si lo real fuese la pesadilla de David Lynch. Pero es la normalidad y a la normalidad hay que respetarla.

Ahora suena el móvil de Paula. Es su tío Pedro. Cuando ella descuelga y escucha lo que la voz dice del otro lado, sus ojos se vuelven sorprendidos hacia Didier, como si una parte de él le estuviese hablando y formase todo parte de un extraño *déjà vu*. Pero no, las historias así acontecen solo en la cabeza de uno, no en la realidad. Porque

la vida real no es como una película, no sube la música al final y nadie besa a la chica porque esta, ya estaba muerta desde el principio.

Aeropuerto Madrid-Barajas

Tienen todavía algún tiempo antes de embarcar y Paula y Sansprénom deciden tomarse un café en una de las cafeterías del aeropuerto. Han pasado los controles y nada más cruzar el arco detectametales ya huele a perfumería *taxfree*.

—Se me va a meter este olor en la boca y no me va a saber a nada el café —dice Paula.

Sansprénom le sonrío y le coge la mano blanca y fría. Casi de inmediato se la lleva a los labios.

—Tienes los dedos helados, con el calor que hace ya.

—No lo puedo evitar. Se han acostumbrado tanto a ir cubiertos que ya no cogen temperatura. Parece que estoy muerta.

—No digas eso, mujer.

—Ya, bueno, es un decir, ya me entiendes.

—Sí, pero no deja de ser extraño que digas la palabra «muerta» después de toda la historia de la novia de tu tío.

—¿Pero no habíamos terminado ya con eso?

—Sí claro, ¿pero no te da pena no haberlo encontrado?

—¿Al Asesino?

—Sí, imagínate que vuelve a matar y nosotros no hemos hecho nada. Nos hemos ido de vacaciones como si nada.

—Todavía no nos hemos ido. Y lo que tenga que ser será. No hay asesinato perfecto, ya lo pillarán tarde o temprano, si no por este, por otro.

—¿Sigues convencida de que volverá a asesinar?

—Ya sabes que sí.

—Bueno, entonces me preocupa todavía más.

—A mí lo único que me importa es que esto nos ha hecho más fuertes.

Sansprénom sonrío de forma abierta y la aprieta un poco contra su costado.

—Sí, eso sí es cierto. Ahora estoy contento contigo, con cómo estamos.

—¿Antes no?

—Antes no era libre.

Piden un par de cafés y se sientan en una mesa de madera de tres patas que además está un poco coja. Las tazas tiemblan al dejarlas pero de alguna milagrosa forma no se vierten. Se van a ver Petra y esa seguridad deja un escalofrío de placer en las manos heladas de Paula.

A Sansprénom, sin embargo, le parece que algo le ha quedado por decir o por resolver, algo como un poso lejano que no se ve capaz de recordar. Hay una cuestión

que enturbia la felicidad de su viaje, sentirse acompañado por fin. Paula es maravillosa, ¿por qué no se había dado cuenta antes? Y si se había dado cuenta, ¿por qué se había empeñado tanto en estropearlo? Al final, lo que dice en voz alta es la conclusión a esas reflexiones, lo que hace que Paula se quede unos segundos sorprendida antes de reconstruir mentalmente el proceso que ha llevado a esa conclusión:

—El miedo es lo único que nos impide ser felices.

(Segundos de silencio protagonizados por la cara de sorpresa de Paula, la mirada gacha de Sansprénom hipnotizado por su propio café y el sonido habitual de un aeropuerto consistente en órdenes e indicaciones en diversos idiomas. Después la mirada de ella se recompone porque ha logrado llegar al pensamiento que Sansprénom tenía antes de expresar sus conclusiones).

—Ya. Pero ya no hay de eso, ¿no?

—Es que me siento un poco culpable todavía, pequeña. Mi miedo te ha podido hacer mucho daño.

—Pero ya estoy dispuesta a recibirlo, ¿no te has dado cuenta? Enterramos mis guantes.

Ahora se miran de nuevo a los ojos y sonríen recordando el pequeño e íntimo funeral. Pero hay otra cuestión que preocupa al gigante. Una cuestión que podría resumirse en cinco palabras: el descubrimiento de su bestia.

—Me has enseñado a ser libre, Paula, pero también que puedo llegar a ser malo, a ser un monstruo, que cualquiera puede serlo.

—No quieres ir a Jordania conmigo.

—Pero, ¿qué dices?

—Estás excusándote, como si te fueses a dar media vuelta en cualquier momento para salir corriendo.

—No, no es eso, es que pensaba en Didier y en tu tío Pedro. A mí no me importa haber aprendido que puedo ser una bestia, ya no me importa. Al principio me dio miedo, pero saber que llevo algo así en mi interior también me ayuda. Me asusta pero me excita, no sé si me entiendes.

—¿Te excita tu bestia?

—No, boba. Es que siempre me he sentido un poco manejado, un poco títere y yo mismo me he dejado llevar por esa creencia, permitiendo que me mangoneasen, que todo el mundo pensase por mí. Pero descubrir que además de un cordero puedo llevar dentro un lobo me gusta, me enseña que puedo elegir. Da miedo tanta libertad, pero es necesaria.

—Vale, ahora sí que te sigo. Y crees que a Didier y a Pedro el haber seguido el camino de pistas del Asesino, llegando a la conclusión de que podría haber sido cualquiera es lo que les ha asustado, ¿no?

—Exacto. Creo que con nuestro pequeño juego hemos quebrado su inocencia.

—Ya. A mí no me deja de parecer curioso que ambos hayan decidido abandonar

al mismo tiempo, que los dos me hayan llamado a mí y me lo hayan expresado con palabras tan similares, como si el uno fuese el doble del otro de alguna manera.

Sansprénom se ríe:

—¿Vamos a jugar a los dobles otra vez?

—Bueno, supongo que todos somos los dobles de alguien en algún momento.

—Tú y yo no. Tú y yo somos los complementarios.

—Si me dices eso no me voy contigo a Jordania.

—¿Por qué?

—Porque me derretiré y seré solo un charquito en el suelo del aeropuerto. No sé cómo pretenderás tú llevarte un charco en un avión.

—Estás loca.

—No, ya no. Ahora estoy más cuerda que nunca. Y creo que tienes razón en lo de Didier y Pedro. Les hemos mostrado su bestia al mismo tiempo que nuestras fuerzas se equilibraban, que tú aceptabas tu monstruo y yo dejaba de serlo, y no les ha gustado verse, saberse como asesinos potenciales. Pero es que todos somos asesinos potenciales, aunque la mayoría se lo oculta tras un denso maquillaje de convenciones sociales.

—La vuelta a la normalidad que decían ellos por teléfono.

—Y mejor así, deben pensar, qué bien estaban ellos en su ignorancia dulce, cuando nadie tenía muertes violentas si no era por televisión, cuando no había que plantearse los deseos de ver muerto a un ex o el gusto que se le está cogiendo a recortar en la página de sucesos.

—Muy bien, peque, veo que estás empatizando cada día mejor.

—Es que soy una chica lista, te lo advertí siempre. Aprendo deprisa.

—Pobres esos dos, ¿no? ¿Ahora qué van a hacer con sus vidas después de saber lo que saben de ellos mismos? No se puede volver atrás en el tiempo, no se puede borrar lo que se sabe y volver a la ignorancia, es imposible.

—Pero lo intentarán como mejor puedan. Creo que si apostamos fuerte por su futuro acertaremos. Solo hay que pensar como ellos. Para pescar un salmón hay que pensar como un salmón, ya sabes.

—Didier se pondrá a beber y a follar como un loco vicioso porque considera que la juerga es su normalidad. Porque cree que los cuerpos ajenos borran las manchas de los propios, aunque esas manchas estén en el corazón, muy dentro. Es su método, aunque no considera que, tras la resaca, el problema o la pesadilla de David Lynch, como él dice, siguen ahí y seguirán.

—Y mi tío se afianzará en su idea de que, de golpe, es un hombre atractivo y un matahembras. Cogerá solo la parte en la que antes ninguna mujer lo miraba, y ahora una modelo se le tira a los brazos desde la puerta contigua. Se seguirá muriendo de amor por su chica muerta e intentará remedar todos los errores cometidos con ella en la nueva, hasta que esta se canse de no ser la que ocupe todo el espacio real y sentirse desplazada por un fantasma.

—Eso suena a identificación con Olga Plath.

—Eso suena a verdad como un puño. Porque mi tío no tendrá en cuenta que cada uno no solo es diferente con cada persona con la que se relaciona, sino que cada relación es distinta. Es una lección que va a tener que aprender. Y puede que esa mujer no tenga ni la paciencia ni la motivación para aguantar que su hombre haga examen de conciencia con ella.

—¿Te sientes el doble de Olga Plath en esa situación?

—Borra esa mueca de burla de tu cara. En absoluto me siento la doble de nadie ahora mismo, pero no serás capaz de negarme que es cierto esto que te digo.

—En absoluto, Dios me libre.

Se ríen los dos mirándose a los ojos como de nuevas, como si tuviesen unos cuerpos nuevos y una forma distinta de volver a empezar. No todo el mundo tiene la oportunidad de empezar otra vez después de haber perdido la inocencia. Pero ellos sí, son conscientes y se sienten afortunados. Han pasado por mucho para estar ahí ahora, muchas pesadillas propias y ajenas. Se cogen de las manos sobre la mesa. Sansprénom piensa que es extraño verse así cuando había creído que Marga era la mujer de su vida. Pero puede que Paula tampoco lo sea y de nuevo la caída y el recomponer los pedazos. Pero supone que valdrá la pena. No hay ganancias si uno no se arriesga. Si uno tiene miedo no vive. Es extraño mirarla y ver cómo sonrío, cómo mueve las manos al hablar. Parece otra mujer distinta, una nueva y mejor, o es que quizá ha aprendido a mirarla. Si enumerase las veces que ha creído que su historia con ella acabaría en un aeropuerto le faltarían dedos. Se veía con mucha frecuencia huyendo de esa mujer, con demasiada frecuencia, quizá. Pero ahora tiene la certeza de que jamás podrá despedirse de ella, como si todas las noches pensase en decapitarla pero ella lograra vivir hasta el día siguiente contándole un cuento. Paula Sherezade, Paula encantadora de serpientes, Paula vicio. Sí, ella ha logrado mantenerlo ahí a pesar de su miedo, mostrándole quién es y dónde están sus heridas; así que sí, un aeropuerto, pero los dos del mismo lado del control en vuelos internacionales, los dos regresando al origen, a la roca escavada, al centro del universo.

Y ahora se le han pasado las ganas de huir. Ahora se ha enganchado al espejo que ella sostiene en sus encantadoras manos ya desnudas. Le gusta mirarse en ella. Siente que es la primera vez que de verdad disfruta. Es muy consciente de que Paula jamás sería capaz de juzgarle, que todo le parece bien o al menos respetable, que está sentada frente a él de forma paciente. Con ella no hay que poner cuidado en lo que se dice y en lo que se hace, no hay que ser romántico ni ambicioso ni nada que no sea ser él mismo. Con Paula se puede ser natural y hablar de todo. De todo menos de amor, quizá, porque eso todavía duele si se nombra. Porque le causa inseguridad decir palabras tan grandes cuando todavía se está aprendiendo a andar en ese terreno sin tambalearse. Ella le quiere, de eso está seguro. Pero Sansprénom no puede todavía definirse. Supone que a ella no le importa. El miedo es lo único que nos impide ser

felices, es muy consciente, pero todavía hay algo de miedo. Él la ha transformado también, ha hecho que la diosa impertérrita del horror sea dulce y sea humana, lo que la hace vulnerable. Si luego no fuese cierto, si después fuese todo un fogonazo de fascinación y nada más, no podría soportar ver cómo se hunde. Pero eso ahora no importa. El tiempo pone a cada cual en su sitio (aunque habría también que preguntarse si ya está en su sitio y todavía no se ha percatado de ello) y ya lo irá viendo. Ahora solo el aeropuerto y el llamado de su vuelo porque van a abrir el embarque a Jordania para que ella vea las piedras que tanto desea ver. En fin, no deja de ser curioso que por culpa de Indiana Jones.

Se ponen a la cola. Paula parece excitada y se apoya en él, la cara pegada al pecho del gigante, los ojos cerrados. Él siente que le gusta el contacto de esa cabecita pequeña, que le gusta acariciar su pelo largo y castaño cuando ella hace eso. Que disfruta cuando Paula le toma la mano y la lleva a su cara mientras esperan para besarle la palma como si esa enorme palma fuese algo digno de adorar. Sonríe. Sí, quizá se está complicando demasiado la existencia con grandes dudas y grandes palabras cuando el amor es algo sencillo y pequeño que simplemente sucede. Sí, quizá sea eso.

—¿Has visto? —dice Paula.

—¿El qué? —lo ha sacado de su ensoñación y anda un poco despistado.

—Eso, a esa chica, la que está hablando con la azafata que revisa los billetes.

El escalofrío, la duda, la excitación y luego la sonrisa porque comprende a Paula, lo que Paula está diciendo y además reconoce a la chica como si fuese el eco lejano de una canción que una vez se escuchó pero que ya no suena más porque también matamos a ese fantasma.

—Pero cielo, es... ¿tú crees que es...?

—Sí —corroborra él sonriendo—, es Marga. O al menos su hermana gemela desaparecida.

—¿Va en nuestro vuelo? —Paula no puede disimular un temblor en la voz.

—No, creo que pregunta por el suyo. Ya se va.

—¿Vas a saludarla?

—No, ¿para qué?

Es extraño decir esas palabras y pronunciarlas con esa seguridad. Es raro por completo, nunca creyó que iba a ser así. Después de todo a veces la historia no tiene por qué seguir el curso que uno se había marcado en la cabeza. Claro, Marga reaparece en un aeropuerto, donde se supone que todo termina. Pero es que ni siquiera mirarla pasar es lo que tiene, que quizá no todo es un final sino un principio. Que las cosas grandes siempre tienden a quedar olvidadas en algún remoto cajón del pasado, dejando que sobrevivan las pequeñas.

—Como las cucarachas después de una bomba atómica —dice en voz alta.

Paula lo mira todavía un poco pálida, pero esta vez no es capaz de adivinar qué ha llevado a ese hombre grande, sonriente y satisfecho a decir semejante cosa. Y

tampoco tiene tiempo de averiguarlo porque él la besa y le dice que van a ir despacio pero seguros, porque hay que ver cómo funcionan las cosas poco a poco para que dure.

—Claro —dice Paula sin entender.

—En nuestro caso la vuelta a la normalidad es lo desconocido. ¿No te parece excitante?

—¿El qué? No entiendo.

—El intentarlo, cerrar los ojos al miedo y después ver que no hay nada que temer.

—Ahora sí, ahora sí que entiendo, gigante. Gracias.

—¿Por qué?

—Por el salto al vacío.

Enseñan los billetes y los pasaportes. El pasillo es como una enorme lombriz metálica que lleva directamente al centro de gravedad del mundo, donde uno se marea y piensa en el futuro. Después cierra los ojos y salta hacia el presente para sentarse en un avión con alguien que, después de todo, entiende lo que entiende y eso es bueno. Tan bueno que Sansprénom apenas puede esperar a saber si todo eso se corresponde con las grandes palabras.

Calle del Amparo

Más tarde, Arthur recordaría los hechos que acontecieron antes del hallazgo como se recuerdan fragmentos de cristal tras saber que el vaso se rompería, como si lo que cronológicamente tuviera su espacio después, aconteciese al mismo tiempo antes, reflejando el futuro en pequeños pedazos.

Recordaría la tarde noche primaveral y salir del hotel habiendo dejado a Marquitos con la canguro improvisada tras más de doscientas explicaciones nerviosas de Rosa, que jamás había dejado al niño en compañía de una desconocida. Recordaría ese tiempo como parado de Madrid, a medio camino entre el calor insoportable y un frío de respetar que invitaba a chaqueta ligera y jersey fino. También que entonces pensó que el que se debería haber quedado en el hotel con Marcos debía haber sido él y que quizá este viaje no era lo que parecía. Sibila llevaba los ojos hinchados de haber llorado tanto en el cuarto y Rosa tenía la mandíbula apretada como de un enfado en el que no le dejaban participar a él, esa mosca que se había colado en la pacífica sala de aquellas dos sin pedir permiso. El silencio se densaba a su alrededor y más tarde pensaría que debería haber sospechado algo, debería haber pensado que aquel silencio espeso era un signo de que encontrarían algo terrible a su paso por aquella ciudad de vacaciones. Lo pensaría de una forma tan intensa, que esa seguridad casi le hizo reflexionar que ya entonces creyó que algo, aparte de lo evidente, iba mal y que aquel plan endemoniado de irse a España a conquistar la montaña Rosa, la musa Rosa, no iba a salir tan bien ni iba a ser tan sencillo.

Sin embargo, al cabo de un rato de andar, la misma Sibila que tenía todo el derecho a guardarle rencor, se acercó a él a darle conversación, incluso parecía animada de tan bien que fingía. Iban camino de aquel teatro dando un paseo y la argentina llevaba el mapa. Comentó un par de cosas sobre lo agitada que era Madrid y lo mal organizadas que estaban sus calles y se rio, se rio como un cascabel ronco y a Arthur esa risa le dolió en el pecho de tan buena que era Sibila, tan trabajadora y buena y sencilla e inocente en todo este asunto. Cómo le hubiese gustado que Sibila fuese malvada y absurda, estúpida, que hubiese sido alguien indigno de amar. Todo hubiera sido mucho más fácil si no la admirase, respetase o quisiese, pero es que hacía las tres cosas y eso pesaba como una losa sobre el pecho. Y Rosa caminaba con algo de indignación en sus pasitos morenos. También hubiese dado Arthur cualquier cosa por colarse en esa mente que tanto le fascinaba, pero no era posible. De nuevo el cristal que los separaba, y esta vez era ahumado y con blindaje. Le daban ganas de escupir en el suelo hasta hacer un agujero, aunque eso, escupir, era algo que jamás hacía. Pero es que los modales exquisitos eran un estorbo para la indignación y la

culpabilidad. También hubiera dado su alma al diablo si lo hubiese cambiado por un *hooligan*. Al menos ellos se podían comportar como cerdos porque así cumplían las expectativas. Pero qué clase de expectativas iba a cumplir alguien como él, a medio camino entre poeta bohemio y esnob clasista. Pues coger el mapa de Sibila y ayudarla a encontrar el teatro. Por suerte habían salido con tiempo, porque ni él sabía leer los mapas, ni Rosa parecía querer dignarse a hablar, ni Sibila tenía un sentido de la orientación digno de mencionarse. Qué extraño ver de nuevo a Sibila con los ojos de un amigo y no con los de un contrincante. Estaba bonita con esa mirada aclarada por el llanto, bonita con esos ojos que parecían pedir perdón por haber perdido la compostura de aquella manera. En fin, así son las cosas. Las palabras «es mi vida entera», seguían flotando en el aire como un gorjeo de pájaro de esos que se olvidan al cabo de un rato de estarlos escuchando y que sin embargo se hacen patentes al cesar; el ave ha abandonado tu ventana y ya no te acompaña esa dulce melodía diaria. Te preguntas qué habrá sido del pájaro. Y la respuesta «es mi vida entera», se atenaza en la garganta y Arthur mira a Sibila que busca la comprensión de Arthur mirando a Rosa que se dedica a adorar el vacío porque no tiene nada mejor ni que hacer ni que ver que a esos dos con los que ahora no tiene nada que compartir.

—¿Sabés? El teatro Pavón tené que estar por acá, ¿viste? Dale escondete, nomás, teatro de mierda, te encontraremos cueste lo que cueste.

—Aunque nos perdamos la obra.

—Divertite un poco con esto, nene. No nos queda otra.

—Oye, Sibila, ¿no es eso?

Y notar también el temblor en la voz al decirlo porque sí, han encontrado el teatro, pero es como si le pidiese perdón a Sibila por haberlo encontrado él cuando era ella la que había sacado las entradas. O puede que ir más allá, ya que quizá también le pedía perdón por todo lo otro, por lo que nunca había hecho con Rosa por mucho que le hubiera gustado (eso sí, se admitió que pensarlo lo había pensado y deseárselo lo había deseado, aunque en algunas cuestiones el «yo la vi primero» no prime).

Después sentarse en la butaca y ver que la repartición de asientos estaba diseñada como un juego de las sillas cósmico, en esos en los que suena la música y el último que se sienta se queda fuera del baile. Menos mal que Sibila se dio cuenta de que la señora que impedía que los tres estuviesen juntos se había equivocado de asiento y Arthur no se quedó de pie, sino que pudo avanzar hacia ellas hasta que se hizo patente que Rosa se iba a sentar en medio y entonces el escalofrío, la culpabilidad, la angustia. Después del hallazgo lo calificaría de presentimiento, pero claro, eso fue después. Es fácil decir que se ha tenido un presentimiento sobre algo cuando aquello ya ha ocurrido. Es fácil confundir los términos. Es bastante posible que entonces solo fuese esa sensación de saber que Sibila era maravillosa y que amaba a la mejicana y que había sido él el traidor, y sin embargo la argentina agachaba la cabeza como intentando hacer como que nada había ocurrido, en parte para ocultar que había

perdido el control sobre sí misma, en parte para atenuar la culpa de Arthur. Sí, tan buena amiga era.

La obra comenzó pero el inglés no tuvo ocasión de enterarse de nada porque a mitad de la representación Rosa decidió poner paz en mitad de ese duelo silencioso, incluso la mandíbula se le relajó, y cogió de un lado la mano de su novia y del otro la de Arthur y las sostuvo todo el tiempo contra sus piernas, apretándoles los dedos como para transmitirles confianza. Era raro ver cómo Rosa le cogía la mano. Lo más similar había sido el aeropuerto, unos minutos de apretar la mano dentro de la suya, una eternidad hecha de un roce que, cómo no, él interpretó como un gesto de asentimiento. Pero le quitaba puntos de especialidad el hecho de que ahora lo hiciese delante de Sibila y también a Sibila, aunque esta vez fuera más tiempo y las apretase con más fuerza, haciendo tintinear levemente sus pulseras en los momentos álgidos de la obra. Rosa obsesión y musa, emocionada con una obra de Calderón. En fin, nunca pensó que a Rosa le fuese a gustar una obra del Siglo de Oro español, ella estaba como más en otra cosa, en el tocar y en la plasticidad, en los colores y en las texturas. Pero Sibila sí que lo sabía, había encontrado las entradas y estaba tan contenta porque sabía que a Rosa aquello le iba a gustar. Qué estúpido ignorante en la rosil cuestión si había sido capaz de no saber algo tan evidente, si se había quedado con la anécdota de pintadora de alebrijes y madre de un niño asilvestrado que siempre perdía los zapatos. Quizá fue entonces que pensó en el alebrije destruido antes del viaje y la sensación que le produjo recordarlo bien podría haber pensado después que se trataba de otro presentimiento de lo horrible del hallazgo. Pero no. Ni siquiera lo relacionó una vez a pesar de que Rosa sí, y puede que hasta Sibila, de camino a la comisaría y después en la comisaría misma con aquel policía simpático y tranquilo que ofrecía café a todos y que después se los mandaba hacer a un tal García. Rosa diría después cosas como:

—También mi alebrije se quedó así.

O:

—Sabía yo que tenía que ser una mala señal de algo.

O bien:

—Lo mismito que mi alebrije y con los mismos agujeros...

Aunque, eso sí, tuvo fuerzas para obligar a la policía a pasar por el hotel a recoger a Marcos (que el pobre estaba ya dormido) y despedir a la canguro con un aire de seguridad que solo tienen las madres y que ni Arthur ni Sibila hubiesen tenido. Y ya no dijo nada del alebrije delante del niño, quizá por superstición, aunque sí le explicó lo del hallazgo sin detenerse en detalles macabros, porque según Rosa los mejicanos comprenden la muerte y además a los niños no se les debe ocultar jamás nada. Y Marcos se quedó en silencio y se apoyó en su madre como si no pasase gran cosa. Pero eso sería después. De momento solo el teatro del que era imposible enterarse porque por mucho que Arthur fuese bilingüe tenía que hacer un sobreesfuerzo para comprender a Calderón y su mente solo estaba por la labor de encontrarse con aquella

manita morena y anillada que tan fuerte lo estaba apretando. En un momento también sintió la mirada de Sibila clavarse en él y decidió no mirarla. Los ojos de la argentina, hinchados y rojos, pasaron de su mano a la de Arthur, ambas cubiertas por las de Rosa, y después a la cara de Arthur y luego de nuevo a las manos. Y quizá lo imaginó, pero en su cara se dibujó una sonrisa cuando por fin se decidió a mirar a Rosa y la encontró fascinada, olvidada por completo de sus propias manos, mirando la obra como si estuviese en una sesión de hipnotismo.

Después decidieron ir a tomar unas copas. El ambiente se había relajado bastante tras Calderón de la Barca, como era imposible de adivinar, y podían caminar sonriendo y charlando con cierta laxitud. Los pies de Rosa bailaban de emoción sobre el empedrado, girando sobre sí mismos, incapaces de contener la emoción de lo que acababa de ver. Ni siquiera protestó por Marcos entonces, sino que cedió a lo de la copa sin más, como si el teatro hubiese borrado las preocupaciones.

Fue en la taberna en la que entraron, cuando se habían tomado ya unas cuantas cervezas, que Arthur sintió la obligación de explicarse. No sabía por qué lo hacía, pero tenía que dar alguna explicación a lo que acababa de suceder. A lo que estaba sucediendo desde que se encontrara con Rosa en aquel bar aquella noche y todo fuera de nuevo distinto, quizá igual que entonces. Sintió que tenía que disculparse con las dos de alguna manera por haber irrumpido en sus pacíficas vidas.

—En realidad no era mi intención portarme así. La verdad es que no soy nadie para meterme en una relación. Y sí, es cierto que me pareció que Rosa cedía en ocasiones a mí, como si también ella desease escapar.

—¿Eso es verdad, nena?

Rosa se encogió de hombros y respondió entre ebria y arisca. Dijo que siempre había querido a Arthur, pero que nunca así, de esa forma. Que a veces amaba el amor que él le tenía. Y que cuando estaba débil de ánimos le ayudaba a que su ego se recuperase porque nunca se habían obsesionado con ella así, nunca la habían querido de esa forma. Sibila estuvo a punto de echarse a llorar entonces de nuevo, pero se recompuso con rapidez. Arthur deseaba que la tierra se abriese y se lo tragara. Dijo la musa que, en ocasiones, la falta de confianza de Sibila la mataba poco a poco. Que ella, pese a su familia, a su hijo, pese a todo, había decidido quererla, estar con ella. Pero que la argentina pensaba y pensaría siempre que la abandonaría por un hombre, como si ella necesitase un pene para vivir. Que por eso, quizá, había cometido el error de dejarse arrastrar por Arthur, para cumplir la expectativa de lo que se le pasaba por la mente a su novia. Pero que no había querido dañar a ninguno. Que los amaba a los dos, pero a cada uno de una forma. Les pidió disculpas y luego cogió su cerveza y la apuró de un trago.

—¿Entendés que tenés que elegir? —dijo Sibila tragando saliva, posiblemente tan descolocada como Arthur.

—Pero elegir, ¿qué? No mames, Sibila, yo ya elegí hace mucho. Ustedes dos no entienden jamás nada.

Pero sí, Arthur estaba entendiendo. Estaba entendiéndolo todo y de qué manera. Claro, qué estúpido, qué imbécil, qué fácil de utilizar había sido. Siempre igual la musa Rosa, idéntica a sí misma como no podía ser de otra manera. En aquellos momentos solo era capaz de recordar el bikini rojo y la piscina y el sabor a cloro, pero también la forma en la que ella hablaba de sus amantes cuando a él ni lo tocaba. Rosa nunca lo quiso, y si lo hizo fue como a un capricho. No, la verdad es que no como capricho, sino dejándose arrastrar por el amor de él, tan diferente por ser obsesivo e inmenso, tan parecido a un cataclismo como la misma Rosa algunas veces. Arthur pidió tres cervezas más y le puso la mano en el hombro a Sibila que parecía seguir sin enterarse de nada.

—Te quiere a ti, siempre te ha querido a ti. En ocasiones jugaba conmigo para buscar tu reacción o puede que para cumplir lo que tú esperabas porque, total, ibas a pensarlo de todas formas así que en el fondo daba igual. Pero nunca nos hemos acostado, nunca ha habido un roce mayor que el de nuestras manos en el teatro, Sibila. Te eligió a ti hace mucho. Y yo lo tengo que respetar.

—¿Me lo decís en serio, vos?

—Creo que no he hablado más en serio en toda mi vida. He sido muy tonto contigo y con ella. Y casi os pierdo a las dos.

Sin previo aviso Sibila se le echó a los brazos y lo apretó como un hombre hubiese apretado a otro hombre, al menos con la misma fuerza, pero con una emoción solo propia de una mujer. Al fin y al cabo la abejita era una mujer, una mujer hermosa y mucho más frágil de lo que a primera vista parecía. A todo esto Rosa, como si nada, se bebía su cerveza y aparecía como ausente, no ya solo del otro lado del cristal, sino del mundo. Rosa era otra distinta y no era para él. Nunca lo fue en realidad. Qué imbécil, llegar a pensar que ella lo buscaba... pero cómo engañan nuestras percepciones. Vio lo que quiso ver, ni siquiera tendría que culpabilizar a Rosa. Él deseaba que Rosa respondiera y vio, en los habituales coqueteos de Rosa (que la mayoría de las veces, por otro lado, no querían decir nada en absoluto), esa respuesta anhelada. Ya está. La imaginación juega malas pasadas. La imaginación del poeta todavía más. Entre Rosa y él nunca hubo nada que no fuese esa inseguridad oculta de ella, esa necesidad de ser el centro del universo de alguien. Rosa, como aquella vez en la piscina, supo casi antes que él que Arthur la amaba y se dejó seducir por esa seguridad. ¿Pero era seguro? ¿En realidad amaba a Rosa? También quería pensar en esa cuestión. ¿Por qué creía amar a Rosa?

Mientras aquellas dos se reconciliaban dándose unos tiernos besos que al poeta le daban más ganas de beber cerveza («¿por qué en las lesbianas todo es lento, como si no hubiese ansia en su deseo?», pensaba, «se recrean diez minutos en cada beso»), Arthur se puso a pensar sobre por qué amaba a Rosa. ¿La amaba? Quizá ella era ese amor de la adolescencia frustrante e inalcanzable que le había enseñado a escribir poesía a fuerza de disgustos, no, eso lo era seguro, pero en consecuencia, ¿qué? En consecuencia había vuelto siendo un hombre de éxito, alguien que se acostaba con

quien quisiera, que tenía mujeres por docenas, un conquistador de montañas inescalables. Había vuelto para encontrar a Rosa en brazos de alguien, y no un alguien cualquiera, sino la mejor amiga que jamás antes había tenido. Entonces... entonces Arthur echó un trago a la cerveza y se dio cuenta de que quería a Rosa como a una posesión. Odió que la tuviese Sibila como cuando era niño odiaba que le ganasen las canicas por muy justo que hubiese sido el juego; y, ¿por qué? Porque las canicas eran suyas, sencillamente.

En este caso Rosa le pertenecía. Pero no ella, porque nunca la había tenido en realidad (el sexo vergonzoso del bikini rojo, el mal amante que era entonces pero de todo se aprende), sino la idea de Rosa. La Rosa musa, la de la obsesión lírica, esa le pertenecía. Pero la otra, la cotidiana y hermosa, la que tenía un hijo y se obsesionaba comprando zapatos, la que pintaba alebrijes y cocinaba poco pero hasta que el pelo le olía a cebolla, esa Rosa le pertenecía a Sibila. Y fueron los celos. Comprender que él jamás podría tener a aquella Rosa, que la Rosa mujer no podría satisfacer sus deseos y su poesía porque era una mujer corriente en el fondo, bonita y abierta, con una risa que sonaba como una campana y unos dientes grandes y blancos, pero una mujer como cualquier otra. Y Arthur necesitaba una diosa.

Las interrumpió para hacérselo saber:

—Perdonadme, pero es que he llegado a una conclusión que tengo que compartir.

Entonces Sibila puso cara de consternación y se disculpó por tener tan poco tacto, besándose así con Rosa delante de él que podría sentirse herido.

—Pero no, ¡por Dios Sibila, deja ya de ser tan buena! ¡Me dan ganas de abofetearte! No es eso, es que me he dado cuenta de que no quiero a Rosa. Que es tuya, que la debes querer tú.

—Claro, güey, porque no quieres nunca a ninguna. Te enamoras no más que de la cosa que te imagines de ella —dijo Rosa de repente—. Y eso también va por mí.

Arthur se quedó boquiabierto. Rosa lo había sabido siempre. Había sabido siempre que era una mujer distinta a la musa, y que en la vida real no hubiese podido estar a la altura de semejante expectativa. ¿Y por qué lo sabría Rosa? ¿Por qué sabría que podía jugar con él sin peligro porque la Rosa mujer no era la que Arthur quería? Y entonces se acordó del bar y de la pianista que se tapó la cara con un cojín. Claro, él mismo se lo dijo entonces, que aquella mujer no era la musa, sino solo una mujer, y que él podría seguir escribiendo para la que se había inventado porque ella sí que era perfecta. Era increíble aquello. Pagaron y salieron a la calle, pero Arthur era incapaz de dejar de darle vueltas al asunto. Ya no le importaba que aquellas dos fuesen de la mano junto a él. Lo único que le obsesionaba ahora era que establecía unas relaciones patológicas con las mujeres en las que las endiosaba y luego abandonaba decepcionado. Rosa había sido la musa perfecta porque había sido más lista y jamás había cedido. Sabía que podía ser humana, de carne y hueso, siempre y cuando no se implicase con él en ningún sentido que no fuese el amistoso, siempre lo supo. Y prefirió conservarlo y ser una mentira a convertirse en real y perderlo para siempre.

Porque al fin y al cabo también ella era una mosca y lo comprendía y lo amaba a su manera. Siempre a la manera de Rosa.

La brisa les golpeaba la cara, pero era una brisa agradable, primaveral ya y madrileña, que también tiene su toque especial. No sabía Arthur si es que la polución estaba protegiendo la ciudad, pero el viento parecía detenerse en las esquinas de las calles por las que vagaban sin rumbo, resistiéndose todavía a volver al hotel.

—¿Vosotras por qué creéis que establezco esas relaciones imposibles con las mujeres? Con mi madre me llevo bien, no tengo problemas, y la primera a la que amé fue Rosa, pero ya de un modo un poco patológico...

—Eso es porque sos un cheto al que nunca se le negó nada, nene. Los humanos en el fondo amamos la frustración —dijo Sibila.

—Pero, ¿creéis que me lo debo hacer mirar por un especialista?

—¿Te referís a un loquero o a un cardiólogo?

—No bromees con esto, Sibila. Me acabo de dar cuenta de que toda mi vida ha sido una ficción y lo peor es que he sido yo mismo el que se la ha montado.

—No seas boludo, Arthur. Dejá de pelotudear con el tema, que estamos de vacaciones.

Y esas fueron las últimas palabras de Sibila antes del hallazgo. Las recordaría después muy bien porque se quedaron flotando en el aire al dar la vuelta a la esquina, descolgadas de la nada como cogidas por manos invisibles. Todavía resonaban un tanto cuando el grito de Rosa, un grito metálico, como salido también de una campana desgarrada. Fue Rosa la primera en ver a la muerta porque ella no iba en la conversación sino, como siempre, en los pasos que le quedaban por delante. Arthur y Sibila se miraban el uno al otro por lo que, al oír el grito, primero se volvieron hacia Rosa y después hacia donde estaba mirando. El padre de Rosa, que era de madre española, decía siempre que cuando alguien señala al cielo, el tonto mira el dedo, y eso fue lo que pasó en principio, sí, los dos miraron a Rosa en vez de a lo que la había espantado hasta el punto de provocar el grito.

Pero luego el charco de sangre. Arthur recordaría más tarde que al principio ni siquiera procesó lo que estaba viendo. Se quedó parado, como ellas dos, mudo y sin comprender. Era tan extraño, de golpe, encontrar un cuerpo desangrado en mitad de la calle, retorcido, con algo brillante saliendo de la mitad del pecho, que no podía dar crédito a que aquello fuese real.

—Arthur, andá y fijate a ver si está viva —fue lo siguiente que salió de la boca de Sibila.

Claro, muy valiente por su parte dar semejante orden, pero no era ella la que iba a hacerlo. No, estaba claro que no respiraba, ni siquiera era necesario aproximarse. El corazón le latía en las sienes a toda prisa, pareciera que le iba a reventar la cabeza. En el silencio de la calle, tras el hallazgo, cualquier sonido parecía una amenaza. Se acercó de todas formas, conteniendo una náusea que le iba creciendo.

—Está muerta —dijo respondiendo a lo obvio.

Y esas palabras, al pronunciarlas, le produjeron una enorme tristeza. Y ellos preocupándose por banalidades y estupideces. Qué extraña era la vida.

Los tres sentados en la acera frente al cadáver, esperando a la policía como en el inicio de una rara pesadilla, permanecían callados y evitando mirarse. Pero al final no mirarse significaba mirar el cuerpo y el charco de sangre ennegreciéndose por momentos, con lo que las miradas nerviosas pasaban de uno a otro. Fue entonces que Rosa empezó a murmurar cosas sobre el alebrije y Sibila la apretó contra su pecho. Arthur se sintió desamparado, fuera de lugar y después muy solo, perdido en su idea de musa, en su idea de cristal y en su idea de mosca. Pero duró poco esa sensación, porque la argentina le puso la mano en el muslo y luego le cogió la suya apretándola fuerte y haciéndole partícipe de aquel desastre. Bueno, no está mal participar de algo aunque fuese un desastre. Se miraron a los ojos como en aquellos días de Europa, violín y poesía, y se supieron. La vida es mucho más que los caprichos, parecían decirse. La vida puede terminarse en cualquier momento.

Después, cuando lograron regresar a Méjico, pensaría mucho en la chica muerta. Nunca supo quién era. Y le gustaba imaginar quién habría sido aquella chica disfrazada (porque iba disfrazada, llevaba una peluca a medio desprender de la cabeza), cuáles serían sus deseos, sus miedos, sus manías. La imaginó siendo la firma en un libro de segunda mano, la amante perdida de un profesor anticuado, la obsesión de unos aspirantes a detectives. Le imaginó una vida llena de emociones contradictorias, como las suyas propias quizá; y llegó a la conclusión de que, al menos para él, era tan misteriosa y tan inexistente como la propia musa: al fin y al cabo un producto de su imaginación desordenada.

Notas

[1] Pedro hace referencia al texto de Ernesto Sábato perteneciente a *Sobre héroes y tumbas* que aparece citado al principio del libro. <<